This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Cartas de los padres de la compañía de Jesus de la Mision de Filipinas...

Jesuits

Digitized by Google

Cc 8828.5

Harvard College Library

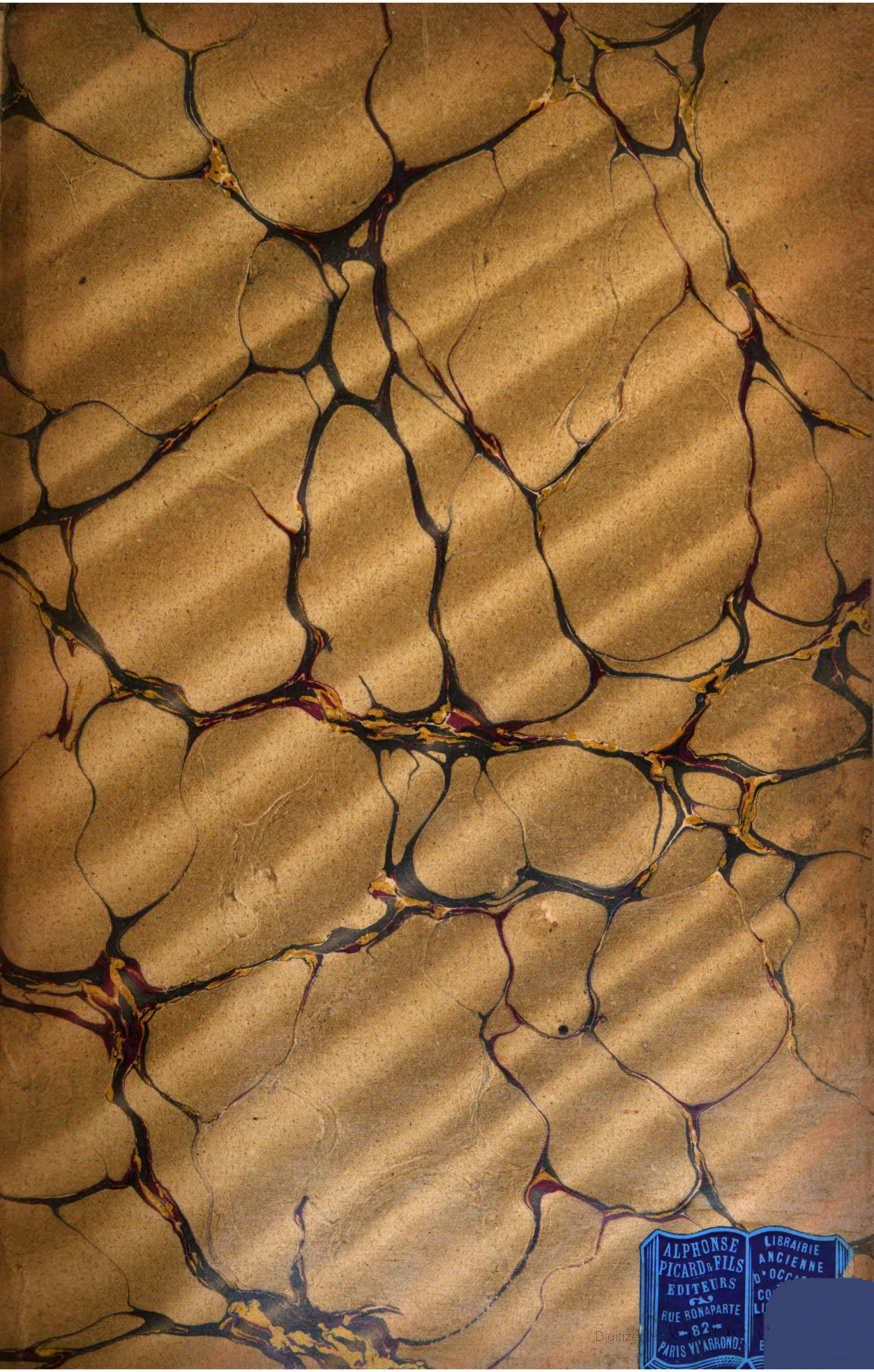
GIFT OF

Archibald Cary Coolidge, Ph.D.

(Class of 1887)

PROFESSOR OF HISTORY

Digitized by Google


ALPHONSE PICARD & FILS
EDITEURS
RUE BONAPARTE
82
PARIS VI^E ARROND.
LIBRAIRIE ANCIENNE

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

CARTAS EDIFICANTES

Digitized by Google

Con las licencias necesarias

(Es propiedad)

Digitized by Google

†

A LA BUENA MEMORIA

DE LA

EXCMA. SEÑORA DOÑA DOLORES SERRA DE CHOPITEA

VIUDA DE PONS

INSIGNE FUNDADORA

DEL

COLEGIO DE MISIONEROS DE ULTRAMAR

JUNTO A LA SANTA CUEVA DE MANRESA

Y PRESIDENTA PERPETUA QUE FUÉ

DE LA

ASOCIACIÓN DE SEÑORAS AUXILIADORAS

DE LAS MISIONES

ESTABLECIDA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCIÓN DE SAN FRANCISCO JAVIER

ENTREGÓ SU ALMA A DIOS EN ESTA CIUDAD

A LOS XXVI DE MARZO DE MCMIII

R. I. P. A.

EN RECONOCIMIENTO

DE SU CELO

Y DE LA PROTECCIÓN QUE DISPENSÓ

A LAS MISIONES DE FILIPINAS

SE LE DEDICA ESTE HUMILDE Y PIADOSO RECUERDO

Digitized by Google

Digitized by Google

Jesuits.

Cartas Edificantes

de los

Misioneros de la Compañía de Jesús

EN

FILIPINAS

1898-1902

I. Abandono forzoso de las Misiones de Mindanao

II. Instancias de los pueblos por su restablecimiento

III. Vuelta de los PP. Misioneros

IV. Noticias de Manila

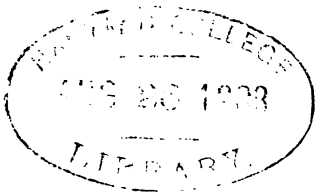
BARCELONA.—1903

IMPRENTA DE HENRICH Y COMPAÑÍA EN COMANDITA

CALLE DE CÓRCEGA

Digitized by Google

E.6084
Oe8828.5



Gift of
Prof. A. C. Coolidge.

Digitized by Google

AL LECTOR

La guerra hispano-americana y la revolución filipina sorprendieron á las Misiones de los Religiosos de la Compañía de Jesús en Mindanao, en un estado de desarrollo cada vez más vigoroso y floreciente.

Los pueblos antiguos, cultivados con solicitud y cariño maternal por los PP. Misioneros, gozaban de la bienandanza y prosperidad que proporciona á las sociedades verdaderamente cristianas el reinado de Nuestro Señor Jesucristo; y la evangelización de nuevas tribus y naciones, abriéndose paso por entre las selvas, llevaba á los desgraciados que yacían en la sombra de la muerte, los refulgentes esplendores de Aquél que ès Luz verdadera, Camino seguro, Verdad indefectible y sempiterna Vida de los hombres.

Con singular gozo y consuelo de la Iglesia, y no menor prosperidad y aumento de la Monarquía española, en solos siete años, á contar desde 1890, habían recibido el inestimable don de la fe cristiana, y con él los preciosísimos bienes que reporta la civilización bien entendida, treinta mil infieles, conquistados por las armas del amor y sacrificio, y reducidos á vivir como hijos de Dios en ochenta y siete pueblos fundados durante los mismos siete años.

Digitized by Google

¡Gloriosa y fecunda conquista de la Religión y de la Patria!

La revolución filipina, invadiendo cual río desbordado la segunda, en extensión, entre las islas del vasto Archipiélago, en un momento pareció arrancar de cuajo tan hermosas plantaciones evangélicas. Mas plugo al divino Sembrador, ante quien enmudecen los vientos y los mares, evitar en gran parte los daños que, naturalmente, debía causar el ímpetu y furor de la corriente embravecida.

Porque, si bien es verdad que sufrieron, y no poco, las riberas y montes cultivados desde fecha reciente; mas también es muy cierto que los campos y viñedos, ya de antiguo plantados, no malograron los afanes y sudores de los siervos del Padre de familias, que, con tanta fidelidad y por tan largo espacio de tiempo, se habían consagrado á su cultivo.

Sí, ciertamente; las misiones vivas, ó sea entre infieles y neófitos, se deshicieron, si no totalmente, en gran parte en determinadas regiones; porque á los nuevos cristianos, y á los no convertidos todavía, les faltó á lo mejor la presencia, el consejo y ejemplo de los PP. Misioneros, ahuyentados y encarcelados por los emisarios de la revolución. Pero los pueblos antiguos, como más instruídos y sólidamente ejercitados en la práctica de la religión y virtudes cristianas, aunque de momento sintieron, unos más, otros menos, la acción disolvente que, como germen destructor, llevan consigo la ambición desmedida y el desorden sacrílego y social; pronto, empero, vueltos en sí, se recobraron, mezclaron sus lágrimas con las que los Misioneros derramaban al partirse, y, llamados éstos otra vez, al verlos de nuevo en sus tierras, procuraron con muestras de amor y respeto, y con públicos regocijos y obsequios, hacerles olvidar las penalidades y privaciones, y las injusticias y atropellos con tanto sufrimiento soportados.

Tal fué la conducta de los cristianos ya de antiguo catequizados en Mindanao.

Digitized by Google

Mas, por lo que á las misiones vivas se refiere, no es de extrañar que, cuanto más tenían de recientes las nuevas reducciones, tanto mayor fuese el estrago; y que, cuanto más vivos eran los recuerdos de la vida salvaje, tanto más se apresurasen algunos á remontarse, falsamente persuadidos de que la predicación cristiana, á lo menos para los indios, había concluído.

Con todo,—y es muy grato reconocerlo y confesarlo,—no se crea que los nuevos cristianos hayan perdido la veneración y amor que profesaban á los que, á costa de incesantes fatigas y á través de mil obstáculos, lograron reducirlos á vida cristiana y política; antes, al contrario, en todas partes la aparición del Misionero, vuelto ya á sus tan queridas y suspiradas Misiones, ha sido celebrada con júbilo y contemplada con ternura, á la manera que el cautivo celebra la llegada de su libertador, y el hijo fiel, enternecido, se goza al contemplar á su padre.

Tales son los excelentes frutos de religión y piedad, de constancia en la fe y en el amor al Misionero, recogidos por los incansables y humildes obreros del Evangelio y de la civilización en las fértiles campiñas de Mindanao.

Darlos á conocer en estas Cartas, escritas al correr de la pluma y sin pretensiones algunas, es el fin que nos mueve á publicarlas, seguros de que han de resultar verdaderamente edificantes.

A. M. D. G.

Digitized by Google

Digitized by Google

ESTADO DE LA MISIÓN EN 1899

ISLA DE MINDANAO

Región meridional (Diócesis de Jaro)

RESIDENCIA DE ZAMBOANGA

ZAMBOANGA

P. Victoriano Bitrián, Superior y Misionero (1).
P. Ginés Ribas, Misionero.
P. Juan Quintana, Misionero.
H. Daniel Torrent, Coadjutor.
H. Luciano Lamarca, Coadjutor.

TETUÁN

P. Isidoro de la Torre, Misionero.
H. Juan Ferreróns, Coadjutor.

LAS MERCEDES

P. Juan Garriga, Misionero.
H. Jaime Camps, Coadjutor.

BÓLONG

P. Jaime Estrada, Misionero.
H. Ramón Esbrí, Coadjutor.

(1) † en diciembre de 1902.

Digitized by Google

La Isabela

P. Pablo Caballería, Misionero.
H. Miguel Pujol, Coadjutor.

Ayala

P. Miguel Carreras, Misionero.
H. Luis Montañá, Coadjutor.

RESIDENCIA DE JOLÓ

Joló

P. Gaspar Colomer, Misionero (1).
H. José Canalda, Coadjutor.

RESIDENCIA DE TAMONTACA

Tamontaca

P. Salvador Viñas, Superior y Misionero.
P. Guillermo Bennásar, Misionero (2).
P. Pablo Majoral, Misionero.
H. Juan B. Pérez, Coadjutor.
H. José Serrano, Coadjutor.
H. Pedro Llull, Coadjutor.
H. Sebastián Puigpelat, Coadjutor.
H. Sebastián Sanromá, Coadjutor.

Cotabato

P. Mariano Suárez, Misionero.
P. Felipe Ramo, Misionero.
H. Francisco Figuerola, Coadjutor.

Polloc

P. Baltasar Ferrer, Misionero.
H. Damián Jaume, Coadjutor.

(1) † el 16 de junio de 1900, en Manila.
(2) † en el mar, durante la travesía de Manila á España, en 1902.

Digitized by Google

RESIDENCIA DE DÁVAO

DÁVAO

P. Saturnino Urios, Superior y Misionero.
P. Tomás Barber, Misionero.
P. Vicente Balaguer, Misionero.
H. Miguel Ferreróns, Coadjutor.

PEÑA-PLATA

P. Lorenzo Peiro, Misionero.
H. Pedro Villareal, Coadjutor.

MALÁLAG

P. Antonio Benaiges, Misionero.
H. Antonio Llangort, Coadjutor.

RESIDENCIA DE MATI

MATI

P. Gregorio Parache, Superior y Misionero.
P. Manuel Roselló, Misionero.
H. Antonio Gairolas, Coadjutor.

SIGÁBOY

P. Salvador Giralt, Misionero.
H. Ramón Morros, Coadjutor.

Región septentrional (Diócesis de Cebú)

PROSIGUE LA RESIDENCIA DE MATI

CARAGA

P. Manuel Vallés, Misionero.
H. Cristóbal Morros, Coadjutor.

Digitized by Google

BAGANGA

P. Mateo Gisbert, Misionero.
H. Magín Anglés, Coadjutor.

MANAY

P. Eusebio Barrado, Misionero (1).
H. José Corróns, Coadjutor.

RESIDENCIA DE SURIGAO

SURIGAO

P. Alberto Masoliver, Superior y Misionero.
P. Ignacio Vila, Misionero.
P. Juan Casellas, Misionero.
H. Luis Ferreróns, Coadjutor.
H. Pascual Lasala, Coadjutor.

TÁNDAG

P. Francisco Sánchez, Misionero.
P. Francisco Ceballos, Misionero.
H. Sebastián Minguijón, Coadjutor.

LIANGA

P. Juan Llopart, Misionero.
H. Bernardo Beamonte, Coadjutor.

BISLIG

P. Salvador Buguñá, Misionero.
P. Matías Roure, Misionero.
H. Anselmo Pérez, Coadjutor.

RESIDENCIA DE BUTÚAN

BUTÚAN

P. Francisco Nebot, Superior y Misionero.

(1) † el 31 de mayo de 1900, en Manila.

Digitized by Google

P. Ramón Ricart, Misionero.
H. Magín Bertrán, Coadjutor.

ESPERANZA

P. Francisco Foradada, Misionero.
H. Juan Costa, Coadjutor.

PROSPERIDAD

P. José España, Misionero.
H. José Rovira, Coadjutor.

TALACOGON

P. Miguel Alaix, Misionero.
H. Antonio Auger, Coadjutor.

VERUELA

P. Fernando Diego, Misionero.
H. Pedro Simón, Coadjutor.

JÁTIVA

P. Bernardino Llobera, Misionero.
H. Francisco Mompó, Coadjutor.

MAYNIT

P. Guillermo Llobera, Misionero.
H. Miguel Sureda, Coadjutor (1).

RESIDENCIA DE TAGOLOAN

TAGOLOAN

P. Raimundo Peruga, Superior y Misionero.
P. Santiago Puntas, Misionero.
P. Ramón Bretxa, Misionero.
H. Clemente Beamonte, Coadjutor.

(1) † el 28 de septiembre de 1902, en Manila.

Digitized by Google

JASAÁN

P. Juan B. Heras, Misionero.
H. Pablo Guilá, Coadjutor.

BALINGASAG

P. Francisco Chorro, Misionero.
P. Martín Guitart, Misionero.
H. Joaquín Tricas, Coadjutor.

TALISAYAN

P. Nicolás Falomir, Misionero.
H. Juan Anglés, Coadjutor.

GINGÓOG

P. Ramón Pamies, Misionero.
P. Miguel Guardiet, Misionero.
H. José Vilanova, Coadjutor (1).

SUMÍLAO

P. Ramón Vila, Misionero.
H. Juan Moll, Coadjutor.

SEVILLA

P. Juan Martín, Misionero.
H. Miguel Llull, Coadjutor.

RESIDENCIA DE DAPITAN

DAPITAN

P. Juan Galmés, Superior y Misionero.
P. Rafael Vilarrubias, Misionero.
H. Antonio Gros, Coadjutor.

DIPÓLOG

P. Esteban Yepes, Misionero.
H. Ignacio Vila, Coadjutor.

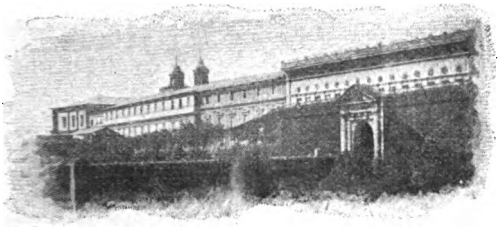
(1) † el 2 de febrero de 1899, en Sumílao (Mindanao).

Digitized by Google

LUBUNGAN

P. Antonio Obach, Misionero.
P. Esteban Miralles, Misionero.
H. Dionisio Azcue, Coadjutor.

«Los Misioneros de la Compañía de Jesús cuentan en Manila con una Casa-misión central, el Ateneo Municipal, la Escuela Normal y un Observatorio meteorológico, y administran 37 misiones con 265 visitas ó reducciones en Mindanao, Basilan y Joló». (*El Archipiélago Filipino.* — Colección de datos — geográficos, estadísticos, cronológicos y científicos, relativos al mismo..., — por algunos Padres — de la Misión de la Compañía de Jesús — en estas islas. — Washington: imprenta del Gobierno. — 1900. Tomo I., pág. 262.)



ATENEO DE MANILA

Digitized by Google

Digitized by Google

I

ABANDONO FORZOSO DE LAS MISIONES

DE MINDANAO

Digitized by Google

Digitized by Google

Carta del P. Manuel Roselló al R. P. Provincial [1]

Primeros chispazos de la revolución filipina en el distrito de Mati. — El P. Barrado y su Misión de Manay. — Partida del P. Roselló á Sigáboy. — La Providencia divina velando por el Misionero. — Peligro en que se encuentra el H. Villareal. — Orden de abandonar las Misiones. — Desde Sigáboy á Mati. — A bordo del *Labúan*. — La tempestad en el puerto — De Baganga á Dávao.

Pax Christi.

Veruela (Vera de Moncayo), 31 de octubre de 1898.

Mi reverendo y muy amado en Cristo P. Provincial: Cumpliendo gustosamente el encargo de V. R., voy á contarle algo de lo mucho desabrido que nos tocó sufrir á los Padres y Hermanos de la Residencia de Mati, con ocasión del levantamiento revolucionario que tuvo lugar en aquel distrito, el primero de los perturbados por la revolución en Mindanao.

Hasta abril de 1898, todos vivíamos tranquilos, ocupados en nuestros ministerios y gozando de paz octaviana, mientras en otras regiones del Archipiélago andaba todo á río revuelto. Mas á contar desde esta fecha, la cosa cambió de aspecto. Desde luego nos vimos privados de la visita mensual de los vapores correos, y consiguientemente, de los artículos de primera necesidad para la vida, de que aquéllos nos proveían.

Y como no podíamos sospechar lo que realmente, por desgracia, sucedió, creímos durante el mes de mayo, que la carencia de vapor correo sería efecto de alguna avería ó contratiempo; y así, aun en el

(1) R. P. Luis Adroer.

Digitized by Google

mes de junio, seguimos esperando confiados que vendría. Pero entre tanto los alimentos se iban consumiendo y faltando, y se encarecían los pocos que en las tiendas quedaban.

Desde mayo inclusive hasta septiembre, sólo visitó las aguas de Mati un vaporcito mercante, el cual, procedente de Joló, fué portador de malas nuevas. Por ellas quedamos más ó menos enterados de las desdichas de la patria en América y Filipinas. No obstante, Mindanao se mantenía á la sazón con tranquilidad relativa, estando todavía presentes las Autoridades españolas en las Cabeceras de los distritos y Comandancias político-militares; y por lo mismo, celebramos en Mati la fiesta patronal durante el mismo mes de septiembre. Pero la paz y alegría de la fiesta mayor fué, en realidad, muy efímera. Porque el día 20, nos la quitó la llegada del vaporcito *Surigao* que, á eso de las diez de la mañana de dicho día, penetró por la banda de Caraga, ó sea por donde nunca solían entrar los vapores correos. En efecto; por los que venían en este vaporcito, que eran el conocido comerciante D. León Balante y su yerno D. Domingo García, español y ex-teniente del tercio de la guardia civil (1), supimos que habían venido de Caraga, á toda máquina, para dar parte al Comandante de Mati de que todos los destacamentos del distrito se habían insurreccionado; que los jefes de la insurrección eran D. Prudencio García y un tal D. Manuel Sánchez, español deportado y que, finalmente, los tercios, con sus jefes y muchos paisanos de la Misión de Catel y de Baganga, abrigaban el propósito de venir á atacar á Mati y apoderarse de la Comandancia.

Este, pues, fué el primer levantamiento que hubo en todo Mindanao, y nosotros en Mati los primeros que sentimos las naturales consecuencias.

Como la noticia fué tan alarmante, á las pocas horas ya salía del cuartel con dirección á Caraga D. Manuel García Neila, oficial español, al frente de unos cuantos individuos del tercio. El objeto de su viaje era preparar una emboscada á los insurrectos que, en caso de venir, no podían pasar sino por un punto muy estrecho; y allí el Sr. Neila se parapetó con los suyos. Entre tanto el Comandante, falto de salud, y con escasa gente y pocos pertrechos, iba fortificando el pueblo.

(1) Los tercios civiles eran «una milicia en la cual ingresaban por sorteo los indígenas á las órdenes de jefes españoles, con una organización militar acomodada á las clases y al país.» *(El Archipiélago Filipino,* tomo I, pág. 369.)

Digitized by Google

Así fueron pasando algunos días. En uno de ellos vino de su Misión de Manay el P. Eusebio Barrado. La ocasión de su venida fué por haberse quedado casi solo en su Misión, pues enterados los de Manay, cristianos nuevos, en su mayor parte monteses, de cuanto ocurría, y que los insurrectos ya estaban en Caraga, que sólo dista cuatro horas, llenos de miedo, se retiraron á sus sementeras. Yo, por mi parte, considerando que aun no estaba bien repuesto de una larga enfermedad, que la casita provisional que habitábamos era incapaz para tres Padres y dos Hermanos, y que el sitio que ocupábamos era el más inseguro para un caso de sorpresa, por estar tan cerca de la Casa real y del cuartel; con objeto de que los Nuestros pudiesen obrar más libremente, si las cosas se ponían peor, pensé trasladarme á la Misión de Sigáboy, como sitio, por entonces, más alejado de peligros. Propuesta mi idea, fué aprobada por todos; y así, el día 29 de septiembre, en compañía del H. Villareal, dirigí la proa de nuestra embarcación hacia el puerto de Balete, situado al O. de la ensenada.

Por este tiempo el P. Barrado visitaba con frecuencia su dispersa Misión de Manay; y como el torbellino revolucionario no llevaba trazas de sosegarse, vino también á refugiarse á Sigáboy, huyendo de la tempestad. Por la misma causa estuve yo como detenido en este sitio unos cinco meses.

Pero no puedo dejar de referir á V. R. un episodio de mi viaje, en el que resplandece la infinita bondad y providencia de Dios Nuestro Señor, y no menos el amor de los indios para con el Misionero.

Fué el caso que en mi huída de Mati á Sigáboy, por especiales circunstancias, hube de atravesar solo un espeso bosque, por donde nunca había pasado, siguiendo una estrecha y tortuosa senda trazada por las plantas de los indios y por alguno que otro carabao (1) ó ca-

(1) «Este ganado (el caraballar) se halla constituído por el carabao ó búfalo *(Bubalus Buffalus* L.), familia Bóvidos, y es el cuadrúpedo más notable que los españoles hallaron en Filipinas. Pocos animales habrá tan feos, pero pocos también más útiles para las faenas agrícolas, especialmente en Filipinas, donde es irreemplazable. Tiene el color negro ó pardo oscuro, el pelambre muy raído, las astas grandes, arqueadas, complanadas y rugosas, y la cabeza pequeña con relación á su abultado cuerpo. Tiene mucha fuerza para arrastrar cargas enormes, pero su marcha es lenta y torpes sus movimientos. Por su grande resistencia á los ardores del clima y suma facilidad para vadear caudalosos ríos, trabajar terrenos fangosos, en los cuales se convierten, durante la estación lluviosa, todas las comarcas del Archipiélago, se hace también indispensable el carabao, pues sin él sería hasta imposible el tránsito por muchas de sus regiones.» *(El Archipiélago Filipino,* T. I, pág. 280.)

Digitized by Google

ballo que de vez en cuando la recorre. Mas á cosa de media hora de camino, noté que la senda se perdía en un barranco que se desliza al pie de un alto monte. En estas apreturas, descubrí varios caminos entre la arboleda; pero por la elevación del monte sobredicho, empecé á desconfiar de que ninguno de ellos uniese el embarcadero de Balete con la ranchería de Cuabo, adonde yo me dirigía. No obstante, seguí subiendo hasta la cima del monte, y allí vi que todas aquellas sendas concurrían á una sola, por lo que me determiné de bajar al llano por la otra banda del monte, siempre serpenteando por entre la espesura. Mas, por desgracia mía, después de andar y más andar, por espacio, poco más ó menos, de tres horas, — y serían ya las seis de la tarde, — observo que mi senda se confunde con un nuevo barranco, siguiendo el cual llego, á boca de noche, á una densa espesura de enredaderas y malezas espinosas. Y heme ya dando vueltas y más vueltas, sin acertar jamás con camino trillado y seguro; hasta que, al fin, fatigado y á obscuras, me fué forzoso detenerme. Allí, rendido por el cansancio y angustia, y sintiendo los ardores de la sed que me abrasaba, me senté al pie de un árbol, extendí mi paraguas y, encomendándome al Señor, á la Virgen, á S. José y al arcángel S Miguel, cuya fiesta se celebraba aquel día, me puse en brazos de la divina Providencia. No fué vana mi esperanza: porque ella, que velaba por mí, dispuso que un indio del convoy, inesperadamente, acompañado de otro indio, me hallase entre las sombras obscurísimas de media noche, á los pálidos reflejos de un tizón encendido que llevaba en la mano. Al verme se puso junto á mis pies y empezó á llamarme con voz lastimera: «¡Padre!... ¡Padre!...» Yo, tendido como estaba, con la cabeza debajo del paraguas, no había advertido su presencia, por lo que el oir sus voces y ver aquellas dos figuras tenía no sé qué de encantamiento. Preguntéles, luego de haberlos reconocido, cómo y quién los había traído allí á tales horas; y uno de ellos me dió razón de todo, diciéndome que al llegar la comitiva á Cuabo, habían preguntado por mí, y respondiéndoles la gente que no me habían visto, se determinó de buscarme, guiado por las huellas de mis zapatos, que habían quedado impresas en la arena del barranco y las recordaba el indio, que las había notado.

Dí gracias á Dios Nuestro Señor por la merced que acababa de dispensarme, y mostréme también muy reconocido al buen indio.

En Sigáboy no nos faltaron sobresaltos, por temer que ciertos

Digitized by Google

moros matones, que andaban por allí, no cometiesen con nosotros alguna fechoría, pues los tales ya habían asesinado y esclavizado á algunos cristianos.

Pero, con todo, lo que más nos hacía estar intranquilos, era el mal cariz que tomaba la revolución por la parte de Mati, y que de día en día nos iba frustrando las esperanzas que abrigábamos de mejores tiempos.

El H. Villareal estuvo en peligro en la Misión de Manay, y gracias que pudo esconderse en un cogonal por espacio de tres ó cuatro días. La causa del peligro que corrió el Hermano, fué por haber sospechado los sublevados que él había descubierto la pretensión que tenían de apoderarse de las armas.

El P. Urios nos ofreció hospitalidad en el espacioso convento de Dávao á todos los Padres y Hermanos de la Residencia de Mati, pues por entonces era aquel sitio muy seguro, estando al frente del gobierno las Autoridades españolas; mas al retirarse éstas, hubo también allí sus asesinatos y otros desmanes, que fué cosa de milagro cómo los Nuestros se salvaron.

Por fin, llegó la orden terminante de nuestro R. P. Superior de Manila para que abandonásemos por entonces el campo de nuestras tareas apostólicas, ya que no podíamos ser de provecho ni á los fieles ni á los infieles, por falta de libertad de acción y estar en continuo peligro nuestras vidas.

Recibida esta orden en Sigáboy, donde á la sazón nos hallábamos los PP. Salvador Giralt, Eusebio Barrado y el que subscribe, con el H. Ramón Morros, procuramos ponerla en ejecución lo más pronto posible. Al efecto, encajonados los objetos de la iglesia y convento, y entregados condicionalmente, como en depósito, á una junta de principales, se levantó la correspondiente acta, que firmaron los Padres é individuos de la junta, y llegó la hora de partir. ¡Hora verdaderamente triste, así para los que nos íbamos, como para los pobres infelices que se quedaban! A nosotros nos embargaba la aflicción, y ellos no podían contener las lágrimas.

Luego nos embarcamos y nos dirigimos á Cuabo, adonde llegamos el día siguiente. Aquí se formó una caravana bastante numerosa, y llevando cada uno sobre sus espaldas la parte del cargamento que le correspondía, emprendimos la marcha hacia Puerto Balete, á través de un dilatado cogonal, trepando con gran fatiga el enriscado monte, y recorriendo la enrevesada senda por espacio de cuatro

Digitized by Google

horas (1). Por la tarde nos hallábamos ya en el embarcadero de Balete, y el día 1.° de marzo de 1899 llegábamos á nuestro conventito de Mati. Mas ¡cuál no fué nuestra sorpresa, Reverendo Padre, al vernos reunidos allí hasta once de los Nuestros, en una casita que para tres era estrecha, y el saber que el motivo de su venida era la persecución que en el Norte movían contra los Nuestros los dos hermanos González!

En fin, como sardinas en banasta, permanecimos tres días en Mati, y al cuarto, gracias á un chino que nos exigió la friolera de cincuenta pesos por cada uno, pudimos embarcarnos con dirección á Sandakan (Borneo), en vez de ir directamente á Zamboanga, que era nuestro destino. Pero no hubo más remedio, y nos vimos precisados á sujetarnos á todas las exigencias del chino.

Hay que notar que, antes de partirnos, se entregaron en depósito todos los inmuebles á una junta de principales, á la manera que se hizo en Sigáboy.

La tierna escena que se desarrolló en la playa, cuajada de gente, al salir el 5 de marzo por la mañana, no es para descrita. Ya á bordo del *Labúan*, dimos el último *adiós!*, y partimos, dejando la masa de gente deshecha en llanto.

Al anochecer del mismo día, después de un viaje bastante pesado por la agitación del mar, fondeamos en Manay, donde pasamos la noche; y al siguiente día, también al anochecer, después de bien zarandeados y mareados por efecto de la mar brava que hallamos en el camino, llegamos á Baganga. Si malo había sido el viaje, Reverendo Padre, peor era lo que nos aguardaba durante la noche, en que sobrevino una terrible tempestad y estuvimos en inminente peligro de perecer.

Por desgracia, los inexpertos pilotos escogieron malísimo fondeadero en la bocana del río, y la crecida corriente del mismo acabó de aumentar el oleaje, y el buque quedó á merced de las desenfrenadas olas. Nosotros, entre tanto, rodábamos por la cubierta de acá para allá, cogiéndonos de lo primero que á mano nos venía. Y como el toldo de lona, que era lo único que nos daba abrigo, no podía contener la gran cantidad de agua de la lluvia, ésta á chorros caía sobre nosotros, dejándonos totalmente empapados.

Duró esta tormenta por espacio de dos á tres horas, en plena

(1) Contaba á la sazón el Padre 64 años de edad.

Digitized by Google

noche tenebrosa, sólo iluminada por la luz de un farolito pendiente del toldo que, afortunadamente, á pesar del vaivén, permaneció firme, y por el deslumbrante fulgor de los relámpagos.

El resto de la noche se pasó con tranquilidad relativa, no sin lluvia bastante para mantener bien mojados nuestros vestidos. Pero, gracias á Dios, amaneció el día y, á excepción de alguna que otra ligera contusión y rasguño, nos hallamos sanos y salvos.

Después de haberse embarcado los Nuestros que se hallaban en Baganga (1), el 8 de marzo partimos todos, regresando por la costa, hacia el fondeadero de Manay. Aquí se nos unieron el P. Salvador Buguñá y el H. José Corróns, y puesto el vapor otra vez en marcha, sin hacer escala en parte alguna, recorrimos toda la costa hasta doblar á media noche la punta de San Agustín, célebre por haber santificado aquellas playas con su presencia (según es tradición) el Apóstol de las Indias S. Francisco Javier (2).

A la madrugada del día 9 entramos en el seno de Dávao, y á eso de las diez fondeamos en la bocana de su río.

Omito por hoy darle cuenta del resto de nuestro viaje, porque sospecho que V. R. está ya enterado de él por otros Padres, y porque ésta va haciéndose demasiado larga.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De V. R. ínfimo siervo en Cristo.

MANUEL ROSELLÓ, S. J.

(1) Véase la carta del H. Minguijón.

(2) «Es fama que también dijo misa en el cabo de San Agustín y que predicó á los caragueños, pues de él se dice en la Bula de su canonización: Ipse primus paravis, malais, saracenis, mindanais, malacensibus et japonibus Evangelium Christi annuntiaverat.» *(El Archipiélago Filipino,* T. I, pág. 245.)

Digitized by Google

Carta del P. Manuel Vallés al R. P. Superior de la Misión [1]

Alzamiento del mestizo (español-tagalo), Capitán del tercio indígena, D. Prudencio García, en Baganga. — Desmanes del deportado español Manuel Sánchez, y su fin desgraciado. — Detención y liberación del P. Vallés. — Muestras de respeto que reciben los Padres. — Aspecto y estado de la insurrección.

Caraga, 25 de octubre de 1898.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Superior: No sé si habrán llegado ahí noticias del alzamiento del Capitán D. Prudencio García, quien, secundado por el español deportado Manuel Sánchez, el día 26 del pasado logró sorprender y desarmar, sin derramamiento de sangre, á todos los destacamentos de esta Misión y al de Baganga.

Al H. José Corróns y á mí, nos detuvo el dicho Sánchez en Caraga; bien que, poco después, entregándole cincuenta pesos, en vez de los quinientos que me exigía, nos dejó en libertad. Con todo, al día siguiente, ya muy temprano, nos volvió á prender y, juntamente, nos intimó la orden de salir para Baganga.

Mientras permanecíamos en el Tribunal (2), en calidad de dete-

(1) R. P. Pío Pí.
(2) Casa del Ayuntamiento

Digitized by Google

nidos, Sánchez se dirigió al convento (1) y tomó de allí dos fardos de ropa y ocho ó diez piezas de géneros que guardábamos para vestir á los muchachos de casa y á los cristianos recién bautizados. Además, habiéndole expuesto el Hermano la conveniencia de quedarse en el convento para cuidar de los animales domésticos, no quiso concederle esta gracia, alegando para ello fútiles y aun maliciosas razones; mas al fin consintió en que quedase en libertad, y se contentó con que yo le siguiese á Baganga.

Salimos, pues, montados en sendos caballos, como á las siete y media de la mañana, precedidos de veintidós ó veinticuatro soldados del tercio indígena y de los que llevaban las catorce armas de este Tribunal y los fardos sobredichos.

No fueron muchos, ciertamente, los vecinos que presenciaron nuestro desfile al salir de Caraga (porque la mayor parte de mis feligreses, por no hacerse solidarios de la fechoría, se encerraron en sus casas); pero los que me salieron al paso á despedirme, mostraron tan vivo sentimiento y pesar de mi partida, que su cariño y dolor me enternecieron de veras.

Siguiendo, pues, nuestro camino, llegamos á Santa Fe, donde nos detuvimos un poco. Entre tanto Sánchez cogió el bastón de mando del Capitán de la reducción y, después de haberlo roto, tiró los pedazos con desprecio, diciendo que ya no había gobierno. Luego, proseguimos la marcha, y á mediodía llegamos á Manurigao, donde también hicimos alto.

No entraba en los planes de Sánchez detenernos aquí mucho tiempo, pues, según me dijo, quería aprovechar la hora del fresco para continuar nuestro camino; pero, por los inexcrutables juicios de Dios, nuestra permanencia en esta reducción fué harto más larga de lo que podía esperar y aun temer el mismo Sánchez.

Por la tarde me dijo que quería hablar conmigo, y, ciertamente, hablamos largo, y tratamos despacio de materias religiosas y de nuestra Compañía; mas en todo observé que el pobrecito padecía gran confusión de ideas.

Pero V. R. preguntará tal vez: ¿por qué no se prosiguió el camino? Pues de fijo no lo sé: sólo sí puedo afirmar que, ya de noche, noté cierto extraordinario movimiento entre los que me acompañaban, y

(1) Casa residencia del P. Misionero.

Digitized by Google

que, puesta mi atención en indagar lo que ocurría, parecióme que amarraban á alguno. En efecto, Sánchez, el mismo infeliz Sánchez, como supe luego, acababa de ser preso y maniatado por orden de su Presidente. ¡Qué cambio de fortuna! Mas no pararon aquí sus desventuras. Porque ya al día siguiente, aun antes de amanecer, me dijeron que, por los abusos cometidos, se le condenaba á muerte.

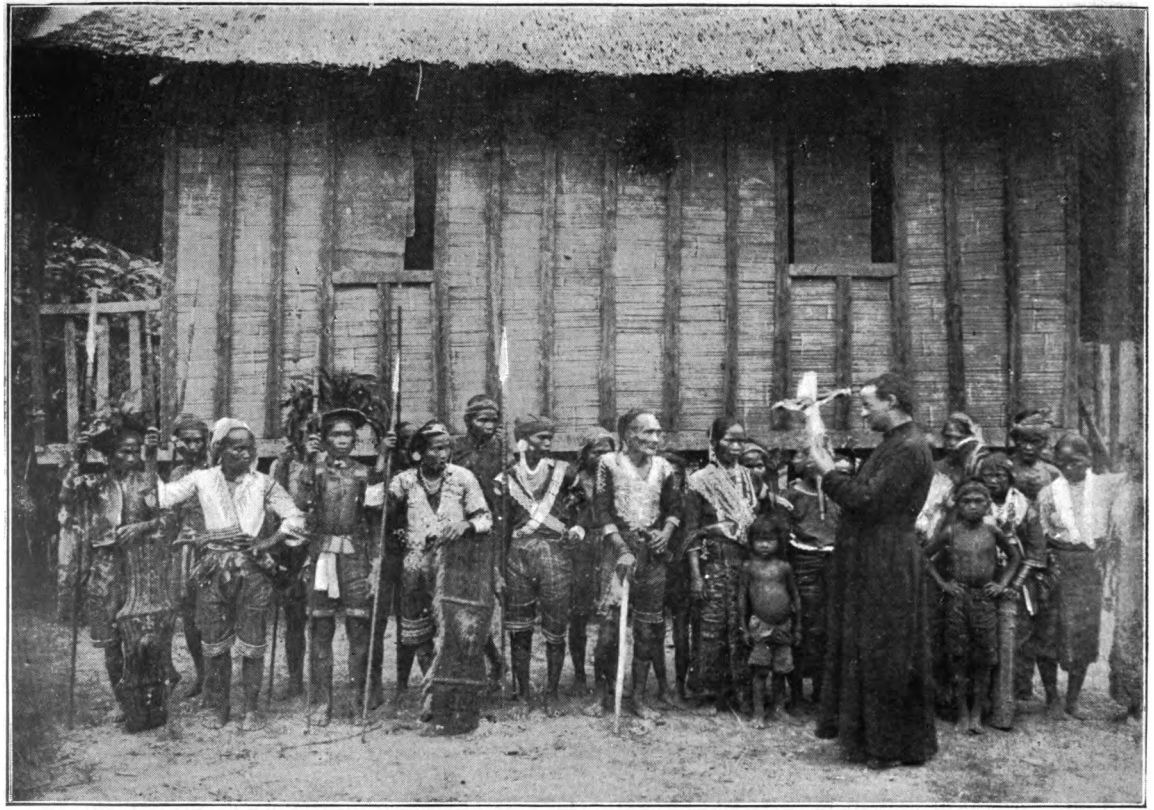
No hay para qué decir á V. R. cuánto me afligió la desgracia de nuestro compatricio, y lo mucho que intercedí por él para que no se ejecutase tan terrible sentencia. Pero todo fué inútil: á mis súplicas, siempre se me contestaba lo mismo: que tenían hecho juramento de obedecer y lo querían cumplir; que, según lo establecido, los que atropellaban sin derecho, debían ser pasados por las armas y, finalmente, que D. Prudencio García había llevado muy á mal las vejaciones de que habían sido objeto mi persona y las cosas del convento.

Interin recibí carta del P. Gisbert, en la cual me decía que, al volver á Baganga, después de una excursión apostólica, se había encontrado con el pueblo sobre las armas; pero que, á pesar de esto, don Prudencio le aseguraba que no teníamos por qué temer respecto de nosotros, y que tampoco se haría cosa alguna contra nuestra sacrosanta Religión ni contra España.

En cuanto á mí, debo también decir á V. R. que los mismos que me custodiaban me dieron por libre, con entera facultad de ir á donde mejor me pareciese.

Mas volvamos al desgraciado Sánchez. Ya entrado el día fuí á visitarle. Le manifesté, con mucho sentimiento, la pena que me causaba su triste situación, y de paso le dí también á entender cuánto me había interesado por su suerte. Con este motivo le sugerí algunas piadosas reflexiones; le hice ver la grandeza del beneficio que Dios le concedía con depararle un sacerdote en aquellos momentos, y le exhorté con suavidad á que, agradeciendo al Señor tal merced, se aprovechase de la misericordia divina. May ¡ay!, Padre mío, y qué inútiles fueron mis amorosas palabras. Porque ya al principio me dijo que no quería confesarse, que no tenía pecados; después, como yo perseverase en exhortarle, enojóse y tratóme muy mal de palabra , y, al fin, á pesar de mi mucha paciencia y de mis buenos consejos, se obstinó en su fatal resolución y en no cesar de injuriarme. Visto lo cual, y por no darle ocasión de multiplicar pecados, no tuve más remedio que apartarme de su lado. Por otra parte, los soldados me ins-

Digitized by Google



El P. Gisbert exhorta á los bagobos del Apo á que dejen de sacrificar á sus esclavos, mostrándoles á Cristo sacrificado por el hombre.

Digitized by Google

Digitized by Google

taban también á que terminase pronto mi visita, porque ya se acercaba la hora de ejecutar la sentencia, y, además, á mí me precisaba salir lo más pronto posible de Manurigao. Con todo, estimulado por el celo de las almas, quise visitarle de nuevo y le hallé sin sentido. Entonces, por no omitir medio alguno que estuviese á mi alcance, en razón de hacer bien á su alma, le excité como pude al arrepentimiento y, después de absolverle *sub conditione*, tomé el camino de Baganga para ir á hablar con el P. Mateo Gisbert. ¡Dios se haya apiadado del alma del desventurado Manuel Sánchez! No poco debieron de influir en sus malas disposiciones las perversas lecturas, pues, como él mismo me dijo, entre otros libros, había leído *El Judío errante*.

Á mi llegada á Baganga, me vinieron á visitar al punto los de la principalía y D. Prudencio con su gente. Este me ratificó de palabra, cuanto por escrito me había comunicado el P. Gisbert, esto es, que podíamos estar enteramente seguros de que no se haría daño á los Nuestros, ni se atentaría contra la soberanía de España. Y, realmente, en la ventana del Tribunal ondeaba la bandera española. No obstante, aseguró también que exigía reformas en el impuesto de las cédulas, y en el servicio de prestación personal, y que, si bien se había puesto al frente del movimiento, con el fin de evitar mayores males, él no depondría las armas, hasta tanto que su pretensión fuese favorablemente resuelta por el Gobierno superior de Manila.

Después de permanecer un día al lado del P. Gisbert, al siguiente me partí para Caraga, despacito, por supuesto (porque ya mis fuerzas no son para ir cabalgando ocho horas seguidas, sin tomar algún descanso); y al pasar por las *ilayas* (1), no lejos del término de mi viaje, tuve el consuelo de ver que de todas partes me salía la gente al encuentro, la que, con lágrimas en los ojos y con otras muestras de afecto, me fué acompañando hasta la población, que poco antes estaba desierta.

Ahora, R. Padre, como por haber abandonado estas gentes el cultivo de las tierras se teme en Baganga un invierno de mucha carestía, el P. Gisbert ha exhortado á D. Prudencio á que depongan las armas y se dediquen con ahinco á las faenas agrícolas; pero él no se atreve á dar este nuevo paso, sin tener antes asegurada su inmunidad y la de los suyos, por medio de un amplio indulto del Gobierno supe-

(1) Tierras de labor apartadas del pueblo, comúnmente hacia el interior.

Digitized by Google

rior. Entre tanto, sigue con su gente, fortificado en un montecito próximo á Baganga.

Los de Catel se han escondido en las *ilayas* para evitar compromisos, y los de aquí han imitado su ejemplo (1).

De V. R. afmo. siervo en Cristo.

MANUEL VALLÉS, S. J.

(1) La insurrección de Baganga acabó pacíficamente, y fué de esta manera: que, por una parte, el Comandante español de Mati, que era el llamado á sofocarla, recibió orden de abandonar aquellas regiones, antes de decidirse á atacar al Capitán D. Prudencio García; y, por otra, el Teniente español Sr. Neila, que quedó con el mando, no tuvo dificultad en compartir con el mismo Capitán el ejercicio y funciones de la suprema autoridad que acababa de recibir, por lo cual D. Prudencio figuró desde entonces como Gobernador de Baganga. En las cartas del P. Masoliver y del H. Pérez veráse el buen uso que de su poder hizo el mencionado D. Prudencio García.

Digitized by Google

Carta del P. Alberto Masoliver al R. P. Provincial

Gobierno popular en Surigao, sucesor del gobierno español. — Llegada y conducta de los hermanos González. — Prisión y temores de nuestros Misioneros. — Descontento del pueblo contra los nuevos gobernantes. — Oportuna intervención de D. Prudencio García. — Detención de los González y libertad de los Padres. — Gratitud de los Misioneros para con sus feligreses.

Manila, 8 de mayo de 1899.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: Ya ve V. R. desde dónde le escribo. Pero, á pesar de todo, bendito sea el Señor que tanta providencia tuvo de nosotros en medio de tan varios sucesos.

Y voy derechamente á referirle algunos.

Perdida el 24 de diciembre de 1898 la soberanía española en el tercer distrito de Mindanao, se procedió en la Cabecera á la elección de los que debían constituir la Junta provincial interina. Para acto de tanta trascendencia é importancia, los principales de Surigao tuvieron la atención de invitar al P. Misionero y aun, estando presente, le obligaron á presidir la mesa.

Elegidos por sufragio, con toda lealtad y rectitud, los que iban á ejercer el gobierno, en substitución del de España, comenzó cada cual á desempeñar su cargo, al parecer, con mucha satisfacción y justicia. Gozábamos por tanto de paz, jamás perturbada, y la concordia reinaba por completo en el distrito. Pero cuando menos se esperaba, arribaron de improviso los hijos del recién elegido Presidente de Surigao, D. Simón y D. Wenceslao González, y su presencia imprimió nuevo y turbulento carácter á la pacífica provincia.

Digitized by Google

Estos dos hermanos, desterrados por filibusteros á principios del año anterior, regresaban de Malolos, con cargos importantes, conferidos, según ellos, por el mismo Presidente de la República filipina; y además traían no sé qué órdenes secretas cuyo estricto cumplimiento les urgía.

Es la familia González, por si V. R. lo ignora, muy conocida del P. Pablo Pastélls, de cuya bondad y caridad ha recibido singulares beneficios.

Llegados, pues, el día 12 de enero, por la tarde; el mayor de los hermanos, D. Simón, presentóse desde luego como Teniente general de los ejércitos de Mindanao, y el menor, D. Wenceslao, como Presidente provincial interino y comisionado para hacer por votación el nombramiento de jefes locales en los distintos pueblos del distrito. Y, como nadie se atrevió á exigirles credenciales ni documentos algunos, que acreditaran la validez de tan repentinos y elevados ascensos, ellos fácilmente y sin estorbo, desde el principio, se impusieron á todos.

No se nos ocultó ya desde entonces, Reverendo Padre, la tribulación que, sin duda, de un momento á otro, nos había de afligir, y por lo mismo, dispuestos á llevar la cruz, nos ofrecimos al Señor, que no nos faltó con su ayuda. Bien fué menester; porque, aun no habían transcurrido dos horas, desde que llegaron los González, cuando ya estábamos reducidos á prisión el P. Ignacio Vila, el Hermano Pascual Lasala y el que esto escribe, únicos que nos hallábamos en casa, la cual, en adelante, quedó convertida en cárcel de los Nuestros y de los RR. PP. Benedictinos del distrito. Y para que todo estuviese en consonancia, pusiéronnos guardias á la puerta, nos incomunicaron del todo, incomunicaron también á los muchachos del convento y apoderáronse de los reducidos caudales de la iglesia y de casa. Sólo faltaba hacer inventario de cuanto teníamos, y lo hubieran realizado, sino que, por ser ya de noche, aplazaron el acto para el día siguiente.

Pronto, muy pronto, no sin grande estupor y marcado disgusto, se enteró la gente de cuanto ocurría (y aun no faltó quién indicara á los González la mala impresión que todo ello causaba en el pueblo); y, ya sea por esto, ó ya por otros motivos, lo cierto es que el inventario, ó por mejor decir, la incautación de nuestras pobres alhajas no se hizo. Más todavía: se nos dió facultad de celebrar y de ejercitar en la localidad nuestros sagrados ministerios.

Digitized by Google

La desdichada tarea comenzada en Surigao por los González, prosiguióse en las parroquias vecinas de Taganaán, Gigáquit y Dinágat, y en breve espacio de tiempo extendióse, asimismo, por todo el distrito hasta Butúan, adonde fué D. Wenceslao en persona para detener á los Nuestros y apoderarse de los escasos recursos que poseían nuestras misiones é iglesias. Mientras esto sucedía, los delegados del nuevo gobierno iban conduciendo á Surigao, en calidad de prisioneros de guerra, á los Padres y Hermanos, arrancados sin justo motivo de sus pacíficas moradas. Llegaban algunos tan desfigurados y maltrechos del camino, que, no sólo daba pena verlos, más aun hubo quien, de resultas del penoso viaje, vino á enfermar muy gravemente. Y no hay que decir que, aumentándose el número de los presos, nuestra casa se fué reduciendo de tal suerte, que se hizo muy incómoda. Como que nos reunimos en ella hasta veintiocho religiosos. Ahora añádase á lo dicho, que pasamos dos meses y doce días sin recibir alimentos de Manila, y, todo junto, dará idea de las muchas ocasiones que tuvimos de padecer por nuestro amantísimo Jesús. Mas, entre tantas privaciones é incomodidades, vivíamos alegres, muy conformes con la voluntad divina.

El tiempo lo empleábamos del modo más santo que nos era posible; porque, fuera de los ministerios dichos y de los ejercicios espirituales ordinarios, y de tratar frecuentemente con Dios Nuestro Señor, lo restante del día se destinaba al estudio, además de tener casos de conciencia, como se acostumbra en nuestras comunidades, y plática, según la regla.

Esta era nuestra vida ordinaria, y, menos mal, si siempre hubiese procedido á este tenor. Mas ¡qué de temores y zozobras, y qué de amarguras imprevistas no pasamos á las veces en nuestra cautividad! Entre otros casos particulares que podría referir, recuerdo ahora que una noche, estando todos reunidos, después de cenar, apareció de repente D. Wenceslao con una carta que dió á leer al R. P. Superior de los Benedictinos. Estaba fechada en Taganaán, y en ella se decía, en substancia, haberse sabido que los de Cantilan no querían sujetarse á las nuevas autoridades de Surigao. «Pues si resulta ser verdad — dijo González, — que Cantilan se resiste, tengo el sentimiento de decir á ustedes que habrá desgracias en esta Cabecera.»

Fácilmente puede entenderse, Reverendo Padre, la angustia en que nos dejó el nuevo Presidente. Pero nuestra aflicción subió de punto, cuando al anochecer del 14 de marzo se presentaron dos ayu-

Digitized by Google

dantes del General, y de orden del mismo nos hicieron saber que todos los Padres y Hermanos, excepción hecha del R. P. Eladio y del que subscribe, debían embarcarse al otro día para navegar con rumbo desconocido de nosotros. Y al objeto, sin duda, de disponer el viaje, se me exigieron los nombres de los presos, relación que fué presentada á la superior autoridad militar dentro de pocos momentos.

El golpe era rudo, y nuestra pena cual se puede colegir; mas el Señor, que en tales casos da singular esfuerzo, nos ayudó con su poderosa gracia.

Acompañado de los PP. Eladio y Nebot, presentéme al General y le manifesté la honda pena que nos había causado la orden sobredicha, y el deseo grande que teníamos de saber á dónde serían conducidos los Padres y Hermanos. Sea porque quisiese darnos gusto, sea por haber quizá cambiado de parecer, D. Simón no tuvo dificultad en decirnos entonces que Placer y Gigáquit eran los pueblos destinados á ser residencia de los presos.

Llegó el día siguiente, que era miércoles, y á la tres de la tarde, después de visitar á Jesús Sacramentado, nos dimos el abrazo de partida en la sacristía de la iglesia, y saliendo por la puerta del convento, nos dirigimos todos al embarcadero de Bilan-bilan, que dista de casa como un cuarto de hora. El H. Simón, que, por estar delicado de salud, no podía andar á pie, vino en coche y, á pesar de todo, tuvo que seguir la suerte de los que se partían.

Cuán triste fuese el embarque, no hay para qué decirlo; pero más doloroso fué todavía para mí el tener que separarme de mis queridísimos Padres y Hermanos.

Y porque V. R. querrá saber cómo fueron repartidos, voy á cumplir su justísimo deseo. Los PP. Francisco Nebot, Miguel Alaix, Guillermo Llobera, Francisco Foradada, Juan Casellas é Ignacio Vila, con los HH. Magín Bertrán, Miguel Sureda, Antonio Auger y Pedro Simón, fueron trasladados á Gigáquit, los cuales, juntamente con los PP. y HH. Benedictinos que tuvieron el mismo destino, formaron una comunidad de diez y siete religiosos. A los restantes, á saber, á los PP. Bernardino Llobera y José España, y á los HH. Juan Costa y Francisco Mompó, con dos Padres y un Hermano Benedictinos, se les retuvo en Placer. Al R. P. Superior de los mencionados religiosos, con el H. Román de la misma Orden, y al H. Pascual Lasala y á mí nos dejaron en la Cabecera del distrito.

Hasta aquí, R. P. Provincial, á pesar de todo, no podíamos

Digitized by Google

menos de reconocer que la divina Providencia velaba por nosotros, con solicitud verdaderamente paternal; pero en adelante, la experimentamos todavía más amorosa y benéfica.

Estaban ya por este tiempo los de Surigao, no sólo descontentos, mas también cansados de sufrir el gobierno de los González. Decíase que, en poco más de dos meses, habían allegado más de treinta mil pesos fuertes, parte de los cuales, y no la mayor, pertenecía á las iglesias de las misiones y parroquias del distrito para atender al culto, y la otra restante era de particulares. Además, afligida la provincia por el hambre, como suele suceder todos los años en los meses de enero, febrero y marzo, quiso D. Simón remediar la necesidad, haciendo traer de fuera abundantes provisiones de arroz y palay (1); mas estos artículos, que son como el pan del país, y consiguientemente, el alimento más común y preciso, encerrólos en su casa y los puso á la venta á precios tan excesivamente caros, cuales nunca se habían exigido. Traía también á mal traer á los varones, obligándoles todos los lunes y martes á abrir fosos y á levantar trincheras; trabajo, por cierto, bien inútil, como todos lo echaban de ver, pues no teniendo fusiles, llegada la hora del combate, nadie había de querer utilizar semejantes parapetos, sepulturas abiertas prematuramente para cuantos desde allí resistiesen á los americanos. Pues, si á todo lo dicho, se añaden amenazas de muerte á personas de arraigo, tenidas en mucho por los del país; total cesación del comercio, por no permitirse la exportación de abacá á los puertos de Manila y Cebú, y cierto malestar general y continua zozobra, por causas que omito, se comprenderán perfectamente los motivos que tuvieron los principales de Surigao, para resolverse, finalmente, á excogitar un medio, con que acabar de una vez con tan mal estado de cosas.

Deparóselo el cielo en la persona del célebre García, el mismo que el año anterior se había distinguido tanto en favor del P. Vallés. Porque, enterado D. Prudencio de cuanto pasaba, por cartas que uno de los principales de la Cabecera le escribía, y sabida nuestra triste y azarosa situación; quiso á toda costa intervenir, y al efecto partióse de Baganga, y, al frente de veintiocho soldados decididos, se puso en camino. Después de un viaje de cuatro semanas por mar y tierra, llegó oportunamente á Placer, y desde allí mandó á Surigao una comisión, que podríamos llamar exploradora.

(1) Arroz no descascarado.

Digitized by Google

Mal estómago le hizo á D. Simón la venida de los comisionados; pero, disimulando su disgusto, y entendiendo que García deseaba entrar en la Cabecera, no puso reparos en ello. Obtenido este asentimiento, llegó el 24 de marzo, y en este día, procurando evitar todo lo que pudiese significar alarde y aparato, desembarcó D. Prudencio; el cual, ya bien tarde, vino al convento á saludarnos, y al despedirse me dijo: «Rogar, Padre, rogar por mí y por los míos esta noche.» Sin embargo, en ella, por causas que no son de este lugar, no hubo nada. Empero el día siguiente, consagrado á Nuestra Señora, previa señal que se hizo, retiróse García con los suyos á la casa tribunal y, pasándose á su bando los oficiales é individuos de tres compañías armadas, quedóse D. Simón sin soldados y abandonado de todos, á excepción de cuatro disciplinarios que formaron su escolta.

Viendo ya D. Prudencio ganada la partida, envió al General una carta familiar, en la que le rogaba se presentase á sincerarse de los cargos que el pueblo le hacía. Contestó él que ¿quién era el pueblo para pedir cuentas á todo un General de Mindanao? Mas entonces se le intimó por medio de oficio la orden de comparecer en el término de una hora, advirtiéndosele que, de no hacerlo, sería su casa atacada por las armas. Al principio Simón se resistió á presentarse; pero después, oyendo el toque de ataque, se dirigió al tribunal, bien que armado hasta los dientes y acompañado de los cuatro disciplinarios. Allí, ante la Junta en peso y parte de la principalía, se le hicieron cargos, á los que no supo qué contestar; obligósele, luego, á deponer las armas, como en efecto lo hizo, y, al fin, hecha dimisión de su cargo, se le redújo á prisión, juntamente con su padre Juan González.

Duró este acto, tan hábilmente realizado por García, unas dos horas. A continuación, todos los presentes, que serían como cuatrocientos, proclamaron con grande entusiasmo Jefe militar de los distritos 3.° y 4.° á D. Prudencio, quien, acompañado de sus amigos, nos visitó inmediatamente para darnos á todos un abrazo y con él la tan suspirada libertad. Dos meses y doce días hacía que la habíamos perdido.

Este, pues, fué el día en que la Virgen quiso, por medio del caudillo de Baganga, devolvernos la tranquilidad. Al siguiente, participaron también de nuestra común alegría, los Padres y Hermanos recluídos en Placer y Gigáquit, y á la misma hora precisamente fué preso en el último de dichos pueblos D. Wenceslao, hermano de D. Simón, que regresaba de Tago.

Digitized by Google

Y aquí termino, Reverendo Padre, mi narración. Sólo me resta cumplir con un deber de justicia y gratitud, y lo hago con gusto, declarando que los vecinos de Surigao, no sólo sintieron honda pena al vernos cautivos, mas también, como hijos amantes, se interesaron constantemente por sus Padres. Sí, á ellos, después de Dios y de la Virgen, debemos nuestra libertad y aun nuestra vida. Dóciles, sumisos, respetuosos y fieles en todo y por todo á sus PP. Misioneros, merecen que la Historia de nuestras Misiones perpetúe su buena memoria. Ojalá viva siempre entre ellos la fe, á quien se debe el amor y respeto que profesan á la Compañía de Jesús.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De V. R. humilde siervo en Cristo.

Jhs.

ALBERTO MASOLIVER, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Francisco Nebot al R. P. Provincial

Peligrosa situación y turbulencias de los pueblos del Agusan, recién emancipados de España. — La bandera pontificia.—Prisión de los Misioneros.—Entrevista del P. Nebot con D. Wenceslao González en Butúan.—Funerales por los muertos en la guerra. — Registro llevado á cabo en el convento.—Segunda entrevista del Padre con González.—Embarque de los PP. Nebot y Foradada y H. Bertrán —Música y llantos.—Estancia en Cabarbarán y en Túbay.—Prisión del P. Guillermo Llobera en Jabonga.—Castigo de dos malhechores.—Salida de Túbay y contratiempos del viaje.—En Anauauon y en Surigao.—Prisión de los demás Misioneros del Agusan.—Sentimiento de los pueblos.

Sarriá (Barcelona), 1.º de octubre de 1899.

P. C.

Amadísimo en Cristo R. P. Provincial: El año pasado, á fines de octubre, envié á V. R., desde Butúan, una breve narración de las vicisitudes que pasamos los Misioneros de aquella Residencia, á raíz de la sublevación de los tagalos contra la dominación española. Por lo que en ella dije, pudo ver V. R. que durante el dicho mes de octubre, se concentraron en Surigao todos los peninsulares residentes en la provincia, así como también el Comandante político-militar de Butúan y las fuerzas del tercio civil de policía. Quedamos, por tanto, los Misioneros á merced de los indios, y unos y otros expuestos á las acometidas de los baganis (1) que habían logrado armarse de fusiles.

Apenas había transcurrido un mes, cuando ya los del alto Libang, valiéndose de la superioridad de su armamento, asesinaban y esclavi-

(1) Asesinos monteses.

Digitized by Google

zaban en la Asunción y en otras reducciones del alto Agusan, y corriéndose luego hasta las de Santa Fe y San Luis, cerca de Talacogon, sembraban por todas partes la alarma.

A pesar de todo, los Padres continuaban en sus puestos, visitaban las reducciones y, confiados en la Divina Providencia, no descaecían de ánimo, ante el próximo y pavoroso desarrollo de los acontecimientos.

Así las cosas, llegó la noche del 22 al 23 de diciembre, y con ella, un oficio del Comandante español de Butúan, quien, al embarcarse en Surigao para Manila, resignaba el mando en la persona del gobernadorcillo D. Juan Atega. Desde entonces fueron indígenas nuestras inmediatas autoridades civiles, judiciales y militares; y la Junta de gobierno, que se formó en Butúan, presidida por el señor Atega, guardó con el P. Misionero las mismas atenciones que antes.

También con la misma religiosidad y animación de los años anteriores, se celebraron las fiestas de la Natividad del Señor; y el profundo cambio político, que acababa de obrarse, sólo se conocía exteriormente por el lugar de distinción que ocupaba en la iglesia la Junta de gobierno, y por el color de la bandera que ondeaba en la casa tribunal. Porque ha de saber V. R. que, arriado el pabellón español, izaron por de pronto bandera blanca; si bien, poco después, vino el Jefe local á consultarme sobre este punto, por no saber si quedarían bajo el gobierno de Aguinaldo ó de los americanos. Indiquéles que, hasta tanto que no se resolviese este asunto, podrían adoptar la bandera pontificia y, acogida con aplauso la idea, fué aquélla paseada en triunfo, á los acordes de la música, el día de los Santos Reyes.

Y para que vea V. R. si estábamos seguros del afecto de los naturales, bastará decir que el P. Francisco Foradada, que se hallaba en Butúan, reponiéndose de unas calenturas, fué á celebrar las fiestas de Navidad en Nasipit y Tolosa, y el P. Ramón Ricart, mi compañero, fué á suplir la ausencia del Misionero de Talacogon, P. Miguel Alaix, mientras éste recorría las reducciones de su Misión.

La paz y sosiego de que gozábamos, duró hasta el día 17 de enero de 1899, fecha en que el pueblo de Butúan recibió la visita del titulado Coronel de caballería y Gobernador de Surigao, D. Wenceslao González.

Serían las doce del día, cuando este señor, precedido de la bandera filipina, y acompañado de algunos principales, hacía su entrada

Digitized by Google

en el pueblo, al son de la música. Llevaba pantalón encarnado, sable, revólver, insignias de Coronel, y escuadras y triángulos en la botonadura. Fuí á su encuentro; le dí la bienvenida; preguntéle por su hermano y por su padre, á quien sucedía en el gobierno y, finalmente, le acompañé al Tribunal, y él á su vez se mostró fino y deferente conmigo y me hizo sentar á su derecha. Diéronse muchos vivas, y mis buenos y sencillos feligreses echaron uno muy entusiasta á este su P. Misionero.

Luego, arriada la bandera pontificia, fué izada la filipina, cuyos colores y estrellas explicó González en el sentido de independencia y libertad contra la dominación española, negando de paso que tuviesen significación masónica, así como también los emblemas sobredichos de la botonadura. Le ofrecí nuestra casa y me despedí de todos.

Una hora después se presentaba González en el convento, acompañado de varios empleados del gobierno de Surigao, con parte de la principalía de Butúan y de algunos soldados al mando de cierto sujeto, llamado Bernardino, que acababa de cambiar los galones de sargento del tercio por los de Capitán del ejército filipino.

El objeto de la visita fué declararnos, de parte de Aguinaldo, prisioneros de guerra á todos los PP. y HH. residentes en estas Misiones. Cinco éramos los que entonces nos hallábamos en Butúan: el P. Francisco Foradada, algo enfermizo, como he dicho; el ancianito P. Juan Casellas, que desde octubre se había venido á vivir con nosotros, alejándose de Surigao, para estar más libre de sobresaltos; el H. Magín Bertrán, convaleciente de una grave enfermedad contraída en Jabonga; el H. Antonio Auger, que asistía á los enfermos y el que subscribe.

Acto seguido, pidió González el libro de cuentas del *Sanctorum* (1), y al ver que el saldo definitivo, sólo era de unos novecientos pesos, mostró extrañeza; luego quiso examinar la caja y, satisfecha esta exigencia, tomaron nota del dinero que en ella se guardaba. Y ¿qué más, dirá V. R.? Pues en acabando González, habló el Capitán Bernardino, y también para pedir, ó por decirlo mejor, para exigirnos las armas, y, en efecto, llevóse las únicas que había en el convento, que no eran sino dos malos fusiles de los destinados á la defensa de las reducciones. Y con esto, y con darle yo palabra for-

(1) Esto es: de los fondos destinados al culto y fábrica de la iglesia.

Digitized by Google

mal de que no había más armas en casa, dieron por terminada la visita y se fueron, no sin dejar antes soldados de centinela á la entrada del convento.

Pero, mi R. Padre, faltábale á aquel día, en cierto modo, lo peor: porque, antes de anochecer, presentóse de nuevo el Capitán Bernardino para practicar un reconocimiento, en busca de no sé qué armas, (dando con ello á entender que no se fiaba de nuestras palabras); y, si bien fueron inútiles sus vanas diligencias, con todo, como puede suponer V. R., no dejaron de sernos molestas, por la mala fe que suponían en nosotros. Además, durante toda la noche, permaneció la guardia en la portería, con no pequeña incomodidad del Padre que ocupaba el aposento de encima, y á quien no dejaron dormir el ruido, y los pésimos olores del tabaco y del petróleo que se introducían por entre las tablas del piso. Por todo lo cual, no es de extrañar que recayese el H. Bertrán, y que también se excitase mucho nuestro P. Casellas.

El día siguiente, 18 de enero, escribí á Wenceslao, pidiéndole hora para hablarle: dió de palabra la contestación, la cual, no habiendo sido transmitida fielmente, fué causa de que, al ir yo á su casa, le encontrase por el camino, cuando con la principalía se dirigía al tribunal, para efectuar la elección de nuevas autoridades. Acompañéle, y estuve hablando con él, mientras se hacían los preparativos para el mencionado acto; y luego me retiré de allí, al irse á empezar la votación.

Lo que me dijo este día fué, en resumen, lo siguiente: que por orden de Aguinaldo nos había de conducir á Surigao, donde, reunidos todos, seríamos entregados á algún barco norteamericano que nos pondría en poder de los españoles. Luego apareció no ser éste el motivo de la concentración.

El día 19 cantóse una Misa solemne de *Requiem* por los que habían fallecido durante la guerra. Encargóla el mismo Wenceslao, y añadió que las dos rezadas se aplicasen por la misma intención; mas no dió limosna alguna ni para la iglesia ni para los cantores. La función fué, en verdad, muy religiosa y espléndida, ya por la numerosa concurrencia que asistió, ya, asimismo, por lo bien que lo hicieron los que ejecutaron la partitura; y no menos también, por la novedad de hallarse presentes, en lugar distinguido, las autoridades, presididas por el Gobernador.

Gran parte de la mañana estuvimos los tres Padres oyendo con-

Digitized by Google

fesiones. Los penitentes, noticiosos de nuestra próxima partida, querían despedirse de nosotros; aunque las lágrimas y sollozos, interrumpiendo sus palabras, hablaban con mayor elocuencia que éstas.

Después de la Misa solemne, empezó la gente á acudir á nuestra casa. Los cantores, á quienes la guardia cortó el paso por la puerta del convento, entraron por la iglesia; mas tampoco lograron de viva voz manifestarnos su pena, porque el llanto que les sobrevino de repente se lo impidió del todo. Creo que no extrañará V. R. si le digo que también nosotros nos enternecimos mucho, á vista del afecto y sentimiento de nuestros feligreses. Varios de ellos pudieron entrar con diferentes pretextos, siendo el más común el traernos limosnas de misas; pero al saberlo González, dispuso que se las entregasen al mismo, diciendo que él ya cuidaría de que llegasen á nosotros; y así lo hicieron algunos.

Aquella mañana nos dió Wenceslao otro disgusto. Mandó reconocer nuevamente la casa, pretextando que sabía teníamos dinero escondido, y añadió que, si en efecto se hallaba, seríamos castigados de un modo terrible. A fin de facilitar, por mi parte las pesquisas, puse de manifiesto cuanto quisieron registrar: aposentos, armarios, cajones; mas el resultado fué tener que volverse, sin haber encontrado los fantásticos tesoros. Durante la investigación ocurrió un caso curioso: en el aposento del P. Procurador, ausente á la sazón, no dábamos con la llave de uno de los cajones, lo cual vino á acrecentar las infundadas sospechas de los pesquisadores. Abierto al fin, descubrióse un saquito lleno, al parecer, de dinero. ¡Ahí del tesoro! Con grande avidez lo sacaron del cajón, y, con no menos ansia, lo pusieron encima de una mesa, tomando todos, alrededor de la misma, las más expectantes posiciones para reconocer el contenido del misterioso saquito. Abriéronlo, vaciáronlo, y salieron rodando las piezas de calderilla. Miráronse entonces unos á otros, se sonrieron y, naturalmente,... «no hubo nada». Me olvidaba decir á V. R. que el H. Auger fué quien les acompañó á las demás dependencias y aposentos de la casa.

En la visita, que por la tarde del mismo día hice al Gobernador, procuré persuadirle lo infundado de sus sospechas de tesoros escondidos. Expúsele, asimismo, la conveniencia de escribir á los demás Padres de la Misión, con el objeto de evitar que les llegaran adulteradas las noticias; y me respondió que ya se había escrito, lo cual no era cierto. También le pedí nos concediese que se quedara un Padre

Digitized by Google

en Butúan, siquiera hasta tanto que hubiesen bajado los demás Padres. Accedió, pero exigiendo que fuese el P. Casellas; y como yo le hiciese notar la mucha edad del Padre, díjome que podría ser reemplazado por el P. Ramón Ricart cuando volviese de Talacogon.

Otros asuntos tratamos en aquella visita, en la que no dejé de hacerle presente, como era mi deber, que no podía embargar nuestros bienes ni los del *Sanctorum*, y que si tenía necesidad de dinero, podría acudir al Sr. Obispo para que le concediese un anticipo.

No cayó en saco roto la larga conversación que tuvimos, de la cual, según supe después, salió González bien impresionado.

No quiero omitir, R. Padre, lo que, referente á no tener más dinero que el que habíamos dicho, me dijo al fin de nuestra entrevista, á saber, que daba crédito á mi palabra, y con tanta más razón, cuanto que el mismo Aguinaldo le había encargado que se fiase de ella y del juramento que prestasen los Jesuítas, de quienes no presumía que fuesen perjuros.

También las Madres del Beaterio, maestras de Butúan, participaban de nuestros sinsabores, pues fué registrada su casa y custodiada su entrada por guardias.

El día 20, que era el señalado para nuestra salida, vinieron los agentes de González á llevarse la caja donde se custodiaba el dinero. Levantaron acta de la incautación, que firmé con las debidas protestas; y aunque yo les hice saber, y se lo repitió el P. Foradada, que incurrían en excomunión, así los que daban tales órdenes, como los que las ejecutaban; ellos se excusaron con decir que eran mandados, y que no les era dado hacer otra cosa. Y en efecto, era difícil meter en sus cabezas haber culpabilidad en el obedecer á quien tenía apariencias de mando.

Llegó la hora de partir: el día estaba triste y lluvioso, y á las tres de la tarde abandonamos el convento el P. Foradada y yo, acompañados de algunos guardias. Al pasar por delante de la habitación del maestro, salió de los bajos de la casa un numeroso grupo de muchachas, pertenecientes á la Congregación de Hijas de María, las que rompieron en tal llanto y en alaridos tales, que verdaderamente afligían nuestras almas. Apresuramos cuanto nos fué posible el paso, casi sin volvernos á decirles una palabra de consuelo, mas ellas nos siguieron, y con ellas se juntaron otras muchas mujeres, que formaron la mayor parte de la gente que acudió al embarcadero.

Poco después llegó el H. Bertrán, que, por estar todavía con ca-

Digitized by Google

lenturas, le llevaron en una silla de brazos, con un centinela de vista; y no hay que decir el pésimo efecto que tanto aparato militar producía en la gente.

Más tarde vino el Gobernador, á quien acompañaban la Junta local, oficiales y música del pueblo, y después de saludarnos cortésmente, nos embarcamos: él, en un baroto, con dos peninsulares; y nosotros, en otro, con el ex-gobernadorcillo D. Juan Atega, y un Teniente y dos soldados que nos custodiaban. Al comenzar á deslizarse las embarcaciones río abajo, rompió la música con una marcha de despedida al Gobernador, mientras el pueblo prorrumpía en lamentos y alaridos, que ahogaban el sonido de la banda. Estas manifestaciones de sentimiento, se repitieron bien pronto, al pasar por delante de la reducción de San Ignacio. Ante tales muestras de afecto y dolor, todos nos conmovimos profundamente, y el mismo González no pudo contener las lágrimas.

Ya en el mar, encontramos una banca de Jabonga; y como los que venían en ella preguntasen al Gobernador, si el baroto en que iba, era el del Padre, pues traían una carta para él, recogióla Wenceslao y no nos la entregó.

Ya de noche, por cierto cerrada, llegamos á Cabarbarán, por otro nombre Tolosa. Inútil fué buscar al muchacho encargado de asistir al H. Bertrán; pues, desechado de uno y otro baroto, por no caber en ninguno, sin nosotros advertirlo se había tenido que quedar en Butúan. Con esto, eran ya más de las diez de la noche, y aun nuestro pobre Hermano enfermo no había podido tomar caldo, por haberse quedado la botella que lo contenía en manos del muchacho.

Desde este día, hasta que salimos del pueblo de Túbay, el sacristán de Tolosa nos sirvió de cocinero. ¡Dios le recompense su mucha caridad!

En Cabarbarán nos alojamos en el convento, custodiados por centinelas que impedían la entrada, aun con más rigor que en Butúan. Uno de los principales nos trajo provisiones, que nos sirvieron para el viaje. Y para que no se repitiera la conmovedora escena de Butúan, dispuso Wenceslao que saliéramos de Cabarbarán el 21 al medio día, mientras el pueblo se hallaba en la casa-tribunal ocupado en elecciones.

Nosotros, al caer de la tarde, llegamos á Túbay, y con las mismas precauciones que en Tolosa, fuimos alojados en el convento. Concediósenos, no obstante, el servicio de muchachos, y el alguacil

Digitized by Google

mayor nos proveyó de comestibles, que nos vinieron de perlas para el largo camino que aun nos aguardaba.

Por la tarde de este mismo día, 22, y hecho también prisionero, llegó á Túbay el P. Guillermo Llobera, Misionero de Jabonga. Presentáronlo en seguida al Gobernador, que ya también había llegado, y lo recibió bien y dispuso que solo, y sin soldados de guardia, se dirigiese al convento. Pero ¡cuánto había tenido que sufrir hasta verse entre los brazos de sus amantísimos hermanos!

Para que V. R. lo comprenda, bastará decir que, pocos días antes, se había presentado en Jabonga y Mainit un tagalo, procedente, como luego se supo, de la cárcel de Cagayán, y que con sólo llamarse delegado de Aguinaldo, sin acreditarlo con documento alguno, cometió toda suerte de tropelías, y acabó por imponerse á todo el pueblo. Y esto sin que nadie le fuese á la mano. ¡Tan acostumbrados estaban los indios á obedecer á las legítimas autoridades, que llegaban á acatar los mandatos del que sólo tenía apariencias de mando!

Pronto, empero, se presentaron en Jabonga los verdaderos delegados. El día 21, cerca de medio día, una comisión de Butúan, enviada por Wenceslao González, declaró prisionero al P. Llobera. Llevaban los comisionados una carta mía tranquilizadora, la que, juntamente con otras para los demás Padres, puse en manos del Gobernador para que les fuesen entregadas antes de reducirlos á prisión. Así se hizo con el P. Llobera y con algún otro Misionero.

La manera que se tuvo en ejecutar la prisión del P. Llobera, fué muy parecida á la nuestra; si bien mucho más precipitada y menos comedida. En sola una tarde y noche, que fueron las del sábado, día 21, se hizo el inventario y se levantó la correspondiente acta, hechas las debidas protestas, y además el Padre, sin la ayuda de su único compañero, que era el H. Bertrán, tuvo que recoger los papeles y cosas necesarias para el viaje, poner á salvo las que debían quedar en Jabonga y ultimar las cuentas pendientes. El cansancio físico y la afección moral produjeron en el P. Llobera sus naturales resultados, que se notaron ya durante el camino, y se desarrollaron al fin de él hasta conducirle á las puertas de la muerte.

Y dicho esto, acerca de la prisión del mencionado Padre, voy á proseguir mi interrumpida narración.

A media tarde del expresado día 22, vino el capitán Bernardino á llamarme, de parte de Wenceslao, para que fuese á confesar á dos

Digitized by Google

soldados sentenciados á muerte, el primero, por haber cometido un robo, y el segundo, por haber ofendido el honor de una mujer.

Oída la confesión de los reos, acudí al Gobernador, por consejo del P. Foradada, y le supliqué que los indultase ó les conmutase la pena. Al principio González mostróse inflexible y severo; pero luego se aplacó, y me dijo: «Pues ¿qué castigo les voy á imponer?» Díjele que podría ser el acostumbrado entre indios, con la amenaza de mayores penas en llegando á Surigao; y, dicho esto, le indiqué la conveniencia de oir al reo acusado de haber ofendido á una mujer, que fuera de confesión protestaba su inocencia.

Wenceslao mostróse muy atento conmigo y, al parecer, tuvo en cuenta mis indicaciones; pues, no mucho después, la mujer aludida se dirigía al Tribunal, donde se hallaban los principales con el Gobernador, y allí, del careo con el acusado, resultó no ser éste el culpable, sino un cabo que luego, juntamente con el otro reo, fué azotado.

El día 23, á cosa de las nueve de la mañana, nos embarcamos de nuevo. Nos pusieron á los cuatro en una misma embarcación, sentados, uno en pos de otro, por ser el baroto muy estrecho. El H. Bertrán, notablemente mejorado, encargóse otra vez de lo concerniente á la comida, ayudado del caritativo P. Llobera, que era, á la verdad, quien más necesitaba de descanso. El Capitán Bernardino, con las fuerzas que estaban á sus órdenes, ocupaba otras dos embarcaciones de mayor capacidad, conocidas aquí con el nombre de vilos. En ellas llevaban las armas y municiones de Butúan y Jabonga. Seguían luego dos ó tres embarcaciones más, en que iban los empleados y escribientes de Surigao; de manera que, juntas con las antes mencionadas, formaban una flota en miniatura. El Gobernador había adelantado su partida, saliendo de Túbay antes de media noche, lo que le valió llegar á Surigao, sin que le alcanzase la tormenta que nosotros padecimos.

Pasamos la primera noche en una pequeña ensenada, sita entre las dos formidables puntas llamadas Bolo-bolo. Extendimos el petate sobre la arena de la playa, y en ella nos concedió el Señor muy buena noche. Lo fué también la del 24 al 25, porque tuvimos algo que ofrecerle. Toda la tarde llovió á intervalos, arreciando el temporal cuando fondeábamos para cenar. El P. Llobera y el H. Bertrán se vieron obligados á mojarse para preparar la cena. Continuamos después el viaje; pero pronto tuvimos que fondear, varando nuestra flotilla en la

Digitized by Google

bocana de un torrente, que bajaba crecido por las lluvias. Los cantos rodados, arrastrados por la corriente, daban contra los costados del baroto, que por instantes parecía ceder; y la lluvia y oleaje continuamente lo llenaban de agua, de tal modo, que no sabíamos ya dónde colocarnos, para no quedar mojados. Llamamos á los grumetes, que habían abandonado su puesto; pero, ó no oían, ó no querían oir. El H. Bertrán tuvo que estar largo rato quitando agua. Salté en tierra en busca de un lugar más seguro y menos incómodo, y debajo de un gran tronco, donde quería guarecerme, encontré á dos de los grumetes, á quienes mandé que aseguraran el baroto y lo aligeraran de agua; y así lo hicieron.

A las siete de la mañana del día siguiente, dispusieron que nos embarcásemos los tres Padres en el vilos mayor, y en él continuamos nuestro viaje. El Hermano quedó con el equipaje, y no sin trabajo logró pasar la barra del torrente. Antes de mediodía, la fuerte marejada nos obligó á fondear de nuevo; y lo hicimos en una playa, cerca del riachuelo llamado Cauayan, donde sólo había para hospedarnos dos miserables chozas. Nuestro baroto, una vez descargado, fué arrastrado afuera del mar, á salvo de las olas. A los dos vilos, como más pesados, no pudieron sacarlos del agua, y uno de ellos se estrelló durante la noche, y el otro perdió la obra muerta. De los barotos naufragaron también dos ó tres, de modo que nuestra flota quedó reducida á su más simple expresión.

Cuatro días nos detuvieron en esta playa el viento y la lluvia. Pasábamos el día y la noche metidos en una de las dos chozas, que era bastante ancha para que pudiésemos caber acostados los tres, paralelamente, y el cuarto, en dirección transversal; y teníamos que andar casi de rodillas para no dar de cabezadas con el techo. El H. Bertrán llegó á sentir dolor en el espinazo, y se le formó en la rodilla un tumor, que le hizo padecer mucho tiempo; el P. Llobera comenzó á sentirse malo, y con estar el P. Foradada calenturiento, con todo andábamos de valientes, que era una bendición de Dios. Como no llevábamos para entretenernos más que algún libro espiritual, tuvimos tiempo holgado para darnos á la oración y meditación.

El día 29 nos fué forzoso emprender otra vez la marcha, á pie, por una playa pedregosa y de mal andar, llevando por todo equipaje el breviario y algunas provisiones en una lata. Muy pronto tuvimos que atravesar un arroyo, y luego otro, y el río Malimonó, cuyo brazo mayor pasamos, sirviéndonos de puente un tronco de árbol. En el si-

Digitized by Google

tio en que paramos para comer, naufragó nuestra valiente capitana, el vilos desarbolado que arriba dije, salvándose los fusiles y municiones que llevaba. En este apuro nos valió la Providencia, haciendo que poco antes de mediodía llegaran á nuestro encuentro algunos hombres, enviados á nuestro socorro por el gobernadorcillo de Anauauon. Entre los víveres, que este buen cristiano nos enviaba, había unos panecillos comprados en Surigao, regalo verdaderamente exquisito para aquellas apreturas. Al fin de la jornada de este día, nuestros enfermos estaban rendidos. El tumor de la rodilla, no dejaba vivir al H. Bertrán; el P. Llobera venía muy rezagado, por no poder más; y al P. Foradada era preciso á veces llevarle en hombros, por un fuerte dolor que le sobrevino en el muslo. Ni el P. Llobera, ni el H. Bertrán, osaron tomar alimento de puro cansados.

Pues, ¿qué diré del sitio que, para dormir, nos concedieron en la casita que nos dió alojamiento? Estrechísimo era, en verdad; pero la mucha voluntad que nos mostraban aquellos pobres indios, nos suavizó en gran manera las demás molestias. En un ángulo de la casa, extendieron buenos petates, y nos pusieron almohadas con limpias y blancas fundas, como no las habíamos tenido desde muchos días. Dios se lo pague.

A la mañana siguiente, continuamos nuestro pesado viaje, llevando una hamaca, en que se metía el P. Foradada, cuando no podía andar. Se nos fué haciendo menos pedregosa la playa, á medida que nos acercábamos á Anauauon, adonde llegamos á las diez de la mañana. Aquí recibimos un despacho del P. Alberto Masoliver, Misionero de Surigao, quien, noticioso de que andábamos por aquellas playas, nos enviaba abundantes provisiones. Mucho agradecimos la caridad del Padre, y la que usó con nosotros el pueblo de Anauauon, proveyéndonos de todo lo necesario para el descanso y comida, y de gente que nos sirviese, rendidos de cansancio como estábamos. No nos pusieron guardias en el convento, y á pesar de no ser conocidos del pueblo, por ser de la administración espiritual de Surigao, vinieron á visitarnos algunas personas, y, con sus lágrimas y exclamaciones, daban bien á entender la pena que sentían por nosotros.

Por fin, el día siguiente, 31 de enero, á media mañana, llegábamos á Surigao. ¡Qué aspecto tan triste ofrecíamos al ser presentados al General de Mindanao D. Simón González! La barba crecida, las sotanas sucias, los sombreros rotos, los zapatos estropeados, y los rostros macilentos. Se impresionó González al vernos, mostróse fino y

Digitized by Google

atento, y desfogó su enojo contra su hermano, por habernos desatendido, y por haberle expuesto á él á la responsabilidad consiguiente, si alguno de nosotros hubiese muerto en el viaje. Con este motivo ocurrieron entre los dos hermanos escenas violentas, y el General se fué á vivir en casa aparte desde aquel día.

Las once de la mañana serían, cuando abrazamos al R. P. Alberto Masoliver, Vicesuperior de la Región y Superior de la Residencia, al P. Ignacio Vila y al H. Pascual Lasala. Estaban también presos en nuestro convento cinco Padres y cuatro Hermanos Benedictinos. El P. Llobera y el H. Bertrán tuvieron que meterse en cama desde luego; y tanto se agravó la dolencia del primero, que fué preciso administrarle el santo Viático. El P. Foradada ha continuado notablemente flaco y desmejorado; yo he conservado solamente, como recuerdo de nuestras peripecias, una nubecilla que se me formó en el ojo durante el viaje, tal vez por el reflejo del sol en los guijarros y la continua atención de la vista al poner los pies en ellos. De todo debemos dar infinitas gracias á Dios, pues ha sido para nuestro mayor provecho cuanto el Señor ha permitido.

Los demás Misioneros del Agusan fueron detenidos por este orden: el P. Ramón Ricart y el H. Juan Costa en La Esperanza, el 22 de enero; el P. Miguel Alaix y los HH. Luis Ferreróns y Pedro Simón en Talacogon, el 25; el P. José España y el H. Francisco Mompó en Prosperidad, el 2 de febrero; el P. Fernando Diego y el H. Miguel Sureda en Veruela, el 12 de febrero; y el P. Bernardino Llobera en Játiva, el 18 del mismo mes. Excuso dar pormenores de cada una de estas prisiones. Sólo diré que, en general, los comisionados que las llevaron á cabo, se extralimitaron, y no se atuvieron á las órdenes que, por lo menos oficialmente, parece que llevaban de respetar á los Misioneros y sus cosas. Todos los Padres y Hermanos fueron llevados á Surigao, de donde pasaron á Manila, excepto el P. Fernando Diego que todavía queda en Butúan, retenido por aquellos naturales.

En Surigao recibimos varias visitas de Butúan, Talacogon, Tolosa, Jabonga y otros pueblos. Algunos hacían el viaje únicamente para ver á los Padres. Decían que estaba más triste el cielo, desde que nosotros habíamos salido; que apenas cesaba de llover; que en castigo, Dios había permitido la pérdida de la mayor parte de la cosecha del arroz; que la gente apenas acudía al pueblo; que al ir y salir de la iglesia los domingos, los hombres, por la pena que sentían,

Digitized by Google

no se atrevían á mirar al convento; y otras expresiones decían, semejantes á éstas, con que revelaban claramente el afecto sincero que nos profesaban. En fin, no querían en manera alguna hacerse solidarios de los González ni de la conducta de la Junta local.

Hemos de confiar en Dios Nuestro Señor, el cual, seguramente, se apiadará, á no tardar, del abandono en que han quedado aquellos pueblos. Esta confianza debemos sustentar con nuestras incesantes oraciones, que pienso serán continuas las de todo Misionero del Agusan, por aquellos pobrecitos hijos de Dios y en especial por los nuevos cristianos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

FRANCISCO NEBOT, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Miguel Alaix al R. P. Provincial

La comisión revolucionaria en Talacogon. — Tácita protesta del pueblo. — Cuatro días de prisión en el convento. — Muestras de amor y sentimiento de los feligreses. — Sermón de despedida. — El pastor separado de su rebaño. — En el convento de Butúan. — A Surigao. — En la tercera cárcel. — Distribución de los prisioneros entre los pueblos de Surigao, Gigáquit y Placer. — Caridad de los vecinos de Gigáquit. — En libertad.

Valencia, 10 de octubre de 1899.

P. C.

Mi reverendo en Cristo P. Provincial: Repuesto de las fatigas sobrellevadas en mi salida de Mindanao, voy á decirle algo del destierro y prisiones en que estuve. Por ello verá V. R. cuán arraigada está la fe en el corazón del indio, y el amor que profesa á los Misioneros, y que sólo la persecución masónica, llevada á Mindanao por un puñado de revolucionarios de Luzón, ha sido la ruina de nuestras Misiones.

El 25 de enero de este año, á las ocho de la noche, fueron á la Misión de Talacogon ocho comisionados del Gobierno revolucionario de Luzón, con un documento firmado por un particular, y no por las Autoridades, y por medio del cual se me intimaba la orden de prisión y se disponía, además, la incautación de los bienes de la iglesia y del convento. Sólo se me permitía, como excepción, el libre ejercicio de mis sagrados ministerios en el pueblo. Protesté contra semejante documento, sin firma ni sello de Autoridad competente, y contra la violación de derechos tan sagrados; obedecí á la fuerza, porque se imponían el revólver y el remington, y con el H. Luis Ferreróns, mi compañero, quedé custodiado por ocho soldados. Como la comisión llegó de noche, ni el pueblo supo nada, ni hubo ningún recibi-

Digitized by Google

miento. Pero á tres soldados del pueblo, que guardaban el Tribunal, se les obligó á gritar: «¡Viva la república filipina; abajo los forasteros!» y ellos lo hicieron, aunque á media voz, por efecto del miedo.

Al día siguiente, ya apareció izada, en la ventana del Tribunal, la bandera de la independencia; se procedió luego á la elección de Presidente local y, después, los comisionados del gobierno, acompañados del mismo Presidente y demás principales, vinieron á incautarse de todo. De todo, no; que nos dejaron lo necesario para el viaje, aunque fué, ciertamente, muy poco.

No debo pasar en silencio la impresión que produjo en el nuevo Presidente y principales del pueblo la orden de embargo. Todos lo llevaron muy á mal, y, sólo amenazados de muerte, asistieron á la incautación, como testigos forzados y sin tomar parte activa. Y aun, para no ver tal latrocinio, permanecieron á cierta distancia de los comisionados, vueltos de espaldas y llorando. Fué esto, en realidad de verdad, la más solemne protesta y reprobación de aquel acto. Es de notar que, mientras la comisión se incautaba del dinero, me dirigí á uno de los principales y le dije: «Di á tu padre enfermo, que ésos también se llevan los 20 pesos en oro que él me dió para hacer dorar un cáliz»; pero la codicia de oro, *auri sacra fames*, no entendía de verdades.

Cuatro días estuve preso en Talacogon, siendo mi cárcel el mismo convento. Nunca se vió éste más concurrido que entonces, ni el Misionero jamás recibió tantas pruebas de ser querido de todos sus feligreses, como en aquellos momentos. Las continuas comisiones de hombres y mujeres del pueblo, que, con lágrimas en los ojos, pedían á los emisarios de la revolución les dejasen á su Padre, hasta la llegada de algún sacerdote del país (que no llegaría nunca); fueron causa de que me quedase cuatro días, y aun de que me tratasen los delegados con alguna deferencia y respeto. Pero delante del pueblo, se excusaban de no poder acceder á su demanda, porque bajo pena de la vida tenían que cumplir cuanto se les había ordenado.

No he de omitir aquí, R. P., un pormenor que refleja el cariño que nos profesaban los indios, y que todavía me conmueve, al recordarlo. A porfía querían besarme la mano y ser los primeros en darme esta muestra de amor y respeto; y los que ya habían alcanzado, lo que con tanta vehemencia pretendían, juntábanse con los recién venidos y me visitaban otra vez para besármela de nuevo. Aquello era

Digitized by Google

un continuo arrancarme del pecho el corazón y hacer de él mil pedazos.

A pesar de la prohibición de entrar en el convento, no fueron parte ni comisionados, ni bayonetas, para contener aquella expansión del afecto que todo el pueblo sentía por su Misionero. Con esto, ya comprenderá V. R. que la incomunicación fué nula: y, á la verdad, no sólo por la puerta del convento, mas también por la huerta, y por todas partes, se metían adentro y yo, sin saber cómo, me veía constantemente rodeado de mis feligreses. Ellos no acertaban á decir lo que sentían, porque la pena no les dejaba hablar, y yo tampoco sabía cómo despedirles, porque no querían dejarme. Las más de las veces contentábanse con mirarme y con hablarme con sus lágrimas. Pedíles por favor que no viniesen más á visitarme, por lo mucho que me hacían sufrir; pues los quería mucho, y con verlos, se me avivaba el dolor de tener que separarme de ellos; pero no pude lograrlo. A todas horas los veía de rodillas por los corredores, cogiéndome la mano y diciéndome: «Padre, danos la última bendición. ¡Ay! nosotros, — decían, — no queremos esto que te aflige ni tenemos en ello parte alguna. Y ¿quién nos salvará el alma, Padre, si te vas? ¿Quién nos ayudará en la hora de la muerte?» Y esto, R. P., no sólo lo decían los niños, sino el mismo Presidente y los principales.

Para librarme de tan desgarradoras escenas, se me ocurrió encerrarme en el confesonario, y allí confesé, mañana y tarde, á todos los que pude, que fueron muchísimos, y á cada uno dije lo que más le convenía. Hasta los mismos soldados subían á pedirme perdón, y se excusaban, diciendo que se veían obligados á hacer lo que hacían, por mandato de sus jefes, y que temían un gran castigo del cielo, por el modo cómo se me trataba.

El último día de mi permanencia, que fué un domingo, dirigí la palabra á mis oyentes, pero procurando en el sermón no excitar los afectos, para que no se conmoviesen más. Tres cosas, les dije, habéis de hacer, hasta que yo vuelva: 1.ª No compréis, ni aceptéis cosa alguna de la iglesia y del convento, aunque os la regalen: cometeríais un gran sacrilegio y Dios os castigaría. 2.ª No recibáis otra fe que la que yo os he enseñado, ni por premios que os den, ni por amenazas que os hagan. 3.ª Si tuvieseis la desgracia de caer en pecado mortal, haced luego un acto de contrición, y no os acostéis en pecado, sino decid de todo corazón: «Pésame, Señor, de haber pecado contra Tí, que eres la suma Bondad», y este solo acto os servirá de

Digitized by Google

confesión, mientras no tuviereis sacerdote, con que así salvaréis vuestras almas.

Llegó, por fin, la hora de partir. La gente estaba tan apiñada en la calle, puerta, entrada y corredores del convento, que no se podía pasar. Pedí al Presidente, por último favor, dispusiese que todos se marchasen. «Padre, — me dijo, — es imposible; no me obedecerán.» Entonces, rompiendo yo por medio de las turbas, y empujando á los que llorando, se me echaban encima para besarme la mano, y teniendo yo buen cuidado de no darla á ninguno y de no decir palabra á nadie, logré abrirme paso, y me fuí apresuradamente á mi barca. Seguíanme los HH. Luis Ferreróns y Pedro Simón, el último de los cuales no pertenecía á la Misión de Talacogon, sino á la de Játiva, pero cayó prisionero en el embarcadero de Talacogon, al bajar á Butúan para hacer la acostumbrada renovación de votos. La gente se vino toda corriendo detrás de nosotros; visto lo cual, y una vez estuvimos en el embarcadero, tomé con la mano izquierda el Crucifijo, é imponiendo silencio con la derecha, les dije estas últimas palabras: «No olvidéis nunca que este Jesús crucificado por nosotros y cuya fe y doctrina os he enseñado, vendrá el último día del mundo á juzgarnos á todos, buenos y malos. Entonces, añadí, veréis la inocencia de los Padres Misioneros, arrojados con tanta ignominia de sus amadas Misiones, á vista de un pueblo tan querido, y veréis también entonces, el gran pecado que cometen los que nos arrancan de vosotros. Si practicáis la ley del Señor y guardáis sus mandamientos, subiréis todos al cielo para siempre. Que no falte allí ni uno solo de vosotros. Que no se pierda, no, uno solo de los que yo he doctrinado. Mas ¡ay de aquéllos, que, despreciando mis enseñanzas, se juntaren con los malos: con ellos serán arrojados, á vista de vosotros todos, al fuego del infierno!» Y dicho esto, sin hablar más palabra, me entré en mi canoa y zarpamos al punto.

¡Pobrecitos indios! ¡Cuáles serían en tal sazón sus pensamientos! ¡Y cuáles los nuestros, R. P., al abandonarlos, tal vez para siempre, entre aquellos esclavos de la masonería! Quedáronse ellos, mis hijos del alma, con las manos elevadas, ora hacia el cielo, ora hacia nosotros... ¡así los dejamos! Y ¿no le parece á V. R. que, con semejante actitud, nos querían decir que guardarían la fe recibida en el bautismo, que no nos olvidarían nunca, y que rogarían á Dios por nosotros? Creo que, efectivamente, no nos olvidarán jamás. Nosotros, en tanto, íbamos ausentándonos de ellos, con el corazón lace-

Digitized by Google

rado por tan cruel é injusta separación, y torturada la mente por esta sola idea, que aun muchas veces me asalta, ¿qué será de ellos, sin nosotros?

Ibamos río abajo, presenciando otras nuevas y no menos dolorosas escenas, al pasar por las rancherías, pueblos de cristianos nuevos, recién bautizados, que tantos sudores, enfermedades y muertes costaron á los Nuestros, y que, con la fe y cristiana educación que habían recibido, vivían tan felices, y que ahora, á nuestra vista, parecían deshacerse como el humo. Aquí y allá, en aquellas orillas y riberas, se presentaban los indios delante de nosotros, y como atónitos de lo que estaban presenciando, decíannos á voces: «¿Qué haremos ahora, Padre?» «¿qué será de nosotros?» «Idos pronto á vuestras sementeras, —les decía yo, — y haced allí siempre lo que aquí os he enseñado.» Y cuán duro y cruel era, R. P. Provincial, verlos tan tristes y afligidos, cargados con su ajuar, formado de una sola miserable estera de palma, y con una gallina debajo del sobaco, y una olla en la mano, dirigirse otra vez hacia el monte. ¡Oh cuán estrecha y rigurosa cuenta no tendrán que dar los que, con golpes tan injustos, serán quizá causa de la perdición de tantas almas!

Después de dos días de viaje, el 31 de enero, llegamos á nuestro convento de Butúan, segunda cárcel, donde estuvimos, poco más ó menos, como dos semanas. Aquí gozamos de la misma libertad que antes dentro del convento, sólo que éramos vigilados. Encontramos en Butúan reunidos á los presos, PP. Ramón Ricart y Juan Casellas y HH. Antonio Auger y Juan Costa, hechos prisioneros en la Misión de La Esperanza y en el mismo Butúan; y tan afectados estábamos todos, pensando en las consecuencias de la inesperada prisión, que no osábamos ni siquiera saludarnos. Y, ciertamente, no era de extrañar esta conducta, recordando, como recordábamos lo que se había hecho con otros, fuera de Mindanao, y que, según probables conjeturas, se quería repetir con nosotros. Aquí se nos estrechó mucho el rigor de la cárcel: incomunicación absoluta con todos; hasta los niños de servicio tenían miedo de hablar con nosotros, por temor á las autoridades; y ni una palabra se nos dijo de los presos que habían salido de aquí para Surigao, y ni siquiera nos entregaron sus cartas. A la verdad, hallé muy larga y dura esta cárcel de solas dos semanas. Pues añada á lo dicho, que, á menudo, se oían alborotos por las calles, y ruidos de armas blancas, y gritos de *vivas* y *mueras*, que nos tenían en continuo sobresalto. ¡Qué tragos tan amargos eran éstos para nuestro corazón!

Digitized by Google

De aquí, y no sin escolta, fuimos conducidos el P. Casellas y yo, y los HH. Costa, Auger y Simón, á la cárcel de Surigao, adonde llegamos, después de cuatro días de viaje por río, mar y tierra, el 15 de febrero, miércoles de ceniza, á las siete de la mañana. Avisada de nuestro arribo la primera Autoridad revolucionaria, envió al punto más soldados que nos condujeran á su presencia. Poca gente, y aun ésta silenciosa, fué la que acudió á contemplar nuestro desembarco, á pesar de la curiosidad que, naturalmente, debía excitar nuestra llegada, y de no estar la gente fuera del pueblo. Ibamos todos, Padres y Hermanos, vestidos como acostumbramos presentarnos los Misioneros, llevando las cuentas del Rosario pendientes de la faja, y el crucifijo en el pecho, gozándonos de ser llevados por aquellas calles como presos de Cristo. Por lo deteriorado de los trajes, resultaba nuestro porte humilde, despreciable y hasta quizá un tanto ridículo; pero, á pesar de esto, la turba de soldados y demás gente que se hallaba en la plaza y puerta de la casa real, nos saludó con respeto. Presentados ante el Sr. Gobernador, éste nos trató con cortesía, y hasta con cierto afecto, dándonos á cada uno la mano, y después nos envió al convento, que fué nuestra tercera cárcel.

Aquí nos encontramos con nuestros presos de la Residencia de Surigao, con los de Butúan y de Jabonga, que padecieron mucho en el viaje, y con los RR. PP. Benedictinos, que hacían vida común con los Nuestros. Nos abrazamos todos, como si fuéramos hijos de una misma orden religiosa, y en todos reinaba muy buen espíritu y gran conformidad con las disposiciones de Dios, por difíciles que fuesen. Las primeras impresiones fueron de alguna alegría, que la compañía de personas gratas disminuye el dolor, y, más aún, el buen ejemplo de tantos, gozosos de padecer por Jesucristo, también preso; á más de que el combate continuado, quita el miedo de las balas. Después de las primeras expansiones de gozo, preguntamos sobre la marcha de las cosas y sobre el paradero de los Nuestros. La respuesta fué: «Todo es misterio: estamos incomunicados con todos; nada sabemos de los Nuestros de Mindanao ni de los de Manila.» Un muy espeso velo cubría el horizonte y no se veía, por entonces, el desenlace de nuestra tragedia. Y como éramos tantos, y no sabíamos cuánto duraría nuestra prisión, tratóse, en vista de que las provisiones no eran muchas, de reducir las raciones. Todos nos conformamos con ello, viendo que hasta lo poco era sobrado para el destinado á morir: *morituro satis*.

Digitized by Google

El ejército de la nueva república, en los ratos que le quedaban libres de hacer el ejercicio, se ocupaba en hacer trincheras para defenderse de los americanos, pues todos los días se les estaba esperando. Nosotros, entre tanto, vivíamos de dos en dos en los aposentos, y la conversación, como era natural, recaía á menudo sobre la cuestión palpitante. Todo era observar desde las ventanas si aparecía algún vapor americano, y la actitud de las gentes y soldados. «Según rumores, — decían unos, — hoy llegan los yanquis.» Y otros: «No; mañana.» Y otros: «Aun no, más tarde.»

La ocupación más frecuente, y casi continua, de todos nosotros, era orar y pedir á Dios fuerzas para llegar hasta el fin de la tribulación con valor cristiano. A todas horas había Padres en la iglesia. Yo busqué un asilo en el altar del Sagrado Corazón, que tenía detrás un escondrijo, no muy seguro, por cierto, y me decía á mis solas: «Aquí me esconderé en tiempo del peligro, y si me hallan, saldré para morir de rodillas delante del Sagrado Corazón.»

Tales eran los pensamientos que, poco más ó menos, nos dominaban á todos. Después de un mes de continuado martirio, llegó el día, que creíamos ser el último, en que se nos intimó repentinamente la orden de embarcarnos todos, sin decirnos para qué ni para dónde. Oh, y ¡qué despiadadas resultaban para nuestros sobresaltados corazones, estas órdenes, envueltas en el misterio! Llenos de aflicción, les suplicamos llanamente nos manifestasen á dónde nos conducían; logramos entonces nos dijesen el lugar de nuestra cuarta cárcel, y al punto aprovechamos el escaso tiempo de que disponíamos, para recoger las pocas provisiones que nos quedaban.

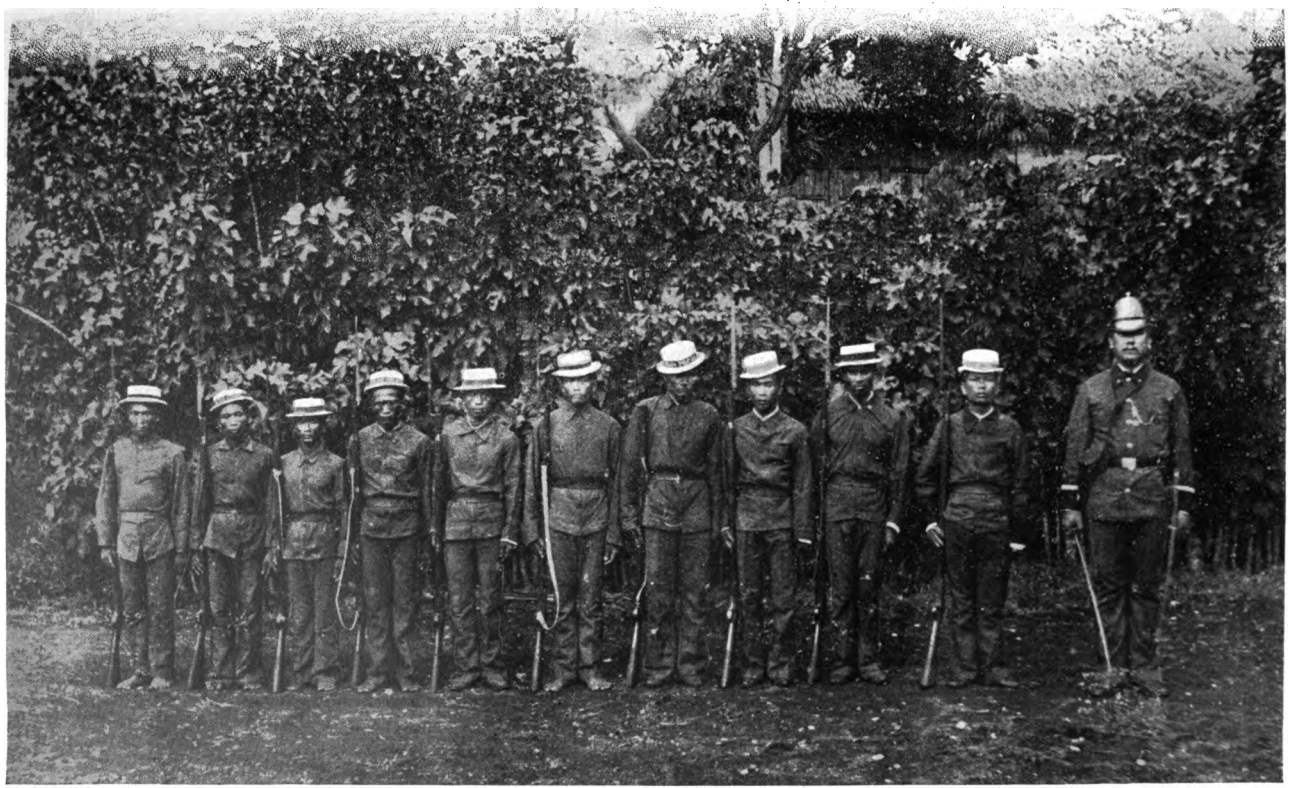
La autoridad nos distribuyó en tres grupos: el primero, compuesto del P. Alberto Masoliver, H. Pascual Lasala y de un Padre y un Hermano Benedictinos, quedóse en Surigao; el segundo, formado por los PP. José España y Bernardino Llobera, y HH. Francisco Mompó y Juan Costa, con dos Padres y un Hermano Benedictinos, pasó á Placer, y el tercero, que constaba de los PP. Guillermo Llobera, Francisco Nebot, Francisco Foradada, Ignacio Vila y el que subscribe, y de los HH. Magín Bertrán, Pedro Simón, Antonio Auger y Miguel Sureda, con cuatro Padres y tres Hermanos Benedictinos, fué á Gigáquit. Esta separación fué para todos nosotros muy sensible, y la despedida en extremo dolorosa. Al salir para nuestra última cárcel, á las dos de la tarde, ni un solo hombre encontramos en la calle, ni una sola cara vimos en las ventanas para

Digitized by Google

saludarnos y decirnos *adiós*, cosa que extrañamos mucho. Sería efecto de la pena que sentían, y también del miedo que tenían á las autoridades; pero, es lo cierto que, con esta última amarga impresión, tuvimos que emprender el viaje. Después de una hora de vapor, dejamos al H. Juan Costa en Placer, mientras los demás, destinados á este pueblo, nos acompañaban hasta Gigáquit, adonde llegamos una hora después. Los que nos conducían, llevaban órdenes severas para las Autoridades locales de tenernos incomunicados, con amenaza de que lo pagarían con la cabeza, si uno solo de nosotros se escapaba.

Los Padres y Hermanos que fueron á Placer, según dijeron, lo pasaron pobremente y mal de parte de la Autoridad; los de Gigáquit, pueblo evangelizado por el P. Yepes durante unos veinte años, antiguo y devoto, y administrado ahora por los RR. PP. Benedictinos, se portaron muy bien con todos los presos. Al llegar les declaramos ingenuamente que no teníamos ni dinero, ni de qué comer. Pero donde hay fe y caridad, no falta nada. Al segundo día ya nos habían regalado hasta 60 gallinas, que los pobrecitos iban á buscar á sus sementeras. Cada día, fuera de otros obsequios, nos traían de limosna una pierna de vaca ó de carabao, y el domingo de Ramos, después de una procesión solemnísima y del *Passio*, cantado muy bien por los RR. PP. Benedictinos, con extraordinaria devoción del pueblo, que no había oído ni visto nunca cosa tan solemne, varias familias nos enviaron asados algunos lechoncitos, que agradecimos mucho. Mas todos estos obsequios no bastaban á quitarnos la pena que nos causaba el ver de continuo detrás del pueblo las copas de las palmeras y cocales, lugar destinado, según se decía, para nuestro suplicio. Para este mismo día estaba anunciada la llegada del Sr. Gobernador, Wenceslao González, que venía de buscar al P. Sánchez, Misionero de Tándag, que había huído hacia Caraga. Y, efectivamente, llegó, entrada ya la noche, y vino furioso por habérsele escapado la presa, cuya cabeza quería cortar, según él mismo me dijo; y para desahogar algún tanto su cólera, tuvo la humorística ocurrencia de mortificarnos, haciendo que la orquesta nos diera serenata hasta la salida del sol, y por consiguiente, no dejándonos dormir en toda la noche. Pero esta orden, tan descabellada, fué la última que dió desde las alturas de su Autoridad. Aquel mismo día, 27 de marzo, lunes de Semana Santa, á las siete de la mañana, estando él á punto de almorzar, se le presentó un oficial de tropa, llamado el Capitán Bernardino, quien, acompañado de catorce soldados con rifle, llevaba

Digitized by Google



Tercio de Baganga con su jefe D. Prudencio García.

Digitized by Google

Digitized by Google

dos oficios: uno para el dicho González, en que se le intimaba la prisión y se le despojaba de sus armas, con pena de la vida si se movía, y el otro para los presos, en que se les concedía plena libertad, y hasta la defensa y protección de aquellos catorce soldados. Apenas podíamos creer lo que estábamos viendo. Sin habérsenos ocurrido hacer gestión alguna ante los hombres, el Sagrado Corazón de Jesús y la Santísima Virgen nos ponían en completa libertad. Figúrese V. R. la alegría de todos, al vernos libres, por fin, de aquel enorme peso de temores y sustos que no nos dejaba vivir. Al punto volamos todos á Surigao, donde se hallaba nuestro libertador, D. Prudencio García, para darle las gracias. Él mismo se adelantó á visitarnos y, después de una larga y gratísima conversación, en la que, con mucha sinceridad, nos habló de la influencia de la Masonería en la revolución, nos pidió que rogásemos á Dios por él, para que el Señor le concediese buen fin. «Ustedes ahora, — añadió, — podrán volverse, si quieren, á sus pueblos, ó quedarse aquí, ó irse á Manila, ó adonde más les convenga, con la seguridad de que aquí nadie les molestará.» Nosotros, reconociendo el acto heroico de valor y humanidad que hacía D. Prudencio, pues nuestra libertad podía costarle la vida, ofrecímosle nuestros servicios, deseando vivamente mostrarle con obras nuestro amor y gratitud.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

De V. R. siervo en Cristo.

MIGUEL ALAIX, S. J.

Digitized by Google

Carta del H. Anselmo Pérez al R. P. Provincial

Llegan á Tándag noticias de lo acontecido en Surigao.— El P. Sánchez se retira hacia el Sur al ver en peligro su vida. — Reconocimiento del convento de Tándag por la comisión del gobierno de la Cabecera. — Prisión de los Nuestros. — Pesquisas para encontrar al P. Sánchez.—Conducta del Gobernador de Surigao con el P. Ceballos.—Salen de Tándag, en calidad de presos, el P. Ceballos y el H. Pérez.— Diligencias de D. Prudencio García para salvar á los Padres. — Llegada de éstos á Surigao. — Su entrevista con el General D. Simón González.

Tortosa, 16 de noviembre de 1900.

P. C.

Mi reverendo y muy amado en Cristo P. Provincial: Aunque es muy poca mi habilidad en escribir cartas; con todo, la buena voluntad que tengo en satisfacer á V. R., me mueve á referir, en cuanto pueda, algunas cosas tocantes á nuestra prisión y libertad en Mindanao.

A primeros de febrero, mientras estaba un día el P. Sánchez, Ministro de nuestra casa de Tándag, hablando con un caballero, se presentó un indio, y llamándome aparte, me dijo que en Surigao habían puesto presos á los Padres. Inmediatamente fuí á contárselo al P. Sánchez, después de lo cual quedamos esperando noticias más seguras. Al otro día fué el Padre al pueblo de Cortés, para ver de evitar algunos desórdenes que se cometían, por haberse marchado de dicho pueblo las autoridades españolas. Tres ó cuatro días después, recibo carta del Padre, diciéndome que parecía cierto lo que me habían dicho; que lo encomendara á Dios, y me preparara para lo que pudiera venir. Pero, á pesar de todo, no dábamos crédito á las noticias, porque pensábamos que, si fueran verdaderas, ya nos hubieran

Digitized by Google

avisado los Padres de Surigao. Pero, ¿cómo nos lo habían de decir, si estaban presos é incomunicados?

Por aquellos días una mujer muy buena, maestra de Taganaán, se fué á Surigao, y, como pudo, hizo saber al P. Masoliver que, según se decía, iban los revolucionarios á matar al P. Sánchez (1). Entonces el Padre le dijo que, si le era posible, escribiera al P. Sánchez, para que se escapara; porque él no podía hacerlo, estando preso. La buena maestra inmediatamente escribió una carta y se la llevó hasta el pueblo de Cantilan, donde tuvo que detenerse, por un temporal que se presentó en el mar; pero la providencia de Dios, que nunca falta, hizo que se encontrase allí el maestro de Cortés, íntimo amigo del Padre. Entonces la maestra, atribulada por no poder pasar adelante, pidió al maestro, que, pues iba á Cortés, entregase á dicho Padre la carta de aviso. Pero como el P. Sánchez ya había salido para Tigao, el maestro, que tenía orden de buscarle hasta que lo hallase, fué allá y cumplió el encargo.

Serían como las diez de la noche, cuando el Padre recibió la carta, y habiéndola leído, la hizo mil pedazos, como se lo pedía la maestra; luego, sin pérdida de tiempo, se embarcó para Tándag, donde estábamos el P. Ceballos y yo. Llegó el día siguiente, harto impresionado; y yo, admirado de verle, le dije:—Padre ¿cómo viene tan pronto?—y él contestó:—Hermano, adelante cuanto pueda la comida, porque me buscan para matarme.—Adelanté la comida; pero ni el P. Sánchez ni yo podíamos comer con semejante trago. Sólo el P. Ceballos, que, como V. R. sabe, es viejo y sordo, por no haberse enterado de nada, comía con tranquilidad. Así que acabamos de comer, el Padre Sánchez se puso á arreglar su maleta, y yo me fuí á aparejar el caballo. Pero el animal se había salido de la caballeriza á pacer por el bosque, y por desgracia, por más que enviamos en su busca á todos los batas (2) que ví y á los sacristanes, no pareció por ninguna parte. Al fin, determinamos dejar para otra ocasión buscar el caballo, y el

(1) No era ciertamente infundado el rumor que atribuía á las nuevas autoridades de Surigao intenciones aviesas contra el P. Sánchez. Los disgustos bastante serios á que, en tiempo de la dominación española, habían dado lugar los manejos filibusteros de alguna de aquellas autoridades, y los vejámenes que después padecieron los indios, que ahora favorecieron la huída del Misionero, demostraron plenamente las malas disposiciones que abrigaban los prohombres de la nueva situación.

(2) Batas: jovencitos sirvientes de los Padres.

Digitized by Google

Padre se fué á pie, acompañado de un sacristán, que le llevaba la maleta, y sufriendo los ardientes rayos del sol por todo el camino que separa á Tándag de Tago. Antes de salir, llamó el Padre al gobernadorcillo, y le encargó que le hiciera el favor de arreglar la banca del convento para un viaje algo largo; y á mí me indicó que convenía, para no llamar la atención del pueblo, que nos embarcáramos el P. Ceballos y yo, después que él hubiese salido.

Poco después de haberse partido el P. Sánchez, escribí en una pizarra lo que tenía que comunicar al P. Ceballos, que, como he dicho, aun no se había dado cuenta de lo ocurrido. El pobrecito anciano, al enterarse de que habíamos de salir también nosotros, huyendo de los revolucionarios, me contestó: «Yo no salgo de casa, porque soy muy viejo, y más quiero morir en el convento, que no por esos mundos de Dios. Yo no he hecho daño á nadie; por lo tanto, que hagan de mí lo que quieran.»

El P. Sánchez llegó á Tago á las seis de la tarde, muy cansado. Vase al convento, y á un mestizo de su confianza, llamado D. Bernardo Barcóns, le cuenta lo que pasa, y le pide una banca y remeros para ir á Lianga. Preparada la embarcación, D. Bernardo se empeñaba en acompañar al Padre, para morir con él si fuese menester; pero al fin le indujo el Padre á que se quedase, para guardar el convento. Los días 17 y 18 de febrero los pasó el P. Sánchez en el mar, y el 19 llegó á Lianga, en donde encontró al P. Juan Llopart y al H. Bernardo Beamonte, tranquilos y sin noticia de peligro alguno. Sorprendiólos con la nueva de la persecución, y los llevó consigo hacia el Sur, saliendo el 20 para Hinatúan, residencia de los PP. Salvador Buguñá, Matías Roure y H. Sebastián Minguijón. De aquí pasaron todos á Baganga, donde gobernaba en paz D. Prudencio García. A poco de la llegada de los Padres, tomó este señor unos veinticinco soldados y se dirigió con ellos por la costa á Surigao.

Entre tanto el P. Ceballos y yo, sin saber lo que había de ser de nosotros, aguardábamos á los revolucionarios, con grande ansia. La gente del pueblo se iba enterando de todo, y acudían al convento á consolarnos ó á pedir les diésemos alguna cosita, y con gran sencillez nos decían: «¡Lástima de las cosas del convento, que lo van á robar todo!» Así iban pasando los días, y nunca llegaba la comisión que había de prendernos, y á mí ya me parecía demasiada la prisa con que el P. Sánchez se había ido. ¿Y sabe V. R. cuál era la causa de la tardanza? Pues era que los comisionados hacían cuanto podían para dar

Digitized by Google

tiempo á los Padres de escaparse, por ser personas que nos querían bien. El jefe era un antiguo discípulo del P. Sánchez, llamado Pío Caimo; el segundo, llamado Cortés, había tenido un hijo en nuestra Escuela Normal de Manila, y el tercero, era el capitán Bernardino, que ya había ido con D. Wenceslao González á aprisionar á los Padres del Agusan, y no sé si se hallaba muy bien con este oficio. Los de la comisión, un día antes de llegar á Tándag, enviaron un despacho al gobernadorcillo, mandándole hiciera adornar el pueblo para recibirlos. Con esta orden, comenzaron los vecinos á poner arcos por las calles, y colgaduras y banderas en las ventanas; lo que nos convenció de que había ya llegado la hora de nuestra prisión.

El día 23 de marzo todo era movimiento en el pueblo. Como nadie trabajaba, por el deseo de ver á los anunciados, las calles estaban llenas de gente, y muchos iban y venían, corriendo á la playa para ver llegar las bancas de los comisionados, que se descubrían á lo lejos. El desembarcadero estaba cada vez más lleno. Cuando la comisión vió tanto gentío, no se atrevió á atracar, por temor; porque como ellos venían á prendernos, y sabían cuánto nos quería el pueblo, temían alguna mala partida. En esto mandaron un propio para que dijera á los del pueblo que, si no ponían bandera blanca, no entrarían así como así. Entonces el gobernadorcillo mandó buscar una del tribunal, y la plantó en la playa, y los comisionados se acercaron, echando vivas á la Independencia y á D. Emilio Aguinaldo. Luego que desembarcaron, se dirigieron, formados los soldados en dos filas, y con la música, al Tribunal. Los principales del pueblo rodeaban á los jefes y oficiales, quienes preguntaron:—¿Qué tal están en el convento? ¿Habrá seguridad para entrar?—Sí,—les contestaron,—pero no maltraten ustedes á los Padres, porque no nos han hecho ningún mal, antes estamos agradecidos á los Padres y al Hermano.—Bastante pena nos da—dijeron los de la comisión—tener que ir contra los Padres; pero nos lo mandan. No los maltrataremos.

En esto, llegaron al convento, y como el P. Ceballos estaba en cama, por una insolación que había recibido aquella mañana, tuve yo que salir á recibirlos. Noté que á Pío Caimo y á Cortés les daba mucha vergüenza el presentarse, y que echaban por delante al Capitán Bernardino. Yo les aguardaba junto á la puerta del comedor, cuando oí una voz que decía:—Ave María.—Sin pecado concebida—contesté.—¿Se puede?—Adelante.—Y se presentó la comitiva, que, entre los del pueblo y los comisionados, serían unos cuarenta.

Digitized by Google

Pío Caimo no hablaba palabra ni me miraba, de vergüenza que tenía; visto lo cual, el Capitán Bernardino se dirigió á mí:—Hermano, ¿quién representa la casa?—Yo, porque el P. Ceballos está enfermo.—Está bien; ¿y dónde está el P. Sánchez?—Se marchó el 16 del corriente.—¿A dónde?—No lo sé: de aquí partióse para Tago; luego... no sé dónde estará ahora.—¿Y dónde están las llaves de las puertas?—Yo las tengo.—¿Y la caja del dinero?—En el cuarto del Padre Sánchez.—Fuimos allá, abrieron la caja, y el secretario de la comisión se lanzó sobre el dinero, y volviéndose al Capitán Bernardino, le dijo:—Hay poco.—El Capitán mandó contarlo, y se hallaron 91 pesos.—¿Dónde está el que falta?—me dijo con severidad el Capitán.—No hay más,—respondí.—Es imposible.—Tal vez se lo llevó el P. Sánchez.—No: lo habrá escondido usted; pero si no lo da, ya lo encontraremos nosotros.—Entonces comenzaron á buscar por todas partes; pero no hallaron más que un saquito, que resultó lleno de perdigones. Pidieron las armas que hubiese en el convento; y como no las había, tuvieron que quedarse sin ellas. Así que se cansaron de registrar, dijéronme que querían ver al P. Ceballos. Introdújeles en su cuarto; pero al mismo tiempo el buen Padre dió un gran suspiro que los espantó é hizo salir fuera. Al marcharse me declararon que quedábamos desde entonces prisioneros de guerra, y, en efecto, dejaron guardia en el convento. Al gobernadorcillo le dijeron que quedaba de su cuenta mandarnos á Surigao, cuando se compusiese el mar Pacífico, que por entonces estaba alborotado.

Ya dije á V. R. que dos de los comisionados hacían su oficio de mala gana, y prueba de ello es, que, este mismo día, á las tres de la tarde, vino al convento el Sr. Cortés y me dijo:—Vengo á pedirle perdón por lo que hemos hecho. Ya ha visto usted que no los hemos maltratado, y lo que hacemos es solamente porque nos obligan los González.—Yo me valí de la ocasión para decirle, á ver si podía revocar la orden de que nos llevara el gobernadorcillo á Surigao; y me contestó:—Ya veremos: yo por mi parte haré lo que pueda por conseguirlo.

Mientras estuvieron en Tándag los comisionados, las tropas que mandaban comían del arroz del convento, y se llevaron un toro que mataron, y nosotros les proveíamos de azúcar, jabón y otros artículos. Entre tanto pasaba el tiempo, y los comisionados no habían podido prender al P. Sánchez, fin principal de su viaje á Tándag; así es que decidieron escribir una carta á Simón González, que estaba en

Digitized by Google

Surigao, dándole cuenta de la huída del Padre hacia el Sur. Por aquellos días, había emprendido su hermano Wenceslao un viaje en la misma dirección, en un vaporcito llamado *Surigao*, y pronto supo la huída del P. Sánchez. Aceleró la marcha para coparlo en Caraga; pero, como Dios siempre está por los suyos, hizo que se levantara una gran tempestad, y al llegar á la punta Cáuit, cerca ya de Tándag, el capitán del barco, que amaba mucho al Padre, dijo que no se atrevía á pasar adelante, por tener la hélice rota una pala, y por esta misma causa se vieron obligados á desembarcar en Cantilan. Al saltar en tierra Wenceslao, comenzó á averiguar quién había llevado al P. Sánchez el aviso de su peligro, atemorizando á todos con grandes castigos de azotes que hacía dar; pero no pudo sacar, por entonces, nada en limpio. Preguntó después, quién había pasado por allí, durante el tiempo de las lluvias; y como no había pasado otro que el maestro de Cortés, que era el que había llevado la carta, le mandó llamar por medio de soldados. Tomóle declaración, y el pobrecito negaba (aunque, muerto de espanto, no podía consigo); y después de maltratarle de palabra, le hizo dar cien bejucazos y le puso preso, diciéndole que, si no declaraba la verdad, lo mandaría fusilar al día siguiente. Los de Cantilan se interesaron por el pobre maestro, y González, á fuerza de ruegos, condescendió en perdonarle la vida, contentándose con dejarle bien acardenaladas las espaldas (1).

Pero ha de saber V. R. que no acabó aquí todo. El domingo, 5 de marzo, llegó el Gobernador á Tándag, á las nueve de la mañana, muy enojado con los comisionados que aun estaban allí. Al pueblo le entró, al verle, un miedo espantoso, por las palizas que había mandado dar en Cantilan. Al desembarcar, la emprendió con los comisionados, por no haber llegado antes que pudiese escaparse el P. Sánchez; y luego me llamó á mí, para tomarme declaración, y me hizo sentar á su lado en el Tribunal, que estaba llenísimo de gente.—¿Dónde está el Padre?—preguntó.—Se marchó el 16 de febrero.—¿Y por qué se marchó?—Porque ustedes le iban persiguiendo.—Pues, aunque se meta debajo de la tierra, le hemos de coger.—Luego añadió otras muchas cosas, que me causaron gran tristeza. . . . . .

(1) Tan terrible castigo, ejecutado en la persona de un hombre de bien, por el solo hecho de haber llevado una carta á su Misionero, explica de sobra el miedo que en otras partes cruzó de brazos á los buenos, ante las injusticias sacrílegas que cometían los satélites de las logias.

Digitized by Google

Después de una hora, le pregunté: — Dígame, Sr. Gobernador: ¿no se le ofrece nada más?—No; — me contestó.—Pues á mí se me ofrece pedirle una gracia.—Diga usted.— Como el P. Ceballos está enfermo y es tan anciano, á ver si nos permitiría quedarnos aquí, hasta que se arregle el mar Pacífico.—Por mi parte no hay dificultad, y ya me lo han pedido también los principales.— Con semejante concesión quedé más contento que unas Pascuas; pues lo de Surigao lo veía más negro que el hollín. Los indios, que habían presenciado la escena, me miraban con gran respeto y compasión, y esto era lo que más indignaba al Gobernador.

Ya parecía todo concluído, y que podíamos respirar tranquilos; pero no fué así. Cabalmente, aquella misma mañana, el P. Ceballos había explicado el Evangelio al pueblo, á pesar de hallarse delicado de salud, como he dicho á V. R.; y habló de la ingratitud de los judíos con Jesucristo, mostrando alguna pena por nuestro estado actual. Después de haber salido yo del Tribunal, un hombre, que era el único que en el pueblo no nos quería, se acercó á González, y le dijo que el P. Ceballos había predicado aquella mañana contra su gobierno. Airado el Gobernador, llamó á la Comisión, y, después de áspera reprensión, por haber permitido al Padre que predicase, declaró á Pío Caimo prisionero de guerra, le hizo quitar la espada y el uniforme y le envió al calabozo. Luego llamó á los principales, y los increpó también duramente, y tras esto, dispuso que le acompañasen al convento. Mientras aguardaba al P. Ceballos, que estaba en la iglesia, vió en un rincón una bandera española, y, tomándola, la arrojó con ira por la ventana. Cuando apareció el P. Ceballos, le echó el Gobernador un fuerte y largo sermón; al cual dijo el Padre por toda respuesta: «No se canse usted; porque no oigo nada: soy sordo.» Volviéndose entonces Wenceslao á mí, me dijo que estábamos de más en el pueblo, y que se volvía atrás de la licencia que nos había dado para quedarnos, y, dirigiéndose al gobernadorcillo, le mandó que en seguida preparara una banca y nos sacara de Tándag, lo más pronto posible.

Los amigos, entre tanto, no cesaban de trabajar en nuestro favor; así es que por aquellos días, estuvieron en Tándag algunos enviados de D. Prudencio García, mirando muy despacio cómo nos trataba González, y diciéndonos que no temiéramos, que pronto estaríamos en libertad.

Al pobre Pío Caimo se lo llevaron el 6 de marzo á Surigao, para

Digitized by Google

formarle sumaria ante D. Simón González; y el 7 fuimos también nosotros tras él, como prisioneros, custodiados por un teniente y varios soldados, que se portaron con mucha humildad. La gente de Tándag se quedó llorando muy afligida. Al llegar nosotros á la punta de Cáuit, la marejada no nos dejaba pasar adelante; y el Teniente, que nos conducía, resolvió que nos dirigiéramos al pueblo de Cortés, y pidió una banca de auxilio para aligerar la nuestra.

El 10 de marzo arribamos á Lanuza, y pasamos grandísimo peligro á la entrada. No hay que decir, que el pueblo todo, con el gobernadorcillo al frente, nos trataron con mucho amor. El día siguiente llegamos á Cantilan. Apenas lo supo la gente, todos vinieron al convento á visitarnos, y á preguntarnos por qué nos llevaban presos. Nosotros les contestábamos: que porque querían. Se entristecían con esto mucho, y exclamaban: «¡Ay! ya no veremos más á los Padres. ¡Qué lástima!» Preguntaron al P. Ceballos, si quería bautizar; y él contestó que trajeran cuantos niños hubiera, que él los bautizaría. Comenzaron entonces á venir madres con sus hijos, y fueron tantos los niños de la población y de los pueblos vecinos que se presentaron, que el Teniente se vió obligado á concedernos tres días de estancia en Cantilan, para poderlos bautizar. Los pobres cantilanos no paraban de lamentar nuestra suerte, doliéndose también de no tener consigo Padres que les administrasen los santos Sacramentos.

Estando aquí, recibimos una carta del gobernadorcillo de Lanuza, en la que nos participaba, con mucho sentimiento, haber naufragado, á la entrada del pueblo, la banca que nos traía el equipaje. Solamente se salvaron del naufragio los grumetes, que salieron nadando.

Mientras estábamos en Cantilan, pasó hacia el Norte, costeando, D. Prudencio García con sus fuerzas. Wenceslao permanecía aún en las poblaciones del Sur; García hizo alto en Placer, y nosotros, prosiguiendo nuestro viaje, llegamos á este mismo pueblo el 16 de marzo. Por cierto, nuestro arribo nos costó pasar un susto mayúsculo. Pues como la banca que nos llevaba, era muy semejante á la del Gobernador; las tropas de D. Prudencio, que andaban vigilando el pueblo y la plaza, se pusieron en movimiento, apenas nos divisaron. El Teniente coronel que mandaba dichas fuerzas, estaba muy amargado por el mal trato que se decía haber nosotros recibido de los González; por lo que, al divisar la banca, empezó á gritar á los soldados, mandándoles le siguieran al desembarcadero. Echaron éstos á correr

Digitized by Google

hacia nosotros, como desesperados, detrás de su Teniente coronel, y los unos amartillaban los fusiles, y los otros desenvainaban los crises, aproximándose cada vez más. El Padre y yo íbamos metidos en una como camareta, de modo que ellos no nos podían reconocer; pero yo, que sacaba un poco la cabeza por la ventanilla, y veía todo lo que pasaba, me espanté, creyendo puesta en peligro nuestra vida. Por fin logré que me reconociesen, y el Teniente coronel exclamó:—¡Ay!, si es el Hermano. Hermano, salte, salte usted en tierra. —También va aquí dentro el P. Ceballos,—dije yo.—¿Qué tal viene? ¿bueno?—Bueno.—Púsose entonces el Teniente coronel á explicarme la equivocación que había sufrido, confundiendo nuestra banca con la del que nos mandaba presos, y en esto nos envió á llamar el mismo D. Prudencio.

Mientras nos dirigíamos hacia la casa que habitaba García, en un momento se agrupó mucha gente á nuestro alrededor. El Teniente coronel me llamó aparte, y empezó á preguntarme con interés:—Estos que los llevan, ¿qué tal los tratan?—Se han portado bien con nosotros.—Pues, Hermano,—continuó,—no sé si sabe usted que nuestro fin es ir á Surigao para libertar á ustedes, cueste lo que cueste.—Y añadió:—Ahora estamos aguardando la contestación de don Simón González, pues D. Prudencio le ha escrito, diciéndole que deseaba tener una conferencia con él, sobre asuntos del nuevo Gobierno revolucionario.—Así, hablando, llegamos á la casa de D. Prudencio, como á las once de la mañana. Nos recibió con tanto cariño, que á nosotros nos parecía que se nos abría el cielo. En seguida mandó que nos prepararan comida, y yo le respondí que no había necesidad; que en todo caso, nos permitiese ir al convento á saludar al H. Costa, que había llegado allí aquel mismo día con dos Padres y un Hermano Benedictinos. Claró está que nos concedió ir adonde nos pareciese; pero ya que no quisimos comer, nos obligó á que, por lo menos, tomáramos un refresco. Entre tanto sacó un periódico y me dijo en secreto:—Yo voy á Surigao para libertar á ustedes. Por ahora, sigan ustedes prisioneros, como si tal cosa, y tengan paciencia. Yo llevo este diario, donde dice lo que se ha de hacer con los prisioneros de Luzón, y no dice que se haga lo que han hecho con ustedes. Por lo tanto, si me contesta González para tener la conferencia, como yo le pido, entonces veremos de dónde ha sacado él las facultades para... apoderarse del dinero de las iglesias.

A la visita del H. Costa nos acompañó D. Prudencio. No es para

Digitized by Google

dicha la alegría con que nos abrazamos y rompimos la incomunicación en que ellos estaban. La buena voluntad de D. Prudencio nos fué de mucho consuelo.

El 18, á las cuatro de la tarde, llegamos por fin á Surigao, después de un viaje de diez días, durante los cuales fuimos tratados lo mejor que fué posible. Al desembarcar, echamos á andar hacia la casa del General D. Simón; pero el P. Ceballos, con el calor que hacía, se cansaba mucho. Acertó entonces á pasar un coche, en que iban unos chinos, y el Teniente, que notaba el cansancio del Padre, mandó parar el coche, y los chinos bajaron á toda prisa, diciendo: «¡Ah! sí, sí; que suba el Padre. ¡Pobrecito!» El mismo Teniente le ayudó á subir; subimos también los demás, y en un momento llegamos á la habitación del General.

Este nos recibió bien; y después de hacernos tomar asiento, me preguntó:—¿Dónde está el P. Sánchez?—El P. Sánchez se marchó el 16 de febrero hacia Tago, y no le hemos visto más.—¡Qué infeliz! Pensará que no lo vamos á coger. Y del dinero de la iglesia ¿qué se ha hecho?—Pues ya cogieron el que había.—Pero, Hermano, ¿sólo 91 duros la parroquia de Tándag?—Ya verá usted, tal vez habría más; pues el P. Sánchez no dejaría de llevarse para el viaje.—Sí; todo podría ser. ¡Bueno! Ahora pasemos á otra cosa: y el P. Ceballos, de quien me dijeron que había predicado contra mi Gobierno, ¿por qué hace eso?—Yo no sé lo que el Padre diría, pues, si bien me hallaba en la tribuna, no pude entender nada, porque se puso a llover y hacía mucho ruido la lluvia al chocar contra el zinc; pero sí me han asegurado, que no fué tanto lo que dijo, como lo han ponderado. Claro está que él, al ver las cosas que nos han venido de sopetón, lo ha de haber sentido mucho; porque á mí me ha dicho muchas veces que, después de haber estado más de treinta años con los indios, es sensible nos sobrevengan estos trastornos...—¿Ya hace treinta años que está en Filipinas?—Sí, señor.—Después, cambiando de conversación, se puso á decirnos, si reconocíamos al Gobierno, y si lo queríamos obedecer; á lo que contesté que sí, que por fuerza. A continuación hizo algunas consideraciones sobre nuestro antiguo estado y el actual, y nos despidió, diciendo que no pensáramos más en lo del sermón del Padre, y que estuviéramos tranquilos, porque él creía que el Padre era otro. Nos dió saludos para el P. Masoliver, y nos envió al convento, adonde fuimos los dos sin escolta.

A los pocos días se presentó en Surigao D. Prudencio García. Lo

Digitized by Google

que sucedió á su llegada, supongo lo sabe ya V. R. por cartas de los Padres de aquella casa. Bendito sea Dios que nos ha sacado libres de tantos trabajos, y quiera el Señor que todo sea para el mayor bien de aquellos pobrecitos indios.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De V. R. humilde siervo en Cristo.

ANSELMO PÉREZ, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Fernando Diego al R. P. Provincial

Cambio de soberanía en el Agusan.—Comisión de D. Wenceslao González en Veruela. — Prisión de los Misioneros. — Enfermedad del P. Diego. — De Veruela á Butúan. — D. Simón González en Butúan. — Embarque de algunos Misioneros. — Los quintos de Veruela. — Orden de dejar las Misiones. — Salida del P. Ricart y detención del P. Diego. — Butúan, provincia independiente.—Mes de Mayo y fiesta de S. Ignacio. — Primera visita á los pueblos del Agusan. — Cultos á la Inmaculada. — Nuevas Autoridades y libertad del P. Diego. — Segunda visita á los pueblos. — El P. Llobera en Butúan.

Manila, 31 de julio de 1900.

P. C.

Amadísimo en Cristo R. P. Provincial: Accediendo á los deseos de V. R. y á lo dispuesto por el R. P. Superior de la Misión, voy á escribir una relación de los sucesos más notables, acaecidos en nuestras Misiones del río Agusan, al abandonar el Gobierno español la isla de Mindanao.

Mientras en Manila se verificaban los tristes acontecimientos, de todos conocidos; los Misioneros del Agusan recorríamos nuestras Misiones, ejerciendo pacíficamente los ministerios espirituales, como si nada hubiera pasado en el mundo. Solamente allá en lo íntimo del corazón un triste presentimiento parecía decirnos: «Esta tierra que pisáis, ya no es tierra española; esos pobrecitos indios, á quienes enseñáis el camino del cielo, ya no son súbditos de vuestra amada España.» A principios de octubre del 98, nos reunimos en Butúan todos los Misioneros del Agusan para hacer los santos Ejercicios. Terminados éstos, por espacio de tres días tuvimos consulta, mañana y tarde, con el fin de tomar las resoluciones que se juzgaran conve-

Digitized by Google

nientes para prevenir las contingencias que podrían presentarse. Prevaleció la idea de no desamparar nuestras Misiones, mientras para ello no recibiéramos órdenes del R. P. Superior. Por aquellos días, abandonó el Agusan la única autoridad militar que representaba á S. M. el Rey de España; y nosotros nos volvimos cada cual á su Misión, sin sospechar que muy presto bajaríamos presos y escoltados por soldados.

. . . . . (1).

A principios de febrero del 99, estaba yo con mucha paz y tranquilidad en mi amada é inolvidable Misión de Veruela, en mi convento nuevo, todavía no terminado. Mi compañero, el H. Miguel Sureda, y yo íbamos echando planes sobre el modo de trasladar la iglesia interina á otra parte, para dar principio á las obras de la nueva. Mas nuestro buen Jesús disponía, no ya el traslado de la iglesia, sino el nuestro. Por estos días, estaba yo tan sin recelo, que hice una salida al río Umayan, para visitar los pueblos de Loreto y Ausona; sólo extrañaba el no recibir noticias de nuestros Padres de Butúan; mas ellos ¿cómo me habían de escribir, si iban recorriendo á más andar el camino del calvario? Algunos días antes, supe que vendrían á Veruela unos comisionados del Gobierno filipino, para negocios de elecciones y quintas; mas ignoraba que trajesen la orden de prenderme.

Al caer de la tarde del día 12 de febrero, domingo de Quincuagésima, se oyeron algunos disparos de remington. Era la señal de que ya estaban en la población los comisionados. Todo el pueblo, con las autoridades y la música, se reunieron en el *pantalán* (2). Yo no fuí á recibirles, por no haber tenido aviso oficial de su llegada; y así se lo manifesté á las Autoridades aquel mismo día por la mañana. Los comisionados dieron varios vivas á la República, al presidente

(1) El original de la presente carta trae muchos y curiosos pormenores sobre la propaganda masónica y filibustera que, en los últimos días de la dominación española, se hacía en Cagayán y en Butúan, y que, por la gracia de Dios, «nunca pudo anidar en ningún pueblo de conquistas ó nuevos cristianos». Las sociedades de este género «se deshicieron, como la sal en el agua, á la salida del Gobierno español». No quedó de ellas más residuo que cierto espíritu levantisco y anticristiano, que, si bien produjo y sigue produciendo resultados desastrosos, no dió, ciertamente, determinada dirección á los sucesos posteriores, que siguieron su curso por impulso recibido de afuera. Por esta razón, y por la excesiva extensión de aquellos datos, los hemos suprimido.

(2) Embarcadero.

Digitized by Google

Aguinaldo, á Veruela y á sí mismos. Preguntaron por el Cura, y les respondieron que estaba en el convento. — Y ¿cómo no ha venido al pantalán á recibirnos? — Porque no tiene aviso oficial de la llegada, respondieron. — Bueno; — repusieron ellos, — vayamos primero al Tribunal, que allí daremos las órdenes correspondientes.

La orden que éstos llevaban, tal cual me la refirió el Capitán Juan Atega, que la oyó de labios de D. Wenceslao González, contenía los puntos siguientes: 1.° Declarar prisioneros á los Padres y llevarlos bien escoltados á Surigao, para enviarlos desde allí á Luzón, á disposición de D. Emilio. 2.° Incautarse de todo el metálico perteneciente á los Padres y á las iglesias. 3.° Incautarse también de todos los bienes muebles é inmuebles de los mismos Padres é iglesias, vendiendo públicamente lo que se pudiera, y dejando lo restante en poder del Jefe local, que cuidaría de llevarlo á la Cabecera. 4.° Depositar todo el dinero recogido en manos del Gobernador para los gastos de la guerra.

A las ocho de la noche del mismo día, llegó al convento el Teniente del pueblo, y me comunicó la orden de presentarme inmediatamente al comisionado especial de guerra. Como las calles estaban inundadas por las muchas lluvias, fuí allá sobre medio baroto, tirado por un carabao. Hallé reunidos en el Tribunal á todos los principales del pueblo, presididos por el dicho comisionado. Éste, encarándose conmigo, me dijo: — ¿Por qué el Cura no ha salido al pantalán á recibirme? — Porque no tenía aviso oficial de la llegada de usted, dije yo. — Está bien; puede el Cura sentarse. — Echó luego un discurso, de cuyo asunto no quiero acordarme, y al fin hizo saber á todos que, desde aquel momento, el Cura del pueblo, es decir yo, que estaba allí presente, quedaba prisionero de guerra. Entregóme luego el mismo comisionado una carta del P. Ricart, que me escribía desde La Esperanza, donde le habían cogido prisionero. Decíame, en substancia, que me dejara prender, que no temiese, y que recogiese los víveres que pudiera para bajarlos á Butúan. Antes de disolverse la reunión, dispuso el comisionado que el día siguiente hubiese misa cantada de difuntos, por los filipinos muertos en campo de batalla, y que por medio de un bando se mandase poner colgaduras negras y asistir á la iglesia. Viendo yo que no me decían nada, me escabullí por la escalera abajo para irme al convento; mas ellos, siempre tan atentos, me dieron escolta, formada por el secretario, el capitán de tropa y todos los soldados.

Digitized by Google

No fué poco lo que se asustó el H. Sureda al verme entre bayonetas, y que la casa era tomada por asalto. Le procuré sosegar, y yo mismo le leí la orden, en virtud de la cual quedábamos los dos prisioneros. Acto continuo me pidieron los libros de cuentas y la caja del dinero, y, hechas por mí las debidas protestas, tomaron á su cargo lo que había. De los libros no hicieron mucho caso, y se fueron derechos á la caja, donde encontraron 92 pesos y 80 céntimos. Se miraron unos á otros, sin preguntar si había más, y se fueron, dejando las guardias que quisieron para nuestra custodia.

. . . . . .

El martes, 14 de febrero, era el día señalado para salir de Veruela; mas las Autoridades intercedieron con los comisionados para que me quedara hasta el domingo siguiente, por haber algunos matrimonios que bendecir y mucha gente que no había cumplido aún con parroquia. Este día me visitaron en el convento todas las Autoridades, nuevas y antiguas, en corporación. Me dijeron que venían á darme pública satisfacción; que ellos no tenían ninguna parte en que yo estuviese preso; que en nombre de todo el pueblo querían dar testimonio del amor que me tenían; que me suplicaban los perdonase, pues ellos no querían que yo me fuese, pero que nada podían contra la fuerza armada. Estas frases, en muchos de ellos, eran espontáneas y les salían del corazón.

No puedo ocultar á V. R. la pena y sentimiento que embargó mi alma al dar una mirada á nuestras Misiones. ¿Qué será de tantos pueblos, sostenidos únicamente por el sagrado y paternal influjo del Misionero? Sin duda que, con él, desaparecerán también ellos. Y al pensar en los sudores, trabajos y padecimientos de mis hermanos, exclamaba: ¿Por qué, Señor, habéis de permitir que se pierda el fruto de tantos trabajos, sufridos por vuestro amor y la salvación de las almas? Pero, ¡oh Providencia de Dios! yo mismo, que andaba con presentimientos pesimistas, que creía que todo estaba perdido, que me ahogaba en un vaso de agua, yo mismo era el destinado por Dios para que, quedándome en Butúan, impidiese la completa ruina de las misiones agusanas.

Difícilmente podré contar á V. R. el trabajo que me dieron las confesiones, los pocos días que permanecí en Veruela. Todos querían confesarse, hombres, mujeres, niños y viejos, porque decían: «El Padre se va, y ya no volverá; ya no podremos confesarnos más; ¡pobres de nosotros! ¿quién nos asistirá en la hora de la muerte?»

Digitized by Google

Los nuevos cristianos, ó sea los manobos convertidos, eran los que más lástima me daban: «¿Quién, decían, nos amparará ahora, no estando ya el Padre? ¿qué será de nosotros? ¡Ah! ¡nos volveremos otra vez manobos!» Todas estas lamentaciones me las repetían una y muchas veces, y siempre llorando. Yo, á la verdad, R. P. Provincial, había cobrado cariño á los manobos, y por lo mismo sus quejas me lastimaban hondamente.

El miércoles de ceniza, 15 de febrero, al levantarme por la mañana, me sentí algo indispuesto; sin embargo, fuí á la iglesia y confesé á unas cuarenta personas. Durante las confesiones me sentí atacado de frío y temblor, prenuncio de la fuerte calentura que después me sobrevino; bendije la ceniza, y al imponerla, tuve que sentarme, y, por fin, sin poder celebrar, me volví al convento. Sólo dos días guardé cama, gracias al Señor y á la mucha solicitud y caridad con que me cuidó el H. Sureda. La gente del pueblo manifestó en este caso lo mucho que me quería. Los hombres subían á verme y á ofrecerse para todo aquello en que pudieran servirme; las mujeres llenaban los bajos del convento, preguntando por mi salud y trayendo de limosna lo que podía necesitar para mi alivio. Hasta los mismos comisionados vinieron á visitarme y me ofrecieron medicinas, que acepté gustoso. Y quedándose uno de ellos para mi custodia, los tres restantes se partieron el viernes, 15; y el sábado, ya de noche, llegaron á Játiva, donde de improviso declararon prisionero de guerra al P. Llobera, que se hallaba solo en el convento, por haber bajado su compañero, el H. Simón, á Butúan y caído también prisionero en Talacogon. El domingo, 19, se hizo el embargo de lo que los comisionados hallaron en Játiva, y el día 20 bajó el Padre á juntarse conmigo en Veruela.

. . . . . .

El jueves, 23, después de celebrar la santa misa y de bendecir dos parejas, vino á nuestra casa un sargento á anunciarnos la salida para las doce de aquel mismo día. Pero á tal hora los comisionados no habían preparado ni baroto, ni grumetes, ni nada. Yo mismo, enfermo como estaba, tuve que disponerlo todo, y á las cinco, entregadas las llaves del convento á uno de los comisionados, comenzamos á salir. La gente se había arremolinado á la puerta, para besarnos la mano y acompañarnos al *pantalán*. La mayor parte iban llorando, sobre todo las mujeres. Yo les repartí, como recuerdo, medallas y escapularios. Al llegar al río se levantó un murmullo de indignación

Digitized by Google

contra los comisionados, por el poco cuidado que habían tenido de proporcionar á los Padres cómoda y segura embarcación. Los pobres manobos se echaron á trabajar para mejorar nuestro baroto y asegurarlo de averías. Salimos, por fin, escoltados de un sargento, en medio de un llanto general de todo el pueblo. Cuando nos perdieron de vista, daban gritos y aullidos tales, que me partían el corazón. ¡Pobrecitos de mi alma!

Dios Nuestro Señor, por intercesión de su Santísima Madre, perdone, como yo los perdono, á los autores de tantos males. Así terminó, R. P. Provincial, la gran Misión de Veruela, que sólo ha tenido dos Padres Misioneros: el P. Ramón Ricart, que tomó posesión en 16 de marzo de 1894, y yo, que entré allá el 18 de octubre de 1896 y puse fin á la misma el 23 de febrero de 1899. La Misión de Veruela tenía ya 14 pueblos: en el río Agusan, Veruela, San Pedro, Vigo, Patrocinio y Clavijo; en el río Baobo, Borja; en el Ihauan, Gracia y Concepción; en el Umayan, Loreto y Ausona; en el Simúlao, San José, Tudela y San Isidro, y en Bahoyan, Trento y Cuevas.

Nuestro viaje, hasta Talacogon, fué muy incómodo, y tuvimos mucho que ofrecer á nuestro buen Jesús. Por la gran avenida del Agusan, no encontramos un palmo de tierra en donde encender fuego, y la comida tuvo que prepararse sobre el enorme tronco de un árbol caído. Sería la una de la madrugada del 25, cuando llegamos á Talacogon, en donde fuimos muy bien recibidos y agasajados por el P. España y el H. Mompó, que estaban aguardando nuestra llegada. El 25 recibimos orden de partir para Butúan. Me habían postrado tanto las calenturas, que hube de salir apoyado en el brazo del H. Sureda, para no caerme. Notáronlo los principales, é inmediatamente trajeron una silla de brazos, en que me hicieron sentar; y, cargando conmigo ellos mismos, me llevaron al baroto y me acomodaron en él con mucha caridad. Más tarde, en el mes de octubre, en mi primer viaje á los pueblos de Agusan, les dí públicamente las gracias, desde el púlpito de la iglesia de Talacogon. Por fin, el primero de marzo, llegamos sanos y salvos á Butúan. Los Misioneros que nos reunimos en este convento, esperando órdenes para pasar á Surigao, éramos los PP. Ramón Ricart, Bernardino Llobera, José España y yo, y los HH. Luis Ferreróns, Francisco Mompó y Miguel Sureda.

El 2 de marzo llegó á Butúan el vapor *Surigao*, y en él vino el

Digitized by Google

General de Mindanao, D. Simón González. Desde el *pantalán* se dirigió, con su acompañamiento, á la iglesia, donde se cantó el *Te Deum*. Nos sorprendió el *Te Deum*, porque nos hubiera parecido más natural un responso. Al pasar el General por delante del convento, vió que teníamos guardias, y mandó que se fueran inmediatamente. Después vino á visitarnos él mismo, y estuvo con nosotros muy comedido y deferente, y nos dijo que nos embarcaríamos con él para Surigao, donde se reunirían todos los Padres; y que si los pueblos pedían otra vez la vuelta de sus Misioneros, no tendría dificultad en concederlo. Añadió que ya el pueblo de Butúan le había pedido dos Padres, para su asistencia espiritual, á lo cual accedía gustoso; que, por consiguiente, podría quedarse el P. Ricart con otro Misionero, el que eligiese el mismo P. Ricart. Este escogió al P. España, y quedó acordada la salida de todos los demás para Surigao, á excepción del H. Luis Ferreróns. El día siguiente, llegaron á Butúan los comisionados, y acusaron al P. España, delante de Simón González, de haber dicho, predicando en la iglesia de Talacogon, que el pueblo no podía comprar los objetos que los comisionados vendían á pública subasta. Entonces González mandó que el P. España se embarcase con él, y, en su lugar, me señaló á mí para compañero del P. Ricart. Desembarqué inmediatamente (que ya nos habíamos embarcado), y me presenté al General, diciéndole que todavía estaba enfermo, y que me convenía salir de Butúan para reponerme; mas él, por instigación de las Autoridades de Butúan, que estaban presentes, me contestó que allí mismo podría recobrar la salud; y, al efecto, encargó á dichas Autoridades que me asistiesen con esmero. Plugo al Señor devolverme mi antigua robustez. Y ahí tiene V. R. explicado el motivo y ocasión de haberme quedado en Butúan. Acaté la orden del General, como venida de la mano de Dios, y me volví al convento á hacer compañía al H. Ferreróns, mientras el P. Ricart acompañaba á los demás Padres hasta Cabarbarán.

. . . . . .

Había pasado un mes. El H. Ferreróns, que, desde hacía algún tiempo, no andaba bien de salud, tenía necesidad de ir á Surigao en busca de remedio; porque, si bien el botiquín de Butúan estuvo en algún tiempo bastante bien provisto, ahora se hallaba completamente vacío. Determinamos, pues, que el Hermano se pusiera en camino y, á este fin, escribimos á la primera Autoridad una atenta carta, en que le dábamos cuenta de nuestra resolución y pedíamos su licencia para

Digitized by Google

llevarla á cabo. Obtenida ésta el 10 de abril, si no me engaño, salió el H. Ferreróns para dicha Cabecera, adonde llegó felizmente.

. . . . . .

Para la fiesta patronal de Butúan, bajó el Jefe local de Veruela, Eleuterio Mordeno, y con él los quintos del mismo pueblo. Estos vinieron hacerme una visita, en la que mostraron extraordinaria alegría al ver á su Padre Misionero; y, no cabiendo en sí de gozo, decían: *buhi ang Pade*, esto es, *vivo todavía el Padre!* Me llamó la atención esta frase, y les pregunté por qué se admiraban tanto de verme vivo; á lo que respondieron, que por haber oído decir, cuando salí de Veruela, que los Padres serían fusilados, antes de llegar á Butúan, y sus cuerpos arrojados al río.

El día 25 de abril llegó á este último pueblo, procedente de Surigao, cierto butuano llamado Benito Corbera, uno de los que me prendieron en Veruela. Este venía de parte de los Padres de Surigao, con el encargo de sacarnos, al P. Ricart y á mí, de Butúan. Entre las muchas cartas de que era portador, y que nos entregó con mucha fidelidad, había una del P. Gregorio Parache, en la que nos comunicaba la orden del R. P. Superior de refugiarnos en Manila á esperar mejores tiempos, para lo cual disponía nos trasladásemos lo más pronto posible á Surigao. Venía también otra del P. Llobera, haciéndonos saber que él, á pesar de la orden citada, se veía obligado á permanecer en Surigao, porque el pueblo, que tan dignamente se portó con los Nuestros, no quería quedarse sin ellos. Referíanos cómo, estando ya embarcados todos los Padres, y disponiéndose el vapor á levar anclas, el Presidente provincial le había impedido á él partirse con los demás, por el deseo dicho; que el P. Parache, enviado expresamente desde Manila, con objeto de activar la expedición, no había podido negarse á tan piadosa demanda, y, finalmente, que, en consecuencia, se habían vuelto á tierra el mismo P. Llobera y el H. Pedro Simón. También nos decía este Padre que si los butuanos no nos permitían salir á los dos, se quedara uno solo, y éste fuese yo y que el P. Ricart pasara inmediatamente á Surigao; pues, á no tardar, volvería éste ó, en su defecto, el mismo P. Llobera, para hacerme compañía. Mas Dios Nuestro Señor disponía las cosas muy de otro modo.

Cuando Benito Corbera contó lo que había sucedido en Surigao, los principales de Butúan celebraron junta magna, y después de larga discusión, se vinieron todos al convento. Dijéronnos que jamás per-

Digitized by Google

mitirían que los Padres se fuesen, y que se valdrían de todos los medios para impedir nuestra salida; que, á lo menos, debía quedarse uno. Nosotros procuramos persuadirles que nos dejaran libres á los dos; pero fué en vano. Resolvimos, pues, atenernos á la carta del P. Llobera, como lo hicimos, permaneciendo yo en Butúan, y saliendo el P. Ricart para Cabarbarán y Surigao el 28 de abril.

Desde este día estuve solo en Butúan, contento y alegre, porque esperaba tener compañero, á más tardar, dentro de un mes. Y debiendo permanecer allí, por necesidad, ¿qué cosa más natural que trabajar en el sostenimiento de nuestras Misiones? A mi ver, R. Padre Provincial, el Señor, con particular providencia, quiso que nunca abandonásemos del todo á Mindanao, y, contra viento y marea, dispuso que estuviese yo, como de guardia, á la bocana del río Agusan, para custodiar aquellas regiones hasta que de nuevo volviesen nuestros Padres.

El 30 de abril llegó el vapor *Surigao*, cuyo maquinista, tagalo, era hombre muy metido en política. No sé yo qué diría el tal sujeto á las Autoridades de Butúan, pero es lo cierto que, el día siguiente, á primeras horas del día, ya estaban todos los principales reunidos en el Tribunal. Veíalos yo, desde mi aposento, muy bien, por estar el Tribunal frente al convento; pero no podía oir lo que trataban, pues sólo alguna que otra voz llegaba á mis oídos. Por la agitación que entre ellos reinaba, comprendí que se discutía algún asunto de gravedad. Después de las ocho, bajaron todos, y, formando un compacto grupo, que llevaba en medio al maquinista y á Valentín Calo, recorrieron las principales calles al son de la música, que iba delante. Ya me había yo distraído, cuando he aquí que la banda de música se mete en el convento, y con ella todas las autoridades, incluso el maquinista y el sobredicho Valentín. Recibidos en la sala, y hechos los convenientes saludos, dijo uno de ellos, dirigiéndose á mí: «Venimos á poner en conocimiento del Padre, que, desde hoy, Butúan es provincia independiente: ya nada tenemos que ver con Surigao. Esta mañana nos hemos reunido con el objeto de hacer la elección de los Jefes provincial y militar, y han resultado elegidos, por mayoría de votos, para el primer cargo, Valentín Calo, y para el segundo, Pastor Atega.» A esto contesté dándoles, en primer lugar, las gracias por la deferencia que habían tenido conmigo, viniendo en corporación á visitarme; en segundo lugar les dije, que me felicitaba por ver ya á Butúan elevado á la categoría de Cabecera de provincia, y, final-

Digitized by Google

mente, añadí que, tal separación, esperaba sería en provecho de la civilización del río Agusan. Y dicho esto, con los cumplimientos de costumbre se fueron, y yo quedé muy sosegado y tranquilo.

Pero me duró bien poco el sosiego. Ya la tarde de aquel mismo día, 1.° de mayo, me envió la Santísima Virgen un poquito de hiel, para que comenzara su mes con algo que ofrecerle. Fué la ocasión un oficio, en el cual se me declaraba prisionero de guerra, y se me prohibía salir de los límites del pueblo. Y, aun estaba yo leyendo el oficio, cuando ya me anunció un muchacho, que en el zaguán del convento había un piquete de soldados con fusil y bayoneta calada. Me asusté un poco, á la verdad, con tal noticia; pero me sosegué y bajando al zaguán, pregunté á los soldados, qué se les ofrecía. — Nada, me repusieron; hacer guardia al Padre. —¿Y quién lo manda?— El Presidente provincial. — Y sin hacer más preguntas, me retiré al aposento, comenzando, desde entonces, á experimentar los efectos de la inmensa soledad en que me encontraba, sin poder tener comunicación alguna, ni desahogarme con nadie, sino era con Jesús Sacramentado. Afortunadamente, la guardia fué retirada el día siguiente.

. . . . . .

El mes de mayo, consagrado á la Virgen Santísima, se celebró con la solemnidad acostumbrada; las Hijas de María, que concurrían todos los días á postrarse delante del altar de su Purísima Madre, lo adornaban con gusto y lo cuajaban de flores. El último día del mes, y á expensas de las sobredichas jóvenes, hubo misa cantada, con sermón, y por la tarde procesión, besamanos y despedida. Las Hijas de María se lucieron de veras con sus armoniosos cánticos, tanto, que, á mi parecer, quizás no hay en todo Mindanao otro pueblo donde canten mejor. Durante el mes, oí 650 confesiones, y á ser dos los sacerdotes, hubieran sido en mayor número. En el siguiente, dedicado al Sacratísimo Corazón de Jesús, subieron á 858.

Iba yo, entre tanto, pasando los meses, bien entretenido en el cuidado de la parroquia y en celebrar las fiestas con la solemnidad que se podía. La de San Ignacio, con no pequeño consuelo mío, me dió bastante ocupación. Por la mañana tuvimos misa cantada, comunión general y panegírico del Santo. Muchos principales vinieron á felicitarme, como en mejores tiempos, y los obsequié con una copita y pastas que yo mismo había hecho. Las Hijas de María y las asociadas al Apostolado de la Oración, tampoco se olvidaron de que aquel día celebraba yo la fiesta de mi santo y gloriosísimo Padre, y

Digitized by Google

al efecto, me regalaron varias gallinas, arroz, camote, tomates, pimientos, etc. Hasta de Cabarbarán llegó una remesa de todo cuanto podía desear. Estos obsequios eran hijos del deseo de que viviese contento entre ellos y no me marchase, porque no querían quedarse sin Padre. Los tres batas, que tenía á mi servicio, con el ruido de la fiesta, y con el regocijo que les bullía en el cuerpo, á vista de tantos regalos, se olvidaron de encender lumbre, y por poco me dejan sin comer. Fortuna que, entre tanta cosa, no me fué difícil hallar algo de que echar mano.

No salí de Butúan para nada, hasta que, después de la fiesta de la Asunción, las Autoridades de Cabarbarán suplicaron á nuestro Presidente, me dejara pasar allá para celebrar sus fiestas. Concedida la licencia, fuí á Cabarbarán, aunque no sin escolta. Celebré una fiesta en honor de San Roque, otra dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y otra á la Purificación de la Santísima Virgen, todas con sermón, misa cantada y procesión. El pueblo de Cabarbarán es muy bueno, y todos sus vecinos se portaron muy bien conmigo, agasajándome de la mejor manera que podían. La principalía fué en corporación á darme testimonio de su amor y gratitud, diciendo que ellos no tenían arte ni parte en la prisión de los Padres, ni en la confiscación de sus bienes. Quedé contentísimo de ellos, en especial por el mucho trabajo que me dieron en bautizar, confesar y casar.

Vuelto á Butúan, y pasados dos días, me avisaron que en el zaguán me aguardaba una mujer, que quería hablarme en secreto. Mucho extrañé semejante visita y á tal hora, pues habían dado ya las siete. — ¿Es de Butúan esa mujer? pregunté. — No, Padre, respondió el bata; es de Jabonga. — ¡De Jabonga y á estas horas! dije para mí; sin duda me trae carta del P. Llobera. Así fué, en efecto. Me la entregó, le dí un escapulario, y se fué. Con la alegría que V. R. puede suponer abrí la carta y la leí; mas ¡ay! mi gozo en un pozo. Me decía el Padre que, obedeciendo á órdenes recibidas, se embarcaba para Manila el 5 de agosto; que yo pidiera licencia para hacer otro tanto y, si me la negaban, que confiase en Dios y me esforzara en tener paciencia. Realmente, me fué muy necesaria. Porque, si bien pedí autorización para partirme, se me negó; con lo cual me hallé más solo y triste que antes, pues hasta la esperanza que tenía de ver al P. Llobera, mientras él estuviera en Surigao, se desvaneció del todo. Aunque, ciertamente, no faltó mi entera conformidad con las disposiciones de Dios.

Digitized by Google

La primera semana de septiembre fué muy agitada para el pueblo de Butúan. Toda ella la pasaron haciendo trincheras; pues, decían, que de un día á otro iba á llegar de Surigao D. Prudencio García. Resultó falso el rumor, y se sosegó el pueblo. Yo, entre tanto, iba sintiendo los efectos de mi aislamiento. Desde mediados de este mes dejé de comer pan, por no tener harina; pues la poquita que me quedaba, la reservé para hacer hostias. Dios, sin embargo, proveyó á mi sustento, por medio de un buen cristiano de Cabarbarán, llamado Andrés Atega, quien me regaló un saco de harina, con la que pude ir tirando algún tiempo. El vino de misas, lo tenía tan escaso, que sólo consumía el puramente necesario; y lo peor era que no veía de dónde proveerme.

Por este tiempo se me dejó hacer un viaje por los pueblos del Agusan, para bautizar, casar, y confesar, y, á la vez, traer los pocos muebles que habían quedado en los conventos. Yo juzgaba de mucha gloria de Dios esta visita á los pueblos del medio y alto Agusan, aunque sólo fuese á la ligera, porque bastaba que los manobos vieran otra vez al Padre, y que éste los exhortara á tener paciencia, con la promesa de que los Misioneros volverían pronto, para que ellos no se fuesen á los bosques.

No es mi intento hacer á V. R. una relación circunstanciada de mi viaje á las Misiones del Agusan, que duró desde el 1.º de octubre, hasta la mitad de noviembre. Bastará decir que en todas partes me recibieron con grandes muestras de alegría, y que todos los pueblos me pedían con vivas instancias la vuelta de los Padres. En Talocogon encontré, entre otras muchas cosas, doce botellas de vino de misas, que me guardaba la Providencia para que nunca tuviera que dejar de celebrar el santo Sacrificio.

Al volver á Butúan, me sorprendió agradablemente una carta de los Padres prisioneros en Cagayán de Misamis. Todos estaban buenos y se compadecían de mi soledad; y habían pedido al Presidente de allí que permitiera á uno de ellos pasar á hacerme compañía, lo cual no consiguieron.

Lo más notable del mes de diciembre fué la fiesta de la Inmaculada, en la cual las Hijas de María se esmeraron más que en los años anteriores y adornaron la iglesia como nunca. La fiesta resultó espléndida, y todo el pueblo quedó muy satisfecho. Hubo triduo de preparación, con sermón mañana y tarde, y comunión general con asistencia de 311 personas; y no comulgaron más, por

Digitized by Google

falta de confesores. Tomaron parte en la función los músicos de Cabarbarán y Butúan; y después de la misa y sermón, hubo baile de niñas, según costumbre. A la procesión de la tarde asistieron los soldados con uniformes nuevos.

Nada digno de mención ocurrió en Butúan hasta el 28 de febrero de 1900. En este día, por voluntad expresa del pueblo, fueron depuestas las antiguas Autoridades, y elegidos Canuto Rosales, Presidente provincial, y Juan Atega, Jefe local. Algo les costó á los agraciados el asegurarse pacíficamente en sus nuevos cargos; mas al fin lo lograron, y entonces pensaron en mejorar mi suerte. El 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Virgen, vino á visitarme el nuevo Presidente. Entre otros antecedentes favorables que tenía esta autoridad, era uno el haber renunciado públicamente el cargo de comisionado de guerra, que le había ofrecido D. Wenceslao González, por no querer ser instrumento de éste en la prisión de los Misioneros é incautación de sus bienes. Me entregó una carta, que el P. Peruga, ex-cautivo de Cagayán, me escribía desde Mambájao (isla de Camiguín), dándome noticia de su libertad. Además, el mismo Presidente, leyóme otra, dirigida á él, del Jefe local de Mambájao, D. Plácido Reyes, amigo suyo, en que le suplicaba me dejara libre. Añadió que tenía la satisfacción de ponerme en completa libertad, para hacer lo que más me gustara; y me pidió el oficio en que el anterior Presidente me había declarado prisionero, y lo rasgó. Luego me suplicó, en nombre de todo el pueblo, que no me fuera; porque no querían quedarse en tanto abandono espiritual. A esto respondí, que no podía disponer de mi persona; que acudiesen á mi Superior de Manila y se haría lo que él mandase. En consecuencia, redactaron inmediatamente una instancia al R. P. Superior de la Misión, y la enviaron á Manila.

Terminada la Semana Santa, aunque me sentía muy fatigado; sin embargo, haciendo uso de la libertad concedida, subí otra vez á los pueblos del Agusan, pero visitando únicamente los del mismo río, y dejando los de sus afluentes por falta de tiempo. A todos procuré animar, diciéndoles que los Padres iban á volver pronto. Ellos me instaban y hacían fuerza para que no los dejase, sobre todo, los pueblos de Veruela y Játiva. ¡Con cuánto gusto de mi corazón me hubiera quedado entre ellos! Mas no podía ser, por no tener licencia, y por la fiesta patronal de Butúan, que celebramos el día 6 de mayo.

Entre tanto, el R. P. Superior, recibida la instancia de Butúan, nos envió al P. Llobera, quien se dió tal prisa, que, en menos de

Digitized by Google

15 días llegó de Manila á Cabarbarán. El 27 de mayo, ¡después de trece meses de amarga soledad! tuve la dicha de darle un cariñoso abrazo, y de hacer una confesión de trece meses, durante los cuales no me había podido confesar. Excuso decir á V. R. los buenos ratos que pasamos los dos, contándonos mútuamente cuanto había ocurrido durante aquel tiempo (1).

Para terminar, puedo decir á V. R., hablando generalmente, que Butúan no me dejó salir por no quedarse sin sacerdote que administrase los santos sacramentos, y esto era bueno; aunque yo, por otra parte, luchaba por salir, como me mandaban, y en ello cumplía con la obligación que tengo de obedecer á mis Superiores. También debo declarar que, por la misericordia de Dios, nunca me faltó de qué comer, y si algún día comí mal, fué porque no tenía Hermano coadjutor que me ayudase, y, cansado yo de tener cuidado de la cocina, dejaba á los muchachos que hicieran lo que mejor les pareciese. Además, nunca gasté un céntimo en mi manutención, pues tenía lo suficiente con lo que me ofrecían de limosna.

¡Bendito sea Dios, que ya van volviendo á Mindanao nuestros

(1) Por ser éste el lugar más á propósito para copiar el *Certificado de pase á favor del P. Fernando Diego*, expedido por las Autoridades de Butúan, lo transcribimos aquí, y es como sigue:

«Presidencia provincial Mindanao Butúan.

El Ciudadano Canuto Rosales, Presidente provincial de la Cabecera de Butúan con su Consejo:

Da fe y testimonio: que, en virtud de la llegada del R. P. Bernardino Llobera, en sustitución del R. P. Fernando Diego, por una instancia presentada por la misma Cabecera al R. P. Superior de la Compañía de Jesús; sale, en esta fecha, el ya citado P. Fernando Diego, en dirección á Manila, á cumplir el llamamiento de su Superior; debiendo hacer constar, como público testimonio de amor y adhesión á la Compañía, que la provincia entera de Butúan agradece al citado P. Diego el afecto que ha demostrado á sus habitantes, procurándoles los beneficios espirituales de nuestra Madre Iglesia, durante el tiempo en que ha quedado en esta Cabecera, por especial concesión del General señor Simón González.

Dado en Butúan á 31 de mayo de 1900.

El Presidente provincial,
Canuto Rosales.

El Vice-Presidente,
Juan Atega.

Gumersindo Flores. — Simeón Trillo. — Florencio Corvera.»

Es copia.
Pio Pí, S. J.

Digitized by Google

Misioneros! ¡Bendito sea Dios, que las Misiones del Agusan ya tienen operarios, y todos escriben pidiendo que vayan más Padres en su auxilio! Oh, ¡y cuánto me acuerdo de mi Misión de Veruela, en donde todavía dejé en las vertientes de los ríos Umayan, Ihauan y Baobo, miles y miles de manobos por bautizar! En mis pobres oraciones no hago otra cosa que suplicar al Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión de la Virgen Santísima, mi Madre, mueva á mis Superiores para que me envíen de nuevo á Mindanao, si es de mayor gloria de Dios.

Doy las gracias á V. R. por las oraciones, que por mi libertad se elevaron al Altísimo.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

Siervo suyo ínfimo en el Señor.

FERNANDO DIEGO, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Fernando Diego al P. Francisco Nebot

Estado de las Misiones del Agusan, después de algunos meses de abandono.

Manila, 30 de julio de 1900.

P. C.

Amadísimo en Cristo P. Nebot: A nadie mejor que á V. R. debo yo dar noticia de las Misiones del río Agusan, de que tan buenos recuerdos debe de conservar V. R., después de haber trabajado tantos años en ellas, siendo Superior de aquella Residencia.

Durante mi detención en Butúan, visité dos veces los pueblos del Agusan. En general, todos, así los de conquistas, como los de cristianos viejos, quieren y piden la vuelta de sus Padres Misioneros, y al efecto, han dirigido ya muchas instancias al R. P. Superior. Califican también duramente las órdenes que, contra nosotros, dió el desgraciado González, y protestan que, si ahora volvieran aquellos comisionados, no lograrían engañar á nadie.

Desde la salida de los PP. Misioneros del Agusan hasta ahora, los pueblos han perdido mucho; varios han desaparecido, y otros arrastran una vida lánguida y miserable. El pueblo de Amparo está reducido á muy poquita cosa; apenas hay en él cuatro ó cinco familias; sin embargo, conservan su iglesia limpia y en buen estado el retablo. Siguiendo río arriba, antes de doblar la punta más cercana á Las Nieves, se halla un pueblo reciente, con muchísimas casas, todas nuevas, al que los butuanos llaman San Mateo. Cuando yo lo visité por abril, carecía aún de iglesia, y, á petición de las Autoridades de Butúan, regalé á la nueva población la campana del antiguo pueblo

Digitized by Google

de Gracia, sito en el río Ihauan. San Mateo viene á ser una desmembración de Las Nieves, que ha quedado hoy, destruído el convento, arruinada la iglesia, y malparados el santo y el retablo, reducido á la más mínima expresión.

La Esperanza continúa bien y tiene mucha gente. Los domingos asisten al santo Rosario. La iglesia está limpia y lo mismo el convento. Me hicieron muy buena acogida, y preguntáronme todos con mucho interés por los Padres, en especial por el P. Foradada. Cuando visité este pueblo por última vez, celebraban una novena á la Santísima Virgen, pidiendo el beneficio de la lluvia. Procuré alentarlos, con la esperanza de que los Padres volverían pronto; y ellos me hicieron muchas limosnas en gallinas, camote, huevos, arroz, etc. Supe allí que el pueblo de Verdú, en el río Uaua, todavía se conserva; y no he oído decir que, desde la salida de los Misioneros, haya habido en este río asesinatos. En los otros los ha habido y, desgraciadamente, muy sangrientos.

Yendo río arriba, se nota que, frente á la bocana del Líbang, ya no existe el pueblo de San Estanislao, ni siquiera restos de él. Todos sus habitantes, amadísimo Padre, se han remontado. El único recuerdo que queda de este pueblo son tres casas, que se hallan más arriba, á la orilla del Agusan, después de haber doblado cuatro puntas. Los que ahora habitan estas casas, eran sácopes (1) de dicho pueblo. Repartíles agujas, de que estaban muy necesitados, y en cambio me regalaron camote y caña dulce.

Guadalupe sigue bien. Limpiaron las calzadas y arreglaron el *pantalán* para recibirme lo más dignamente posible, y mostraron, á mi llegada, universal alegría. El pueblo de Santa Inés, que antes estaba en las ilayas del río Maasan, ahora ha asentado sus reales en el Agusan, al lado izquierdo de la bocana de dicho río Maasan. No promete mucho, porque tiene poca gente; y me temo que, el día menos pensado, se remonten todos. Aquí ya comencé á ver moños en hombres bautizados. Se mostraron contentísimos con la presencia del Padre, y me rodearon, pidiéndome ropas, ó como dicen ellos, *panapton*. Les dije que ahora el Padre es muy pobre, más pobre que ellos; que no comía sino lo que le daban de limosna.

(1) Sácopes ó vasallos «que son considerados por el dato como miembros de su familia. Los esclavos con frecuencia pasan á ser sácopes». *(El Archipiélago Filipino*, T. I, pág. 210.)

Digitized by Google

San Luis marcha como antes. Pero ¿qué diré á V. R. de Talacogon? Talacogon parece un pueblo abandonado y lo es realmente. Sólo viven en él los chinos y alguna que otra autoridad. Las escuelas están en perpetua vacación, y el convento é iglesia bastante descuidados; y en la misma puerta del convento, la hierba me llegaba más arriba de la cintura. En cuanto á los ornamentos y ropa blanca de la iglesia, no hay más que decir, sino que los habían destrozado del todo los ratones y el anay (1). En el aposento del P. Alaix encontré aún mucha cosa de provecho. Hay que reconocer que Talacogon es el pueblo donde han sido más respetadas las cosas de los Padres, pues es muy poco lo que ha desaparecido. Esto se debe al cuidado que pusieron el maestro Gregorio Quijada, el capitán Mariano Plaza y nuestro amigo Casiano Flores. En cuanto se extendió la nueva de que el Padre había llegado á Talacogon, se reunió toda la gente en el pueblo y vinieron los principales en corporación á verme. Les hice la fiesta de San Estanislao, y tuve mucha ocupación en confesar, casar y bautizar.

En el río Gíbong siguen bien los pueblos. Según noticias, Azpeitia ha aumentado mucho. En Prosperidad se ha venido abajo el convento. El capitán Eladio es el terror del Gíbong y lleva ya cometidos tres asesinatos.

Entré en el río Argauan y visité La Paz. Aquí me recibieron bien y me hicieron muchos regalos. Dijéronme que en Sagunto, por haberse cometido siete asesinatos, el pueblo se había disuelto; pero el maestro vive todavía por aquellos contornos, guardando la imagen del Santo y la campana.

No penetré en el río Umayan; pero sé que Loreto apenas cuenta con media docena de casas, y que Ausona ya no existe. Sin embargo, el santo y la campana de este pueblo se conservan en Loreto.

También ha habido una plaga de asesinatos en la ilaya del Umayan, y me temo que el viejecito capitán Gahu haya muerto, pues no pude averiguar su paradero. Clavijo continúa impertérrito en el mismo lugar. El capitán Lucas, de Clavijo, y el capitán Sugatan asesinaron á dos manobos, procedentes del Ihauan. Ya ve V. R. cómo se multiplican los asesinatos con la salida de los Padres.

En el río Ihauan ya no existen los pueblos de Gracia y Concep-

(1) Hormiga muy voraz.

Digitized by Google

Asesino bagobo.

Digitized by Google

Digitized by Google

ción; ni los cristianos viejos se atreven á entrar en este río, por temor á los manobos. Veruela me recibió con muchísimo regocijo: hombres y mujeres, todos, en una palabra, lloraban de gozo al ver otra vez, en medio de ellos, á su Padre Misionero. No sabían qué hacerse, ni cómo regalarme, sobre todo el capitán Pedro y toda su familia. Se celebraron las fiestas patronales, dos días seguidos, con procesión. Todo el mundo quería confesarse y comulgar, y de tal manera me agobiaban, que ni tiempo me dejaban para descansar de la fatiga. El Jefe local, ó Capitán, es actualmente Bernardino Durón, y gobierna bien. Ha crecido el número de casas, de modo que Veruela ya me pareció otro pueblo. El convento nuevo está bien conservado, y los ornamentos, custodias y cálices, perfectamente acomodados en cajas, merced á la diligencia del capitán Durón. Me regalaron tantas gallinas, que no sabía dónde ponerlas.

En el río Baobo ha desaparecido el pueblo de Borja, y los manobos infieles de este río asesinaron á dos conquistas é hirieron á tres de San Pedro de Veruela. A Vigo le ha cabido la misma triste suerte que á Borja. Patrocinio no está en el mismo lugar de antes. De sus habitantes, unos se han bajado cerca del antiguo pueblo de Vigo, y otros se han ido á la bocana del río Languilan. La causa de esas desmembraciones ha sido la entrada del bagani Marcos en el pueblo de Patrocinio, donde asesinó á cinco personas y además esclavizó á otras diez. Y no pararon aquí sus fechorías; porque en un grupo de seis casas, que hay antes de llegar al Pasian, esclavizó también á varios. Mas el desventurado ha llevado ya su castigo; pues en una excursión que hizo al río Manat, en busca de esclavos, fué asesinado, juntamente con su padre y hermano y con cuantos iban con él, por los manobos infieles del mismo río, que, sabiendo á tiempo su llegada, se escondieron y cayeron sobre ellos, sin dejar uno vivo.

En Játiva todavía viven algunas familias de cristianos viejos. Me recibieron con música y me llenaron de regalos. El convento se conserva en buen estado, aunque muy desprovisto, pues no hallé más que las mesas, catres y alguna silla. La iglesia está algo descuidada. Los ornamentos se conservan perfectamente. Todo el ajuar de la iglesia lo hice llevar á Veruela, donde, por ser nuevo el convento, siempre estará mejor. A la noticia de mi llegada, se reunieron en Játiva muchos manobos: vinieron al convento los principales, y me ofrecieron, desde luego, 50 pesos, con que comprar *(sic)* un Padre para ellos, por no querer ya estar más tiempo sin él. Les contesté

Digitized by Google

que se guardasen su dinero, que á no tardar volverían los Padres Misioneros.

Játiva fué el término de mi viaje. Se puede decir que todos los pueblos desde este último punto para arriba se han deshecho; pero tengo para mí, que basta una visita ó dos del Padre al año, para que vuelvan otra vez á la vida Compostela, Pilar, Moncayo y Gandía; pues los remontamientos de estos pueblos han nacido de no ser visitados por el Padre. Al despedirme de Játiva, animé mucho á aquellos conquistas á tener paciencia y á vivir como cristianos.

Vuelto á Veruela, fuí al Simúlao; pero sólo visité el pueblo de San José, en donde se reunió la gente de los demás de este río. Celebré sus fiestas, confesé, bauticé y casé, hasta no poder más. Los pueblos del Simúlao siguen bastante bien, y espero que no se perderán.

Aquí tiene V. R., como en bosquejo, el estado de nuestras Misiones agusanas. Mi sola permanencia en Butúan, y dos visitas que les hice, han bastado para que no desapareciesen del todo. Ahora que ya tienen dos Misioneros, los PP. Heras y Llobera, se sostendrán mejor y es de esperar que prosperen.

En sus SS. SS. y OO. mucho me encomiendo.

Siervo suyo *in Domino*,

FERNANDO DIEGO, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Fernando Diego á los PP. Joaquín Añón y Joaquín Vilallonga

Salida del Agusan. — En Linugus y Camiguín. — Entusiasmo del pueblo de Magínog. — Doce días de trabajos apostólicos en Mambájao. — Vuelta á Magínog. — Instancias del pueblo para tener un Misionero de la Compañía. — En Linsiligan y Cagayán de Misamis. — En Cebú. — Llegada á Manila. — Fiesta de acción de gracias.

Manila, 20 de septiembre de 1900.

P. C.

Amadísimos en Cristo PP. Añón y Vilallonga: La víspera de N. P. S. Ignacio recibí la atenta carta de ustedes fechada el 14 de junio. Si he de decirles la verdad, ando del todo confuso al ver lo mucho que nuestra Madre la Compañía quiere á sus hijos, aun á los que, como yo, son de tan poco provecho. ¡Cuántas misas! ¡cuántas comuniones! y ¡cuántas oraciones se han ofrecido y elevado al Señor por este indigno siervo, y no sólo aquí, sino también en España! Gracias á todas esas santas obras, se me hizo fácil y llevadero el cautiverio, sufriéndolo con paciencia y resignación en medio de tan triste soledad. ¡Más de trece meses sin ver ni hablar á ninguno de los Nuestros!

El 5 de junio, á media noche, abandoné la barra del Agusan, de ese río para mí de tan dulces y amargos recuerdos, en el cual quedan aún tantas almas que salvar. Embarcado con mis grumetes en una especie de *banca* grande, que llaman parao, de largas *batangas* (1),

(1) Batangas: apéndices laterales de una embarcación menor, que le dan gran seguridad ensanchando notablemente el plano de flotación.

Digitized by Google

entramos en alta mar; pero después de navegar como obra de dos horas, con vientecillo favorable, levantóse un viento contrario, y aquí fué el tronar y relampaguear, y el alborotarse las olas, y el dar tumbos y más tumbos, en medio del ruido que hacían los batangas al chocar contra las olas, que de veras daba miedo. No las tenía yo todas conmigo, y así, dirigiéndome al timonel, le pregunté dónde estábamos; pues la obscuridad era tal, que no se podía ver nada. Me respondió que, seguramente, cerca de Camiguín; pero otro grumete dijo que no, que debíamos de estar cerca de la punta Bolo-bolo; y otro afirmó que estábamos cerca de Bohol, y otro aseguró que próximos á Leyte; y así fueron dando todos su parecer, con sorprendente variedad. Lo cierto era que nadie sabía dónde nos hallábamos ni qué rumbo seguía la embarcación. Con todo, el capataz ó dueño del parao me aconsejó que no temiese, pues no corríamos peligro. Por fin, amaneció el día y supimos que estábamos aún en la bahía de Butúan, cerca de Nasipit. Nos costó toda la mañana doblar la punta de Diuata, pasada la cual, nos refugiamos en el pueblo de Linugus á las dos de la tarde, para esperar el cambio de viento.

Es Linugus, pueblo pequeño y pobre, perteneciente á la Misión de Gingóog, cuyo último Misionero fué el P. Pamies. Había muy poca gente, y más de dos años hacía que no habían visto á ningún Padre. Obsequiáronme mucho más de lo que consentía su pobreza.

A la una de la tarde del siguiente día, fondeamos en la isla de Camiguín. Presenta la isla un aspecto agradable; toda ella está cultivada y apenas tiene bosque. La orilla del mar está, en toda su longitud, sembrada de casas de nipa, que toda ella parece un pueblo continuado. Desembarqué en un sitio pintoresco, donde manaba una fuente cristalina, y comenzamos á preparar la comida. Así que me vió la gente, empezó á acudir de todas partes y me rodeó, dando muestras de grande alegría y contento por ver á un Padre en medio de ellos. No podré decir lo mucho que se esmeraron en atenderme. Hiciéronme subir á una casita, bastante limpia y arreglada, en donde me prepararon una comida que, después de tantos ayunos y privaciones, me pareció muy buena. Abrieron en mi obsequio latas de conservas de todas clases: de carne, pescado, dulces y pastas, sin que faltara café con una copita de *cognac*. Ya ven, carísimos, cómo los indios nos aman. Mientras comía, fué esparciéndose el rumor de que había llegado un Padre, lo que trajo tanta gente á aquel paraje, que no parecía sino que se celebraba allí una gran feria.

Digitized by Google

La noticia de mi llegada corrió hasta el pueblo de Magínog, y al instante todos los principales, montados á caballo, vinieron á visitarme y suplicarme que me quedase entre ellos, á lo menos unos ocho días, pues se veían en extremo necesitados de auxilios espirituales. Les alabé su buen deseo y agradecí su mucho afecto, pero tuve que decirles que no me era posible complacerlos, por tener que ir á Mambájao á tomar el vapor que me debía llevar á Cebú. Accedí, con todo, á quedarme aquella noche y á decirles misa el día siguiente, añadiendo que, de no hallar vapor en Mambájao, volvería para confesar y bautizar. No quiero pasar en silencio un pormenor, cómico é insignificante al parecer, pero muy expresivo. Me dirigía al pueblo á pie, acompañado de toda la principalía, cuando se me ocurre volver la cabeza atrás para ver la gente que me seguía, y observo que un indio llevaba sobre un *bilao* (1) todas las latas de conservas que habían abierto para mi comida. Pregunté para quién lo traían, y contestaron que todo aquello era del Padre.

A la entrada del pueblo, salió á recibirme la música, que me acompañó hasta el convento. Por la noche me agasajaron cuanto pudieron y no sabían qué más hacer en mi obsequio. Me dieron pan, manjar que no había probado hacía ya ocho meses.

El día siguiente les canté la misa, y hubo sermón en bisaya, en el que les dí las gracias por sus muchas atenciones. Visité á varios enfermos, repartí medallas y, acompañado de la principalía y de la música, me embarqué para el pueblo de Mambájao, á donde llegué á las diez de la mañana.

Cuando supo la primera autoridad de Mambájao que en el *pantalán* había un Padre, me mandó luego su coche. Me hospedé en casa del Sr. Cura-párroco, clérigo natural del mismo pueblo, donde fueron á visitarme todas las Autoridades, aunque no en corporación, sino en particular. Doce días permanecí en dicho pueblo esperando vapor, y durante este tiempo es indecible el trabajo que me dieron en oir confesiones. No parecía sino que había jubileo plenísimo; tal era el afán que todos tenían de confesarse conmigo.

Volví al pueblo de Magínog, en cumplimiento de mi promesa, y les celebré la fiesta del Corpus, en su propio día, con solemne procesión. Cuatro días estuve entre ellos, confesando día y noche, y trepando por aquellas montañas en auxilio de los enfermos que no po-

(1) Bilao: especie de zaranda hecha de caña y bejuco.

Digitized by Google

dían bajar á la iglesia. Toda la principalía en masa me suplicó que me quedase con ellos, alegando por razón que no me faltaría nada. Respondíles que, siendo yo religioso, si algo querían de mí acudieran á mi Superior de Manila. Al despedirme me dieron 35 pesos de limosna. Más tarde, estando yo en Manila, vino una comisión del pueblo de Magínog, con una instancia dirigida al R. P. Superior, para que volviera yo á su pueblo, ú otro en mi defecto (1). Alabóles el R. P. Superior sus excelentes deseos, pero tuvo que despedirlos con buenas razones. La familia Borromeo, á cuyos hijos deben ustedes de conocer, pues se educaron en el Ateneo Municipal, estuvo atentísima conmigo, y en la fiesta del barrio de Tupsan, que les pertenece, quisieron que les celebrase la misa y presidiera la procesión, como en efecto lo hice.

El 20 de junio, á mediodía, salí de Mambájao en el vapor *Melliza*, y al caer de la tarde fondeamos frente á Linsiligan, pueblo de la misma isla de Camiguín, para cargar abacá. Cuando la gente, desde la playa, divisó á un Padre en la cubierta del vapor, al instante mandaron una comisión para rogarme que bajase, pues hacía más de dos años que no habían visto ningún sacerdote. Díles gusto inmediatamente, y bauticé, y administré la Extrema Unción á un enfermo de peligro. A altas horas de la noche zarpó otra vez el vapor, y al amanecer nos hallábamos ya en Cagayán de Misamis.

Junto con nosotros fondeó el vapor *Nuestra Señora del Rosario*, en que iba el P. Gisbert, quien, desde Surigao, donde había estado unas semanas, se dirigía á Manila. Pasé inmediatamente á verle y abrazarle; suplicamos á las Autoridades americanas me permitieran transbordar para llegar antes á Manila, pero no les pareció conveniente concedérmelo. Después de un rato de conversación, me volví al *Melliza* y ya no salté en tierra hasta Cebú.

. . . . . .

En Cebú me sucedió que, en el momento mismo en que yo salía del Seminario, llegaba á la puerta el Rmo. Sr. Obispo. Al ver Su Señoría Ilustrísima á un sacerdote desconocido, bajó del coche, y yo me apresuré á besarle el anillo. Preguntóme quién era, y al oir mi nombre, me dió un abrazo en medio de la calle, con muestras de grande alegría por mi libertad.

El día 27 me embarqué en el vapor *Unión* para Manila, y al ama-

(1) Véase más abajo la instancia.

Digitized by Google

necer del día 1.° de julio fondeamos en bahía. Los americanos que venían á bordo desembarcaron al punto; los demás á las doce. Sobre la una de la tarde entraba yo en la portería del Ateneo, y aun no había yo subido la escalera, cuando ya estaban todos reunidos. ¡En mi vida he dado un abrazo á mis Hermanos con tanta satisfacción como aquél!

El R. P. Superior determinó que se celebrara una fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, en acción de gracias por haber salido los Nuestros incólumes en medio de tantos trastornos. Celebróse, efectivamente, la fiesta el primer viernes de julio, con sermón apropiado, que predicó el P. Foradada.

En las fervorosas oraciones de mis carísimos mucho me encomiendo.

Siervo suyo *in Domino*.

FERNANDO DIEGO, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Raimundo Peruga al R. P. Superior de la Misión

Abandono forzoso de la Misión de Gingóog. — Prisión de los PP. Peruga y Heras y del H. Anglés. — Prisión de los Padres y Hermanos de la Residencia de Jasaán. — Concentración en Cagayán de todos los Misioneros de este distrito. — Libertad que reciben algunos de ellos y su vuelta á las Misiones. — Segunda concentración en Cagayán. — Prisión del P. Galmés, Misionero de Dapitan. — Régimen de vida en la prisión. — Caridad grande del pueblo.

Cagayán de Misamis, 25 de agosto de 1899.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Superior: Voy á darle cuenta de las vicisitudes por que ha pasado esta Residencia desde fines del año 1898.

Como el horizonte político se presentaba muy cargado y obscuro, á mediados del último diciembre resolví hacer una visita á nuestras casas de Jasaán, Balingasag, Talisayan y Gingóog. En efecto; habiendo partido de Tagoloan, á la caída de la tarde del día 11, remudando mi caballo y el del muchacho, con la debida frecuencia, pude estar de regreso en el mismo Tagoloan el 15 por la mañana. Gracias á Dios hallé buenos y sanos á todos los Nuestros; pero en Gingóog ocurrió una novedad, que motivó el abandono forzoso de aquella Misión. El tercio de policía, que estaba allí destacado para contener á los salvajes del contorno, fué licenciado el mismo día de mi llegada. En consecuencia me dijeron los Misioneros de aquel punto: «Sin soldados no podemos continuar aquí, si no es con peligro de la

Digitized by Google

vida» (1). Por esta causa, y viendo que los principales ninguna seguridad ofrecían á los Misioneros, con gran dolor de su corazón se vieron los Nuestros precisados el 2 de enero de este año, á retirarse á Talisayan el P. Miguel Guardiet, y á Balingasag el P. Ramón Pamies, con el hoy difunto H. José Vilanova.

El 20 de diciembre recibí un oficio del señor Gobernador español de este distrito de Misamis, en que me notificaba haber resignado el mando en un Consejo provincial; y éste á su vez despachó varios subalternos para que en nombre de Aguinaldo, Presidente de la República Filipina, señalasen en cada pueblo Consejos locales revolucionarios. Así que, habiéndonos acostado por la noche monárquicos y súbditos de España, amanecimos el día siguiente republicanos independientes.

Los acontecimientos, como ve V. R., se precipitaban con rapidez asombrosa. Por aquellos días recibí también un largo oficio del general Ríos, último Gobernador General durante la Dominación española, en el cual, con laudable atención, ofrecía á los Nuestros de este distrito, pasaje para Manila en un vapor que muy pronto debía pasar por esta Cabecera. Dada la premura con que se presentó aquel vapor, me era materialmente imposible lograr que se embarcaran en él todos los Nuestros, por tener algunos su morada á notable distancia de este punto. Fuera de que, ¿quién podía prever entonces cuanto después nos había de ocurrir? Sólo el P. Ramón Bretxa, que estaba delicado de salud, aprovechó aquella ocasión, saliendo para Manila el 26 de diciembre.

Con mucho aparato fueron convocados á esta Cabecera para el 10 de enero todos los Presidentes revolucionarios de los pueblos del distrito, con el doble intento de bendecir la bandera de la República, y de elegir definitivamente el Consejo provincial. A todo esto se dió el nombre de fiestas reales. ¡Si todo se hubiese reducido á fiestas y júbilos populares!... Mas, por desgracia, no era oro todo lo que relucía. Allá, como á la sordina y por lo bajo, llegaron á mis oídos ciertos siniestros rumores, presagios no dudosos de sucesos tristes. Para prevenirme contra lo que sólo en confuso se barruntaba, el día 13 de enero, vadeando de noche y con algún peligro el caudaloso Tagoloan, me dirigí á Jasaán, á fin de tomar consejo de los PP. Juan Heras y

(1) En efecto: quedaban los Misioneros expuestos á las acometidas de los disciplinarios sublevados en Iligan, que merodeaban por aquellos contornos.

Digitized by Google

Francisco Chorro, á quien al efecto había avisado para que concurriese á Jasaán desde Balingasag. Pero fué demasiado tarde mi diligencia.

Como á las seis de la mañana, llegué á Jasaán, y sobre las siete llegó también allá un comisionado del Consejo provincial de esta Cabecera, con un oficio, fechado el día 12, en que se ordenaba al Misionero de Jasaán, que para dar cumplimiento á las órdenes del Gobierno revolucionario de estas islas, se presentase inmediatamente en esta Cabecera, con cuantos Padres y Hermanos se hallasen en aquel punto. Al momento puso el comisionado guardia doblada con fusil en la escalera del convento, declarándonos presos á todos, con prohibición de salvar un solo peldaño, hasta el momento preciso de la partida. Traté yo de excusarme, diciendo que no rezaba conmigo la orden superior, por no pertenecer yo á aquella casa; y que además, por tal motivo, no tenía yo allí las cosas de mi uso ordinario, ni aun una muda de ropa; mas todo fué en vano. El P. Juan Heras suplicó, á su vez, que le permitiese esperar hasta la media noche siguiente, para sumir el Santísimo; pero como el comisionado dijo con resolución que no daba más que diez minutos de tiempo para embarcarnos, fuéle preciso tomar el Santísimo en la cajita del Viático, y colgársela de un cordón al cuello. En vista de esto, el P. Heras y el H. Juan Anglés, habiendo tomado á toda priesa algunas mudas en su respectiva maleta, y yo el breviario debajo del brazo, desfilamos escoltados de tropa hacia el embarcadero, en medio de general asombro y con grandes lágrimas y sollozos de todo el pueblo.

Al poco rato de nuestra salida de Jasaán, ignorante de todo lo que pasaba, llegó allá el P. Chorro para la proyectada consulta. El Presidente local y una gran turba asomada á las ventanas del convento, le gritaron desde arriba: «Pena de la vida, si sube V. R. aquí: los Padres Heras y Peruga con el H. Anglés caminan ya presos para Cagayán». Ya puede conjeturar V. R. la sorpresa y susto mayúsculo que debió de recibir el P. Chorro. Fué aquello una viva representación del Domingo de Ramos. Cuando él, naturalmente, esperaba darnos el acostumbrado abrazo fraternal, y descansar de las fatigas de su viaje, sin apearse siquiera de su caballo, tuvo que volver grupas, dirigiéndose á Balingasag, á donde llegó bien rendido, hambriento y asoleado. A él, y al P. Santiago Puntas, de Tagoloan, les llegó aquella misma tarde la orden de prisión, y luego en los dos días siguientes á los demás Padres y Hermanos, según la distancia de su vivienda.

Digitized by Google

Entre tanto, como llevo dicho, el P. Heras, el H. Anglés y yo viajábamos por mar hacia esta Cabecera. A eso de la una y media de la tarde, del mismo día 13 de enero, fondeamos en el río de la misma; y escoltados por bayonetas, nos condujo el comisionado al patio de la Casa Gobierno, donde esperamos una hora larga las disposiciones de la Autoridad Superior. Por fin, recibimos la orden de pasar á esta casa convento, en donde la guardia, situada en la escalera, nos impidió comunicarnos con alma viviente de palabra ó por escrito. Para nuestra subsistencia, lavado y demás necesidades, se nos señaló á cada uno 20 céntimos de peso diarios.

En pocos días llegaron á esta prisión los Padres y Hermanos de las casas de Tagoloan, Balingasag, Talisayan, Gingóog, Sumílao y Linabo hasta el número de 17. Eran éstos, además de los ya mencionados, los PP. Martín Guitart, Nicolás Falomir, Ramón Vila, Juan Martín y los HH. Clemente Beamonte, Pablo Guilá, Joaquín Tricas, Juan Moll y Miguel Llull. Acostumbrados como estábamos todos á una vida de celo y movimiento continuo en provecho del prójimo, lo que más nos afligía al principio en este encierro, era la cohibición en orden á nuestros ministerios. Se nos prohibió confesar á ninguno que estuviese sano, y para salir á enterrar los muertos y confesar á los enfermos, fué un tiempo condición precisa, el que nos acompañara un soldado. Más tarde nos retiraron la guardia.

Así las cosas, como á las tres de la tarde del día 25, recibimos con grande alegría un volante, en que se nos decía que el R. P. Pedro Torra, Rector de esa Escuela Normal Superior, se hallaba en un barco fondeado en este puerto, y á la mañana siguiente vendría á vernos. Como los vapores suelen largarse pronto, temí que si perdíamos aquella tarde, nos haría falta después. Por lo que, obtenida licencia del Presidente provincial para ir á bordo, lloviendo á mares y en medio de fangales, y después de muchas idas y venidas, con mucho trabajo pude hallar un quilez (1), en el cual, ya de noche, me dirigí al mar, distante de aquí cuatro kilómetros. A mi llegada al vapor, dormía el P. Torra sueño muy tranquilo; le desperté, y ambos con el H. Hipólito Gavirondo, su compañero, nos dirigimos á este convento.

El P. Torra, que venía con facultades de Superior, fué en la madrugada del día siguiente, á visitar al Presidente provincial. En esta visita alcanzó el Padre autorización para que se embarcaran con

(1) Carruaje bastante común en Filipinas.

Digitized by Google

rumbo á Manila algunos Padres, que, como prácticos en asuntos de administración espiritual, pudiesen tratar los de aquel distrito con el Gobierno revolucionario de Luzón, en cuanto se presentara coyuntura. En consecuencia, dispuso el Padre que nos embarcásemos los PP. Pamies, Puntas, Chorro y yo, con los HH. Llull y Anglés, como lo hicimos aquella tarde.

Al poco rato de habernos embarcado, aconteció que el P. Heras, recién nombrado Superior de esta Residencia por el R. P. Torra, nos dió traslado de un oficio del Presidente provincial, en el cual se concedía permiso á los que quedaban en tierra para pasar á sus Misiones; mas ya no como Misioneros, y para ejercer los ministerios de su cargo, sino para recoger ó realizar sus cosas. Más aún; se decía en dicho oficio que los Jefes locales no nos reconocerían para nada, mientras no tuviéramos autorización del Gobierno revolucionario. En vista de tales oficios, se dispuso que se embarcasen también el Padre Guitart y los HH. Moll y Gavirondo. De mí ordenó la obediencia que saltase á tierra y me quedase; y así lo hice.

Los seis Padres y cuatro Hermanos que quedamos, volvimos en seguida á nuestras Misiones. El P. Heras se fué á Jasaán, con el Hermano Tricas; el P. Vila, con el H. Guilá, á Balingasag; los PP. Falomir y Guardiet á Talisayan; el P. Martín, con el H. Vilanova, á Sumílao y Linabo; y el H. Beamonte y yo á Tagoloan, todos con orden del Superior de vender nuestras cosas, á la primera oportunidad que se presentase.

Voy ahora á darle noticia de un incidente que contristará, sin duda, el ánimo de V. R. Al anochecer del día 2 de febrero llegó á Tagoloan un despacho del P. Martín, fechado en Quilábong, en que anunciaba estar allí gravemente enfermo el H. Vilanova. Por orden del R. P. Superior subimos á Quilábong el H. Tricas y yo; aquél para acompañar al P. Martín hasta Linabo, y yo para trasladar al Hermano enfermo á la playa, si lo permitía su estado. Mas al llegar á la reducción de Tangculan, distante unas tres leguas de la de Quilábong, me alcanzó otra carta, en que me decían haber fallecido ya el enfermo. Así, pues, me volví desde allí á Tagoloan, mientras el H. Tricas continuó adelante para suplir al Hermano difunto (Q. E. P. D.)

Aunque en los oficios de que he hablado á V. R. se nos prohibía ejercer ministerios, íbamos, con todo, haciendo algo, por tolerancia verbal del Presidente provincial, y, por cierto, con mucho fruto. En tal modo las cosas, llegó el 14 de febrero, víspera del día de Ceniza, y

Digitized by Google

se cumplieron nuestros antiguos temores, con la llegada á este distrito del apellidado General de Mindanao, D. Simón González, hasta entonces fabricante de vino de nipa en los pueblos de Tago y Gigáquit. Nada sabía yo, cuando á las seis de aquella tarde, hallándome él en la calle, junto á la puerta del convento de Tagoloan, me saludó, y al entrar en el convento me dijo que mi H. Beamonte y yo éramos prisioneros de guerra, y que le hiciese entrega del dinero, dándome por razón el haberse roto las hostilidades, el 4 del mismo mes, entre tagalos y norteamericanos. Como que esta nueva prisión tenía visos de ser más seria y duradera que la primera, traté á fuerza de súplicas de diferir algo nuestra partida, y procuré con el Hermano aprovechar los momentos que se nos concedieron, para enviar por delante cuantas ropas y vituallas nos fué posible. Y, á la verdad, todo aquello nos está prestando muy buen servicio en esta prolongada é indefinida prisión. Dispuesto todo, en la forma que se pudo, nos largamos hacia el mar, para unirnos con el R. P. Superior de la Residencia, que nos esperaba fondeado frente al pueblo, y había sido aprisionado en igual forma aquella misma tarde. A pesar de ser ya muy entrada la noche, nos acompañó hasta el embarcadero una gran muchedumbre del pueblo, dando pruebas manifiestas de pena y de dolor. Embarcados ya, oímos los grandes sollozos en que una buena mujer prorrumpía en la playa, que nos conmovieron sobremanera. Igual explosión de amor y sentimiento ocurrió en Jasaán, al partir de allí el P. Heras.

Al echar anclas en este puerto de Cagayán, como á las once de la noche, el General nos propuso, ó pasar en seguida á este convento, ó pernoctar á bordo. Por lo intempestivo de la hora, preferimos esperar el nuevo amanecer, recostados sobre unos fardos de abacá, que era la única comodidad que allí se nos ofrecía. Al día siguiente, montados el P. Heras y yo en el dócil y seguro caballo de S. Francisco, nos vinimos á esta prisión, no sin que nos registrasen antes una maleta que traíamos con nosotros. El H. Beamonte se quedó algunas horas más á bordo para guardar nuestras cosas, pues durante la noche anterior habían desaparecido un par de zapatos y cerca de dos tinajas de galleta.

Después de la misa, que celebramos algo tarde, nos visitó á buena hora un clérigo natural de Filipinas, que había venido para casar á un hermano suyo. Gracias á la caridad de dicho señor, pudimos tomar la materia parva del ayuno del día de Ceniza, allá, entre diez y once de la mañana; pues nadie se acordaba de nosotros, sino para custo-

Digitized by Google

diarnos con fusil y bayoneta calada. La comida principal de aquel día, pudimos tomarla junto con la colación, á las cinco de la tarde, y consistió en una sopa de aceite y un par de huevos fritos. Como la cena del día anterior fué casi nula, desde luego el moralista más rígido nos hubiera dispensado del ayuno: mas ¿para qué buscar dispensas, no teniendo de qué comer?

Como en nuestra prisión anterior, se enviaron luego polizontes á cada una de nuestras casas para traer acá presos á los demás Padres y Hermanos; pues no eran ellos menos dignos que nosotros de semejante distinción y honor. Ninguno de los comisionados dejó de incautarse de los fondos de la iglesia y de nuestro uso peculiar. El 15, por la tarde, nos visitó el General de Mindanao, asegurándonos que pronto volvería á libertarnos. Pero su estrella no tardó en eclipsarse. Sabido es el fin que tuvo en Surigao la dominación de los González (1).

El 27 de febrero nos hallábamos nuevamente reunidos en esta prisión todos los de esta tan trabajada Residencia, pero reducidos á seis Padres y tres Hermanos. Quedamos entonces constituídos bajo la potestad del Gobernador de este distrito, y así continuamos hasta mediados de mayo. Conforme fuimos ingresando en la cárcel, fué registrando minuciosamente nuestros equipajes, y nos prohibió recibir limosnas sin licencia suya por escrito. En una cosa nos atendió, y fué que, habiéndole manifestado nuestro Padre Superior, cuán mezquina era la cantidad de 20 céntimos diarios para nuestra subsistencia, aumentó en 5 céntimos el haber diario de cada Padre, dejando á los Hermanos con los 20 céntimos.

Antes de su regreso á Surigao, el señor General mandó al Gobernador de este distrito que fuese á Dapitan á buscar á los Misioneros de aquella Residencia y distrito, que en lo político es independiente de éste. Cumpliendo, pues, la orden superior, tomó el Gobernador del distrito un piquete de soldados, y embarcándose con ellos en una lancha de vapor, hizo rumbo hacia Dapitan. No sé yo lo que medió allá; mas lo cierto es que regresó, trayendo solamente al buen Padre Galmés, y dejando ordenado que los demás se embarcaran para Cagayán otro día. Y efectivamente, otro día se embarcaron, pero para Manila, en el vapor *San Pedro*, que de orden de V. R. pasó á recogerlos.

(1) Acabaron después trágicamente en la playa de Cortés, cerca de la punta Cáuit, NE. Mindanao.

Digitized by Google

Hasta el 26 de mayo fué nuestro carcelero el General de este distrito; mas parece que en esta fecha fué destituído de su cargo dicho señor, porque desde entonces no se le vió figurar para nada. En su lugar se constituyó la actual Junta de guerra con ocho vocales y un Presidente, que es D. Pío Roa. ¿Ganamos en el cambio? Indudablemente; pues el nuevo Jefe nos autorizó, desde luego, para salir á pasear por el casco de la población, hasta las siete de la tarde; nos quitó la guardia, aumentó el haber de cada Padre y Hermano hasta 30 céntimos, y, para decirlo en una palabra, nos trató y sigue tratando como á presos de confianza. Esta es, Reverendo Padre, nuestra situación actual.

Preguntará V. R. ¿cuál es el estado de nuestro ánimo, en medio de sucesos tan lamentables, y en qué nos ocupamos dentro de casa, pues tenemos cerrada la puerta para los ministerios con los prójimos?

Por lo que toca á nuestro ánimo, fuera de alguna nubecilla de tristeza, inevitable en circunstancias tan poco halagüeñas al hombre viejo, he de decir á V. R. que, en general, reina y ha reinado siempre la alegría y gozo fraternal. A tan gran bien han contribuído, principalmente, las ocupaciones en que, desde luego, dispuso nuestro inmediato Superior estuviésemos empleados para aprovecharnos á nosotros, ya que no podíamos aprovechar al prójimo de un modo activo. Al efecto, mandó que tuviéramos caso de conciencia cada jueves, á cargo de un Padre por semana, y todos los viernes plática de comunidad, también por turno; estas tareas nos distraen y entretienen, con no poca utilidad. Cada cual, además, se ha buscado ocupación por su cuenta; quién se dedica al estudio de la Biblia, quién al Dogma, quién á la Moral, otros á la Ascética, Historia eclesiástica y demás ramos propios de nuestra profesión. También los Hermanos andan bien ocupados en las faenas domésticas: el H. Beamonte en la cocina, el H. Guilá en el refectorio, y el H. Tricas en la ropería, sin perjuicio de que cada uno ayude á los demás en lo que convenga.

Otra cosa ha contribuído mucho á dulcificar nuestro cautiverio, y es la caridad de algunas almas buenas que nos socorren. En esto, hemos visto el diligente cuidado que la divina Providencia ha tenido de nosotros, moviendo eficazmente los corazones en beneficio nuestro, lo cual es tanto más de admirar, cuanta es mayor la miseria y el hambre, que, como efecto de las malas cosechas y de la paralización del comercio, azota á este distrito, hace ya algunos meses. A pesar de ello, nosotros somos constantemente atendidos con todo lo que

Digitized by Google

estas buenas gentes pueden darnos. Tenga V. R. la bondad de decir al P. Pamies si está ahí, que los que han mostrado su generosa caridad, con gran ventaja sobre los otros pueblos, son sus antiguos feligreses del Salvador. Para corresponder á nuestros bienhechores del modo que podemos, les aplicamos una misa semanal. Lástima que no podamos ofrecer, como débil muestra de agradecimiento, algunos objetos de devoción que nos piden á veces. Si V. R. prevé que este nuestro estado ha de prolongarse mucho, vea de enviarnos luego un buen cajón de tales objetos. Lo que más nos serviría al efecto indicado, son escapularios del Carmen, rosarios en abundancia, cruces y medallas de varios tamaños, cartillas, Doctrinas, Monte Calvario, Tesoro del Corazón de Jesús, todo, por supuesto, en bisaya.

De salud estamos bien, gracias á Dios.

De V. R. siervo en Cristo.

RAIMUNDO PERUGA, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Juan B. Heras al R. P. Superior

Infeliz estado de las Misiones abandonadas. — Caridad del pueblo. — Sentimientos de los Padres durante la prisión. — Estado económico. — Servicios del Capellán castrense P. Carazo.

Cagayán de Misamis, 26 de agosto de 1899.

Mi muy amado en Cristo R. P. Superior. ¡Qué destrozo tan grande ha causado el lobo infernal en el rebaño de Jesucristo! Apenas queda nadie en el campo que pueda ser testigo de tamaño desastre. Creo que Dios, compadeciéndose de nuestros misionados, nos ha dejado como testigos de los grandes males que padecen, á fin de que roguemos con más ahinco al mismo Señor, les conceda la perseverancia en la fe que les enseñamos.

Cuán desgraciadamente se ha verificado aquí lo que en otra ocasión decían á San Martín sus discípulos: *Invadent gregem tuum lupi rapaces*. Desde nuestra prisión, servimos aún de faro á estos pobrecitos, que siguen alimentando esperanzas de que volveremos á ayudarlos.

Nos envían regalos de lo mejor que tienen para suavizarnos la prisión. Algunos vienen á confesarse; otros á buscar consuelo; éstos á que bauticemos á sus hijos; aquéllos á encargarnos misas; y muchos más vendrían, si no tuviesen miedo de ser notados como afectos á nosotros.

Estamos á obscuras de cuanto pasa fuera de aquí. De tres vapores que han venido por nosotros, el primero rescató á algunos; el segundo y tercero á ninguno. Pero nos ha causado gran consuelo

Digitized by Google

el saber lo mucho que hacen los Nuestros para libertarnos. Las cartas venidas de varias partes á estas Autoridades acerca de nosotros, han causado en alguno indignación; pero no hemos sido molestados, ni ha sufrido menoscabo la limitada libertad de que gozamos. Por lo que mira á nosotros, pierdan cuidado. Dios nos atiende de un modo muy particular. Se admirarán VV. RR. cuando se lo contemos á su tiempo. Frente al refectorio de este convento, se levanta una colina que tiene varias cruces de Mayo: la llamamos la colina de Nangasaqui, y continuamente nos recuerda á los 26 Mártires del Japón. Y, á la verdad, todo cuanto sufrimos son flores de Mayo, en comparación de lo que sufrieron nuestros gloriosos mártires.

Tenemos exceso de misas para celebrar, las cuales no envío, porque tardará mucho en llegar la presente á ésa, y por no saber á punto fijo si se encargarían VV. RR. de ellas. Tenemos vino de misas para algún tiempo, y harina también. Dos saquitos hemos podido comprar recientemente, y uno de arroz; todo muy caro. Se acaba el vino tinto, del que sólo beben dos ó tres *propter stomachum*. Es muy difícil traer víveres de Cebú, que es, á pesar de todo, el puerto que más comodidad ofrece. Lo que más nos falta, son objetos de devoción, para corresponder á las muchas personas que nos ayudan con sus limosnas, especialmente á los del Salvador, que nos visitan con mucha frecuencia y nos surten de casi todo. Merece este pueblo honorífica mención en la Historia de nuestras Misiones.

El P. Marcelino Carazo, antiguo capellán castrense, será el portador de la presente hasta Cebú. No sé si volverá á estas tierras, donde ha hecho muchísimo bien, recorriendo los pueblos para bautizar, casar y confesar.

Me encomiendo en los SS. SS. y OO. de todos esos PP. y HH., y en particular de V. R.

Siervo en Cristo,

JUAN B. HERAS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Juan B. Heras al R. P. Provincial

Felicitación. — Caridad inagotable de los naturales. — Obstáculos para la libertad de los prisioneros. — Incomunicación con los Nuestros.

Cagayán, 1.° de enero de 1900.

Reverendo y muy amado en Cristo P. Provincial: Sea la primera carta del año nuevo para saludar á V. R. en nombre de los Padres y Hermanos presos en ésta, que podríamos llamar Arca de Noé, donde, en medio de un diluvio de males, nos conserva Dios N. S. con paternal providencia, tal vez para la regeneración de nuestra querida Misión de Mindanao.

Pronto hará un año que estamos militarmente presos, sin que se nos diga por qué, ni se nos acuse de nada; pero somos Misioneros de la Compañía de Jesús, y esto basta. En el mismo distrito, cuya Cabecera no administraban los Nuestros, hemos sido detenidos, á pesar del aprecio que nos manifiestan los pueblos todos, como se echa de ver por las continuas peticiones que, de palabra y por escrito, hacen á estas Autoridades, para que nos permitan salir á celebrar las fiestas patronales y administrar los santos sacramentos.

Grande es la carestía que reina en todo el país, efecto del apretado bloqueo, que hace siete meses tienen puesto los americanos; pero, con todo, es para nosotros lo mejor que tienen los pobrecitos indios. ¡Qué lástima y, á la vez, qué consuelo da, Padre mío, ver á estos naturales venir de muy lejos á confesarse y consolarnos, trayéndonos el poco arroz que les queda, y deshaciéndose en lágrimas al vernos encarcelados!

Digitized by Google

Cuando tratamos de nuestra libertad con estas Autoridades, siempre se expresan diciendo que obedecen á órdenes superiores, sin estar en su mano abrirnos las puertas de la cárcel. Hay más: se lamentan de la falta de comunicaciones, que no les permite agenciar nuestra libertad con el Presidente de la República Filipina, y añaden que, si de ellos dependiera, tendrían mucho gusto en libertarnos. Las diligencias para conseguir este efecto no escasean; pues tenemos entendido que el R. P. Superior las hace muy activas é incesantes en Manila, si bien hasta el presente con poco resultado. Y hay que confesar que nunca hemos sido insultados, ni despreciados, sobre todo del pueblo; quien, á pesar de no haber pertenecido á nuestra administración espiritual, nos llama para sus enfermos y nos encarga la celebración de misas.

Hemos estado durante diez meses sin saber casi nada de los Nuestros, lo que ha sido una mortificación muy grande, por no decir la mayor; pero el 29 de diciembre último, se nos ha abierto el cielo con una larga carta del P. Gregorio Parache, quien ha sido enviado por el R. P. Superior á Cebú, para que nos atienda más de cerca. Por ella nos hemos puesto al corriente de lo más principal que ha ocurrido durante nuestro cautiverio.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho nos encomendamos.

Siervo en Cristo,

JUAN B. HERAS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Miguel Guardiet al R. P. Provincial

Ultima tentativa de los prisioneros de Cagayán, para conseguir la libertad. — Decreto de la Junta de Guerra. -- Excursión de despedida á los pueblos del distrito. — El P. Guardiet en el Salvador. — Excursiones del P. Martín. — Solicitud filial de los naturales del Salvador. — Fruto copioso de los sagrados ministerios. — Orden de retirada — La fiesta del pueblo de Initao. — Los PP. Martín y Guardiet en Iligan. — Llegada de los norteamericanos.

Manresa, 28 de diciembre de 1900.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Provincial: Para complacer á V. R. voy á escribir, como Dios me dé á entender, desde esta santa Cueva, en donde resido, un fiel relato del feliz término que tuvo la prisión de los Nuestros en Cagayán.

Era el 26 de febrero del presente año, después de trece meses de prisión próximamente, cuando el P. Heras se presentó ante las autoridades del Distrito, solicitando, como otras veces, nuestra libertad. Largo fué el debate que con ellas sostuvo, sin otro resultado que una promesa: la de permitir á los cautivos visitar algunos pueblos durante la cuaresma. Animado con esta concesión el buen Padre, me mandó comunicarla por escrito á mis antiguos feligreses, quienes sin pérdida de tiempo, prepararon una banca, y se presentaron en Cagayán para llevarse á su Padre Misionero. Querían tenerlo ya al frente de su iglesia, el 28, miércoles de Ceniza. Los de Tagoloan, noticiosos de la novedad, vinieron también á buscar otro Padre; pero todo fué inútil. Al Jefe militar le pareció demasiado precipitada esta determinación, y nuestros buenos mensajeros tuvieron que volverse solos y desconsolados á sus pueblos.

Digitized by Google

Pero amaneció el día primero del mes de S. José, y este día fué también el primero de nuestra definitiva libertad. No en vano habíamos acudido muchas veces al benditísimo Esposo de María, con su Novena hecha en comunidad, con la práctica de los Siete Domingos y del día 19 de cada mes, sin contar otras muchas devociones. A las once y media, pues, de la mañana, recibió el P. Heras un oficio de D. Pío Roa, Presidente de la Junta de Guerra, que decía así: «Tengo la satisfacción de notificar á V. R. que, desde esta fecha, queda en libertad con los RR. PP. Raimundo Peruga, Juan Martín, Ramón Vila, Nicolás Falomir, Miguel Guardiet y Juan Galmés, y HH. Clemente Beamonte, Joaquín Tricas y Pablo Guilá, que hasta el presente se hallaban como prisioneros en esta Cabecera.» ¿Cuál fué humanamente la causa de esta inesperada resolución? Las tropas norteamericanas, que iban extendiendo su poder por las diversas islas del Archipiélago, amenazaban á Cagayán. Al tomar la población, era evidente que pondrían en libertad á los Misioneros, á no ser que los naturales en su huída se los llevasen; urgía, pues, anticiparse á este acto de humanidad, para que la gloria de él no perteneciese al ejército contrario. Además, la muchedumbre de religiosos que en Luzón habían recobrado la libertad, con motivo de los avances de los americanos, inducía á creer que algo habían aflojado de su rigor en este sentido los Jefes supremos de la trabajada República. Por estas razones la Junta de Gobierno del distrito de Cagayán, resolvió libertar, por iniciativa propia, á los Padres Misioneros.

Las primeras horas de nuestra libertad era justo que se aprovecharan en beneficio de los pueblos, que tanto nos habían socorrido durante nuestro largo cautiverio. Mientras se presentaba ocasión de pasar á Manila, determinó el P. Heras que los PP. Peruga, Galmés y H. Beamonte fueran á Jasaán, Balingasac é islas de Camiguín y Bohol, camino de Cebú. El mismo P. Heras pasó á Jasaán; envió al P. Vila á Agusan, y al P. Martín, con el que esto escribe, á los pueblos del Salvador y demás de la costa hacia Iligan. A la tarde del día 2 de marzo ya estaban de nuevo en Cagayán, en busca de los Padres, las embarcaciones del Salvador y Tagoloan, que, tres días antes, se habían vuelto sin obtener el resultado apetecido. Y es de notar que la del Salvador había sido recibida con las campanas al vuelo, y música, y alegría de todo el pueblo; la que bien pronto se trocó en mal humor, al verla llegar sin el tan deseado Padre. Por esto, la segunda vez, enviaron los del Salvador dos embarcaciones, para que una de ellas,

Digitized by Google

con bandera blanca, cerciorase á los vecinos de la llegada del Misionero, quien, más despacio, iría en la segunda. En ésta me embarqué yo, y no es para dicha la conmoción de aquel devoto pueblo, cuando llegué el 3 de marzo.

Cinco años antes, los PP. Ramón Pamies y Alberto Masoliver habían entregado la administración espiritual del Salvador á los RR. PP. Agustinos Recoletos, y con el antiguo amor y respeto fuí recibido allí yo, que había salido de aquel pueblo el año 93. Celebré misa de Reina (1); mas ahora no resonaron, como antes, al tiempo de la elevación, los acordes de la marcha real española, porque aquella bendita tierra ya no era del dominio de España. Saludé después al pueblo, desde el púlpito, y recordé, con grandes muestras de gratitud, los muchísimos favores que á los buenos hijos del Salvador debíamos los ex-cautivos de Cagayán, y les invité á recibir los santos sacramentos. Terminada la misa y la acción de gracias, me acompañó todo el pueblo, con la música, al convento. ¡Qué entusiasmo tan consolador se reflejaba en los rostros de todos!

El P. Martín, que había ido al Salvador por tierra, para evangelizar de paso á los pueblos de Opol y Mulugan, avanzó hasta los de Alubijit é Initao, mientras yo seguía cultivando la tierra fertilísima del Salvador. Pero, Padre mío, ¡cómo había arraigado y prosperado la cizaña en todas estas poblaciones, con la ausencia de los Misioneros! ¡Qué de concubinatos, en mala hora legalizados por el matrimonio civil! ¡qué de escandalosos abusos autorizados!

. . . . . .

Mas la gracia del Señor llovió á raudales sobre esta comarca, y fué para alabar á Dios el copiosísimo fruto que de estas excursiones se reportó. Diez y nueve días estuve entre mis antiguos feligreses, recibiendo siempre continuas muestras de amor filial. Aun algunos, que habían hablado contra nosotros, se hicieron mansos como corderos, y humildes como esclavitos. El mismo día que llegué, estaba pescando en su barca el Delegado de policía, y en cuanto llegó á sus oídos la noticia de mi arribo, se fué derechamente al convento, descalzo y en traje de pescar. Besóme la mano con efusión, rogándome le dispensa la libertad de presentarse vestido de aquella manera; porque su afecto

(1) Esta denominación se da en Filipinas á una misa, en que los cantores cantan los Kyries y parte del Gloria y Credo, según el tiempo de que disponen, con Sanctus y Agnus.

Digitized by Google

antiguo al Misionero, no le permitía diferir el saludarme. Ofrecióme luego del pescado fresco que traía, y en adelante, ni un solo día dejó de hacerme semejante agasajo, ó por sí mismo, ó por alguno de sus hijos. Pablo, el fidelísimo Pablo, que había sido arrestado en Cagayán, por su asiduidad en visitarnos y regalarnos, no cesaba de ponerse á mis órdenes para todo. El antiguo fiscal del Salvador, Leon Escalante, que en su niñez se había criado en nuestro convento, en compañía del Padre Salvador Ferrer, puso su hijo á mi servicio inmediato. Este, con otros sirvientes, dispusieron de tal modo mi ajuar y manutención, que no me fué necesario pensar en cosa alguna. El Presidente local ordenó á los sirvientes que pidieran á él, sin decirme nada, cuanto vieran me hacía falta; y él mismo no perdía ocasión de informarse de cómo estaba yo atendido. Cuando al marcharme le pedí la cuenta, se negó á presentarla, añadiendo que más hubiera hecho á estar en su mano.

El segundo día de mi estancia en el Salvador, domingo, 4 de marzo, repitióse con nuevo fervor la función del día primero. Después de la misa de Reina, y de retirarme al convento, acompañado por la música, llenóse éste de gente, que porfiaba por besarme la mano y saludarme. Este día se dispuso la forma cómo se había de ir componiendo lo que necesitaba de arreglo.

León Escalante, á quien algunos meses atrás habían destituído del cargo de fiscal, para contrariar al Rdo. D. Marcelino Carazo, que se servía de él en sus ministerios, fué repuesto en su cargo, sin que se volviera á mentar para nada lo sucedido. Despedida la gente del pueblo, y agradecidos sus ofrecimientos, entraron á visitarme los vecinos de los pueblos limítrofes. El fiscal de Mulugan ofreció traer, como lo hizo, á todos los casados civilmente en su pueblo, donde, autorizados como estábamos, no quedó ni rastro del matrimonio civil. Tampoco en el Salvador quedó nadie mal casado; así que, entre bautizar, platicar, confesar y casar, se me pasaron los días sin sentir. En todos ellos hubo misa cantada, ya votiva, ya de difuntos, y ni así pude satisfacer á la devoción de todos. También celebré un funeral solemne, en sufragio de las almas de los dos malogrados españoles que habían pintado la iglesia del Salvador, quienes acabaron su vida cerca de Cagayán, asesinados por el solo motivo de llevar en sus venas sangre de mi patria. Mi corazón no pudo menos de exigir al pueblo cristiano del Salvador este piadoso recuerdo.

El día de S. José fué celebrado con mucha pompa. Hubo vísperas,

Digitized by Google

misa solemne, sermón y procesión muy concurrida y devota; de modo que parecían haber resucitado tiempos ya transcurridos y hallarnos en los mejores días de nuestras florecientes cristiandades. Y ¿cómo no esmerarnos en honra y gloria de S. José, si al Santo bendito debía yo el estar entonces rodeado de mis amadísimos fieles y en completa libertad?

Ya el 15 recibí en el Salvador al H. Pablo Guilá, con cartas del P. Heras, fechadas en Jasaán, y del P. Falomir, desde Cagayán, en que se me ordenaba, por causas justas, pasar á Dapitan ó á Manila con el sobredicho Hermano, quedando el P. Martín libre para acompañarnos ó irse á Jasaán; pero por más que me dí á obedecer, no pude hacerme á la mar hasta el día 22. Nadie quería prestar una áncora al patrón que había de llevarme, con el piadoso fin de impedir mi viaje. La tristeza grande con que me despidieron daba á entender claramente que ya se temían no les volvería á ver, aunque el Delegado de policía, para engañarse á sí propio, y consolar á sus compañeros, no cesaba de decir: — ¿Cómo no ha de volver el P. Miguel, que es nuestro Padre? — ¡Ah, Dios mío, y en qué abandono estarán ahora los pobrecitos! Renuncio, Padre mío, á describir por menudo la triste despedida que el pueblo me hizo. Al fin, emprendimos la marcha, subiendo yo, con el Hermano y el fidelísimo Pablo, á una embarcación, cuyo dueño nada quiso cobrar por el flete, y en la cual hicimos rumbo á Initao, camino de Iligan.

En Initao nos juntamos con el P. Martín, quien había dispuesto para aquel día la fiesta patronal de S. Francisco Javier. En ella hubo misa cantada, procesión y panegírico del Santo por el mismo P. Martín. Parecía que el fruto espiritual, que, á fuerza de fatigas, había logrado el Padre en las almas de sus feligreses, se reflejaba y lucía en la cara de todos: tal era el gozo santo con que celebraban su fiesta. Aquí hallé de Vicepresidente del pueblo, á un buen cristiano, el cual, años atrás, había sido nuestro comisionado para infieles en el Salvador, y que, en cuanto supo que yo estaba prisionero, mandó á su mujer y á su hijo con regalos de primicias, y él mismo, poco después trajo un cordero y cacao. Muy desconsolados quedaron él, y todos los demás del pueblo, por ver que el P. Martín se decidía á acompañarnos, dejándolos en lo mejor de la fiesta. Pero la obediencia urgía, y aquella misma tarde nos embarcamos todos, con el grato consuelo en el alma de dejar al pueblo libre de concubinatos.

El día 25, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, llegamos á

Digitized by Google

Iligan. Como ya este pueblo conocía al P. Martín, nos recibió con visibles muestras de amor; y sin perder tiempo, emprendimos los dos Padres el cumplimiento pascual. Mas, apenas empezado, tuvimos que levantar los reales, por la llegada de los americanos. Entraron éstos en son de paz, ofreciendo respetar las costumbres del pueblo, según lo habían pedido los principales, que les salieron al encuentro, acompañados del P. Martín; pero el alboroto de las armas es tan contrario al sosiego de la piedad, que ya no nos fué posible continuar con tranquilidad nuestras tareas, si bien celebramos todavía en este pueblo la Semana Santa.

Con los americanos entró en Iligan la noticia de haber sido tomado Cagayán. Entonces despachamos á Pablo con cartas para el P. Heras, pidiéndole órdenes; pero el pobrecito mensajero, cuando llegó á Cagayán, supo que su mujer estaba en el monte, á donde la habían llevado presa los insurrectos, y, angustiado por esta nueva, ya no pudo traernos la respuesta.

Entre tanto el P. Heras había recibido de Manila orden de que todos pasáramos allá. Puso él en ejecución la obediencia el 7 de abril, víspera del Domingo de Ramos, con los PP. Falomir y Vila y el H. Tricas, embarcándose todos en el vapor *Francisco Reyes*, que los llevó á Manila. Nosotros, recibida el 17 de abril la misma orden, nos dirigimos primeramente á Misamis, yendo en el antiguo cañonero español *Callao*, hoy botín de guerra de los americanos, y después á Cebú, en el vapor mercante español *Mactan*.

¿Qué será, Padre, de aquellas regiones, donde blanquean tantas mieses abandonadas? ¿Se dignará el Señor mandar de nuevo operarios á su heredad? El quiera, en la paternal providencia de su amoroso Corazón, abrir pronto á aquellos pueblos las puertas de su misericordia.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

Affmo. siervo en Cristo,

MIGUEL GUARDIET, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Raimundo Peruga al R. P. Provincial

Salida para Manila de los PP. Peruga, Galmés y H. Beamonte, prisioneros en Cagayán. — Demostraciones de amor del pueblo de Bohol. Llegada á Cebú y á Manila.

Manila, 9 de abril de 1900.

P. C.

Amadísimo en Cristo R. P. Provincial: Para complacer al R. P. Superior y cumplir con V. R., voy á notificarle algunos incidentes que creo leerá con interés.

El día 1.° de marzo nos fueron abiertas las puertas de la prisión de Cagayán á los nueve de la Compañía, que, durante más de un año, habíamos estado en ella, sin acusación ninguna que justificara nuestra reclusión. Inmediatamente ordenó el R. P. Heras que viniéramos á Manila, para dar tan grata nueva, el P. Galmés y yo con el Hermano Beamonte. No teniendo á mano embarcación mayor, salimos en una banca de cuatro remos, el día 5 de marzo, para la islita de Camiguín, que dista de Cagayán como unas veinticinco leguas. Las pocas horas que estuvimos en esta isla, las empleamos en oir confesiones y en administrar el santo Bautismo. Un buen cristiano, rico, de aquella tierra, que nos había demostrado su afecto, haciéndonos varias limosnas durante nuestro cautiverio, puso á nuestra disposición un hermoso bote con diez remeros, pagados por él, y con provisiones para ellos y nosotros; con que, tendiendo velas y batiendo remos, hicimos aprisa y bien la larga y peligrosa travesía que media entre las islas de Camiguín y Bohol.

Digitized by Google

En Bohol, el Presidente provincial, y otras muchas personas de autoridad, se desvivieron en obsequiarnos de muchas maneras, en cuantos pueblos hacíamos escala. En la capital, llamada Tagbilaran (cuya hermosa iglesia fué levantada por nuestros antiguos Padres), gracias á un ingenioso ardid de que se valieron aquellas gentes para detenernos, nos obligaron á permanecer allí como día y medio, y en tan corto espacio de tiempo, confesamos á unas cuatrocientas personas aproximadamente. El ardid fué decirnos que, mientras nosotros podíamos ir con mucha rapidez al pueblo, cuyo camino queríamos tomar, nuestro equipaje por necesidad tenía que tardar mucho en llegar al mismo punto. Esto último era, sin duda, exagerado; pero nos dejamos buenamente engañar, y aprovechamos el tiempo.

Fué mucho el buen trato que con nosotros usó el Presidente de Bohol, sin embargo de no habernos visto jamás. Nos hizo acompañar hasta el pueblo inmediato por un consejero de justicia; nos dió una circular para todos los Presidentes de la isla, en que les mandaba procurarnos el vehículo que necesitásemos; y entregónos, además, una carta para su padre, que tenía su vivienda en el penúltimo pueblo de aquella isla. Este, venerable anciano, apenas nos vió entrar en su casa, nos hizo preparar el almuerzo, y nos acompañó, con sus dos carruajes, hasta el pueblo en que debíamos embarcarnos para salir de la isla. De tal modo nos atendió, que ni una tierna madre hubiera podido esmerarse más en servirnos, y él mismo nos hizo aparejar la banca que nos condujo á la isla de Mactan. En suma, así en Camiguín, como en Bohol, nos confundieron, á fuerza de obsequios y atenciones.

Desde la isla de Mactan (en que pereció Magallanes, (1) glorioso conquistador de este Archipiélago), pasamos á la ciudad de Cebú. Fuimos en banquitas, casi microscópicas, pues una tenía sólo el piloto, que la regía con un remo á pulso; y la otra, algo mayor, sólo tenía un remero. Al desembarcar en Cebú, un piadoso sacerdote nos obligó á tomar su carruaje, en el cual nos dirigimos al Seminario, donde nos recibieron con singular caridad los Reverendos Padres Paúles y nuestro P. Gisbert, que se hallaba allí con ánimo de pasar á Mindanao para ver si podía libertar al Padre Diego. Dos días estuvimos en Cebú,

(1) Herido por una flecha envenenada, fué muerto por los isleños. (26 de agosto de 1521).

Digitized by Google

después de los cuales nos embarcamos en el vapor *Isuña*, llegando á Manila con feliz viaje el día 21 de marzo. No obstante haber sabido ya los Padres y Hermanos de aquí nuestra libertad, por telegrama que pusimos en Cebú, fué extraordinario y sin ejemplo el entusiasmo de esta santa casa á nuestra llegada. Todos querían oir de nuestros labios cuanto se refería al tiempo que habíamos estado presos y á la ocasión de haber sido puestos en libertad.

Imagínese V. R. la mayor alegría que acá bajo puede gozarse, y acertará. Yo renuncio á describirla por falta de palabras, y también de tiempo.

Adiós, Padre mío amantísimo. Me encomiendo en los SS. SS. y OO. de V. R.

Afectísimo siervo en Cristo,

RAIMUNDO PERUGA, S. J.

Digitized by Google

Carta del H. Ignacio Vila al P. Juan Ricart

Zozobras é incomunicación de los Misioneros. — Retirada de las autoridades españolas. — El P. Yepes se despide de Dipólog. — Detención forzosa. — Sentimientos generosos de los principales de Dipólog. — El Capitán Tomás. — Prisión frustrada. — Movimiento del pueblo en Dipólog, Lubungan y Dapitan. — Embarque de los Misioneros para Manila. — Actitud consoladora de la principalía y de todo el pueblo.

Manila y junio de 1899.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Ricart: Recibí su carta, aunque con mucho retraso, por razón de las circunstancias. No me ha sido posible contestarle hasta ahora, porque desde el 14 de abril del año pasado, hasta el 29 de marzo del presente, no fué á Dapitan ningún vapor de Manila. Lo que entonces más sentimos, fué la incomunicación con el R. P. Superior y con los Nuestros de los demás distritos. En todo este tiempo, sólo dos cartas recibimos del R. P. Superior; en la primera, después de pedir oraciones, nos decía que procurásemos guardar nuestros puestos y no los abandonásemos. En la segunda, nos hacía saber que Manila estaba en poder de los americanos, y que tal vez, á no tardar, vendrían delegados de Aguinaldo á establecer la República Filipina. Nos aconsejaba, además, que procurásemos evadir el primer golpe, escondiéndonos, para evitar algún atropello. Desde este día todas las noticias confirmaban las predicciones del R. P. Superior de la Misión. Un día nos decían que un vapor de los tagalos había establecido la República en Negros, otro que en Panay, y así sucesivamente en las otras islas.

Digitized by Google

A últimos de diciembre, nos llegó la noticia definitiva de que, según el tratado celebrado en París, las Filipinas quedaban para los norteamericanos.

El Comandante de Dapitan se había marchado á Zamboanga el 27 de diciembre, y, á la vez, habían abandonado las tropas españolas todo el Norte de Mindanao. Salidos ellos, entró la República Filipina, y extendióse con rapidez inesperada hasta Oroquieta, Surigao, Butúan, Cagayán, Misamis y Líbang, pueblo situado á tres leguas de Dapitan. Sólo los pueblos de nuestra Residencia, á saber, Dapitan, Dipólog y Lubungan, quedaban independientes. En Dapitan estaban el P. Juan Galmés, Superior de la Residencia, el P. Rafael Vilarrubias y el H. Antonio Gros; en Lubungan, siguiendo la costa hacia el Sur, los PP. Antonio Obach y Esteban Miralles, con el H. Dionisio Azcue; y entre ambos pueblos, en la misma costa, el P. Esteban Yepes y yo, en Dipólog. Eramos los únicos Misioneros del Norte, sobre quienes no había pasado aún la ola revolucionaria. Carecíamos, no obstante, de toda seguridad, sin poder hacer nada por nuestros Padres y Hermanos presos, ni mandar siquiera una carta al R. P. Superior de Manila. El P. Superior de la Residencia nos ordenó que estuviésemos preparados para huir al monte, en caso de necesidad. Entre tanto, se buscaba un *vilos* para marcharnos á Zamboanga, y el día señalado para la salida era el 13 de febrero, lunes de Carnaval, por la tarde, ó al día siguiente, por la mañana.

El domingo de Carnaval, el P. Yepes, acabado el sermón, desde el púlpito se despidió del pueblo de Dipólog, diciéndoles que íbamos á Zamboanga, para recibir órdenes de los Superiores; y que, tan pronto como se serenase la tormenta, volveríamos. Pero no bien acabó la misa, cuando ya empezaron los llantos: las niñas de la escuela ocuparon la portería de la casa; los niños subieron arriba; las mujeres se quedaron en la iglesia, orando y llorando. Unas invocaban al Sagrado Corazón de Jesús, otras á la Virgen, otras á San José, pidiendo, entre lágrimas y chillidos, que no las abandonásemos. Ni faltaban quienes gritasen: «Padre, no nos deje por Dios; que nos vamos á perder.» El Padre, que estaba dando gracias después de la misa, no pudiendo hacer nada por los chillidos, se retiró; mas al llegar á la portería, se encontró con las niñas que lloraban, las cuales, al verle, corrieron hacia él y, cogiéndole por la sotana, empezaron también á gritar: «Padre, no nos abandones; compadécete de nuestras almas.» En fin, no hay palabras para escenas de tanto dolor.

Digitized by Google

Ver y oir á un pueblo llorando, y llorando en vista del abandono en que quedaba, me conmovió tan profundamente, que no pude contener las lágrimas, por más que, para evitarlas, me retiré á un rincón de la huerta; pero fué inútil, porque oía los gritos, lo mismo que si estuviera dentro de casa. Creo que se oían de todo el pueblo. El Padre les dijo, que él no podía hacer nada; pues tenía orden del Padre Superior de Dapitan. Dicho esto, se callaron y retiraron; pero la principalía toda se fué allá, á hacer las mismas instancias á dicho P. Superior.

Por aquellos días, los de Dapitan proclamaron la República, á su cuenta y riesgo, sin ingerencia ninguna de fuera; y el lunes de Carnaval, se hizo otro tanto en Dipólog, y el martes en Lubungan. Hubo en todas partes elección de Presidente local; se izó la bandera republicana, y todo procedió con paz y tranquilidad, gracias á Dios.

El martes de Carnaval, era el día señalado para marcharnos; pero dos noticias malas y alarmantes nos hicieron suspender la salida. Decíase que toda la gente de Zamboanga había sido pasada á cuchillo, y que en Manila había habido un degüello, del que casi todos los Nuestros habían sido víctimas; pero ambos rumores resultaron falsos.

El día 4 de marzo de 1899, á las once y media de la noche, llegó un despacho de Dapitan, con la noticia de que á las cuatro de la tarde había llegado de Cagayán el General de aquel Distrito; que los Padres de Dapitan estaban presos, y que pronto vendrían á prendernos á todos (1). Determinó el P. Yepes que, puestos en manos de Dios,

(1) Uno de los PP. Misioneros refiere lo sucedido en Dapitan, con las siguientes palabras: «El día 4 de marzo fué preso el P. Juan Galmés, Superior de la Residencia. El hecho ocurrió de este modo: como á las cuatro de la tarde fondeó, frente á Dapitan, el vapor *Bais*, en que venía el General revolucionario de Cagayán, con dos acompañantes y algunos soldados armados. Los dapitanos, que ignoraban el objeto de su venida, le recibieron con agasajo; mas el General, una vez rodeado el convento de soldados, intimó al P. Galmés la orden de prisión y la de entregar el dinero de la casa é iglesia. Todo esto en nombre de la República. Durante una hora practicaron un detenido registro, y dos soldados, con bayoneta calada, seguían todos los movimientos del Padre, sin dejarle escribir, ni apenas hablar palabra. Los principales de Dapitan, estaban como cohibidos, sin atreverse á respirar. Los vecinos, extrañados, decían por lo bajo: «¿Cómo permitimos esto?» Alguien se atrevió á decir al General que, á lo menos, no se llevara al Padre; á lo que contestó que, por de pronto, era preciso; pero que, á no tardar, sería devuelto á Dapitan. Al toque de oración de la tarde se embarcó el Padre Misionero, y á las ocho salió el vapor para Misamis.

«Al despedirse el General, dejó orden que inmediatamente fueran presos los

Digitized by Google

aguardáramos, como valientes soldados, al pie del cañón, sin abandonar nuestros puestos; y así lo hicimos.

A media noche se presentó la principalía, diciendo que nos escapásemos; pues ellos nos esconderían en el monte, para que no nos cogieran. El Padre les dijo que no; pero ellos, alegando lo que habían prometido el día que nos queríamos marchar, dijeron que estaban resueltos á cumplirlo. Replicó el Padre: «Cuidado que hagáis nada por nosotros. No queremos que se derrame sangre en el pueblo», y les mandó que se retiraran. Estaba entre los principales, un antiguo capitán del pueblo, llamado Tomás, el cual, los primeros días de la República, brioso con el nuevo estado de cosas, dijo que á él nadie le gobernaba, y aun en el convento, había estado poco respetuoso con el Padre. Al ver ahora la turbación de sus compañeros, y la entereza del Padre, no pudo contener su pena, y adelántandose, dijo: «Señores,

demás Padres y Hermanos, y que, con los fondos que hubiera, fueran remitidos á Cagayán; y amenazó al Presidente provincial de Dapitan con cortarle la cabeza á él, y á su mujer é hijos, en caso de que no obedeciera.»

El mismo P. Galmés añade algunos pormenores, en los siguientes párrafos de una carta dirigida al R. P. Provincial, fechada en Manila el 29 de abril de 1900. «Acabada la dominación española, siguieron los dapitanos gobernándose según las leyes que antes tenían. Eligieron el personal más digno y más adicto á nuestra sacrosanta Religión, y nos tenían á los Misioneros en la misma ó mayor estima que antes.

»Cuando los cagayanos me prendieron, los dapitanos procuraron con insistencia que me escapara, y me proporcionaban medios, al parecer, seguros. No acepté la propuesta, porque me persuadí que, huyendo, hubiera dado lugar á que se hiciera propaganda contra nosotros. Entonces trataron de resistir por la fuerza á mi opresor, y á unos cincuenta soldados que llevaba bien armados. Tampoco acepté; porque hubiera costado sangre, y dado pie á otra expedición revolucionaria mayor, que nos hubiera aprisionado ó quizá muerto á todos. Procuré, pues, aprovechar en bien de los Nuestros, el temor en que conocí estaba el General revolucionario, persuadiéndole que era empresa temeraria ir en busca de los demás Padres y Hermanos, y que se exponía á cualquier desastre, de no salir inmediatamente La orden que llevaba era de prendernos á todos; pero, se dejó reducir, y salimos, por más que preveía que la vuelta prematura le costaría el destino, como así sucedió en realidad.

»Unos dos meses hacía que yo estaba casi siempre solo en Dapitan; pues sospechaba que los que nos hallásemos en la Cabecera, seríamos víctimas de una sorpresa, mientras que los que estuviesen fuera tendrían más facilidad para ponerse en salvo. Por esto no encontraron conmigo los revolucionarios á mis compañeros, P. Vilarrubias y H. Gros. Cuando me prendieron, había yo hecho fracasar ya tres expediciones. De Dapitan á Cagayán me concedieron los revolucionarios día y medio de parada en tres pueblos abandonados de la costa, y en ellos bauticé á unos 400 niños, oí de confesión á unas 800 personas, y administré los últimos Sacramentos á muchos enfermos.»

Digitized by Google

por mis pecados pasa todo esto», y luego pidió públicamente perdón al Padre, al Capitán y á la principalía. Tras este acto, verdaderamente edificante, del capitán Tomás, se retiraron todos.

A las tres y media de la madrugada dijo misa el P. Yepes, y, después de darme la sagrada Comunión, sumió el Santísimo para evitar toda profanación. Acto seguido escondimos los vasos sagrados y la custodia, y confortados con el pan de los fuertes, esperamos tranquilamente la hora que Dios tenía destinada para nuestra prisión. No tardó en llegar: á la una de la tarde de este mismo día 5, se presentó un oficial de tropa de Dapitan, al frente de nueve soldados con bayoneta calada, y rodeada la casa, entregó al Padre el oficio que contenía la orden de prisión. Y desde entonces quedamos prisioneros. Inmediatamente se hizo inventario del ajuar, y primeramente del dinero y libro de cuentas. De las cuentas resultó sobrar algo, que el Padre pidió se lo dejaran para el viaje; pero no le fué concedido. El día siguiente, 6 de marzo, dejándonos á nosotros en Dipólog con las cosas que nos pertenecían, con ánimo de recogerlo todo á la vuelta; se salieron para Lubungan, á fin de detener á los Nuestros de dicho pueblo.

Mientras se ejecutaba la prisión de los Misioneros de Lubungan, los principales de Dipólog protestaban estar resueltos á morir, antes que entregar al Padre y al Hermano; y en un instante se llenó la plaza y el convento de hombres armados con lanzas, crises, campilanes, bolos y puñales, de modo que allí relucían toda clase de armas blancas. Lo mismo sucedía en Lubungan. Y ¿qué diré de los valientes dapitanos? El pueblo desarmó á los soldados del tercio, diciendo: «Ya que vosotros con las armas no habéis sabido defender al P. Galmés, defenderemos nosotros á los demás Padres», y nueve de los más valientes subieron hacia Lubungan, campilán en mano, para cortar la cabeza al oficial y soldados que estaban ejecutando la prisión de los Nuestros de dicho pueblo. Pero, gracias al P. Antonio Obach, que les habló y los calmó, no pasó la cosa adelante; de lo contrario, mal les hubiera acontecido al oficial y soldados (1). De estos medios se

(1) El mismo Padre, después de afear, en Lubungan, el proceder de dicho oficial, hasta hacerle saltar las lágrimas, bajó á Dapitan, y allí, hablando á los principales y á otros muchos, promovió la admirable reacción de que da cuenta la presente carta. Además de lo que en ella se refiere, el Presidente provincial y local de Dapitan, y varios otros principales, hicieron y firmaron una retractación, que se leyó desde el púlpito, en la misa mayor del domingo, oyéndola de rodillas todos los firmantes.

Digitized by Google

valió Dios para impedir que nos llevasen presos á Cagayán, menos al P. Galmés, que ya estaba allí, y todavía sigue preso, con los demás de Misamis.

El lunes de Semana Santa, 27 de marzo, llegó á Dapitan el vapor *San Pedro*, con carta del R. P. Superior, en que nos mandaba embarcarnos para Manila. Fué nuestro embarque el Miércoles Santo, por la tarde. El pueblo en masa nos siguió hasta la playa, llorando, ó mejor diré, desesperándose de sentimiento. Cogían á los Padres por la sotana, y besándoles la mano, decían: «Padres, por Dios, no nos abandonen». Llegamos al vapor y encontramos al armador, capitán, pilotos y demás gente, que con lágrimas en los ojos, nos decían: «Padres, esto enternece el corazón». Desde el vapor se oían los llantos y gritos del pueblo, á pesar de la distancia que mediaba. ¡Pobrecitos!

La principalía de Dapitan hizo una instancia al R. P. Superior, pidiéndole que, tan pronto como fuese posible, les mandase los Padres; porque ellos estaban resueltos á defenderlos á costa de sus propias vidas. Y pruebas habían dado de ello al presentarse, la víspera de San José, otra comisión para prendernos. Y como ellos decían: «¡Nunca los de Cagayán de Misamis lograrán poner presos á los Padres de este distrito, mientras quede un dapitano vivo!»

Mucho más pudiera decir á V. R.; pero temo ser demasiado largo.

En sus SS. SS. y OO. me encomiendo.

De V. R. ínfimo hermano y siervo en Cristo,

IGNACIO VILA, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Lorenzo Peiro al P. Gabriel Palau

Tristes presentimientos del Misionero de Sámal. — Preparativos para el abandono de aquella isla. — Salida del P. Misionero.

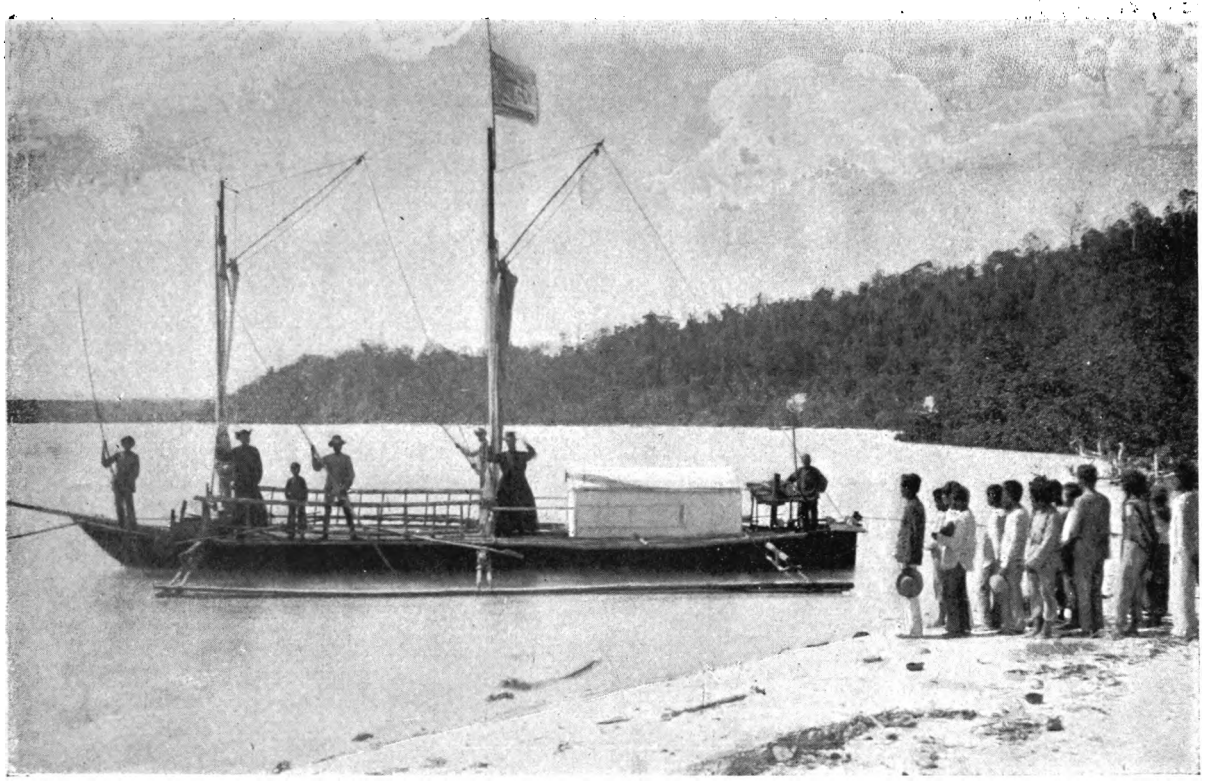
Manila, 10 de marzo de 1899.

P. C.

Mi muy amado en Cristo Padre: Por la fecha, puede ver V. R. que el mal que temíamos, ya nos ha venido: ya hemos dejado casi desamparada la pobre isla de Sámal. El desamparo será total cuando salgan los Misioneros que aun quedan en Dávao. De mi salida poco hay que decir, porque no sabía, cuando salí la última vez, que ya no volvería, de suerte que ni siquiera me despedí de los sámales. Preveía, es verdad, que habían de acabar las cosas como acabaron, y por esto hacía tiempo que me esforzaba de un modo especial en enseñar á los sámales la contrición perfecta, y en recomendarles que, si alguno se viera en peligro de morir, y el Misionero no pudiera ir á confesarle, procurase hacer actos de contrición, pues ya sabían que en tal caso con ella se podía suplir la confesión. También había niños de la escuela que sabían bautizar; lo cual, estando allí el Misionero, hubiera sido de gran provecho en casos de necesidad, porque entonces no se les olvida, y se animan cuando llega el caso, habiendo de dar cuenta al Misionero de lo que han hecho; pero ellos solos... ¡Dios los ilumine!

A fines del 98, estando el distrito de Dávao incomunicado con Manila, y teniendo muy cerca á los sublevados de la comarca de

Digitized by Google



Llegada de los Misioneros á Sámal.

Digitized by Google

Digitized by Google

Mati (1), el R. P. Superior de Dávao, P. Saturnino Urios, quería tener reunidos á los Misioneros para poder tomar una pronta resolución, en caso necesario. De manera que el H. Gairolas y yo morábamos más en Dávao que en nuestra Misión. Alguna vez íbamos á Sámal, y aprovechábamos estos viajes para trasladar á Dávao lo que se podía de la casa é iglesia. Los ornamentos y objetos del culto todos llegaron á Manila, menos las campanas é imágenes, que se quedaron en el pueblo de Sámal.

Fuera de las cosas de iglesia, quedó una casa grande y sólida, casi concluída, y algunos materiales dispuestos para la obra. Quedaron también dos carabaos que arrastraban madera para la casa, dos caballos que teníamos para subir al monte, cuando había algún enfermo, cincuenta ovejas, algunas aves de corral y algún mueble.

A principios del 99 pasó un vapor, recogiendo á los españoles que querían salir, y en él se embarcó el Gobernador de Dávao; pero los Misioneros se quedaron. El 4 de febrero del mismo año, vino el vapor *Romulus*, y en él el P. de la Torre, enviado por el R. P. Superior de la Misión, para tratar con los Misioneros de la Residencia de Dávao si convenía ó no salir. Se determinó no salir todos, por entonces, sino sólo dos, que fueron el P. Tomás Barber, uno de los Misioneros de Dávao y el que esto escribe, Misionero de Sámal. No tuve, pues, tiempo para despedirme de los sámales; aunque ni había que esperar de ello gran provecho, ni se podía hacer sino con mucha pena. Sólo ví aquel día á uno, llamado en la infidelidad Sarangani, y en el bautismo Baldomero Sanjuán. Lo había bautizado yo y también á su mujer y á sus hijos, y solía venir conmigo de grumete en los viajes. Era un modelo de sencillez y laboriosidad, y de familia principal. Este, pues, que aun sin gran motivo iba al convento de Dávao, cuando pasaba de viaje, con más motivo fué aquel día, viendo allí un vapor, y pudiendo sospechar la salida de los Misioneros. Con los ojos arrasados en lágrimas me decía: —Padre, ¿te vas? Dímelo: ¿te vas?— Y como yo no respondía en seco sí ó no, añadía el sámal: —¡No me lo quieres decir! Dímelo á mí solo: ¿Te vas? Si te vas, yo me voy contigo. —Con las mejores razones que pude le despedí, estando yo no menos conmovido que el sámal. De los demás sólo hay que notar el temeroso silencio con que veían sacar los objetos de la casa é iglesia

(1) Alusión á la insurrección de Baganga.

Digitized by Google

para Dávao, que por mucho que se quisiese disimular, ellos lo notaban todo y por ahí barruntaban el mal estado de las cosas.

Al anochecer del 4 de febrero de 1899 salimos para Manila, dejando aquel hermoso seno envuelto en tinieblas, que ojalá no sean figura de otras más densas y durables.

Dios se apiade de aquellos pobres indios, y les envíe su remedio.

De V. R. affmo. siervo en Cristo.

LORENZO PEIRO, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Mariano Suárez al R. P. Provincial

La Misión de Tamontaca. — Peligros de la misma, al retirarse de ella el Gobierno español. — Disposiciones del Gobierno en favor de los cristianos. — Actitud imponente de los datos moros. — La mayoría de los cristianos se disponen á subir á Cotabato con los españoles. — Altercado ruidoso entre dos datos. — Abandono de los fuertes Reina Regente, Pikit y Tumbao. — El P. Bitrián en Cotabato; orden para la salida de los Nuestros. — Altivez de los moros en Tamontaca. — Alegría de los mismos por la partida de los Padres. — Abandono definitivo de Polloc. — Embarque frustrado de los cristianos de Tamontaca. — Evacuación definitiva de Tamontaca y Cotabato. — Llegada á Zamboanga.

Tetuán (Zamboanga), 28 de enero de 1899.

P. C.

Mi reverendo y muy amado en Cristo P. Provincial: El azote de Dios que pesa sobre España y Filipinas, ha llegado también á Cotabato. El 21 del presente abandonamos en absoluto, Dios sabe hasta cuándo, nuestra querida Misión de Tamontaca, en que tanto trabajaron los apostólicos PP. Guerrico, Beá y Juanmartí, y por la cual la Compañía tantos sacrificios ha hecho. ¡Loado sea Dios! Paso ahora á darle cuenta de todo, según me tiene ordenado V. R.

El día 4 de este mes llegó á Cotabato el cañonero *Paragua*, con la orden oficial de evacuar las Islas Filipinas. Cayó allí la nueva como una bomba. Todos temíamos que esto pasaría á poder de los americanos, ó de otra nación; pero andábamos muy lejos de barruntar siquiera lo que sucedía; antes al contrario, creíamos que los acontecimientos se desarrollarían con lentitud, y, cuando más, que el país cambiaría de Autoridades, y, humillado el poder de los moros, seguiría todo con el mismo orden de antes.

Digitized by Google

También por el dicho cañonero *Paragua*, recibimos carta del P. Viñas, y yo, del P. Victoriano Bitrián, Vicesuperior de la región meridional, pidiéndonos qué sentíamos sobre nuestra futura suerte en la Misión, desprovista como quedaría de Autoridades españolas y de fuerza armada. Yo, por mi parte, le contesté, en resumen, que, á mi ver, si los Superiores estuvieran bien informados del peligro en que quedábamos, nos mandarían abandonar en el entretanto la Misión, á pesar de ser cosa de tanta trascendencia; que tanto Cotabato, como Tamontaca, se lo habían de disputar los moros; que aunque al dato Pián se le dejara en posesión de todo, era inevitable la guerra, pues los demás datos no se habían de conformar con que aquél tuviese tanta preponderancia en el río Grande, y que, en fin, Uto había de pretender, como en otro tiempo, hacerse dueño del río (1).

El día de los Santos Reyes fué convocada por orden del Gobernador la principalía, para acordar quién se había de quedar allí con el mando (oficialmente había de constar que se entregaba aquello al pueblo, como se ha hecho, bien que bajo el protectorado de Pián), y para tomar nota, al mismo tiempo, de los individuos que quisiesen salir para Zamboanga, á fin de que el General pudiese calcular el número de barcos indispensables para el traslado de la tropa y de los paisanos. La casi totalidad del pueblo, que eran zamboangueños, y aun casi todos los naturales de Cotabato, y de otras provincias, se alistaron para partirse.

Uto y algunos otros datos supieron por tierra, antes que nosotros, la evacuación de Marahui, en la contra-costa de la Comandancia de Iligan, y, por lo tanto, se figuraban, ó quizá estaban ciertos de ello, que habíamos también de salir nosotros del río Grande. El 6 bajó Pián á Cotabato con más de mil moros. El Gobernador llamó á los principales datos para ver si conseguía unirlos y formar entre ellos un consejo de ancianos, con el fin de conjurar la guerra de unos con otros. Puso en juego varios resortes, y les dijo, entre otras razones, que si seguían viviendo en paz y orden, como hasta entonces, irían allá también los vapores, y de esta suerte podrían vender el palay, pues era de esperar que los chinos quisiesen continuar el comercio con ellos. Pero por un oído les entraba y por otro les salía; así que, muy pronto, entendió el Gobernador que, tratar de persuadir á aquellas gentes, era perder el tiempo y predicar en desierto.

(1) Llámase también Pulangui.

Digitized by Google

El aspecto de Cotabato, desde el día 6, era tristísimo. Por este motivo algunos de los que habían resuelto quedarse, cambiaron bien pronto de parecer, con todo y tener que abandonar sus viviendas, sementeras, cocales y ganados. ¡Pobrecitos! Daba lástima ver cómo por un precio insignificante, vendían sus casas y muebles á los moros, y cómo éstos se apresuraban á llenar sus bancas de buenas camas, armarios, sillas, etc. Cotabato estaba inundado de moros de varias rancherías, que se aprovechaban de nuestra desgracia. Nosotros, aunque no teníamos entonces orden ninguna del R. P. Superior de la Misión, ni sabíamos qué resolución tomaría, en virtud de nuestras cartas, el R. P. Bitrián; con todo, como hombre prevenido vale por dos, en Cotabato empezamos á encajonar á toda prisa, encargándose de poner á buen recaudo las cosas de la casa el P. Ramo, y yo los objetos de la iglesia.

El día 7 se suscitó una disputa entre dos datos, y los sácopes respectivos corrieron á sus bancas para proveerse de sus crises, lanzas y algunos fusiles. El espectáculo que se ofrecía á nuestra vista era imponente. Yo lo presenciaba desde el convento. La gritería que armaban los moros era infernal, y nadie sabía, en los primeros instantes, á qué obedecía tal alboroto. Los voluntarios de Zamboanga y de Cotabato tomaron las bocacalles, y los artilleros y demás tropa se pusieron sobre las armas; pero, gracias á Dios, el Gobernador logró apaciguar á los contendientes, y no hubo que lamentar desgracias.

El día 9 del mismo mes de enero, llegaron los soldados de Pikit y Reina Regente, habiendo hecho entrega á Pián del fuerte de Pikit. El 10 bajaron los voluntarios zamboangueños de Tumbao, después de haber puesto en poder del dato Galán el fuerte de dicho pueblo.

El 12 llegó el P. Bitrián, quien venía muy resuelto y animoso para sostener el estado de cosas. Al efecto, habló sobre el asunto con el Sr. Gobernador y con nosotros, y, al día siguiente, con los Padres de Tamontaca; pero, después de haber oído el parecer de todos, tomadas vistas sobre el terreno, y palpadas las dificultades y el peligro, determinó, con gran sentimiento suyo y nuestro, que nos retiráramos á Zamboanga.

Ignorándose, por de pronto, el número de barcos que se mandarían, y siendo entre todos, — tropa, voluntarios y paisanos, — número muy considerable, circularon rumores de que no se permitiría embarcar sino un baúl y una maleta á cada viajero. Nosotros, no

Digitized by Google

obstante, seguimos embalando todas nuestras cosas, por si se presentaba oportunidad de llevárnoslas.

A pesar de la multitud de moros que andaban por Cotabato, no había allí peligro por entonces, por ser casi todos de Pián, y éste, á su vez, amigo de los españoles; mas no estaban tan seguros los Nuestros de Tamontaca, porque los que iban allá eran del dato Andong, hijo de Ara, que es tuerto y de la piel de Barrabás.

Estos moros recorrían el pueblo con suma arrogancia é insolencia, y decían á los cristianos que ahora ya tenían que volver con ellos á las rancherías respectivas; pues, antes de ser cristianos, eran sus esclavos. Robaron entre otras cosas, bastantes carabaos á los del pueblo, y también á nosotros. El P. Mayoral estuvo en grandísimo peligro de que un moro le cortase la cabeza. Entraron en la capilla de Sembá y profanaron, dándole de tajos, la estatua de San José; y no falta quien asegura que se llevaron la imagen del Niño Jesús. En una palabra: andaban por el pueblo como si fueran dueños absolutos de todo. Y aun antes de estos sucesos, ya se habían asignado lo nuestro de Tamontaca.

También me consta que, cuando supieron los tales que habíamos sido vencidos en Cuba, y que los americanos habían entrado en Manila, trataron entre sí de hacernos la guerra y echarnos del distrito ó matarnos á todos; pero los detuvo el temor de venir á caer en manos de los norte-americanos. Figúrese, pues, V. R. si ahora se les haría la boca de caramelo, viendo que espontáneamente salíamos de allí. Y no hay que decir con cuánto interés preguntaban á quién dejábamos nuestras cosas. Los inmuebles de Tamontaca y lo que no pudo venderse, lo entregamos á dos paisanos, de armas tomar, quienes, con algunos del pueblo, armados de remingtons, pensaban, al salir nosotros, defenderse de los moros. Los carabaos se vendieron todos, aunque á muy bajo precio; palay, un poco; vacas, ninguna. La mayor parte de los objetos de la casa é iglesia, por la sospecha que teníamos de que no se podrían embarcar, los dejamos allí; pero en Cotabato, como estábamos al lado del río, se salvó todo, menos los retablos. De Polloc, muy poca cosa. El P. Ferrer entregó la iglesia y la casa á Lorenzo, nuestro antiguo sacristán. ¡Sea Dios bendito por todo! ¿Quién puede comprender sus inexcrutables designios? ¡Pobre Tamontaca! (1).

(1) Dos palabras acerca del *Establecimiento agrícola de niños rescatados en Tamontaca*, para la perfecta inteligencia de los hechos que refiere el P Suárez. «Los primeros

Digitized by Google

Iglesia de Tamontaca en construcción.—Vecinos de Tamontaca procedentes de los Establecimientos de libertos.

Digitized by Google

Digitized by Google

Los niños y niñas, de uno y otro establecimiento, y cuyos padres vivían por aquellos alrededores, fueron, desde luego, entregados á sus familias. A los demás, que no tenían parientes, era fuerza llevarlos con nosotros á Zamboanga. El 16 llegó el vapor *Castellano*, de Polloc, y en él venían el P. Baltasar Ferrer y el H. Damián Jaume; y como debía salir para Zamboanga, aquella misma tarde, fueron á Cotabato todas las Madres con veintisiete niñas, y se embarcaron en él, junta-

Misioneros de la Compañía de Jesús, que en su segunda venida á Filipinas, salieron de Manila para Mindanao, en 1861, desearon vivamente y procuraron reunir algunos niños, principalmente de raza mora ó cautivos de los moros, y criarlos como convenía para formar una nueva generación cristiana en medio de la morisma. Sin embargo, no les fué posible realizarlo hasta 1872. Entonces, adquiridos en Tamontaca los terrenos necesarios, y obtenida la resuelta protección del Sr. Golfín, Gobernador político-militar de Mindanao, con ocasión del hambre que afligió á los habitantes de la cuenca del río Grande, rescataron dichos Misioneros, con facilidad, de los moros, muchos niños esclavos de ambos sexos, con las limosnas que las primeras autoridades de Manila y una junta constituída al efecto les enviaban. Puesto este principio, la Misión de la Compañía de Jesús continuó por su cuenta la obra según sus posibilidades.

Recibidos los libertos en el Establecimiento quedaban sujetos á la disciplina y dirección de los Padres y Hermanos de la Compañía, y allí se les proveía de todo lo necesario. Si eran párvulos, los bautizaban pronto; y si adultos, los instruían y preparaban, y exploraban antes sus deseos del bautismo. Oían cada día misa, confesaban y comulgaban, de ordinario, cada tres meses, y observaban una distribución común del tiempo, y aprendían el catecismo, y á leer, escribir y hablar el castellano, buenas costumbres y modales, y á trabajar en las sementeras, ó en algún otro oficio, según sus fuerzas, para ser hombres honrados y de provecho al salir del Establecimiento.

Las niñas vivían en edificio distinto, no lejos de la casa-misión, encomendadas á las Madres del Beaterio, que al efecto pasaban allá de Manila y eran dirigidas todas por los Padres Misioneros. Guardaban un reglamento análogo al de los niños, y aprendían á leer, escribir y las labores propias de su sexo, cuya práctica necesitaban saber cuando se separaban del Establecimiento.

Al llegar á la edad de tomar estado, el P. Misionero exploraba la voluntad de los albergados y, estando conformes los contrayentes, hacían sus casas, que ocupaban luego de casados, socorridos con un carabao y aperos de labranza, y la manutención durante un año á cuenta del Establecimiento. Con estos matrimonios se formó casi todo el pueblo de Tamontaca.

El número de niños en el Establecimiento, solía ser de 70 á 80; y el de las niñas, de 60 á 70, incluyendo en este número algunas personas adultas, no redimidas, sino espontáneamente acogidas. El promedio anual de redimidos era de unos 28, y el de nuevos acogidos 8, por no consentir más los muchos gastos ordinarios y los necesarios para la edificación y ampliación de las dos casas é iglesia, y los causados por dos incendios que ocasionaron grandes pérdidas. Aparte de que el Establecimiento venía á ser en tiempo de hambre y para todas las necesidades del pueblo, y aun de las rancherías vecinas de toda la comarca, una verdadera casa de socorro.» (*El Archipiélago Filipino*, T. I, pág. 363.)

Digitized by Google

mente con el R. P. Bitrián y el Padre y Hermano dichos. Con ellos entraron también en el vapor muchos de Cotabato, sobre todo mujeres; pues los voluntarios del pueblo se quedaron allí sobre las armas, hasta el último día.

A las nueve de la noche, lloviendo á mares, se me presentaron en el convento el P. Mayoral y el H. Serrano con 32 niños, para partir el día siguiente, temprano, en el vapor *Nuestra Señora del Rosario*. Según orden del Gobierno, la gente debía embarcarse de cuatro á seis de la mañana. Muchos vecinos de Tamontaca se adelantaron, enviando el equipaje la víspera, con anuencia del capitán del barco; y el día siguiente, á la hora señalada, se embarcaron todos. A las cinco y media una contraorden, que vino en forma poco correcta, obligó á los de Tamontaca á saltar del barco, y muchos de ellos, por razón de la prisa, tuvieron que dejar en él su equipaje. Los infelices habían vendido sus casitas, carabaos y palay á los moros, y ahora, mientras aguardaban nueva ocasión para emprender su viaje, se quedaban sin ello y sin el poquito palay que habían embarcado.

El 17, á las ocho y cuarto de la noche, llegaron á Cotabato, de Tamontaca, los PP. Salvador Viñas y Guillermo Bennásar, con los HH. Juan Pérez, Sebastián Puigpelat y Miguel Llull. El 19 nos empleamos en extraer del cementerio los restos del benemérito P. Beá y del H. Viñolas. El P. Mayoral, el H. Pérez, y parte de la gente de Tamontaca, pudieron hacer su viaje á ésta en el *Churruca*, el día 20; y los PP. Viñas, Bennásar y yo, con los HH. Figuerola, Puigpelat, Sanromá y Llull, nos embarcamos el día siguiente en el *Nuestra Señora del Rosario*, llegado el día anterior. A las ocho de la mañana estábamos ya todos á bordo, menos la tropa, que continuaba formada delante del convento. Llegaron muchos datos con objeto de despedir al Gobernador, todos acompañados de gente armada. Nosotros entregamos el cuidado de la iglesia y convento á D. Román Vilo, que permaneció allí como Gobernador de Cotabato y Tamontaca. Para la defensa de los pocos cristianos que allí quedaron y de los chinos, se les dejaron armas y municiones. Un cuarto de hora antes de levar anclas se embarcaron los voluntarios de Zamboanga y los de Cotabato, la infantería indígena, los ingenieros y los artilleros, de modo que parecía imposible que cupiéramos todos á bordo. Por fin, á las nueve y cuarto de la mañana, salimos de aquella tan querida Misión. Verdaderamente, daba pena dejar aquellos pobrecitos. ¡Dios asista á los cristianos y traiga los moros y tirurayes, á la ley del Evangelio!

Digitized by Google

El 22, á las cinco de la mañana, fondeamos en este puerto de Zamboanga y saltamos á tierra, en el bote de sanidad que nos cedió D. Juan Herrera. Los Padres de esta Misión nos recibieron con el amor y caridad que siempre reina en la Compañía. Tan pronto como llegamos, encontraron albergue los niños y niñas de Tamontaca, que la fueron entregados á vecinos respetables de aquí. Lo mismo digo de la demás gente. La caridad de los zamboangueños fué para con ellos muy grande. Si más hubiesen venido, más se hubieran albergado perfectamente. Las Madres viven en el pueblo de Tetuán, en el convento viejo.

Concluyo encomendándome en sus SS. SS. y OO.

De V. R. siervo en Cristo,

MARIANO SUÁREZ, S. J.

Digitized by Google

Carta del H. Sebastián Minguijón al H. Sebastián Manent

Refúgianse en Baganga los Misioneros. — D. Prudencio García sale de dicho pueblo para Surigao. — Embarque de los Nuestros. — Temporal en Baganga. — Corta permanencia en Manay, Dávao y Cotabato. — De Zamboanga á Manila.

Manila, 30 de abril de 1899.

P. C.

Mi amado en Cristo H. Manent: Voy á contarle algo de lo mucho que se podría decir de los acontecimientos de este Extremo Oriente.

Al ser tomada Manila, hermoso florón de la corona de España, fueron á Surigao los González, quienes empezaron luego por aprisionar á los Nuestros del Agusan y demás de todo el distrito, y por apoderarse de los caudales de las iglesias y conventos. Les quedaban sólo por saquear las casas de Tándag, Lianga é Hinatúan; pero una alma buena mandó aviso de todo lo que pasaba al P. Sánchez, y éste se fué inmediatamente hacia el Sur, recogiendo á los PP. Juan Llopart, Salvador Buguñá, Matías Roure y HH. Bernardo Beamonte y Sebastián Minguijón, residentes en Lianga é Hinatúan. Salimos con esto del distrito de Surigao, dirigiéndonos á Baganga, donde estaban el P. Mateo Gisbert y el H. Magín Anglés. Poco fué el tiempo de que pudimos disponer para la salida, por lo que sólo tratamos de recoger lo más necesario. ¡Con qué diligencia, afecto y devoción se aplicaban aquellos benditos bisayas, unos á prepararnos el baroto, otros á arre-

Digitized by Google

glar el equipaje, otros á buscar buenos bogadores, etc., etc.; y esto á altas horas de la noche y de prisa! Nuestros padres y hermanos del siglo no lo hubieran hecho con mayor afecto.

Sabiendo que habíamos de salir cuanto antes, no faltaron en el convento, á las dos de la madrugada, una porción de niños candorosos de las mejores familias; y unos lloraban nuestra salida, y otros hacían votos para que volviéramos pronto. Al ver tales muestras de afecto y devoción, el corazón se partía y derretía de amor santo hacia aquellos niños, que tenían en nosotros los mejores amigos y ayudadores. Al fin nos partimos, impidiendo el paso al pastor sus amantes ovejas, con tantas lágrimas y sollozos, así de su parte, como de la nuestra, que apenas podíamos cambiarnos algún sentidísimo «adiós». Ya marchaba la navecilla, á la cual aquellos fieles hijos seguían con los ojos y con el corazón; y por nuestra parte, el alma se nos iba hacia ellos. Lastimoso espectáculo ver aquellas benditas playas, cubiertas por los rebaños del Pastor divino, y tener que dejarlas entre tantos enemigos, no sólo de sus almas, sino también de sus cuerpos. En fin, decíamos: hágase la voluntad de Dios, que sabe y puede remediar tantos males.

La protección de la Santísima Virgen, Estrella de los mares, se dejó sentir en el viaje á Baganga; pues siendo por aquellos meses casi innavegable aquella costa del Pacífico, tuvimos feliz viaje y viento favorable. Tan buena Madre así lo había de hacer. Ibamos meditando prácticamente la huída á Egipto de la Sagrada Familia, y nos hacíamos la cuenta, que, después, nos tocaría subir el camino del Calvario.

Arribamos todos sin novedad á Baganga, y dimos un estrecho abrazo al P. Gisbert y al H. Anglés, quienes, en aquel aislamiento, habían pasado los sobresaltos consiguientes al estado de excitación en que se hallaba el pueblo. El P. Vallés en Caraga, y en Baganga el P. Gisbert, habían evitado sangrientas escenas entre los levantados de Baganga y los tercios de Mati. Ambos fueron ángeles de paz, como D. Prudencio García los calificaba.

A poco de nuestra llegada, inspiró Dios á D. Prudencio deseos de ir á poner en libertad á los Padres de Surigao; y animado de este noble sentimiento, se puso en marcha en el mismo baroto en que había venido de Lianga el P. Llopart.

Éste y los PP. Buguñá y Roure y el H. Beamonte, pasaron á Caraga y Mati, á verse con el Superior de la Residencia, P. Gregorio

Digitized by Google

Parache; los demás, esto es, los PP. Sánchez y Gisbert, y el H. Anglés y yo esperábamos órdenes en Baganga.

Como el R. P. Pi, nuestro Superior en Manila, supo lo de Surigao, aunque con gran dolor de dejar tantas almas sin defensa, ordenó la concentración de las tropas del divino Capitán en Manila. Llegando, pues, á Mati el *Labúan*, vapor inglés fletado por un chino comerciante, el día 5 de marzo; lo contrataron los Nuestros para que nos llevara á Zamboanga. El chino, al saber que nos retirábamos por necesidad, aprovechó la ocasión y procuró sacarnos cuanto dinero pudo. Subió, pues, dicho vapor á buscarnos á Baganga á todos los de allá, menos el P. Buguñá y el H. Corróns, que debían embarcarse á la vuelta en Manay, á donde les mandó pasar el P. Parache.

Se reunieron en el vapor, fuera de los Padres arriba mencionados, todos los demás de la Residencia de Mati que eran: el Padre Parache y el H. Cristóbal Morros, del pueblo de Mati; los PP. Salvador Giralt y Manuel Roselló y el H. Ramón Morros, de Sigáboy, y el P. Eusebio Barradó y el H. Pedro Villareal de Manay. Ya iba el vapor á levar anclas, cuando se les ocurrió á los chinos comprar abacá, con lo que hubo lugar de entrar á recoger algunas cosas de la iglesia, por lo cual salté á tierra con el P. Roure.

Yo, por mis pecados, no gusté el amargo cáliz que de noche tuvieron que beber los que se quedaron á bordo; pues arreciaron los vientos y las olas, y con la avenida del río, lluvia torrencial y rotura de la cadena del timón, obscuridad y tinieblas, relámpagos y truenos se vieron los pobres á punto de naufragar en el puerto. El capitán del barco llegó á coger el salvavidas, y los Nuestros á pedirse la absolución unos á otros; resultaron levemente heridos los PP. Parache y Roselló y los dos HH. Morros, y se perdió un bote. El P. Roure y yo que pernoctamos en el convento, ya temíamos por el mal cariz que presentaba la noche. De mañanita fuimos á la playa y con mucha dificultad y peligro pudimos embarcarnos. Los que estaban en el barco tenían el aspecto de náufragos.

Con lo sucedido la noche pasada, el capitán no daba muestras de querer ir á Manay á recoger al P. Buguñá y al H. Corróns; mas nuestro Padre, que está en los cielos, dispuso que el dueño del abacá, que necesitaba ir á Manay, obligase al capitán á poner la proa hacia este punto. Y, en efecto, así se hizo; para lo que también ayudó no poco, la hermosa mañana que tuvimos. El Padre y el Hermano

Digitized by Google

llegaron á Manay desde Caraga muy á tiempo, y luego marcho el vapor y dimos gracias á Dios por su amorosa providencia.

Llegados que fuimos á Dávao, se nos juntaron los PP. Saturnino Urios, Vicente Balaguer y Antonio Benaiges, con los HH. Antonio Gairolas y Antonio Llangort. De Dávao partimos para Cotabato, donde ya no encontramos á los Nuestros; allí vimos con gran dolor de nuestras almas cómo los chinos compraban esclavas casaderas á los moros. ¡Santo Dios! ¡qué comercio más inicuo!

De Cotabato debíamos ir á Zamboanga; pero el chino, atento sólo á sus intereses, determinó llevarnos á Sandakan (Borneo). La Providencia nos tenía preparado en Sandakan un barco español, para llevarnos á Zamboanga á los veintidós que éramos. Ya puede usted suponer con cuánta caridad nos recibieron y abrazaron los que estaban allí de los Nuestros; y, nombrado Superior el P. Urios, éste nos distribuyó entre las dos casas de Zamboanga y Tetuán.

Allí estuvimos hasta el Viernes Santo, 31 de marzo, día en que nos embarcamos para Manila en el vapor *Puerto Rico*, todos menos los PP. Urios, Viñas, Colomer y Quintana, y los HH. Juan Pérez y Luciano Lamarca, que debían venir después de desalojar las tropas españolas la plaza de Zamboanga. Llegamos á Manila el tercer día de Pascua de Resurrección, y encontramos á buen número de nuestros Misioneros del distrito de Dávao y de las Misiones del norte de Mindanao. Estos últimos, por llegar á Manila, á raíz del rompimiento de hostilidades entre americanos y filipinos, hubieron de entrar entre bayonetas, y ser presentados á la Autoridad, antes de ir al Ateneo. Con nosotros, ya no fué tanto; pero nos hicieron esperar en bahía un día entero.

Al pasar por la aduana y ver entre escombros la estatua de uno de nuestros héroes, se me saltaron las lágrimas (1). ¡A lo que han venido á parar los sacrificios, proezas, generosidad, religiosa prudencia y demás virtudes de nuestros grandes y verdaderos héroes españoles!

Aquí en Manila estamos repartidos entre el Ateneo y la Normal.

(1) Alusión al grupo escultórico en bronce de Legaspi y Urdaneta. Querol, que antes de la guerra hispano-americana fué llevado á Manila, numento en proyecto, y desembarcado, quedó en el muelle de la libre. Ahora está ya hermosamente colocado en el paseo de la Lu se hallaba la batería de Pastel.

Digitized by Google

En el mes de mayo que vamos á empezar, supliquemos mucho á la que es nuestra Madre, y también Madre de los indios, que no consienta se pierda esta conquista espiritual de España, ya que se perdió la conquista terrenal.

En sus fervorosas oraciones me encomiendo.

Afectísimo siervo en Cristo,

SEBASTIÁN MINGUIJÓN, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Vicente Balaguer al P. Eduardo Vitoria

Graves sucesos en Dávao al salir las Autoridades españolas. — Oportuna intervención del P. Urios. — Una dictadura de veinticuatro horas. — La anarquía por causa de algunos advenedizos. — Sumisión á la nueva intervención de los Padres. — Salida de los Misioneros.

Manila, 7 de abril de 1899.

P. C.

Mi amado en Cristo Padre: . . . . . .

. . . . . .

. . . . . Paso ahora á relatarle lo ocurrido en Dávao, que como verá V. R. reviste mayor gravedad.

Aquí estuvimos en paz hasta que se fueron las Autoridades españolas; pero en cuanto se anunció la salida del Gobernador político-militar, hubo grande alarma en el pueblo, por temor de que nos fuésemos los Padres. Muchos vecinos vinieron á preguntárnoslo, pues tenían el propósito de embarcarse ó huir al bosque, si nosotros nos íbamos; mas al saber que nuestra resolución era quedarnos en Dávao, renació la calma.

Al salir, pues, del distrito las expresadas Autoridades el 15 de enero de 1899, deseaba el R. P. Superior de la Residencia, P. Saturnino Urios, que continuaran al frente del pueblo el gobernadorcillo y autoridades locales sin hacer innovaciones; pero algunos, que ansiaban establecer un nuevo régimen á estilo de Luzón, reunieron aquel mismo día á varios vecinos en el Tribunal, y nombraron una junta

Digitized by Google

compuesta de presidente, vicepresidente, secretario, cuatro vocales y tesorero. Nosotros, que sólo deseábamos gobernantes locales y provinciales que mantuviesen el orden, aceptamos el gobierno constituído, que parecía ofrecer garantías de paz y seguridad. Presidía la junta un comerciante acaudalado, y pertenecían á ella dos peninsulares, que habían contraído matrimonio en el país, y otras personas notables de la localidad. De este modo esperábamos todos que se mantuviese el orden por unos meses, hasta tanto que se estableciese un gobierno venido de fuera. Sin embargo, el vecindario (excitado por algunos principales, no incluídos en la Junta), antes de las veinticuatro horas de estar constituída, mostróse hostil á la nueva Autoridad, y se negó á pagar un tributo impuesto para la manutención de los tercios, que seguían armados, con objeto de asegurar el orden y defender al pueblo de los ataques de los moros.

En este estado los ánimos, no es de extrañar que hubiera amenazas y bravatas de parte de unos y otros, divididos ya en dos bandos, y que en una junta convocada para el próximo domingo abrigasen propósitos nada tranquilizadores. A ella acudieron todos armados, y era de temer surgiera un conflicto sangriento. Este, por fortuna, pudo evitarse; porque algunos de los más sensatos reclamaron nuestra intervención, y á este fin nos rogaron que asistiéramos á dicha junta. Accedimos, y antes de que ellos tomaran la palabra, les dijo el P. Urios que suspendieran la sesión hasta el próximo domingo, que él, entre tanto, hablaría con los principales del pueblo, y de acuerdo con ellos propondría lo más conveniente. Así se hizo, y siguió rigiendo la misma Junta, aumentada con dos principales, y dando participación en sus deliberaciones á los que habían sido capitanes.

Esta nueva situación apenas duró quince días; pues soliviantados los ánimos por algunos tripulantes del vapor *Romulus*, quisieron proclamar la república, y declararse independientes. Les dijeron aquéllos á los naturales que, en vez de pagar tributos, debían cortar la cabeza á quien se los pidiera. Contagiáronse del furor constituyente los que presumían de ilustrados, y esta efervescencia excitó las pasiones comprimidas. Cada uno creyó llegada la hora de vengar agravios y tomarse la justicia por su mano. Los tercios, posesionados de los fusiles que dejó el Gobernador, asesinaron en la noche del 6 de febrero á su propio jefe, á la mujer de éste y á un joven pariente de los mismos, y haciendo luego varias descargas al aire, se escaparon al otro lado del río con todas las armas. Esto creó una situación angus-

Digitized by Google

tiosa, pues los tercios, y la gente maleante que se les agregó, quedaron dueños del pueblo.

En aquellas graves circunstancias, apareció un personaje que, presentándose como árbitro entre la junta y los tercios, se impuso á todos; pero con tal violencia, que al Presidente y á los españoles les faltó tiempo para huir en dos lorchas (1) á Zamboanga. Nosotros estuvimos también á punto de escaparnos, no porque temiéramos al pueblo, sino porque no sabíamos hasta dónde habían de llegar las gallardías del nuevo dueño de la situación; mas los españoles, que, llenos de miedo, querían huir pronto, exigían que nos embarcáramos sin llevar equipaje alguno, ni siquiera los breviarios, y en tales momentos, aunque de angustia, creímos indigno huir de aquella manera, dejando abandonado el archivo é iglesia, y así resolvimos quedarnos á todo riesgo. Dios nos protegió, pues al día siguiente aquel hombre audaz se vió amenazado de muerte por los mismos tercios, y tuvo que escaparse y esconderse en el bosque, lejos del pueblo.

Huídos los españoles, y escondido el dictador de un día, quedó el pueblo sin autoridades y aparecieron los deportados, disciplinarios cumplidos, y otras gentes sospechosas que formaban parte del vecindario de Dávao, y metieron en el pueblo el más lamentable desorden.

. . . . . .

Volvieron los tercios por gestión de los Padres, y cuando ya todo estaba convenido, un principal, amigo del difunto jefe de los tercios, pegó un balazo en la cara del nuevo jefe, que era precisamente el asesino del anterior, y le partió el cráneo y la mandíbula, dejándole casi muerto. Ocurría esto en el mismo instante en que los tercios salían del convento, y no hay para qué decir la confusión que aquel atentado produjo. Hubo descargas de una y otra parte, gritos, carreras y amenazas de muerte al agresor y á toda su familia; de modo que parecía aquello el fin del mundo. En medio de aquel desconcierto, y con grave riesgo de su vida, salieron á la calle los PP. Urios y Benaiges, y con voces, y sujetando á los que luchaban, y quitándoles las armas de las manos, lograron apaciguar algún tanto los ánimos, mientras yo ocultaba en el convento á los que se refugiaban allí, huyendo de la muerte. De este modo se evitaron mayores desgracias. Fué preciso administrar la Santa Unción á un herido, que reconocía

(1) Embarcaciones de carga.

Digitized by Google

en su desgracia el castigo y la justicia de Dios, y pedía perdón, y clamaba que no hubiera ya más sangre. Los Padres recorrieron el pueblo, animando á la poca gente que había quedado; pues la inmensa mayoría, y, entre ellos, todos los principales, habían huído al bosque y á los pueblos é islas vecinas. Fuera del temor que infundían los asesinatos habidos entre moros, bisayas y bagobos, que pasaron de veinte; lo que mayor espanto causaba era la idea de que los moros tratasen de reconquistar á Dávao, de donde se les había echado años antes. Dos veces se dijo que estaban para venir sobre el pueblo, resueltos á pasar á degüello á todos sus habitantes. Quiso Dios que no abrigaran los moros tales intenciones.

En medio de aquella anarquía, era en verdad admirable ver cómo se presentaban al P. Urios los capitanes de los pueblos de moros, poniéndose á sus órdenes, y diciéndole que no reconocían más autoridad que la suya, y que, si nos viéramos amenazados por infieles ó bisayas, ellos serían los primeros en presentarse á defendernos.

Al fin, por muy repetidas gestiones que hicimos, logramos regresaran algunos de los principales, y que se constituyera alguna autoridad, que recogiera el armamento, y que se nombrara una patrulla de voluntarios para restablecer el orden y reprimir los abusos de los particulares. Estando el pueblo en esta disposición, y refugiados en el convento muchos de sus vecinos, llegó el vapor *Labúan* en la mañana del jueves, 9 de marzo, y en él nos embarcamos. La fuerza armada que venía á bordo, al mando del Teniente Sr. Neila, protegió el embarque. Sin este auxilio, temíamos, con fundamento, que el pueblo no nos dejara salir por amor y por egoísmo; pues, en medio de tanto desorden, fué la autoridad y prestigio de los Misioneros lo único que quedó en pie, respetado por todos, aun por los hombres más desalmados, que, en medio de su embriaguez, no nos faltaron al respeto en lo más mínimo. Los Padres pensábamos quedarnos á todo trance; pero la orden de R. P. Superior urgía, y fué preciso acatarla.

De V. R. affmo. hermano en Cristo,

VICENTE BALAGUER, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Salvador M. Viñas al R. P. Provincial

Primera expedición de Zamboanga á Manila. — Formación y organización del partido nacionalista. — Los PP. Misioneros de varias Residencias reciben orden de concentrarse en Zamboanga. — Embarque de los Nuestros para Manila en el *Puerto Rico*. - Cañoneros saqueados por los insurrectos. — Salen de Zamboanga los Misioneros de Dapitan. — Tirantez de relaciones entre españoles é indígenas. — Declaración de guerra. — Primer combate. — Incendios en la población. — Salen los Nuestros de Zamboanga para Manila. — Resistencia de las tropas hasta su partida definitiva.

Manila, 30 de mayo de 1899.

P. C.

Mi amadísimo en Cristo R. P. Provincial: Aunque algo tengo dicho á V. R. de lo ocurrido en Zamboanga en el mes de febrero último, con todo, para que los postreros y tristísimos sucesos de que fuí testigo en dicha población sean más conocidos en su origen, me permito repetir algo de lo referido.

El día 10 de febrero del presente año, por disposición anterior del R. P. Superior de la Misión, salió para Manila la primera expedición de los Nuestros de Zamboanga, en donde estábamos reunidos desde el 22 de enero, además de los propios de la casa, los Padres y Hermanos de la Residencia de Tamontaca. En dicho día, pues, se embarcaron en el vapor *Romulus* los PP. Victoriano Bitrián, Pablo Majoral, Lorenzo Peiro y Tomás Barber, con los HH. Francisco Figuerola, José Canalda, Damián Jaume y Miguel Ferreróns.

Por este tiempo tomaba mucho incremento entre los zamboangueños el partido de la guerra, presidido por don Vicente Álvarez,

Digitized by Google

intérprete general moro. Las juntas de los descontentos menudeaban, y en ellas fueron elegidos los presidentes locales y el presidente provincial, cargo que cupo al mencionado Sr. Alvarez. (1).

El 23 de febrero recibimos carta del R. P. Superior de la Misión, en la cual se disponía definitivamente que todos los Nuestros del Sur de Mindanao se reconcentrasen en Zamboanga, con el fin de embarcarse más tarde para Manila, quedando sólo unos cuantos Padres y Hermanos encargados de la Residencia de Zamboanga, mientras hubiese españoles, y no corriesen peligro nuestras vidas.

El 10 de marzo quedó abandonada la Misión de Bólong, pasando el P. Jaime Estrada á Las Mercedes, y el P. Juan Garriga se reconcentró en Zamboanga, para esperar el barco que debía llevarlo á Manila. El mismo día, en el transporte *General Álava,* llegaron el P. Gaspar Colomer y el H. Miguel Pujol, quienes, después de una despedida muy afectuosa del General Huertas, habían abandonado la Misión de Joló.

El domingo de Pasión volvió de Cotabato el H. Juan Pérez, que había ido para vender las vacas y el palay del Establecimiento (2) de Tamontaca, y nos trajo la fausta noticia de haber pasado por dicho pueblo veintidós de los Nuestros, procedentes de Dávao, Mati, Hinatúan y Tándag, en el vapor *Labúan,* que se había dirigido á

(1) Al coleccionar las presentes cartas, tenemos á la vista una relación inédita titulada «Los combates de Zamboanga», escrita por un español de muy buen criterio y sana intención, testigo ocular de los hechos. En ella está explicada del modo siguiente la formación primordial del partido revolucionario en Zamboanga.

«Llegó el mes de diciembre de 1898, y el primer vapor que fondeó en la rada de Zamboanga, procedente de las islas Bisayas, llevó á la provincia algunos sujetos, culpables de la sangre derramada en diferentes puntos.

»Las autoridades españolas dieron libertad á casi todos los presos que había en la cárcel de Zamboanga, no persiguieron á más de sesenta confinados, que se habían fugado de la Colonia de San Ramón, y concedieron radicación en el distrito á muchos soldados y marineros de fuera, con lo cual se llenó la provincia de personas de ideas exaltadas y maleadas en otras partes.

»Desde diciembre de 1898 no dejaron de llegar continuamente vapores á Zamboanga, conduciendo siempre personas que, por todos los medios que tenían á su alcance, propagaban las ideas revolucionarias, y así los que llegaron de otras provincias formaron, juntamente con los pocos revoltosos que había en la plaza, y con los indígenas licenciados del Ejército y Marina, y con los presos fugados y puestos en libertad, un núcleo que logró imponerse á los vecinos pacíficos y honrados, dando, de esta suerte, principio á los robos, asesinatos, violaciones y toda clase de atropellos, que han venido ocurriendo desde diciembre hasta la fecha.» (22 de mayo de 1899.)

(2) Véase la carta anterior del P. Mariano Suárez.

Digitized by Google

Sandakan. Estos Padres y Hermanos, con grande alegría de todos, llegaron á Zamboanga el 21 de marzo, por la mañana. Catorce de ellos fueron á Tetuán, y los restantes permanecieron en Zamboanga. Desde este día quedó como Superior de todos los del Sur de Mindanao el P. Urios.

Por la noche del día de la Anunciación, llegó el vapor *Butúan* con cartas del R. P. Superior, en las que disponía que algunos de los Nuestros se embarcaran en él, cuando volviese á Manila. Dicho barco traía la comisión de recoger en La Isabela trece cañoneros, únicos que nos quedaban en el Archipiélago, comprados ya por los americanos en Manila. Venía convoyado por el *Boston*, pero éste se quedó por el camino, en Iloílo. Al día siguiente, salió el *Butúan* para La Isabela. La llegada del vapor á este puerto dió lugar á varios alborotos, promovidos unos por la infantería de marina, cuyos soldados se resistían á ir á Marianas y Carolinas, y otros ocasionados por la tripulación tagala de los cañoneros, la cual hacía propaganda separatista y pretendía apoderarse de ellos. En vista del mal cariz que tomaban las cosas en La Isabela, dióse orden al P. Pablo Caballería de retirarse definitivamente á Zamboanga con el H. Sebastián Sanromá, quienes, embarcados en una lancha cañonera, llegaron el 28 de marzo.

El mismo día arribó el trasatlántico *Puerto Rico*, para recoger á la infantería de marina de La Isabela y á los empleados civiles del distrito que pasaban á Manila. El señor General nos visitó el Miércoles Santo, por la mañana, y nos concedió, á petición del P. Urios, hasta treinta pasajes en el *Puerto Rico*. Vinieron de Ayala, el P. Miguel Carreras y el H. José Serrano, y de Las Mercedes, el P. Estrada y el H. Ramón Llull el Jueves Santo, á primera hora.

Celebramos los oficios del Jueves y Viernes Santo, con toda solemnidad y bastante asistencia de fieles, tanto del país, como españoles, y la disminución de comuniones no fué muy notable, con respecto á otros años.

Acabados los oficios de la mañana del Viernes Santo, recibimos un muy afectuoso B. L. M. del señor Capitán Inspector del *Puerto Rico*, anunciándonos la salida para las cinco de aquella misma tarde. A los pocos momentos vino al convento el mismo señor, D. Adolfo Cháquer, y al verle nosotros tan bien dispuesto y deseoso de complacernos, nos atrevimos á suplicarle nos permitiese aumentar el número de pasajes hasta cuarenta y uno. Concediónos esta gracia, y al

Digitized by Google

momento se avisó á los Padres y Hermanos que estaban en Tetuán, para que viniesen después de comer, con el fin de embarcarse todos antes de las cinco. A las seis zarpaba el *Puerto Rico*, con rumbo á Manila, llevando á bordo á cuarenta y uno de los Nuestros, cuyo Superior era el P. Parache, á los que se añadieron las tropas de infantería de marina de La Isabela, por haberse desistido de enviarlas á Carolinas y Marianas. Quedamos en Zamboanga los PP. Saturnino Urios (Superior), Salvador Viñas, Gaspar Colomer y Juan Quintana con los HH. Juan Pérez y Luciano Lamarca. En esta misma expedición se mandaron á Manila los archivos y vasos sagrados de las Residencias del Sur.

A las siete de la mañana del Sábado Santo, llegaron en el vapor *San Pedro* los Misioneros de Dapitan, PP. Antonio Obach, Esteban Yepes, Esteban Miralles y Rafael Vilarrubias, y los HH. Antonio Gros, Ignacio Vila y Dionisio Azcue. En tanto que el *San Pedro* embarcaba un cargamento de vacas en La Isabela, estuvieron aquellos Padres con nosotros.

El Domingo de Pascua, 2 de abril, cerraron la casa de Tetuán el P. Quintana y el H. Pérez. Sólo, pues, subsistía la casa de Zamboanga.

El 7 de abril, á las tres de la tarde, llegó el *Butúan*, procedente de La Isabela, con los trece cañoneros *Elcano*, *Pampanga*, *Paragua*, *Manileño*, *Sámar*, *Panay*, *Aráyat*, *Mindoro*, *Mariveles*, *Calamianes*, *Gardoqui*, *Vasco* y *Urdaneta*. A las doce de la noche, unos cien revolucionarios, capitaneados por un maquinista, que había sido gobernadorcillo de Cotabato, lograron en breves instantes apoderarse del *Butúan* y de los cañoneros. La sorpresa fué fácil, parte, por carecer de vigilancia los barcos; y, parte también, porque los insurrectos, armados con sendos bolos, amedrentaron á los tripulantes no complicados en la conjuración.

Realizado el apresamiento, se pusieron los barcos en marcha hacia Masinloc, ensenada próxima á Tetuán; y, mientras zarpaban los últimos, á las cinco y media de la mañana, su Divina Majestad recorría las calles de la población á fin de que los impedidos y presos de la cárcel recibiesen la comunión pascual.

A la ensenada de Masinloc acudieron muchos revolucionarios de los pueblos, para recoger los pertrechos de guerra, almacenados en el *Butúan*. Las armas apresadas fueron unos 370 remingtons, algunos pocos máusers, trece ametralladoras, doce cañones, revólvers, sables y muchas cajas de municiones.

Digitized by Google

Los revoltosos, al acabar de descargar todos los pertrechos de guerra, permitieron al *Butúan* y demás barcos volver á Zamboanga. Cuando regresaban los últimos, llegaba de Iloílo el crucero americano *Petrel*, que venía para convoyarlos. Este apresamiento envalentonó á los revolucionarios de tal manera, que, desde entonces, formaron batallones bien armados y uniformados, y en Santa María, donde solía estar el Presidente, había además un pequeño escuadrón de caballería.

La dominica *in albis* suspendimos la comunión pascual del Hospital militar, por lo ocurrido el día anterior. A las dos de la tarde estaba de vuelta de La Isabela el vapor *San Pedro*, y en él se embarcaron los Nuestros de Dapitan, para continuar su viaje hasta Manila.

Desde esta fecha comenzaron á enfriarse las relaciones de amistad entre los representantes del Gobierno español y los revolucionarios, llegando á debilitarse tanto, que se previó un funesto desenlace, si no venían pronto los americanos, antes de la evacuación, que, según noticias de Manila, debía hacerse á mediados de mayo. Los revolucionarios, viendo que se iba acercando el último día de nuestra dominación, insistían en su antigua pretensión de que se les entregaran armas, á lo cual se negaba el General Montero, por motivos fáciles de comprender. Contribuyeron también á la tirantez de relaciones las deserciones sucesivas de dos ó tres sargentos y de veinticinco soldados españoles. El Presidente no quiso obligarlos á presentarse al General, ni éste los quiso reclamar por oficio, por no reconocer en aquél la Presidencia. Añádase á lo dicho, que al mismo Presidente le era difícil contener á los que, sin prever las consecuencias, deseaban desahogar su espíritu bélico y rapaz. Veíase rodeado de jóvenes exaltados, disciplinarios y deportados de Cotabato y Joló, y soldados cumplidos y licenciados, de diferentes provincias del Archipiélago, cansados ya de vivir en los montes y deseosos de entrar en la población para satisfacer sus ambiciones.

La oposición entre el General y el titulado Presidente se manifestó del todo el 29 de abril en que, por querer los revolucionarios apoderarse de los pertrechos de guerra almacenados en el parque, estuvieron nuestras tropas todo el día sobre las armas y se redoblaron las guardias. Por este tiempo, casi todos los zamboangueños, aun los que se habían mostrado más contrarios á los sublevados, reconocían al Presidente, formando parte de la milicia, y ejerciendo cargos en

Digitized by Google

los pueblos (1). Sólo el dato Mandi con sus moros se mantenía fiel á nuestra bandera.

(1) Al tener que hablar de esta nueva y nunca oída actitud hostil á España de los leales zamboangueños, sin poder, por otra parte, referir con claridad todos los antecedentes y causas de la lucha, es casi de justicia hacer memoria de los grandes y no vulgares méritos, antiguos y recientes, contraídos por aquella provincia ante la Madre Patria. El autor citado en la nota precedente los enumera en los siguientes párrafos:

«Cuando el 10 de mayo de 1899 se dispararon los primeros tiros entre españoles y zamboangueños, hacía ya cinco meses que... Zamboanga había dejado de ser española.

»La villa de Zamboanga y su provincia ha sido la única que siempre ha permanecido fiel á España, desde el principio de la conquista hasta mayo de 1899, sin que en ella se haya registrado un solo conato de insurrección, llevado á cabo por naturales de la provincia.

»No sólo ha permanecido siempre fiel, sino que, en proporción á sus habitantes (veinte mil almas en toda la provincia), ha facilitado al Ejército español mayor número de voluntarios que ninguna otra del Archipiélago y de la Península, para someter á los moros de las demás provincias de Mindanao, para conquistar á Joló, Cotabato, Paran-Paran y Lanao, y para sofocar las últimas rebeliones de Luzón, Joló, Negros, Cebú, Cotabato, Tucuran y Tumbao.

»En el único alzamiento ocurrido allí, el año 1872, no tomó parte ni un solo zamboangueño, y los zamboangueños fueron los que reprimieron la rebelión y capturaron á todos los confinados, como lo prueba la fiesta que anualmente se celebra el 15 de septiembre, y los versos que desde aquella memorable fecha han estado de manifiesto en lugar preferente del tribunal de la Cabecera:

España con fe sencilla
Se confunde en un abrazo
Con esta valiente villa,
Que es un glorioso pedazo
Del corazón de Castilla.

»Últimamente, cuando principió la rebelión de 1896, cuyo resultado para España ha sido la pérdida de las Filipinas, Zamboanga facilitó en 1897, doscientos cincuenta voluntarios para operaciones de guerra en Luzón, ciento cincuenta para reprimir la rebelión de las tropas de Joló, y cincuenta para custodiar los confinados de la Colonia de San Ramón, teniendo, además, quinientos hombres dispuestos para acudir al punto donde fuera necesario, y para combatir á la guarnición de la plaza, si ésta hubiera intentado sublevarse.

»En abril de 1898, cuando tuvieron noticia de la declaración de guerra entre España y los Estados Unidos del Norte de América, los representantes del pueblo y provincia de Zamboanga, se presentaron al General Jaramillo, ofreciéndole sus personas y bienes y las de todos los vecinos, para la defensa del honor nacional.

»Este ofrecimiento fué admitido en todas sus partes, y desde luego se organizaron compañías de voluntarios de infantería para la defensa de la plaza, en caso de ser atacada, dividiéndose el radio de la población en sectores, y confiando á cada cual el punto que debía defender.

»Con voluntarios zamboangueños se construyeron las defensas de la estación

Digitized by Google

No obstante el estado de cosas, empezamos y continuamos el ejercicio del mes de María, aunque con poquísima ó casi ninguna asistencia, por quedar tan pocas familias dentro de Zamboanga, que la población parecía un desierto. Con todo, llegado el primer viernes de mes comulgaron todavía unas cien personas, y el domingo siguiente, otras tantas, venidas de fuera. El transporte *General Álava*, provisto de buenos cañones, iba y venía de La Isabela á Zamboanga. Algunos

naval, depósito de carbón y puerto de La Isabela de Basilan, y en Zamboanga una batería y varias trincheras en el barrio de Magay, ayudando á la construcción de otra batería y varias trincheras en la zona del cementerio.

»En estos trabajos, el voluntario acudía á la hora de trabajar y se retiraba cuando se hacía la señal de alto, para comer en su casa ó en la de algún vecino conocido, sin recibir retribución alguna.

»El Comercio anticipó al Gobierno cantidades para pagar todas sus atenciones durante algunos meses.

»Cuando en septiembre de 1898 se tuvo noticia en Zamboanga de las rebeliones de Iloílo, Negros y Cebú, las principalías de la Cabecera y de los pueblos acudieron á ofrecer al General Jaramillo todos los hombres útiles de la Provincia, organizándose una compañía de cristianos y otra de moros que prestaron muy buenos servicios en Iloílo y Cebú.

»En octubre del mismo año ocurrieron las rebeliones de Cotabato, Tucuran y Tumbao, y allá fueron doscientos zamboangueños, que impusieron el orden y castigaron á los que resultaron culpables del delito de rebelión *no consumado*.

»En noviembre de 1898 (cuando se sabía que Manila con su guarnición había caído en poder de los americanos, que las tropas españolas de todo Luzón habían sido hechas prisioneras de los filipinos, que Iloílo estaba sitiado, y Cebú lo mismo, y que las guarniciones de Cotabato, Tucuran, Tumbao y Libungan se habían sublevado, y los moritos de Joló andaban con ideas de apoderarse de la plaza); entonces todo el pueblo y Provincia de Zamboanga en masa volvió á presentarse al General Jaramillo, ofreciéndole su apoyo para la defensa de España.

»El Sr. Jaramillo ..... aceptó el ofrecimiento y organizó una guerrilla de infantería, ... otra de caballería, ... una compañía que estaba acuartelada y armada para acudir pronto á donde fuera necesario, y, además, había dispuestos trescientos hombres que, armados y en correcta formación, asistían á misa todos los domingos y días festivos, manteniendo el orden en la población y demostrando á los que hubiesen intentado sublevarse, que la bandera española ondearía triunfante en Zamboanga, mientras existiera un zamboangueño.

»Cuando en diciembre de 1898 se recibió la noticia de que España, de grado ó por fuerza, tenía que abandonar las islas Filipinas, todos los zamboangueños, sin excepción, derramaron lágrimas, como las que derrama una hija humilde y cariñosa á quien una fuerza mayor arrebata su madre querida.»

Al llegar á este punto pregunta el autor de los párrafos transcritos:

«¿Quién tiene la culpa de que una Provincia tan buena para España haya hecho armas contra los españoles en su última residencia en Filipinas?»

Y en contestación se pone á relatar varios hechos, no mencionados en el texto de la presente carta, ocurridos durante los primeros meses de 1899, que nos abstenemos de referir.

Digitized by Google

sublevados invitaron á Pedro Cuevas (1) para que atacara á los españoles y se apoderase de sus armas. La contestación de éste fué, que, mientras hubiese españoles en La Isabela, respetaría nuestro pabellón, y que después sólo reconocería á un gobierno de orden.

Al amanecer del 9 de mayo, se presentaron en varios puntos algunos grupos de zamboangueños armados con el fin de impedir la entrada de comestibles en la plaza, y, además, desviaron, al mismo tiempo, la acequia que abastecía de agua á la villa. Nuestras tropas, con un silencio imponente, tomaron las afueras de la población, colocándose muy cerca de los revolucionarios. Tres hombres, comisionados por el Presidente, se dirigieron al General Montero, manifestándole que quedaban rotas las hostilidades, supuesto que no quería entregar las armas. Se dijo que á las cuatro de la tarde atacarían los zamboangueños. A la una y media nuestros cazadores tomaron los puntos estratégicos, y construyeron trincheras en la entrada de la población, en donde colocaron varios cañones. A las cuatro de la tarde salió para Cotabato y Dávao el vapor *Nuestra Señora del Carmen*, venido de Manila aquel mismo día; aprovechando la ocasión, algunas familias de aquellos pueblos se embarcaron en él, para huir del peligro. Los zamboangueños, á su vez, pasaron el día abriendo trincheras á tiro de la población. Se tomaron muchas precauciones durante la noche del 9, en que se esperaba darían algún golpe los revolucionarios. Quiso Dios que nada sucediese aquella noche. El día siguiente, unos y otros, se prepararon con mayor actividad para el combate.

La víspera de la Ascensión, á las diez y media de la noche, estando nosotros descansando tranquilamente, vino á despertarnos una detonación espantosa que nos hizo saltar de la cama, y fué el primer anuncio de que estábamos ya en pleno combate. En efecto; eran los revolucionarios que en el Puente de Santa María habían disparado un cañón y hecho una descarga de ametralladoras y fusilería, disparos que fueron contestados al momento y sin interrupción, desde las trincheras, por nuestros cazadores: fuego, en verdad, nutridísimo, que se propagó al mismo tiempo por Magay y por la parte de Tetuán. Y aunque estos tres puntos eran los principales, y en donde se habían reconcentrado más fuerzas; con todo, la línea de fuego se extendía desde Magay á Balete, quedando libre única-

(1) Acerca de este famoso dato, véanse las *Cartas de los PP. de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas*, Cuaderno 5.º y siguientes. Manila, 1883.....

Digitized by Google

mente la parte del mar. A la media hora, ya se veían arder las casas de Magay y Puente de Santa María, y quedaban fuera de combate el General Montero y el Comandante de ingenieros, quienes, estando en la trinchera de Magay, adonde habían ido para ver la línea de defensa, fueron heridos simultáneamente; quizá por haber sido descubiertos por los insurrectos á la luz de las llamas del incendio.

Al vernos aislados en el convento, en tanto que ardían ya las casas cercanas, salí con el H. Lamarca para enterarme mejor de nuestra situación. Nos dirigimos al Gobierno General, en donde el Mayor de la plaza nos dijo que nos fuésemos hacia el Gobierno civil. Luego, vueltos á casa, mientras los Nuestros se preparaban para salir, entré en la iglesia, sumí las sagradas formas, purifiqué el copón, y, persuadidos de que á los pocos momentos arderían la iglesia y el convento, salimos á las once y cuarto en dirección al Gobierno civil. Allí pasamos lo restante de la noche, entrando y saliendo para saber lo que ocurría, y por si se ofrecía ocasión de prestar nuestros auxilios. A poco de nuestra llegada, vimos pasar al Comandante de ingenieros y á un Capitán de infantería heridos.

Los cañones, ametralladoras y fusilería de los insurrectos, dispararon toda la noche, siendo sus tiros contestados con algunos cañonazos y, sobre todo, con las descargas cerradas y no interrumpidas de nuestros cazadores, que se mantuvieron sin retroceder ni un palmo de terreno y sin perder el ánimo y serenidad. ¡Cuán triste era considerar que aquellos pobres soldados, en vísperas de embarcarse y dar un abrazo á sus familias, por defender un país que ya no era español, exponían su vida, que en otros más gloriosos combates Dios les había conservado!

El P. Urios y yo, á la una de la noche, fuimos al hospital para auxiliar al Capitán anteriormente citado, que estaba mal herido; pero, no permitiéndonos la entrada, tuvimos que volvernos al Gobierno, en donde se hallaban los Nuestros aguardando con inquietud las primeras horas del día. Interin las descargas de los fusiles y de las ametralladoras no cesaban un momento, y el incendio se propagaba por varias calles de la villa, y poco faltó para que el convento y la iglesia fueran también presa de las llamas; pero no lo permitió nuestra Patrona la Virgen Inmaculada.

A las cuatro y media de la mañana, una ametralladora enemiga dirigió sus tiros á la Casa Gobierno, donde nos habíamos refugiado, y, por cierto que sus proyectiles pasaron muy cerca de nosotros,

Digitized by Google

pues varios de ellos entraron en la estancia que ocupábamos, mientras nos hallábamos reunidos haciendo oración.

Al amanecer, cuando se retiraban los insurrectos, el *Álava* hizo algunos disparos sobre ellos.

Nosotros, á las cinco y media, nos dirigimos de nuevo á nuestra casa, y encontramos varios proyectiles de ametralladora dentro de la iglesia, y uno de ellos había quedado aplastado al pie de Nuestra Señora. Celebramos á la vez los cuatro Padres: dijimos la misa de la Ascensión, á puerta cerrada, y dimos gracias al Señor y á la Virgen por habernos librado aquella noche de tantos males.

Después del desayuno, el P. Colomer y yo nos fuimos á recorrer las trincheras para ver á nuestros valientes soldados, que estaban reforzando sus parapetos.

A las ocho de la mañana, á fin de despejar el campo para las operaciones, mandó el Coronel Oloris prender fuego á varias casas, y contra su intención, según él mismo me dijo después, se propagó el incendio algo más de lo que él deseaba, avivado por el viento que se levantó repentinamente. A las dos horas quedaban reducidas á pavesas la mayor parte de las casas de Zamboanga, deteniendo el fuego su camino destructor al llegar al convento é iglesia, que quedaron como aislados. Del convento, previo nuestro permiso, tomaron posesión los soldados, y en él hicieron una trinchera, en donde colocaron varios cañones. Entre tanto nosotros arreglábamos nuestras cosas para refugiarnos en la *cota* (1) al anochecer.

Después de comer, salimos llevando allá nuestro equipaje; pero, al tiempo que hablábamos con el Comandante de la fortaleza, vimos llegar el vapor mercante *Dos Hermanos*, y á las cinco y media de la tarde del mismo día de la Ascensión, once de mayo, subíamos á bordo de dicho vapor para partir á las diez en dirección á Iloílo. Antes de irnos, dejamos algunas provisiones para los soldados; encargamos al Teniente Coronel tuviese cuidado no se incendiara el convento, y le rogamos evitase cualquier profanación en la iglesia.

Finalmente, después de tres días de estancia en Iloílo, llegamos á Manila la víspera de Pentecostés.

Al salir nosotros de Zamboanga, contábanse en nuestras tropas dos muertos y cuatro heridos. Las fuerzas que se defendían en

(1) *Cota.* En general base de piedra de un edificio; aquí, fortaleza.

Digitized by Google

Zamboanga eran unos mil cazadores y una batería de artillería, más ciento cincuenta soldados de infantería de marina, que el *Álava* trajo de La Isabela. Estas fuerzas resistieron hasta el 24 de mayo, en que se embarcaron en el *Puerto Rico* y *León XIII*. Los insurrectos, cuyo número constaba de algunos miles, aunque sólo dos mil tenían armas de fuego, atacaban diariamente la población, aprovechándose de la obscuridad de la noche; mas al día siguiente se veían obligados á declararse en retirada, perseguidos por nuestros cazadores hasta el pueblo de Santa María. El número de bajas de los zamboangueños se ignora. Las nuestras fueron, en total, cuatro muertos y unos catorce heridos. El General Montero murió un día antes de llegar á Manila, en el *León XIII*, aunque dicen que no de la herida, sino de otra enfermedad. De la población de Zamboanga sólo quedó en pie, además de la iglesia y convento, que permanecieron incólumes, un reducido número de casas.

¡Pobre Zamboanga! ¿Qué será de lo poco que subsiste, si los moros se desmandan?

Roguemos á la Virgen, Patrona de los zamboangueños, para que se compadezca de ellos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Affmo. siervo en Cristo,

SALVADOR M. VIÑAS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Mariano Suárez al R. P. Provincial

Relación de algunos sucesos ocurridos en Cotabato, después de la retirada de los españoles.—Ejemplos notables de virtud y fervor de algunos indios.

Manila, 24 de enero de 1900.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Provincial: No me olvido del encargo que me hizo V. R., estando yo aún en mi amada Misión del río Grande de Mindanao, de escribirle minuciosamente todo lo que por allí ocurriese. Desde que estalló la revolución de Filipinas, le tuve al corriente de los diversos acontecimientos que en aquel distrito sucedieron, y por fin, desde Zamboanga le escribí, en la primera ocasión que se me presentó, nuestra salida de aquella Misión. Le decía que habíamos tenido que dejar aquella tierra regada con la sangre de nuestros antiguos Padres, y cultivada últimamente por los PP. Vila, Guerrico, Beá, Juanmartí y otros celosos Misioneros, y no, ciertamente, porque los naturales, ni aun los moros, nos hubiesen obligado á salir, sino por parecernos ser cosa temeraria quedarnos en medio de aquella morisma sin amparo alguno, al ser evacuado el distrito por las armas españolas.

Ahora, después de transcurrido un año, vuelvo á escribir á V. R., para dar á conocer la heroica virtud de algunos indios, que saben, no sólo tolerar las mayores tribulaciones y adversidades, mas también sobreponerse á ellas, alegrándose de que Nuestro Señor se las envíe. Esto prueba con cuánto fruto se puede trabajar en estas Misiones, y cuán triste es ver tantos pueblos de Filipinas sin PP. Misioneros.

Digitized by Google

P. Ignacio Guerrico, 1806 — † 1883.

Digitized by Google

Digitized by Google

No necesito yo referirle la historia de lo que en Cotabato ha pasado, pues la verá V. R. por las cartas edificantísimas de la familia que más ha sufrido, y que voy á trasladar aquí literalmente y con las mismas faltillas de dictado y ortografía con que vinieron. No extrañarán las primeras, los que hayan estado en Filipinas y conozcan el hablar de los naturales, y fácilmente se disimularán las segundas, pues todos, más ó menos, solemos cometerlas al escribir familiarmente. Solamente he corregido estas cartas en lo que se refiere á la acentuación ortográfica y puntuación, para la mejor inteligencia de las mismas. Aun así, honran no poco á quienes no frecuentaron otras escuelas que las de Polloc y Cotabato. Y para orientar un poco á V. R. haré, como dicen, un poco de historia.

D. Raimundo, el jefe de la familia aludida, había casi siempre estado empleado en la Hacienda Pública de Polloc y Cotabato, pues su honradez y laboriosidad le granjeaban de continuo el aprecio de sus superiores. Hombre religioso, que, en compañía de su esposa é hijos, confesaba y comulgaba todos los primeros viernes de mes y los días 19 en honor de San José, de quien era especialmente devoto. Tenía el cargo de celador del Sagrado Corazón y de Tesorero de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Cotabato. Su mujer, D.ª Prisca, había sido varios años maestra de Polloc y de Cotabato, y, como tenía tanto ascendiente sobre las jóvenes, que bastaba una palabra suya para conseguir de ellas lo que se quería, era el alma de todas las obras piadosas. Nombrada presidenta del Apostolado, es increíble lo que me ayudó en ésta tan fructuosa.

Dios Nuestro Señor bendijo este matrimonio en sus hijos, pues todos salieron de disposición y virtuosos. Filoteo, el mayor, y Martín, el segundo, se educaron en Polloc, al lado de los PP. Vila y Durán, y José, el tercero, en Cotabato, al lado del P. Beá, y allí le encontré yo de maestro el año 1890, á pesar de no tener sino 14 años. Finalmente tuvieron una hija, llamada Arsenia, de quien decía la señora del Coronel Novella, Gobernador que fué de Cotabato, que no había visto india tan bien educada, y cuya virtud echará V. R. de ver por sus cartas. Filoteo estuvo empleado en Hacienda, y Martín y José en Correos. El primero y el último eran el gran recurso para las funciones religiosas en Cotabato (pues José tocaba el armonium muy bien, y Filoteo, aunque también sabe tocarlo, prefería cantar), y gracias á ellos hacíamos fiestas muy solemnes, lo que de otra suerte habría sido muy difícil. Además ensayaban á los niños, ejercían el cargo

Digitized by Google

de celadores y pertenecían á la Conferencia. Era familia acomodada, tanto que en Cotabato tenía casa propia, y otra en Polloc, que les rentaba bastante; poseían, además, una hacienda, que ahora empezaba á rendirles fruto, y una pequeña vacada que, de sólo el producto que daba la leche, se mantenía la familia. En fin, para terminar esta breve noticia, debo decir que D. Raimundo fué también varias veces Gobernadorcillo.

He dicho esto á V. R. para que aprecie más el mérito de las virtudes, de que nos han dejado ejemplo los que han muerto y los que viven. Varias son las cartas que el P. Ferrer y yo hemos recibido de esta familia en el presente año. Y, aunque sea alterar el orden de los acontecimientos, voy á empezar por transcribir la última, que me ha mandado Filoteo desde Zamboanga, por hacerse en ella completa relación de todos los hechos que han tenido lugar en Cotabato durante nuestra ausencia. Dice, pues, así:

«R. P. Mariano Suárez.—Mi siempre querido é inolvidable P. Suá» rez: Tan luego como recibimos, con santa conformidad, el rudo » golpe que nos deparó por la muerte violenta é inesperada de mis » pobrecitos padre y hermanos (q. e. p. d.), lo primero que nos ocu» rrió fué comunicárselo á V. R. y demás Padres, seguros de que en» contraremos en VV. RR. un gran lenitivo en sus santos y sabios » consejos; así es que, tan pronto como llegamos acá, le puse á V. R. » una carta, dándole cuenta de lo ocurrido en Cotabato, aunque muy » someramente. Dicha carta, á pesar de que no alude V. R. á ella, en » las que recibieron mi madre y Arsenia, supongo á su poder, hoy » por hoy. También había pensado, en distintas ocasiones, comuni» carle detalladamente aquellos tristes acontecimientos, que por per» misión de Dios Nuestro Señor se dejaron ver en aquel pueblo; pero » otras tantas veces tuve que dejar la pluma, por no habérmelo per» mitido el dolor y pesar que me embarga, al ver inmiscuídos en ellos » á seres para mí muy queridos; pues, aunque considero por la fe, que » no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios; pero le con» fieso que mi flaqueza humana ha cedido el campo á la misma fla» queza, aunque bien es verdad que nunca traté de prevalecer á los » altos designios de la Providencia, de quien yo, especialmente, he » recibido palpablemente inmensos beneficios, sin merecerlo.

» Tan pronto como regresamos á Cotabato de Zamboanga, encon» tramos aquello tan tranquilo como nos lo anunciaron, excepto Polloc,

Digitized by Google

» por las consabidas depredaciones de Alejandro García (1); más tarde » ya empezaba á verter la noticia que entre los moros del Río existían » ciertas desavenencias por la determinación del Gobierno español, » acerca de haber recomendado al datto Piang para que preste su » cooperación para la estabilidad del orden de todo el Distrito, pues » todos han alegado sus derechos de abolengo, y que quien menos los » tiene es el citado Piang, por ser sólo un simple mestizo chino, sin » más precedente que el haber sido *saligan* (hombre de confianza) del » datto Utto, á quien debe las simpatías que ha conquistado entre los » moros que le elevaron á la dignidad de datto. Por confidentes tiene » á todos los chinos de Cotabato, y por únicos aliados á los dattos » Alí y Diambangan, y entre los tres han verificado *guerrerías* á todas » las rancherías más arriba de Reyna-Regente, de las que han salido » vencedores y, por consiguiente, con más prestigio que antes.

» Poco después, Román Vilo recibió algunas denuncias de dentro » y fuera de la población, que el mismo Piang, que hasta entonces es » el mejor amigo, terminaría por hacerle á él la guerra, mediante una » alevosa agresión; uno de los que así le denunciaron fué el difunto » Esteban Ortuoste, que lo supo desde Tucuran, proponiéndole, ade- » más, organizar medios de defensa con que poder repeler al enemigo; » pero el muy *cándido* Román, creyendo en las aparentes relaciones » de amistad de su *amigo* y *hermano* Piang, rechazó toda proposición » que se le presentaba. Idéntica denuncia obtuvo del datto Andung, » el tuerto; pero lejos de tomar las medidas convenientes y toda clase » de precauciones, como hubiera hecho toda persona cuerda, se lo » dijo á Piang, quien, por toda resolución, mandó asesinar á Andung.

» Como que la situación del pueblo era cada vez más crítica, entre

(1) Al ser evacuado por los españoles Cotabato y todo el distrito, quedó al frente de este pueblo, como Presidente ó Gobernador, Román Vilo, indio, que hasta entonces había desempeñado el cargo de Notario. Permanecieron en el pueblo los chinos comerciantes y algunos, aunque pocos, cristianos. Con el fin únicamente de poderse defender los unos y los otros de los moros, les dejó el Gobierno español algunas armas de fuego. A pesar de esto, la mayor parte de los cristianos no se creyeron seguros en los primeros momentos, y casi todos se fueron á Zamboanga, entre ellos esta familia. Lo mismo aconteció en Polloc, quedando de Presidente Alejandro García. No tardó éste en hacer algunos agravios á los moros, los cuales atacaron el pueblo y causaron en las sementeras mucho daño. D. Raimundo tenía allí sus vacas y hacienda; los moros le robaron las vacas é hicieron de la hacienda lo que quisieron. *(Esta nota y las demás de esta carta son del mismo P. Suárez.)*

Digitized by Google

» Tomás Vilo y Esteban Ortuoste disuadiéronse (1) por todos los me-
» dios á Román para la constitución de un Gobierno provisional, por
» ver si se conseguiría regularizar una pequeña fuerza, basándose en
» todo á las leyes españolas, incluso en lo que atañe á la administra-
» ción para subvenir á las más indispensables necesidades. Al efecto
» se constituyó, finalizado Julio, el citado Gobierno, bajo la presiden-
» cia del mismo Román, y en el que formó parte Tomás Vilo, Pedro
» Aquino, mi padre, Esteban Ortuoste y yo, como Delegados de Go-
» bernación y Fomento, Justicia, Hacienda, Guerra y secretario res-
» pectivamente. El primer acuerdo que se tomó, aprovechando la
» llegada á aquel punto del vapor *Nuestra Señora del Carmen*, era
» fletar éste para Joló, con objeto de enviar allá una comisión para so-
» licitar el auxilio de los americanos; mas Román lo creyó innecesario.
» Lo único que se pudo conseguir de éste, fué el aumento de la fuerza
» de voluntarios hasta 80 hombres, entre los cuales se nombró tres
» Oficiales, tres sargentos y siete cabos; mas ¡oh desgracia! cuando
» se pidieron á Román los fusiles necesarios para armar á la fuerza, se
» encontró con que sólo había en el parque más que unos quince fusi-
» les, ó menos, por haber prestado á Piang el resto hasta 150, que
» dejó el Gobierno español, así como los cañones y buen número de
» pertrechos y municiones, que dice los necesitaba para continuar su
» *guerrería* con los Malanaos, que más tarde se evidenció que tal prés-
» tamo era un ardid para debilitar el pueblo y poder reunir todo el
» armamento posible.

» Al amanecer del domingo, 10 de Setiembre, llegaron á Cotabato
» los dattos hermanos Alí y Diambangan, con cerca de 800 hombres,
» so pretexto de despedirse de Román para emprender una *guerrería*
» á la Bahía Illana, habiéndose pedido á Román otros cuantos fusiles
» más. La *vichara* (2) la hicieron en unos banquillos, situados conve-
» nientemente, frente al Convento, al lado derecho del riachuelo que
» desemboca al Pulangui. A las once de la mañana, y mientras se
» hacía la *vichara*, fué la agresión, de la que resultaron víctimas Ro-
» mán Vilo, Esteban Ortuoste, Martín Biligan, Damián Leonardo,

(1) Quiere decir *disuadiéronle*. Tomás Vilo era hermano de Román, y Esteban Ortuoste cuñado de éste.

(2) *Bichara*, ó conversación que los moros de río Grande y laguna de Lanao prolongan horas y horas por el pretexto más fútil, y que constituye uno de sus goces predilectos.

Digitized by Google

»Felipa Papa y la vieja pobre de la Conferencia, Margarita Asun-
»ción (1). Unos momentos antes del ataque, estaba mi hermano José
»en la *vichara*, y gracias que salió de ella y volvió á su casa; yo es-
»tuve al lado del citado Biligan y el teniente Antón (2); este último
»salió con una herida de consideración en la espalda, y yo ileso com-
»pletamente, gracias á la Providencia; me eché á correr como nunca,
»y aun me he librado de una descarga de fusil de unos moros que
»venían tras de mí y Antón, y de unos lanzazos. La fusilería de di-
»chos moros era continua, y sólo se defendían, del pueblo, unos cinco
»soldados, que después huyeron hacia las concavidades de la Colina,
»en donde se guareció la mayor parte de la gente. Luego que los
»moros se hicieron dueños de la población, empezaron á saquear las
»casas de los paisanos, sin que en ninguna de ellas hayan dejado un
»alfiler. Multitud de proyectiles han pasado las paredes de la Iglesia
»y Convento; en aquélla profanaron las imágenes y estampas, así
»como otros objetos de piedad. Es de suponer, con algún fundamen-
»to, que los chinos estaban en complot con los moros, pues, además
»de que no se les ha molestado para nada absolutamente, estaban tan
»impávidos durante la agresión y regocijándose de lo ocurrido. Hubo
»hasta quien ha ayudado y participado en el saqueo, el cual no llegó
»hasta mí, porque vivía en la antigua Administración de Hacienda
»con la familia de mi suegro, ausente en China.

»El 13 del indicado Setiembre, y previa junta que verificaron los
»cabecillas chinos de aquel comercio, y en la que presidió el datto
»Piang, pidieron aquéllos á éste, para que hiciera subir á su ranchería
»á mis padres, á mis dos hermanos y yo, y á la del datto Alí, á To-
»más Vilo y á toda su familia, lo que verificamos aquel mismo día.

(1) Felipa Papa era una mujer piadosísima, celadora del Sagrado Corazón, que, en compañía de sus hijas, no faltaba ningún día á misa, á no ser cuando el asma y el reuma se lo impedían. Parece, según me han contado dos jóvenes de Cotabato que estaban allí aquel día, que al ver los vecinos que entraban los moros á saquear las casas, todos huyeron. Viendo el marido de Felipa y sus hijos que no podía ella escaparse, por no poder andar, y que no había tiempo para otra cosa, la dejaron en un rincón de la casa, cubierta de yerba, para no ser vista; pero los moros dieron con ella y la asesinaron. La misma desgracia sufrió Margarita, pobre y tullida, á quien socorría la Conferencia de San Vicente de Paúl. Restablecido el orden aquel mismo día, las encontraron muertas en sus casas y las enterraron el día siguiente en el cementerio; pero no pudieron hacer lo mismo con Román Vilo y demás, porque los moros los echaron al río.

(2) D. Antonio Antón había sido segundo teniente del ejército español, y es natural de un pueblo que está cerca de Sahagún, en el reino de León.

Digitized by Google

» Excuso decir á V. R. con cuánta aspereza hemos sido tratados; pero » nuestra resignación fué tal, que la sobrellevamos con toda alegría. » Al sexto día de estar allá, dispuso de nuevo el citado Piang, mi re- » greso á Cotabato con mi madre, cuyo objeto es para que yo haga » entrega al Chino Celestino R. Alonso (1) de todo lo que tenga, que » lo verifique hasta del último botón, así como de todo lo que tenía » mi mujer; de manera que todos, todos nos hemos quedado sin ropa, » sin utensilios y sin nada absolutamente, excepto á mi mujer, á quien » devolvieron algunas prendas de las pocas que tenía; desde entonces, » mi madre y Arsenia vivían de lo que algunas personas caritativas las » proporcionaban, en cuya época fué donde más mercedes recibimos » de Dios Nuestro Señor. Esto no nos afligió para nada; muy al con- » trario, todo lo que tenía se lo dí de corazón, y sin hacer salvar una » alhaja siquiera, á ver si por este medio lograba la libertad de mi pa- » dre y hermanos; pero luego pedían á mi madre, con mucha instan- » cia, dos mil pesos que, dice, teníamos en ahorros, según los chinos, » y otros dos mil pesos que, dice, nos han dejado los Padres Jesuitas, á » la evacuación. Mucha dificultad nos costó inculcarles que ni tenía- » mos aquella fabulosa cantidad, ni menos que nos hayan dejado los » Padres dinero alguno, como aseguraban, porque dicen que lo ha » visto el chino Buy de cómo mis padres lo traían del convento: úni- » mente nos prometió la ya citada libertad de mi padre y hermanos á » la presentación de aquel dinero; pero nosotros, y en especial mi po- » bre madre, apesar de las tibiezas, desaires, etc., no cesábamos de » rogar á Piang y á Celestino por aquellos seres tan queridos; por toda » solución sólo notábamos una jugarreta de parte de los mismos, pues » Piang nos decía que se lo pidiéramos á Celestino, y éste á su vez nos » decía que á Piang, lo cual había costado á mi madre algunos viajes » que había hecho sola á la ranchería de Piang.

» Después de un mes y medio, supimos que al pobre Tomás Vilo » le dieron la libertad para poder bajar á Cotabato con su familia; pero » á la mitad del camino hicieron desembarcar á Tomás y á su cuñado » Gil y los asesinaron; á la familia la condujeron á Cotabato (2).

(1) A este chino, que es cristiano, le encontré yo ya de Gobernadorcillo de chinos el año 90, y siguió siéndolo hasta hace un año, en que salimos todos de allí.

(2) El dato Diambangan, al pasar Tomás por el estero (río) de Malampay, le esperó: al ver Tomás que le iban á asesinar, pidióles la gracia de poder dar un beso á su hijo; pero se la negaron.

Digitized by Google

» A los tres meses y dos días, ó sea el 15 de Diciembre, que es el » cuarto día, después de posesionada aquella plaza por los americanos, » fué el asesinato de mis citados padre y hermanos, que lo efectuaron » cerca de una torreta, que está próxima á la Ranchería de Piang, á » la desembocadura de un afluente. ¡Dios los haya acogido en su di- » vinísimo Corazón! El hecho lo supimos al día siguiente por la misma » mujer de Celestino, é inmediatamente pedimos protección á los » Americanos, cuyo Gobernador nos acogió con la mayor prodigali- » dad, ofreciéndonos una de las habitaciones del Convento, que pre- » ferimos el Coro de la iglesia para estar más independientes de ellos; » pues luego supimos que andaban buscando á mi madre y á mí. Al » cuarto día de estar allí, fué cuando se presentó el *Churruca*, con el » cual vinimos á Zamboanga. Aun aquí nos querían seguir socorriendo » las Autoridades Americanas; pero el hermano de mi madre, apesar » de haber sufrido también desgracias en sus intereses, por los inci- » dentes ocurridos aquí, dijo que ya él se cuidaría de nosotros. No » pude traer á mi mujer por falta de tiempo; pero la encargué que se » viniese en la primera oportunidad.

» Me olvidé decirle que al llegar á Cotabato, el 11 del pasado Di- » ciembre, el General con toda la fuerza del destacamento, tuvo oca- » sión mi madre de presentar una instancia á dicha autoridad, pidiendo » la ya anhelada libertad de mi padre y hermanos, que la gestionó sin » demora alguna cerca de Piang, á quien desde á bordo del Trasporte » *Manila* se lo escribió, así como al Gobernador de Cotabato para » que lo interesase también; pero luego supimos que Piang contestó » que ya les habían ejecutado, porque, dice, eran unos *insurrectos*, » cuyo informe lo apoyó el chino Celestino. Bien manifiestamente se » ve la mala intención que llevaba este último, y lo desagradecido » que es, pues lejos de reconocer el favor que le dispensé de redactar » al gremio de chinos la instancia que elevaron al Gobernador Gene- » ral Americano, pidiendo la pronta ocupación de aquel pueblo, pro- » curó con la mayor astucia, de que ninguno de mi familia firmase en » la que elevaron los naturales, no obstante haberlo yo también redac- » tado; así es que, separadamente, tuvimos que poner otra instancia, » en la que suscribieron mi padre, hermanos y yo.

» No contentos con lo que nos han hecho, hace unos días recibi- » mos carta de la mujer de Martín, que está en Polloc, diciéndonos » que Piang pidió á nuestro encargado allí, las huertas y casas; en » aquéllas cogieron todos los frutos y en éstas todo el maderámen.

Digitized by Google

»Supongo que, además, harán de las huertas lo que hicieron de la »hacienda y ganadería de Tomás Vilo, las cuales dividió en varias »partes el datto Piang, después de coger hasta el último grano de »palay que había sembrados, cediendo una parte al chino tal, otra al »datto cual, ésta para él, aquélla para el otro, en fin, hizo de la ha- »cienda lo que le dió la gana, sin que la viuda haya podido objetar »nada, so pena de alguna otra traición. En cuanto á lo nuestro, no »hemos gestionado nada hasta ahora, pues todo lo hemos puesto en »manos de Dios Nuestro Señor y Él nos lo proveerá y ayudará.

»He aquí, mi querido P. Suárez, las mil vicisitudes y desgracias »que nos han ocurrido, pero todo lo hemos soportado por amor de »Dios, y en cada peripecia que nos ocurre, elevo el corazón al Altí- »simo y le digo: «*Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur*, etc.» »Durante los tres meses que han estado cautivos mi padre y herma- »nos (dicho sea faltando á la modestia), hemos hecho toda clase de »mortificaciones, y el haberme yo quedado sin nada, mucho me ha »favorecido para pasar aquéllas, pues no me he desdeñado de ir por »todo Cotabato, descalzo, descubierto y de la peor manera posible, »siquiera para parecerme, aunque muy remotamente, á nuestro inven- »cible Capitán Cristo Jesús.

»Sí, Padre mío, hoy es cuando más de cerca veo lo pasajero »que es todo lo que está de tejas abajo, y efectivamente, ¡ay de »aquél que ha depositado todas sus esperanzas en este mundo!... mas »¡cuán consoladora es aquella hermosa oración de San Ignacio que »empieza: «Tomad, Señor, toda mi memoria», etc.!

»¿Y qué le diré á V. R. de mi padre y hermanos? Durante todo »el tiempo de su cautiverio, han pasado más tiempo orando y medi- »tando, de un modo admirable; así es que Dios, para más merecer, »los habrá sacado de este mundo de una manera más semejante po- »sible á su sacratísima pasión y muerte. Este es el gran consuelo »que nos anima, porque ya habrán pasado en este mundo su purga- »torio. Yo no he tenido la misma suerte que les cupo á ellos, y es »indudable sea por mis muchas imperfecciones, que me han hecho »indigno de alcanzar la gloriosa palma del martirio. A mi madre y »hermana las veo también una conformidad envidiable, y más fervo- »rosas, como nunca. A todos nos ha causado un grandísimo solaz »las consoladoras cartas de VV. RR. ¡Ojalá Dios N. S. nos conceda »la gracia de ver de nuevo estas antiguas Misiones por VV. RR.! y, »cuanto más antes, mejor.

Digitized by Google

»Mis respetuosos saludos á todos los PP. y HH., teniendo el placer de decirle, que á cuantos han estado en aquel distrito de Cotabato, los acuerdo muchísimo; y agradeciendo infinito por los sufragios que han hecho por mis inolvidables padre y hermanos, sabe »V. R. que le aprecia de verdad su antiguo feligrés y humilde S. S. »q. b. s. m.—*Filoteo Ventura.*

»P. D.—Me permito suplicar á V. R. ofrezca una misa por los »difuntos Alejandro García, y sus hijos José y Amado, Miguel Santiago, Tiburcio García y Román Baltasar, á quienes les prometí así »en sus postrimerías, á las que asistimos José, Martín y yo.»

Hasta aquí, R. P., la carta de que he hablado. Pero veo que esto se va haciendo demasiado largo para V. R. y para mí, que lo he de escribir y aún no estoy á la mitad. Omitiendo, pues, otras cosas de edificación, paso á copiar dos cartas, especialmente edificantes, de la hermana de Filoteo, Arsenia Ventura. Dice la primera:

«Cotabato, 19 de Noviembre de 1899.—R. P. Baltasar Ferrer (1).

»Mi apreciable y respetado Padre: Aunque no hay ninguna oportunidad para esa capital, ni para ninguno otro punto, pongo á V. R. »esta carta, por si Dios N. S. quiere que se asome por aquí algún »barco. Desde el 10 de Setiembre, día aciago, que el datto Piang, »por medio de una traición, tomó este desdichado pueblo, no puedo »contarle á V. R. que hemos pasado un día bien; y, gracias á Dios, »que en toda mi familia no ha habido desgracia personal. Recuerdo »perfectamente que aquel día, que era domingo, fuí aún á la iglesia »para rezar el Rosario, sin sospechar en lo más mínimo, que cada »grupo de moros que encontraba en la calle, eran para atacar aquí »mismo; pues, no sé quién, si eran ellos mismos, hicieron correr la »noticia que estaban aquí de paso, pues irían á atacar al datto Baqui »en Parang, para cuyo efecto pidieron al infeliz D. Román Vilo »(q. e. p. d.) algunos fusiles y caja de pólvora, los que han sido entregados al momento, así como cañones y algunos otros fusiles más »algunos días antes.

»La cosa sucedió como á las doce del día. El datto Alí, que era »como el *General en Jefe*, pidió entrevista ó bichara al pobre Vilo,

(1) Como verá V. R. por la fecha, al escribir ésta aun no habían asesinado al padre y hermanos Ventura.

Digitized by Google

»con el pretexto de despedirse; cuando estuvieron reunidos frente al »Convento, allí es donde le dieron el tajo á dicho señor y á su cu»ñado Ortuoste. Dios no ha querido que muriese Filoteo, pues tam»bién él ha estado ó ha querido estar en la bichara, y como no podía »dar un paso en aquel sitio, por el grueso círculo de moros, se deci»dió pasear con D. Juan Antón, español; á éste le alcanzó un tajo, y »á Filoteo le perseguían, y Dios, que es tan bueno, hizo que no le »tocara ni un proyectil. Cuando el pueblo fué tomado, procedieron »al saqueo, no dejando en las casas ni un alfiler. En la nuestra, es»tándonos aún, ya bajaban las sillas, baúles, camas, etc. ¡Qué día, »Padre mío!; cada vez que me acuerdo, me estremezco de horror: »un moro quería darle un tajo á mi padre; pero otro, medio conocido »nuestro, se lo impidió, reprendiéndole. Los chinos, son chinos; son »cómplices de esta falacia. Piang llegó dos horas después, haciendo »el que no sabe, dando la orden de que devolvieran las cosas toma»das por los moros; es verdad que han devuelto, pero sin las cosas »mejores, y sin los cuartos y alhajas; todo lo que era *bulauan* (oro) »no ha sido devuelto. El día 13 de dicho mes, Piang regresó á su »ranchería, llevando en concepto de *castigados* á mi padre y herma»nos y mi madre, que se empeñó en ir con ellos; yo me quedé en »casa de la suegra de Filoteo; mi padre suplicó á aquel datto bandido »que me dejara, porque estaba mala; sin tener otro delito, Padre »mío, sino que teníamos 3,000 pesos, pues así han denunciado los »chinos, diciendo que nos habían sido entregados por los PP. Jesuí»tas, días antes de la evacuación del Gobierno español, y otros mil, »regalados por dichos PP. Ante calumnia tan vil, no pudimos conse»guir nada de la libertad de mi padre; antes, al contrario, amena»zando de que si no aparecía ese dinero, que no podrían bajar á Co»tabato. Nosotros lo ponemos todo en la voluntad santa del Señor; »no querían creer por ningún concepto que no teníamos dichos 4,000 »pesos.

»El 19 de dicho mes, por indicación del Capitán de Chinos, Ce»lestino R. Alonso, bajó mi madre con Filoteo, y entre las autori»dades mora y china, requisaron los dos únicos baúles, que salvaron »del saqueo, por haber sido puestos de antemano debajo de la casa »donde me quedé, y no encontraron ni dinero ni alhajas. Celestino »estuvo entre la espada y la pared; vióse muy comprometido: enton»ces se apoderaron de las alhajas de Filoteo y de su mujer; éstos no »han sido saqueados, porque viven con su suegra, y las casas de los

Digitized by Google

»chinos no las han tocado los moros. No sólo las alhajas, sino tam-
»bién las ropas, porque decían que Piang las quería ver nada más. El
»2 de Octubre subió mi madre de nuevo á la ranchería, llevando to-
»dos los bultos, y esta es la fecha que aun no nos han devuelto los
»baúles. El de la mujer de Filoteo llevó Piang aquí, cuando bajó;
»pero ha quitado todo lo mejor que encontró; lo mismo digo en el
»mío; gracias que pude conseguir que me devolviera mi devocionario
»y mi rosario, únicos que tengo en mi poder. No sé qué es lo que
»habrán hecho de mi cajita de estampitas, la que han visto el P. Suá-
»rez y el P. Ramo. Hemos quedado, Padre mío, con lo puesto en el
»cuerpo y sin un céntimo, y, gracias á Crisanta, que es la que nos
»provee de todo lo necesario para el comer, de la que no esperába-
»mos esta caridad; pero los amigos verdaderos *han huido;* no hay
»amigos en la adversidad.

»El mismo día 13 subió también D. Tomás Vilo con toda la fa-
»milia, pues así han exigido los dattos Piang y Alí, no consintiendo
»dejar el último baúl; pero al pobre le destinaron más arriba, en el
»Reina Regente, residencia de Alí, sin tener, asimismo, otro delito
»que el haber resistido á la partida que mandaba el datto Diamban-
»gan. El 6 de Octubre lo mataron en la ranchería de este datto; idea-
»ron una estratagema: le dijeron Piang y Alí que ya podía regresar
»á Cotabato; pero Diambangan lo esperaba en Matampay, y allí lo
»mató alevosamente, arrebatándole de los brazos de su familia, que
»no le dejaba: murió con él, su cuñado Gil Estrella, quitándole la
»hacienda, la sementera y el ganado. Últimamente, le diré que los
»chinos están cometiendo abusos — de los moros ya no diré más —
»exigiendo á las pobres muchachas filipinas que se casen ó con moros
»ó con chinos; la pobre N., hija de N. N., se casó á lo... no sé...
»con el chino Lu-Lac (1); á las chinas solteras no las tocan, esperan
»que vengan los americanos para hacerlo formalmente; á mí no me
»tocaron aún, y tal vez no se acuerden del santo de mi nombre, de
»lo que doy infinitas gracias á Dios.

»Esta carta es borrador, pero ha entrado esta mañana un barco ó
»vapor, y hago ésta original. V. R. me dispensará la manera cómo
»escribo, pues tengo aún la cabeza hecha un bombo. En el momento
»que escribo, tengo la dicha de tener á mi lado á mi madre; ha ve-

(1) Esta pobre muchacha tendrá ahora unos 14 años. Su padre la cuidaba mucho y, á no ser por esta desgracia, podía prometerse una buena colocación.

Digitized by Google

»nido de regreso hará un mes, de la ranchería de Piang, á donde ha »ido á visitar á mi pobre padre y hermanos, y piensa ir otra vez.

»Les suplico á ustedes con toda mi alma, nos recomienden á los »Americanos que vengan pronto. El pueblo entero de Cotabato lo »está deseando con muchísima ansia, puesto que aquí estamos todos »muriendo de hambre. Si ustedes quieren hacernos la caridad de »mandarnos lo que quieran, Dios N. S. les pagará con creces. Todas »las mujeres de aquí, niñas inocentes, no tienen siquiera que cambiar »la ropa en el cuerpo. El Señor nos tenga de su mano.

»Si ustedes pudieran hacer todo lo posible para sacarnos de aquí, »cuánto nos alegraríamos y daríamos gracias á Dios. Las imágenes »de la iglesia de aquí han hecho los moros todo lo que quisieron; las »de Polloc no han movido; pero han quitado las coronas y rosarios de »la Virgen y el Niño, así como la bandera del S. C., regalo de los »señores de Quintas.

»Ruegue, Padre mío, por todos nosotros, por la libertad de mi »padre y hermanos y no nos olviden: no sé lo que escribo, pero usted »es muy bueno, y ya me perdonará.—A la Sagrada Familia les debo »muchos favores, al Santo Angel de la Guarda—ya diremos otro día »de esto, Dios mediante;—que el buenísimo P. Suárez no me olvide, »así como el P. Ramo, P. Barber y todos los PP. Encomiéndennos »al Señor y cuenten con las pobres oraciones de su afectísima y hu- »milde hija en el Señor.—*Arsenia Ventura de Saavedra.*»

La carta que me queda por copiar es de la misma joven, y en ésta, más que en la anterior, echará V. R. de ver su buen espíritu. Dice así:

«Zamboanga, 13 de Enero de 1900.—RR. PP. Mariano Suárez »y Baltasar Ferrer.—Mis muy respetados y apreciables Padres míos: »Recibimos sus cartas con fecha 27 de Diciembre, que sirvieron de »lenitivo á nuestro profundo dolor; tuve que leerlas repetidísimas »veces y no concluía: llorábamos mi madre, Filoteo y yo. En efecto; »el Sagrado Corazón ha querido probarnos si ciertamente le amába- »mos, y, para dar pruebas, es necesario darlo á conocer. Desde el »momento que supimos la muerte violenta de mis pobres papá y »hermanos, en medio de nuestro llanto, le decía: Señor, hágase tu »voluntad santa, pero te suplico los acojas amorosamente en tu seno, »y ya que no nos fué posible volver á reunir en este mundo, haz que

Digitized by Google

»reunamos en otro mundo mejor, que es la Gloria; pedí también por »el instrumento de nuestras desgracias (los chinos), para que el Señor »les perdonase, y ver si esta acción puede servir á aquéllos en sufra- »gio; pero ¿de qué manera? lo hice con mucho esfuerzo, y confieso »francamente fueron palabras dichas con la boca, y no con el cora- »zón; pero el buen Jesús, que conoce la flaqueza humana, ya me »dispensará y hará que lo repita con frecuencia y muy de veras; y »además, papá me encargaba, estando ya cautivo, en sus cartas, que »á los que nos querían mal, demostrásemos mucha amabilidad; así es »que me pongo triste, porque muchas veces me vienen deseos de »venganza, y mucho más cuando oí á mi madre pronunciar llorando, *«Dios no duerme, ya pagarán»*; pero ella ha perdonado, y es buena »la pobrecita mía, sólo que el dolor la vuelve loca y no sabe ni piensa »lo que dice. Está muy conforme, así como Filoteo; en medio de »todo, es prueba muy evidente que el Señor se vale de las tribulacio- »nes para hacernos más buenos, más santos, más mortificados, y más »generosos para con El y con prójimo. ¡Bendito una y mil veces su »Santo Nombre! ¿qué importa, como cariñoso médico que es, que »nos aplique purgantes y medicinas repugnantes y amarguísimas, si »después nos veremos llenos de salud y de vida?

»Todas mis mortificaciones, mis pobres súplicas, mis leves peni- »tencias, (aunque sea una inmodestia el decirlo), eran para pedir á la »Sagrada Familia por la pronta y anhelada libertad de mi padre »y mis dos hermanos, si así convenía para mayor gloria de Dios y »salvación de nuestras almas; y, sino, para que les asistiera en sus »últimos momentos, si esta era su voluntad Santa, y así murieran de »la manera como El quisiera, y no dudo que ha oído mis ruegos. — »Aquéllos por su parte no tenían ya ninguna esperanza de volver á »abrazarnos, y estaban muy conformes. Dios quiera que durante »aquellos tres meses, tan amargos, les hayan servido de purgatorio en »este mundo ó en este valle de lágrimas.

»Mi padre me escribía que estuviera muy contenta, porque él se »hallaba completamente cambiado, que ya no era malo ¡pobrecito!... »y que pasaban, entre los tres, más horas en rezar, que en hablar: »han ofrecido novenas á la Sagrada Familia, á S. Francisco Javier, á »la Purísima Concepción, con su correspondiente comunión espiritual, »sin contar otras devociones, y así por el estilo, sin desperdiciar el »tiempo hasta media noche, y estaban en preparación para la novena »del Niño Jesús, que debían empezar el día 17, para lo cual me es-

Digitized by Google

» cribieron con el fin de que en esos días uniéramos nuestras oracio-
» nes pidiendo á El lo que más convenga, cuando les sorprendió la
» muerte, que fué el día 15 de Diciembre. No dudo que deberán
» haber celebrado en el Cielo. ¡Cuánto habrán pedido por nosotros,
» en especial por mí, por su hija predilecta, como me llamaba, apesar
» de ser la peor de sus hijos, para que me conserve sin mancilla, como
» él me recomendaba eficazmente en su última carta, la cual conservo
» como oro en paño! Y de Martín, ¿qué le diré? se había vuelto fervo-
» roso; no sentía morir, con tal que sea al lado de mi padre; pues
» ambos se reconciliaron, y Dios permitió que mueran juntos, ya que
» han tenido la desdicha de vivir separados en más de un año (1). José
» no dudo que también murió como un santo; era el que consolaba á
» papá y á Martín, y les edificaba mucho, recordando las historias de
» Santos que vienen al caso; lo único que siento es, porque han
» muerto sin haber podido recibir los Santos Sacramentos. ¡Cómo los
» habrán tratado los moros en los últimos momentos!... pobrecitos, si
» me acuerdo, no me puedo contener las lágrimas; no hay duda que
» estarían indefensos, humildes, muy conformes, acordando de nos-
» otros ¿y después de muertos?... pisoteados, como unos objetos que
» estorban; los crucifijos, que cada cual tenía pendiente en el cuello,
» habrán sido profanados; á la verdad, no quisiera acordarme, pero
» necesito desahogarme ¿y á quién?... á mi madre, no puede ser, ni á
» Filoteo. No me pasa un día sin llorar, aunque ocultamente, y por
» más que me contengo, al *parecer* no tengo remedio. No sé que es lo
» que me pasa, que algunas veces no tengo humor para nada, ni para
» rezar; ya no he hecho el examen particular ni otras devociones; me
» voy volviendo débil, y todo me cansa; la lectura espiritual la saco
» del *Áncora* ó de algún devocionario, pues mi libro *Imitación de*
» *Cristo,* se lo llevaron los moros. Si VV. tienen uno, mándenme, y
» Dios se lo pagará con creces.

» Les agradeceré á VV. RR. me escriban siempre, pues me sirven
» de mucho consuelo sus santos consejos, y, como ya les digo, me voy

(1) Martín pretendió casarse con una joven de Polloc; pero sus padres le negaron el permiso, no por razón de la muchacha, sino de su madre, la cual, decían ellos, que cuando joven había dado que hablar, y por lo tanto, aunque la hija fuera buena, era para ellos una deshonra. Todos los Misioneros trabajamos en el asunto, para obtener de los padres de Martín el consentimiento; mas no lo pudimos conseguir. Cuando el joven llegó á ser mayor de edad, casóse con ella, á disgusto de sus padres, y por esta razón vivían separados.

Digitized by Google

»volviendo débil; me dejo dominar de la tristeza; no sé qué hacer »para huir de un tan feo vicio.

» En la última, que escribí por el *Surigao*, les decía que yo no »estaba en la lista de los casamientos de chinos, y era porque no lo »sabía. La Purísima Concepción me ha salvado y á las demás jóve- »nes; ofrecí á tan Celestial Señora una novena por ellas y por mí; me »da horror con sólo pensar, que después de N. N., yo estaba desti- »nada á ser la segunda víctima de los caprichos salvajes.

» Aquí, en Zamboanga, estamos casi bien; vivimos en casa de mi »tío; vinieron á vernos varios de Cotabato y Polloc, que aquí se »quedaron; entre ellos Lorenza y su madre, que están bien de salud. »Hablé su encargo de V., P. Ferrer, y están agradecidas. Lorenza es »fervorosa como siempre.

» Agradecemos á VV., y á todos los PP., en especial al R. P. Su- »perior, las Misas que han aplicado á mi padre y hermanos. El Señor »les recompense tanta caridad; nosotras, por nuestra parte, no les »olvidamos á todos en nuestras pobres oraciones. Al buen P. Barber »también le agradezco mucho, y al P. Bennásar; Dios se lo pagará »tanta caridad. Si le escriben al P. Ramo, no le dejen de dar muchos »recuerdos. No sé si han sabido que Alejandro García, sus dos hijos »y suegro han muerto en Cotabato, porque han resultado ser cómpli- »ces de los moros para la agresión de Cotabato, á quienes facilitaron »armamentos, etc. (1), pero han muerto arrepentidos los pobres, en es- »pecial Amado García, que encargó á mis hermanos, les escriban á los »Padres que él murió con la medalla de la Congregación (q. e. p. d.).

» Mil gracias por la estampita del Niño Jesús, mi Consolador, á »quien pido me conceda la dicha de poder encontrar en el Cielo á mi »padre y hermanos y á toda la familia reunida.

» Al salir nosotros para ésta, Paulina se marchó también á Polloc, »y me escribió que todo lo que allí tenemos se apoderaron los chi- »nos y moros; no hemos hecho ninguna reclamación, ni mi madre »piensa hacerla; lo ponemos todo en manos de Dios N. S., sea lo »que El quiera. No puedo continuar más. Filoteo que escribe á V., »P. Suárez, ya le contará lo ocurrido en Cotabato.

» Pidan siempre á N. S. nos dé más conformidad, El que nos ha »dado pruebas de que no nos abandona. En Cotabato, durante

(1) Se refiere á una agresión anterior. Los llevaron presos á Cotabato, y allí los fusilaron durante el gobierno de Román Vilo.

Digitized by Google

» aquellos tres meses, hubo días en que no teníamos un céntimo; mi » madre y yo nos mirábamos mútuamente y con forzada sonrisa, pues » ambas procurábamos disimular; teníamos confianza en Dios, que no » pasaríamos aquel día sin comer, y, efectivamente, no faltaba una » persona caritativa que nos alargaba (sin pedir) media pesetilla.

» Encomiéndennos en sus fervorosas oraciones, que nosotros no » les olvidamos en las nuestras, en especial en las de su affma. y hu- » milde hija en el Sagrado Corazón de Jesús. — *Arsenia Ventura* » *Saavedra.*»

No dudo, mi muy amado P. Provincial, que la lectura de estas cartas le habrá dado motivos para alabar á Dios N. S. ¡Cuántas almas, como éstas, habrá escondidas en estos rincones de Filipinas! Ellas atraerán las bendiciones de Dios N. S. sobre este desdichado país.

Se encomienda en los SS. SS. y OO. de V. R. este su siervo en Cristo,

MARIANO SUÁREZ, S. J.

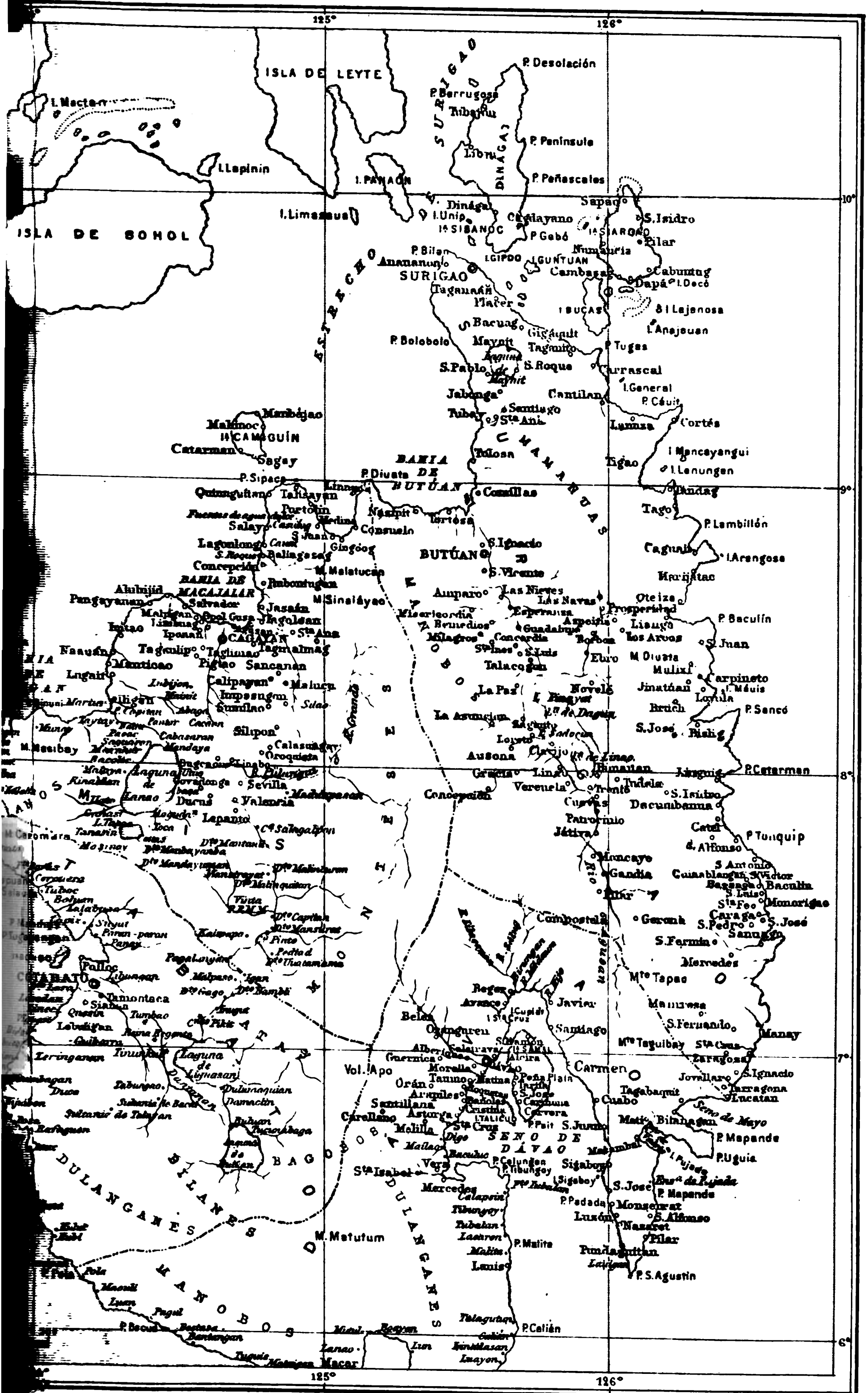
Digitized by Google

Digitized by Google

SIGNOS

- ◎ ..... Cabeceras
- ○ ..... Pueblos
- ∘ ..... Barrios
- ..... Limite de provincias
- ✱ ..... Destacamento Militar

Digitized by Google



NAO

Longitud E. del Meridiano de Greenwich.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

INSTANCIAS DE LOS PUEBLOS

Digitized by Google

Digitized by Google

Documento núm. 1.

Carta del Gobernadorcillo de Caraga

«Tribunal de Caraga.

R. P. Superior:

Adjunto tengo el honor de elevar á las respetables manos de Vuestra Reverencia la adjunta acta, promovida por la principalía de este pueblo, en súplica para que vuelva, ó vuelvan, á residir los Padres Misioneros de esta residencia, en vista de hallarse tranquilos estos pueblos.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Caraga, 1.° de octubre de 1899.

El Gobernadorcillo,

Ciriaco de la Vega.

Al R. P. Superior de la Misión de Jesuitas de Manila.»

Digitized by Google

Documento núm. 2.

Acta-instancia de la Principalía de Caraga

«ACTA

En el pueblo de Caraga, á primero de Noviembre de mil ochocientos noventa y nueve, reunidos en Junta, en la Casa Tribunal, el Gobernadorcillo y demás principales, se acordó y discutió sobre la conveniencia de que los Reverendos Padres Jesuitas vuelvan á la Misión de este pueblo.

Hecho esto presente al pueblo en general, se hallaban todos conformes con el parecer y determinación de los principales, que es el que se eleve instancia al Reverendo Superior de la Compañía, en súplica de que el Reverendo Padre de la Misión de este pueblo vuelva para ejercer su sagrada misión, y, que de ser posible, lo sea el Reverendo Padre Manuel Vallés, como último Misionero que hemos tenido, sin que por ello se desprecie la venida de otro, si del citado Padre Vallés no fuere posible su venida.

Debemos hacer presente, para permitirnos la llamada de los Padres, el que, tanto en este pueblo, como en los demás de la comprensión de la Comandancia, se ha normalizado y restablecido el orden, alterado por el alzamiento de Prudencio García, quien, en la actualidad, según las últimas noticias adquiridas, y que se tienen por ciertas, se encuentra en Surigao, pero sin fuerzas; y el vecindario todo de este pueblo, se compromete garantir la persona del Padre, ó Padres que fueren destinados, máxime que, en la actualidad, se nota

Digitized by Google

la ausencia de los Padres, y los consideramos necesarios para recibir sus buenos consejos, así como para efectuar casamientos, bautismos y asistencia á los enfermos, de lo cual carecemos.

De la benevolencia de Vuestra Reverencia esperamos ser complacidos, y, de ser de la competencia del Gobierno de los Estados Unidos del Norte de América, también le suplicamos lo haga presente al representante del Gobierno en Manila, á fin de que se nos conceda la petición que este pueblo, con esta fecha, le elevamos.

Caraga, á 1.º de octubre de 1899.

EL GOBERNADORCILLO,

Ciriaco de la Vega.

LOS PRINCIPALES: *Teodorico Pechón. — Nazario de los Santos. — León Balante. — Paterno Reyes. — Policarpo Balante. — Basilio Ferrando. — Mariano Sobrecarey. — Paulino Sobrecarey. — Cosme Palmagil. — Lucas Lubasan. — Gregorio Alvar. — Domingo Ronquillo. — P. Cabrera. — Bruno Aguilón. — Sebastián Ferrando. — Dalmacio Ferrando. — Melecio Reyes. — Mónico Aguilar. — Pedro Alvar.*»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 3.

Instancia de la Principalía de Mati

«Muy Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús:

Los principales de este pueblo de Matti, en Mindanao, reunidos en Junta, y en representación de todos los vecinos del mismo, han acordado lo siguiente:

1.° Dirigirse por medio de la presente á Vuestra Reverencia, suplicándole la vuelta á esta Misión de uno de los Padres de la Compañía, que con tanto acierto representa, y, de ser posible, lo sea el Reverendo Padre Gregorio Parache, como último Misionero que hemos tenido.

De la seguridad personal del Padre, ó Padres, que se nos remita, responde este pueblo, donde, hasta la fecha, no se ha alterado el orden en lo más mínimo.

2.° Rogamos también á Vuestra Reverencia, de no servirle de molestia, influya cerca del representante del Gobierno de los Estados Unidos del Norte de América, para que nos envíe á esta Comandancia una Autoridad, comprometiéndose, asimismo, este pueblo en ayudarle con las pocas armas de que dispone, si llegase á alterarse el orden.

No dudamos de ser servidos, y con tal motivo nos atrevemos á dirigirnos á V. R. por medio de la presente, que levantamos en Matti á primero de noviembre de mil ochocientos noventa y nueve.

Digitized by Google

Francisco Rojas.— Manuel G.ª Neila.— Tranquilino Bandigan.—Matías Calompag.—Perfecto Antonio.—Andrés Rojas.—Anastasio Quilab.—José Limente.—Catalino Gasendo.—Gregorio Bandigan.——Martín Marnuda.— Buenaventura Llanera.— Bernabé Vicentino.— Domingo Limente.— Bonifacio Canjilog.— Luis Huerta.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 4

Instancia de las Autoridades y vecinos de Dumaguete

«Muy Reverendo Padre Superior:

Los que suscriben, vecinos del pueblo de Dumaguete, cabecera de la provincia de Isla de Negros Orientales (1), por sí y en representación de los habitantes del mismo, á V. R., con el más profundo respeto, exponen:

Que, restablecido el orden, y normalizada la situación creada por los últimos acontecimientos, han cesado, á mi juicio, las causas que pudieron motivar la salida de los Religiosos de sus respectivas parroquias, y que siendo grande, á la verdad, Muy Reverendo Padre, la pena que estos religiosos pueblos experimentan, al verse privados por tanto tiempo de los auxilios espirituales; por tanto, acuden hoy reverentes á V. R., en solicitud de que se digne proveer á este pueblo, falto de todo espiritual socorro, de Padres Jesuitas, que atiendan el remedio de sus necesidades.

En este mismo sentido se dirigen los exponentes al Iltmo. y Reverendísimo Señor Obispo de Jaro, á cuya diócesis pertenecen estas parroquias, y, asimismo, elevan una instancia á la Superior Autoridad del Archipiélago, suplicándole ordene á sus subordinados, no pongan impedimento alguno, antes bien favorezcan, cuanto esté de

(1) Este pueblo no formaba parte de las Misiones de la Compañía de Jesús.

Digitized by Google

su parte, á los Religiosos que vengan á hacerse cargo de estas parroquias, ya que esta medida ha de ser en extremo ventajosa á los pueblos, y ha de redundar grandemente en bien y prosperidad de sus habitantes.

Dígnese, pues, V. R. acceder la súplica de los recurrentes, como así lo esperan de la magnanimidad y caritativos sentimientos de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Dumaguete, 16 de noviembre de 1899.

EL PRESIDENTE LOCAL,

Prudencio Marino.

Juan Tevez. — Gerardo Periquet. — Agripino Boz. — Juan Pucul. — Alejandro Calada. — Timoteo Regalado. — Martín Masías. — Catalino Pinili. — Alfonso Sindiong. — Blas Amistad. — José V. Tevez. — Manuel Tevez. — Emilio Días. — Fernando Tenor. — Mariano Auscn. — A ruego de Pedro Bucad, Fernando Tenor. — A ruego de Cornelio Momopa, Emilio Días. — Pastor Valeriano. — Marcos Ramas. — Pedro Orbeta. — Vicente Amor. — Elpidio Amor. — Juan Lasola. — Doroteo Tevez. — Benigno Tevez. — Juliano Latan. — Feliciano Noble. — Magno Generoso. — Ramón Pastor.

Muy Reverendo Padre Superior de los Padres de la Compañía de Jesús.»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 5.

Instancia del Gobernadorcillo y principales de Baganga

«En el pueblo de Baganga, distrito de Matti, de la Isla de Mindanao, á 20 de noviembre de 1899, reunidos en junta, con la autoridad del mismo, toda la principalía, en representación del pueblo, acordaron levantar la presente, de la cual se saca copia, y, en forma de instancia, elevarla al R. P. Superior de los Padres Jesuitas en Manila, puesto que, en la actualidad, ignoramos en ésta cuál sea el Gobierno de las Islas:

Muy Reverendo Padre Superior: debido á la situación precaria por que este pueblo atraviesa, así como todos los del distrito, humildemente le suplicamos que haga vuelva á esta Misión el Reverendo Padre Mateo Gisbert, y, á no ser posible, otro de la orden, con lo cual renacerá la alegría, animación y bienestar de que este pueblo carece, y con eso seguirá la conversión, los recién convertidos se afianzarían más, y hasta con seguridad los infieles no cometerían los atropellos y desastres, como el sucedido el 2 de Setiembre último, de los que han sido víctimas 63 personas, 6 cautivos y unos 40 nuevos cristianos alzados.

También desearíamos que V. R. influyese que, al mismo tiempo que el Padre, viniese á este distrito una autoridad reconocida, para que, en unión del citado Padre, aunque en distinto sentido, nos hiciese ciudadanos útiles á Dios y á la Patria.

Digitized by Google

Si, debido á las circunstancias, y á ciertos elementos díscolos, el orden de este pueblo se alteró; hoy, gracias á la desaparición de aquéllos, hay completa tranquilidad, y si algo le perturba, es el temor de alguna nueva invasión, por las cercanías de los infieles mandayas.

Escepto de esto, respondemos con nuestra existencia por la del Padre, así como de la de cualquier Autoridad que por el Gobierno se nombrase para el de este distrito, y respondemos también de alimentar al Padre y Hermano, caso que á la Autoridad del Archipiélago no le fuese posible ó conveniente hacerlo.

Que para bien de la Cristiandad le conserve Dios la vida piden estos sus hijos,

EL GOBERNADORCILLO,

Felipe Chaves.

LOS PRINCIPALES: *Nicomedes Apóstol.* — *Estanislao Alvar.* — *Eugenio Orjanil.* — *Cleofás Pérez.* — *Regino Munoanan.* — *Bibiano Batingana.* — *Benedicto Rosario.* — *Maximiliano Palmagil.* — *Gregorio Morales.* — *Bibiano de la Salde.* — *León Imoy.* — *Angel Morales.*»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 6.

Informe del Comandante del distrito de Mindanao y Joló sobre la vuelta de los PP. Misioneros al Sud de Mindanao (1).

«Los pueblos ocupados por las fuerzas Americanas en el Sud de Mindanao, á fines de Diciembre de este año de 1899, á saber, Zamboanga, Isabela de Basilan, Cotabato, Polloc, Dávao y Mati, pidieron con instancia al Jefe de las fuerzas que les procurase la vuelta de los Misioneros Jesuitas á los puestos que antes tenían, fundando su petición en el deseo de la gente, de tener, como antes, los acostumbrados cultos en las iglesias, bautismos, casamientos y entierros, añadiendo, además, que la presencia de los Misioneros sería una garantía para la paz y tranquilidad de los pueblos, tanto más, cuanto que los Misioneros están en buenas relaciones con los Moros y también con los Indios, cuyas necesidades conocían perfectamente.

Manila 27 de Diciembre de 1899.

Soy de V. con el mayor respeto, etc.

J. C. Bates (hay una rúbrica)
Brig. Gen. de Vols.
Comand. del Distr. de Mindanao y Joló.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

(1) Es traducción del original inglés. Lo presentó al R. P. Superior de la Misión el General Bates, poco después de haber tomado posesión del Sur de Mindanao.

Digitized by Google

Documentos núms. 7, 8 y 9.

Instancias y Acta de la Junta de Autoridades y principales vecinos de Dávao

INSTANCIA 1.ª

«Dávao, 24 de Enero de 1900.

R. P. Superior de los Jesuitas. Manila.

Muy señor nuestro y respetado Padre: En nombre del pueblo de Dávao tenemos la honra de dirigir á V. R. la presente, al objeto de manifestarle que, habiendo reunido los vecinos principales y pudientes de este pueblo en esta presidencia, acordaron suplicar á V. R. se nos envíe al R. P. Mateo Gisbert, ú otro Padre, en defecto de éste, de esa Benemérita Compañía, pues convencidos todos que ningún otro puede dar buen resultado á la Misión, como los Jesuitas, por su desinterés en beneficio de las almas y de la Religión; por lo que se firmó una acta, comprometiéndose todos á sostener al Cura que va á ser en este pueblo, hasta tanto que el Gobierno Americano disponga, á cuyo fin dirigimos una solicitud en forma; cuya acta remitimos directamente al R. P. Mateo Gisbert para que se la entregue á V. R.

Esperamos, pues, del magnánimo corazón de V. R., se sirva resolver lo más pronto posible en nombre de nuestra sacrosanta religión y bien de las almas, pues es el voto de todos.

Aprovechan esta ocasión para ofrecerse de V. R. afectísimos

S. S. S. Q. B. S. M.

Dámaso Suazo.—Teodoro Palma Gil.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

INSTANCIA 2.ª

«Dávao, 24 Enero de 1900.

R. P. Mateo Gisbert. Manila.

Nuestro respetado Padre: Habiéndose reunido en esta Presidencia Local de nuestro cargo, los principales y vecinos pudientes acordaron pedir un Cura Párroco para este pueblo, y convinieron suplicar al R. P. Superior de los Jesuitas que se nos envíe á V. R., pues á más de ser conocido en este pueblo, por su larga estancia en el mismo, ha captado la simpatía de los salvajes que pueblan los Montes de este Distrito, que con instancia piden que se venga aquí; por lo que tenemos la honra de acompañar á V. R. el acta levantada, para que se entere de ella, entregando después al R. P. Superior, para su resolución, á cuyo fin le dirigimos con esta fecha una atenta carta.

Al hacer la petición, cumplimos con los deseos del público, que pide en nombre de nuestra Sacrosanta Religión que venga un Padre Jesuita á esta Misión; pues se encuentran muchos niños sin bautizar ni estar inscritos en el Registro Civil, porque muchos padres de familia no quieren hacerlo, hasta tanto que no bautize un Sacerdote, sucediendo lo mismo á los novios, que no quieren casarse civilmente, sino por medio de la Iglesia; fuera de los muchos que mueren sin sacramentos.

Rogamos, pues, á V. R. que se interese por estas pobrecitas almas, y que influya todo lo que pueda en parte para conseguir del R. P. Superior lo que en el Acta deseamos.

Aprovechan la ocasión para ofrecerse á V. R. afectísimos

S. S. Q. B. S. M.

Dámaso Suazo.—Teodoro Palma Gil.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

ACTA

«En el pueblo de Dávao, cuarto Distrito de Mindanao, á los veinticuatro días del mes de Enero de mil novecientos: Estando presentes los señores D. Dámaso Suazo y Teodoro Palma Gil, Presidente y Vicepresidente, respectivamente, de este pueblo, se reunieron los señores que suscriben, principales y pudientes del mismo, con el fin de acordar el modo de proveer á la localidad de un Cura Párroco; y después de un largo y discutido debate, convinieron que, en vista del resultado que da la Misión de los Jesuitas, en el tiempo que se hallaba en esta localidad, por su buen ejemplo de moralidad y buen tacto de convertir á la civilización á muchos salvajes, es de parecer que se dirija una carta por los Señores Presidente y Vicepresidente al Reverendo Padre Superior de los Jesuitas, suplicándole se sirva enviarnos al Reverendo Padre Mateo Gisbert por ahora, hasta que resuelva el Gobierno Americano, á quien hemos dirigido para pedir Misioneros Jesuitas para este Distrito: Cuyo Padre, es muy conocido del pueblo, por haber estado en ésta mucho tiempo, y se ha distinguido por su simpatía con los salvajes. Que mientras el Estado no señale cantidad alguna para el sostenimiento de la Misión, que los que suscriben se comprometen de abonar mensualmente el sueldo correspondiente al expresado Padre. Y para que conste, en donde convenga, la presente, firman todos con dichos señores, y yo el infrascrito Secretario Certifico.

Dámaso Suazo.—Teodoro Palmagil.—Tomás Monteverde.—Mariano A. Generoso.—Manuel Sánchez.—Braulio Reyes.—Fausto Nabung.—Mariano Regino.—Víctor Regino.—Juan Honorides.—Gabriel Dulfo.—Benito Vellamad.—Chino Bamino.—Bonifacio Quesadas.—Nicolás Pizarro.—Juan Bangoy.—Florentino Quiñones.—Pascual Ferrando.—Justo Verzosa.—Lunjo.—Isidoro Bustamante.—Vy.—Simpol.—Mariano Palma Gil.—Cenon Rajal.—Matute hermanos.—Estanislao P. Gil.—Epifanio Royos.—Dámaso Palacios.—Juan Anad.—Jorge Saavedra.—Ynajua.

Ante mí.
Melecio Loyola.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documentos núms. 10 y 11.

Instancias de Tamontaca dirigidas al R. P. Superior de la Misión y al Excmo. Sr. Capitán General del Archipiélago.

INSTANCIA 1.ª

«Por falta del competente.

M. R. P. Superior.

Los infrascritos, en nombre de todos los vecinos y naturales del pueblo de Tamontaca, incluso los tirurayes, á V. R., con el más profundo respeto, exponen:

Que protestamos ante V. R. de que conservamos como la única perla, la más preciosa, en nuestros corazones, las sanas creencias que nos habían inculcado nuestros inolvidables y dignos hijos del taumaturgo y fundador de la infatigable y siempre alabada Compañía de Jesús, el gran Padre é inmortal S. Ignacio de Loyola, de cuyo manto paternal se cobija V. R. con indecible gozo. Considerando que á falta de Misioneros para sostener y fomentar la viña del Señor, sembrada en este último rincón de Mindanao, se marchite y muera en medio de las cizañas, ya por la debilidad humana, ya por otros conceptos, de que V. R. los tiene contados más que nosotros, por su elevado criterio. Considerando que la referida Compañía, según sus institutos, tiene todos sus esfuerzos y afanes en bien de las almas, á mayor gloria de Dios, y más que nunca en estos tiempos de tantos disturbios, en que se ve atribulada la Santa Iglesia Católica. Considerando, además, á nosotros, como á hijos indignos del Señor de V. R., que queremos profesar en toda nuestra existencia la Sta. Fe

Digitized by Google

de N. S. Jesucristo, que nos enseñaron los dignísimos súbditos de V. R. Y por último, considerando que esta petición que hacemos á V. R., sin duda ninguna serán inspiraciones del Espíritu Santo, que nos movió á realizarlo, para que no se ahogue del todo lo poco que restamos nosotros en medio del Protestantismo y Mahometismo.

A V. R. encarecidamente ruegan se sirva interesar del Gobierno Superior Americano del Archipiélago, y ordenar la venida de nuestro querido P. Guillermo Bennásar S. J., lo más pronto posible y V. R. lo crea conveniente.

Gracia que no dudamos obtener de la reconocida bondad de V. R. y, á la vez que le quedaremos en gran manera obligados por este inmerecido favor, á Dios N. S. rogamos que cubra lo que nos hubiese faltado en nuestras súplicas.

Dios gue. á V. R. m.s a.s

Tamontaca 8 de Marzo de 1900.

Ignacio Ortuoste. — Felipe de los Santos. — Ignacio Loyola. — Juan González. — Pedro Claver. — Carlos Muniz. — Luis Tenorio. — Amalio Lorenzo. — Pío Ortuoste. — Víctor Lorenzo. — Juan Alcalá. — Ignacio Yopeña. — Rafael Gandulfo. — Antonio Arechabala. — Guillermo Carrillo. — Marcos Chaves. — Mariano Mañago. — Saturnino Bayonos. — Alejandro López. — Joaquín Ruiz. — Miguel Roda.

Al M. R. P. Superior de la Misión.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

INSTANCIA 2.ª

«Por falta del competente.

Excelentísimo Sr.

Los abajo firmados, provistos todos de cédulas personales americanas expedidas por la Admón. de Hacienda de este Distrito, en representación de todos los vecinos y naturales de este pueblo, incluso los tirurayes, á V. E. con todo respeto expone:

Que una vez sometidos al Gobierno de los Estados Unidos, creemos en deber que para la buena armonía en nuestros pueblos, es de todo punto necesario el que en ellos hayan Padres, pues, según se ha observado siempre, han sido la ayuda grande del Gobierno; inspiran á los pueblos sentimientos santos, les aconsejan á la pronta obediencia al Gobierno y á la exacta observancia de las Leyes y otros muchos deberes del ciudadano, que, á falta de ellos, no llegará [*no llegarán*] á comprender ni acertar los pueblos, nada civilizados como este. Y siendo los RR. PP. Jesuitas eran *(sic)* los que más se han sacrificado en esta isla de Mindanao para la conversión de sus naturales al Catolicismo, sería muy justo y razonable que vinieran los mismos, y de consiguiente, somos de parecer que aquí se nos hacen falta, y en atención á esta absoluta necesidad,

A V. E. encarecidamente ruegan que, en vista de las razones expuestas, se sirva disponer lo conveniente y acordar la venida de dichos Padres.

Gracia que se promete [*se prometen*] alcanzar de la notoria bondad de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Tamontaca 8 de Marzo de 1900.

Ignacio Ortuoste. — Felipe de los Santos. — Alejandro López. — Marcos Chaves. — Pedro Claver. — Carlos Muñiz. — Ignacio Loyola. — Pío Ortuoste. — Víctor Lorenzo. — Juan Alcalá. — Joaquín Ruiz. — Saturnino Bayonas. — Rafael Gandulfo. — Amalio Lorenzo. — Antonio Arechabala. — Mariano Mañago. — Nicasio Ortuoste. — Miguel Roda.

Excmo. Sr. Capitán General Americano de este Archipiélago.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documentos núms. 12, 13, 14 y 15.

I. Instancia de la Junta popular de Surigao elevada al R. P. Superior de la Misión

«Rdo. P. Superior de los PP. Jesuitas:

La Junta popular, en unión con los vecinos de la misma, respetuosamente acuden á V. R. y exponen: Que no estando administrada esta Parroquia por Párroco propio, hemos acordado elevar á V. R. la presente solicitud, rogándole se digne disponer vengan algunos Padres de su Orden para encargarse como antes de esta Parroquia, debiendo manifestar á V. R. que con esta misma fecha elevamos igual solicitud al Sr. General Americano, pidiéndole la misma gracia.

Por lo que

Á V. R. rogamos y suplicamos se digne disponer vengan lo más pronto posible los Padres que juzgue necesarios para administrar esta Parroquia.

Gracia que esperamos conseguir de [*la*] bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Surigao 28 de Marzo de 1900.

Felipe Rendón.—Catalino Elumba.—Mar.s Reyes.—Pío G. Caymo.—Román Vázquez.—Manuel Ballori.—Graciano Ribera.—José Santos.—Prudencio García.—Leandro de los Ríos.—Eugenio Selosa.—Joaquín Valdespín.—Felipe Pajos.—Mariano Espina.—Juan Renoche.—Raimundo Parpan.—Teodoro Bigil.—Eusebio Malayo.—Antonio Varvín.—Julio C. Javier.—Ambrosio Giménez.—Apolonio Diez.—Juan Kbisín.—Juan Bayón.—Mariano Puentevera.—Donato Rivero.—Rufino Tote.—Regino Tason.—Santos Cedro.—Bernardo Vázquez.»

Digitized by Google

II. Instancia de la misma Junta dirigida al Excmo. Sr. Capitán General

«Excmo. Sr. General:

La Junta popular de este pueblo y cabecera de Surigao, 3.er Distrito de Mindanao, en unión con los vecinos del mismo, respetuosamente acuden á V. E. y le exponen: Que teniendo necesidad esta cabecera de tener Sacerdotes que administren esta parroquia, acordó esta Junta que se eleve á V. E. la presente solicitud, suplicándole se sirva permitir y disponer vengan algunos Padres Jesuitas para administrar como antes esta citada Parroquia.

Por lo que á V. E. rogamos y suplicamos se digne acceder á nuestra petición. Gracia que esperamos alcanzar de la bondad de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Surigao 28 de Marzo de 1900.

Excmo. Señor.

Felipe Rendón.—Catalino Elumba.—Mac.º Reyes.—Pio G. Kaimo.—Román Vázquez.—Manuel Ballori.—Graciano Rivera.—José Santos.—Prudencio García.—Leandro de los Ríos.—Eugenio Selosa.—Joaquín Valdespina.—Felipe Pajo.—Mariano Espina.—Juan Renoche.— Raimundo Parpan. — Teodoro Bigil. — Eusebio Malayo.—Ant.º Barrios.—Julio Javier.—Antonino Gimeno.— Apolonio Diez.—Juan Renoche.—Juan Bayona.—Donato Rivero.—Regino Tason.—Santos Pedro.— Mariano Puentebella.— Rufino Tote.— Bernardo Vázquez.»

Digitized by Google

III. REGISTRO Y ENDOSO DE LA MISMA INSTANCIA AL RMO. SR. DELEGADO APOSTÓLICO EN FILIPINAS PARA SU INFORMACIÓN.

«N.° 1354 B. Received.

Military Governor Office.

Manila P. I. April 9 ... 1900.

Surigao, Mindanao, March 28, 1900.

Popular Junta of Surigao request Military Governor to permit the return to that town of members of the Society of Jesuits to reassume administration of the Parish.»

D. L.

«1.st Indorsement.

Office S. Military Governor in the Philippines.

Manila P. I., April 9. 1900.

Respectfully referred to the Right Reverend P. L. Chapelle Archbishop of New-Orleans, Delegate Apostolic to Cuba, Puerto-Rico and the Philippine Islands, Manila P. I., for his information, with request for the return of the petition.

E. Otis.

Major General V. S. Volunteers, U. S. Military Governor of the Philippine Islands.»

Digitized by Google

IV. Informe del R. P. Superior sobre la misma instancia, á petición del Rmo. Sr. Delegado apostólico.

«El Superior de la Compañía de Jesús que subscribe, invitado por V. E. Rma. á informar respecto á la petición que la Junta popular de Surigao (Mindanao) ha elevado al Mayor General Gobernador Militar Sr. Otis, tiene el honor de representar que la Misión de la Compañía de Jesús, cuanto es de su parte, está dispuesta, en condiciones hábiles, á volver á hacerse cargo de aquella y demás Misiones de Mindanao, que obligada por las circunstancias hubo de abandonar temporalmente.

Dios guarde á V. E. R muchos años.

Manila 11 de abril de 1900.

Pío Pi, S. J.

Rmo. Sr. Delegado Apostólico en Filipinas.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 16.

Instancia de las Juntas provincial y local de Butúan

«R. P. Superior de la Compañía de Jesús:

Los miembros de las juntas Provincial y local de este Distrito, que abajo suscriben, ante V. R., con el mayor respeto, tienen el honor de exponer: Que cuando el General Sr. Simón González, que entonces ejercía el mando de Jefe Superior Militar de Mindanao, declaró prisioneros á todos los Padres Misioneros de Agusan, obtuvo el pueblo de Butúan, de la referida Autoridad, licencia de quedarse con un Padre que pudiese administrar los ministerios propios de Sacerdote. Obtenida la licencia, escogió el pueblo al Rdo. P. Fernando Diego, quien, desde entonces, ejerce dichos ministerios en esta Cabecera y pueblos dependientes, con harta satisfacción de los vecinos, por las altas dotes sacerdotales que le adornan. Harto comprenderá V. R. los motivos, por los cuales los habitantes todos de esta Cabecera, han puesto grande insistencia en tener un Padre; pues, acostumbrados desde tiempo inmemorial á gozar de los beneficios espirituales que nuestra Santa Religión ha encomendado á los Sacerdotes, veían con gran sentimiento que, de salir el Padre Fernando Diego, se quedarían en la más triste orfandad y abandonados á la inseguridad de la salvación de sus almas. Así que, á pesar de las justas y repetidas instancias que el referido Padre presentó á las Autoridades de esta Provincia, para poder cumplir el llamamiento de V. R.; y, á pesar también del cambio político obrado en esta Provincia, hace algunos días, por el cual ha quedado en libertad dicho Padre, preso hasta entonces contra todo derecho y á merced

Digitized by Google

únicamente de la mala política seguida por el Presidente provincial de esta Cabecera, no han podido menos de escuchar la voluntad de todos los habitantes de esta Cabecera, empeñada en no quedarse sin un Sacerdote.

Estos son los únicos motivos, por los cuales, hasta ahora, ha permanecido el Padre Fernando Diego en esta Cabecera; y, habiendo sabido que V. R. nuevamente ha hecho llamamiento al referido Padre, los que abajo suscriben, después de consultar la voluntad pública, han acordado elevar á V. R. la presente instancia, suplicándole encarecidamente se digne otorgarnos la gracia de que permanezca, por ahora, en este pueblo, el ya referido Padre, ó en su caso, disponga sea sustituído por otro Padre de la Compañía de Jesús, hasta tanto no podamos conseguir otro Sacerdote.

Por las razones arriba expuestas, abrigamos la entera confianza de que la acostumbrada caridad de V. R., no desdirá en esta ocasión los afectos de verdadero Padre de nuestras almas, que siempre nos ha demostrado.

Gracia que esperamos alcanzar de V. R., cuya vida prolongue Dios muchos años, para bien de los habitantes de esta Naciente República.

Butúan, 28 de Marzo de 1900.

EL PRESIDENTE PROVINCIAL,

Canuto Rosales.

Gumersindo Flores.—Bautista Calo.—Florencio Corbera.—Juan Atega.—Simeón Trillo.—Evangelista Conde.—Catalino Rosales.—Claudio Sánchez.—Juan Rosales.—Isidro Mantilla.—Pastor Atega.—Baltasar Pumero.—Angel Burdeos.

R. P. Superior de la Compañía de Jesús.»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 17.

Instancia de la Junta popular y Principalía de Jasaán.

«M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús de Filipinas.

Los principales, juntamente con la Junta popular, que suscriben, con gran respeto y humildad manifestamos á V. R., que si es posible concedernos, deseamos todos los habitantes (de este pueblo) que el P. Heras (1), á quien hemos en verdad elegido, que no se nos le quite, porque él es el que levantó esta Iglesia, que todavía no está terminada, y los demás edificios, y ahora han sido ellos llamados por V. R., que si es posible concedernos, suplicamos de veras á la respetable autoridad de V. R., que nos lo devuelva á este nuestro pueblo, porque en verdad le serviremos, según Dios manda, hasta la muerte.

Guarde Dios la preciosa vida de V. R. por muchos años.

Jasaán á 30 de Marzo de 1900.

El Presidente Local, *Macario Regalado.*—El Vice-Presidente, *Vicente Sangan.* — El Delegado de Policía, *Patricio Paduzanan.*—El D. de Rentas, *Doroteo Mercado* —El D. de Justicia, *Procopio Valledor.*—Los cabezas de barrio, *Glicerio Jansalin, Bernabé Zamayla.*—Los Principales, *Nicolás Jansalin, Petronilo Daet, Tomás Raganot, Hermógenes Daet.*»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

(1) El P. Juan B. Heras.

Digitized by Google

Documento núm. 18.

Instancia del Presidente de Romblón.

«Respetuosamente tengo el honor de dirigirme á V. R. para manifestarle que en esta población (1), donde sin tener merecimientos, vengo ejerciendo el cargo de Presidente Municipal, la aspiración que más late en los corazones de todos los vecinos huérfanos, digámoslo así, hace cerca de dos años, de Padre espiritual, es el tener al menos un Sacerdote de la Compañía de Jesús de la Casa Misión de la que es V. R. su digno Superior.

Afortunadamente, con el socorro de la Divina Providencia, se conserva acrisolada en todos los pueblos del Distrito la idea de nuestra Sacrosanta Religión, y que, sin duda alguna, se afirmaría más y más, habiendo un Sacerdote Jesuita que nos dirija y guíe en el camino tan delicado, como interesante, cual es el de la salvación.

De algún tiempo á esta parte, voy notando que ciertas familias, poco instruidas en materias de religión, conformándose con las disposiciones del Gobierno temporal, se casan civilmente, lo cual, en mi corto entender, no se halla en harmonía con los principios de moral cristiana, y constituye un motivo más para que los Ministros del Señor se hagan cargo de tan perentorias necesidades espirituales.

Hace algunos días, ha pasado aquí el Vapor «Záfiro» y en él iba un Señor Almirante de la Armada del Gobierno de los Estados Uni-

(1) Su cultura espiritual no corría á cargo de los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús.

Digitized by Google

dos, ante cuyo señor me hube permitido exponer los deseos del pueblo, habiéndose dignado contestarme que haría por su parte todo cuanto pudiera para gestionar la venida de un Sacerdote.

Todo lo que me honro en comunicar á V. R. para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Romblón, 4 de Abril 1900.

EL PRESIDENTE,
Wenceslao Molo.

M. Rdo. P. Superior de la Misión de la Compañía de Jesús.— Manila.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 19.

Instancia del Presidente provincial del distrito de Zamboanga y vecinos que subscriben, en representación de la provincia.

«Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús de las Islas Filipinas.

Don Isidoro Midel, Presidente Provincial de este Distrito, y los que suscriben, por sí y en nombre y representación de los naturales de esta Provincia, á V. R., con el profundo respeto y sumisión debida, exponen: Que en el acta de sumisión levantada en la Casa Gobierno de esta plaza, el día 20 de Noviembre del pasado año 1899, ante el Sr. Comandante y Oficiales del cañonero de guerra «Castine», entre otras peticiones formuladas en ella, hemos solicitado se respete la Religión Católica, Apostólica, Romana, única que profesamos y todos los naturales del Distrito. Como quiera que los auxilios de la misma es cada día más apremiante, los que suscriben, en nombre y representación de todos los habitantes de la Provincia, acuden respetuosamente y á V. R. ruegan y suplican encarecidamente, se digne disponer, para que los Padres de la Compañía de Jesús vengan de nuevo á este Distrito, por las razones antes expuestas. Gracia y especial merced que esperamos conseguir de la acreditada benignidad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Zamboanga 14 de Abril de 1900.

Isidoro Midel.—Epifanio Natividad.—Juan Daga Manuel.—Agapito Hernández. — Macario Bareto. — Juan Gálvez. — José D. Manuel.— Gregorio Sebastián.—Simón Alarios.—Tomás Manuel.—Primitivo Ibáñez.—Pablo Pioquinto.—Rufino Salazar Benito.—Valentín Trinidad.—Guillermo Roldán.»

Es copia. Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documentos núms. 20 y 21.

INSTANCIA DE LOS PRESIDENTES PROVINCIAL Y LOCAL, PRINCIPALÍA Y VECINOS DE DAPITAN, Y RECOMENDACIÓN DEL COMANDANTE KELLY.

«M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús de estas Islas.

Los católicos que suscriben, Presidentes Provincial y Local, principalía y demás vecinos de esta Cabecera, ante V. R., con el debido respeto y acatamiento, nos presentamos y exponemos:

Que, habiendo trascurrido más de un año sin Padres Misioneros estos Pueblos, desde que salieron nuestros queridos, en el mes de Marzo del año próximo pasado de 1899 por las circunstancias actuales; y habiendo arreglado casi todas las Provincias del Archipiélago, particularmente esta provincia, evacuada al Gobierno norte-americano, sin costo ninguno, en el primer buque que arribó á este Distrito en 10 de Febrero último, y en 1.° del actual, desembarcaron en esta Cabecera la fuerza mandada por un Capitán, para asegurar el Distrito, cuyo Jefe, oficiales y tropa demostraron su amor al pueblo, tratando humanamente á sus habitantes;

En vista de todo lo expuesto, consideramos no tener inconveniente á que nuestros queridos y respetables Padres Misioneros vuelvan á estos pueblos, pues sino nos proporciona los Ministros de Nuestro Señor Jesucristo que nos lleve [*lleven*] por el camino de la salvación, ¿qué sería de nosotros, en la hora de la muerte, y de nuestros hijos, si

Digitized by Google

llegasen al uso de razón sin ver un Ministro de Vuestra Sacrosanta Religión? cuyo dogma se ha conservado hasta la presente.

A V. R. humildemente rogamos y suplicamos se digne proporcionarnos los consuelos de los fieles habitantes de esta provincia, haciendo que vuelvan á estos pueblos Nuestros queridos Padres Misioneros.

Es gracia que no dudamos alcanzar de la reconocida bondad y caritativo corazón de V. R., cuya importante vida guarde el cielo por dilatados años para el consuelo de sus feligreses.

Dapitan 24 de Abril de 1900.

Eugenio Daymiel. — Andrés Cadavedo. — Aniceto Sagario. — Celedonio Dalman. — Gregorio Bahamonde. — Proceso Aguia. — Santiago Dalman. — Mariano Ibamoy. — Agatón Ibamoy. — Baldomero Cabesú. — Sixto Ibamoy. — Nemesio Adriensem. — Ezequiel Sagario. — Pedro B. Elumba. — Félix Cadavedo. — Eliseo Aguia. — Silvestre Fallega. — Félix Page. — Isabelo Adasa. — José Aceñero. — Santiago Ibamoy. — Juan Elumbaring. — Victor Cad. — Julio Padao. — Cleofás Sagario. — Antonio Ibamoy. — Martino Magcanta. — Florencio Reyes. — Luis Ibamoy. — Romano Calacat. — Basilio Eguia. — Celestino Adriensem. — Pantaleon Fontanilla. — Sixto Carreón. — Ciriaco Ibamoy. — Santos Elumba. — Alfonso Elumba. — Miguel Ibamoy. — Francisco Ibamoy. — Anselmo Ibamoy. — Saturnino Ibamoy. — Pedro Ibamoy. — Sotero Ibamoy. — Martín Ibamoy. — Margarito Ibamoy. — Damián Carreón. — Arcadio Saput. — Vicente Valladares. — Romualdo Eagbaya. — Benito Eagbaya. — Felipe Telmo. — Juan Adrias. — Teodoro Dalman. — Andrés Adrias. — Toribio Lactuan. — Cipriano Dansalan. — Anatalio Acailar. — Mariano Cerian. — Felipe Cadavedo. — Salustiano Lactuan. — Juan Sagutin. — Filomeno Falconete. — Ponciano Recámara. — Martín Saput. — Prudencio Recámara. — Marcos O. Eguía. — Antonio Saput. — Ruperto Adrias. — Aniceto Cuyuga.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

El documento anterior iba acompañado del siguiente, en inglés:

«Al muy Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús de Filipinas.

Señor:

Me proporcionará V. verdadero gusto, si alguna palabra mía sea el medio de favorecer los intereses y prosperidad de la Iglesia y pueblo de esta sección.

Yo encontré aquí la gente devota y modesta, digna de consideración, y, como hay un caro deseo de sus corazones que un Misionero Sacerdote esté domiciliado entre ellos, yo confío que el favor de V., ó conveniencia y gusto, les contentará.

Las armas militares del Gobierno de los Estados Unidos dan y darán entera protección á todos.

Con profundo respeto,

Lultes S. Kelly.

Capitán del 40 de Infantería. Comandante.

Dapitan, Abril 25, 1900.»

Es traducción literal.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documentos núms. 22 y 23.

I. Instancia del Jefe local de Veruela
II. Traducción del anterior documento

«R. P. Superior de la Compañía de Jesús:

El Filipino Bernardino Duron y Polintan, Gefe local de Veruela de este alto Rio Agusan magasuguilon sa Padre, tungud sa cahimtang sa mga bagong cristianos nga guinamisionan sa mga PP. Jesuitas, nga cutub sa pagguican sa mga PP. Misioneros sa maong Compañía, nanagbia na sa ilang lungsud, ug mipauli na sa buquid nga daan nilang puluyanan; cay matud nila, guicuha na ang mga pare, dili na idayon ang religión Cristiana canila; ug ang uban entra na sa pagbono sa ilang isigcaingon: ngani ang anac sa Maestro guibono sa usa ca bagong cristianos; ang tuyo, aron mabungcag ang lungsud cun mudalagan ang maestro.

Apan ang diutay nga maayong tao nanagtinguha nga bumalic gayud ang maong mga Misioneros, aron matarung sila; ug nagsabut magaamut sila sa caliman ca pisos, cay ipalit nila sa usa ca Padre, aron matarong ang ilang lungsud ug mamaayo ang mga tao.

Quini, P. Superior, matuud gayud; cay ngani caming mga cibilisados nanagdaut gayud sa pagbia na sa mga pare; cay tagsa na ang moasisti sa pag Rosario sa mga Domingo ug sa mga fiesta.

Sa tungud niini, hinaut unta nga malooy canamu ang P. Superior, nga pabalicon sa madali ang among mga pare; cay duul na matumba ang dao simbahan nga guipatindug sa la Compañia ni Jesus ug con matumba na, malisud na ang pagcabangon. Ug con mahimo, quini maayo con maquita sa Sr. Presidente de Filipinas, aron tanaon sa mga sama iyang casing-casing, caming mga cailo nga isigca Filipino.

Veruela 30 de Abril de 1900.

Salud, unión y fraternidad. Q. B. S. M., *Bernardino Duron.*»

Digitized by Google

Traducción literal del documento anterior.

«Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús: El filipino Bernardino Durón y Polintan, Jefe local de Veruela de este alto Río Agusan, hace saber al Padre, que los nuevos cristianos, que fueron misionados por los PP. Jesuitas, desde la salida de los PP. Misioneros de la misma Compañía, han abandonado ya sus pueblos, y se han vuelto al monte, antigua morada suya, pues dicen que ya han quitado á los Padres y que ya no se continuará la religión cristiana entre ellos; y algunos ya han empezado á matar á sus semejantes, y el hijo del Maestro fué asesinado por un nuevo cristiano, y el fin fué para que se destruyese el pueblo, al escaparse el Maestro.

Pero los pocos buenos hombres de aquí, desean de veras que vuelvan los mismos Misioneros, para que sean justos; y han convenido en hacer una colecta de 50 pesos para comprar un Padre, para que reine la justicia en el pueblo y sean buenos los hombres.

Esto, P. Superior, es la pura verdad, porque aun nosotros, los civilizados, hemos salido verdaderamente perjudicados con la salida de los Padres, pues sólo alguno que otro asiste al Rosario los domingos y fiestas.

En cuanto á esto, ojalá se compadezca de nosotros el P. Superior: que mande vuelvan pronto nuestros Padres, porque presto vendrá á tierra la iglesia que levantó la Compañía de Jesús, y si cayere, será difícil ya el levantarla. A ser posible, bueno sería que se enterase de esto el Presidente de Filipinas, para que, los que son de corazón semejante al nuestro, vean que, con respecto á esto, nosotros sus compatriotas, filipinos como ellos, seremos los perjudicados.

Veruela 30 de Abril de 1900.

Salud, unión y fraternidad. Q. B. S. M.,

Bernardino Durón.»

Es copia y traducción.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 24.

ACTA DE LA SESIÓN CELEBRADA POR LA JUNTA POPULAR DE HINATÚAN

«ACTA.—En Hinatuan, á seis de Mayo de mil novecientos, se reunieron en la Casa Consistorial, previa convocación al efecto, la junta popular del mismo, bajo la presidencia del Sr. Tomás Luna, Gefe Local, Vice Presidente el Cabeza del Centro, Sr. Francisco Potenciando, y Secretario el Delegado de Justicia, Sr. Eduvigio Lindo. El Presidente tomó la palabra, manifestando que, encontrándose este pueblo, desde hace bastante tiempo, sin algún Sacerdote que administre los Stos. Sacramentos, los referidos miembros acordaron, por unanimidad, dirigir un manifiesto al M. R. P. Misionero de Surigao, á fin de que por si gusta pasar ó visitar en este pueblo, por una temporada, previo el consentimiento de las autoridades del Distrito, con el fin de administrar los Stos. Sacramentos durante su estancia en este pueblo, quedando obligado este pueblo en sufragar los emolumentos y demás gastos que pudiera originar en el viaje y permanencia en este pueblo. Así mismo acordaron remitir una copia de esta Acta al referido Sacerdote, á fin de que tenga á bien hacer las diligencias oportunas para el indicado fin. Y no teniendo más asuntos que tratar, se dió por terminada esta sesión, levantándose la presente acta, que firman los Sres. Componentes de que certifico.

Hay un sello que dice: Gefatura Local Hinatuan.

EL GEFE LOCAL PRESIDENTE, *Tomás Luna*.—EL VICE PRESIDENTE, *Francisco Potenciando*.—Siguen las firmas de los MIEMBROS en número de diecisiete.—EL SECRETARIO, *Eduvigio Lindo*.»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 25.

Instancia de la Junta popular de Cabarbarán, autorizada por el Presidente provincial de Butúan

«Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús:

Los miembros de la junta popular de este pueblo, en representación de todos los vecinos del mismo, debidamente autorizados por el Señor Presidente Provincial de Butúan, á V. R., después de tributarle el más justo homenaje de humildad, tienen el honor de exponer:

Que, habiendo llegado á nuestra noticia que los Padres de la Compañía de Jesús vuelven ya á sus Misiones de Mindanao, el pueblo de Kabadbarán, en junta magna, reunido el día 27 del actual, acordó, en unánime consentimiento, por el afecto que siempre ha manifestado á los Reverendos Padres de la Compañía, elevar ante V. R. la presente instancia, pidiéndole un Padre para este pueblo; en el caso que, en esa de Manila, no hubiese V. R. dispuesto un Padre, puede pedirlo á España, que nosotros abonaremos ó pagamos el pasaje de dicho Padre, de España á Manila; y desde Manila aquí, no sólo estamos dispuestos á pagar el pasaje, mas también de la manutención y otros gastos que los Padres efectúen.

Bien sabe V. R., que el pueblo de Kabadbarán ya tenía señalado el R. Padre Alberto Masoliver para Cura Misionero, pero que la muerte inesperada del P. Valentín Altimiras nos quitó á dicho Padre. Ahora volvemos á suplicar á V. R. se digne oir nuestra súplica, que sale de lo más íntimo de nuestro corazón.

Digitized by Google

Gracia que el pueblo de Kabadbarán no duda alcanzar de la reconocida bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Kabadbarán, á 29 de Mayo de 1900.

EL PRESIDENTE LOCAL,
Eduardo Curato.

Hay un sello que dice: Jefatura local de Kabadbarán, Mindanao, Provincia de Butúan.

EL VICE PRESIDENTE, *Matías Veray*. — EL DELEGADO DE POLICÍA, *Andrés Atega*.—EL DELEGADO DE RENTAS, *Mauro Curato*.—EL DELEGADO DE JUSTICIA, *Félix G. Cepeda*.

V.° B.° EL PRESIDENTE PROVINCIAL,
Canuto Rosales.

Presidencia Provincial Butúan, Mindanao.»

Siguen 125 firmas, y entre ellas las de los Principales y Cabezas actuales.

Es copia.
PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 26.

Instancia del Presidente local de Dipólog, en nombre de la Principalía y sácopes del mismo

«M. R. Padre Superior, religioso de la Compañía de Jesús:

El Presidente local, y con el nombre de toda la Principalía y sácopes de este pueblo de Dipólog, de mi digno cargo, á V. R., con el profundo respeto, manifiesta: que la Iglesia de este pueblo ya hemos empezado de trabajar, continuando de hacer la cota de la misma, menos el trabajo de interior y demás, porque hemos de esperar la disposición de V. R.

¡Oh queridísimo Padre de nuestra alma, bien quisiéramos de todo nuestro corazón, que no dure el tiempo de venir á ésta los RR. PP., porque cuán triste hemos sufrido, y cuán hambre de nuestra alma, desde que nos quedamos huérfanos! Sí, amado Padre, V. R. sabrá la conducta de todos nosotros.

Ojalá que, con las oraciones y protección de V. R., nos ayude de encomendarnos á Dios Nuestro Señor, de la Virgen Santísima y Señor S. José, que nos alcance las súplicas nuestras de que los Reverendos Padres viniesen pronto á volver á esta Misión.

Y también manifiesto á V. R. que el Maestro de la escuela de niños de este pueblo, llamado Señor Manuel Veragua, murió (Q. E. P. D.) el día 30 de Mayo último del presente año.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Dipólog 9 de Junio de 1900.

Martín Fernández.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 27.

Instancia del Jefe local, Principalía y vecinos de Túbay que subscriben

«R. P. Superior de la Misión de los PP. Jesuitas en Filipinas.

El Gefe local de este pueblo de Túbay, en unión con los principales y demás vecinos del mismo, que abajo firman, tienen el honor de dirigirse á V. R., y con el debido respeto, atenta y humildemente exponen:

Que viendo la triste y lamentable situación en que nos hallamos, por carecer este pueblo de un Párroco que le administre y atienda las necesidades espirituales de sus habitantes, hemos acordado en junta general tener un Cura propio; y para este fin elevamos á V. R. la presente solicitud, rogándole encarecidamente se digne, cual buen Pastor, dirigir una mirada de compasión á estas ovejas descarriadas y remediar tan grave necesidad.

Por nuestra parte prometemos solemnemente á V. R. que, en cuanto al sostenimiento material del que ha de ser nuestro Cura Misionero, estamos dispuestos de dar, según se daba antes en tiempo del Gobierno Español, ó más, si las circunstancias lo exigen.

Por tanto,

A V. R. rogamos y suplicamos humildemente que, teniendo en consideración lo que arriba queda hecho mérito, se digne compadecerse de nosotros, accediendo á lo que solicitamos, enviándonos á uno de los Sacerdotes de su benemérita Religión, gracia que no du-

Digitized by Google

damos alcanzar de la caridad y bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Túbay 10 de Junio de 1900.

Hay un sello ovalado, en cuyo interior se halla un sol, tres estrellas y las palabras *Surigao Túbay*.

El Jefe Local,
Félix Misión.

Rosendo Mescón. — Perfecto Mondejar. — Tomás Zolita. — Hilarión Luyohon. — Florentino Misión. — Cornelio Montaos. — Gaudencio Montaos. — Florencio Montaos. — Simeón Montaos. — Cipriano Cepeda. — Benito Cinoza. — Froilán Fortacio. — Julián Luyajan. — Siguen otras ochenta y nueve firmas.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documentos núms. 28 y 29.

I. Carta del Jefe local de Hinatúan. — II. Acta del acuerdo tomado por la Junta popular del mismo pueblo.

«Adjunto tengo el honor de pasar á manos de V. R., el acta original sobre el acuerdo tomado por esta Junta, en sesión celebrada en el día de hoy, para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Hinatúan 12 de Junio de 1900.

El Jefe Local,
Tomás Luna.

Hay un sello al margen que dice: Jefatura Local. Hinatúan.

M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús. Manila.»

El acta original á que se refiere el documento anterior es como sigue:

«ACTA

En la Casa Consistorial de Hinatúan, á doce de Junio de mil nuevecientos, se reunieron en Junta magna, compuesta de los vecinos más caracterizados por su ilustración, posición social y conducta honrada, bajo la presidencia del Sr. Tomás Luna, Jefe Local; Vice

Digitized by Google

Presidente, el Sr. Francisco Potenciando; Cabeza del Centro y Secretario, el Delegado de Justicia, Eduvigio Lindo, para tratar la conveniencia de restituirse la misión de los PP. Jesuitas en este pueblo, últimamente interrumpida con motivo de los acontecimientos políticos, porque esta Isla ha atravesado; y enterados los Señores que componen la Junta, unánimemente manifestaron: 1.º que es conveniente y de perentoria necesidad restituir, cuanto antes, la misión de este pueblo, y para que pueda emprender de nuevo, con el mismo amor y ahinco, la meritoria tarea de procurar el bien espiritual y temporal de estos naturales, se les promete el más eficaz auxilio y la más completa seguridad y libertad personal é independencia en el Sagrado Ministerio, salvo en los casos de fuerza mayor é inevitable: 2.º la Junta acordó por unanimidad elevar esta acta al M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús, á fin de que se digne, si lo tiene á bien, enviar á este pueblo algunos Sacerdotes de la referida Compañía, que este pueblo en general, y las autoridades en particular, con ansia esperan la venida del pastor y médico de las Almas, quedando este pueblo obligado en facilitar el sustento que fuera menester y demás auxilios necesarios. Con lo cual se dió por terminada esta sesión, levantándose la presente acta, que firman los componentes, de que certifico.

El Jefe Local, Presidente de la Junta,
Tomás Luna.

El Cabeza del Centro, Vice Presidente,
Francisco Potenciando.

Hay un sello al margen que dice: Jefatura Local. Hinatúan.

Los miembros de la Junta: *Atanasio de Castro.—Juan de Castro.—Eugenio Villaluz.—Eduvigio de Lindo.—Mariano Verano.—Vicente Viola.—Bibiano Nazareno.—Lupo Picasales.—Florencio Benabe.—Antonio Tubay.—Francisco de Castro.—Policarpo Quimilat.—Victoriano Rosany.—Catalino Arquiza.—Luis Jabágat.—Feliciano Adlauan.—Gabriel Lindo.—Miguel Adlauan.—Roque Castro.—Teodoro Villaluz.*»

Es cópia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 30.

Instancia de las Autoridades y Principalía de Maginog.

«R. P. Superior de la Compañía de Jesús.

Las autoridades, principalía y el pueblo entero de Maginog (1), provincia de Misamis, del 2.° Distrito de Mindanao, con el debido respeto y veneración acuden á V. R., y exponen:

Que habiendo sabido por el R. P. Fernando Diego de la misma Compañía, que de paso ha estado en este pueblo administrando los Santos Sacramentos, que los Padres Misioneros de tan digno instituto vuelven ya á sus Misiones de Mindanao; siendo, por otra parte, la isla de Camiguín, como parte de la misma isla de Mindanao y paso para las Misiones.

Viendo, por otra parte, la grande necesidad que de los Sacramentos tiene este pueblo, que siempre se ha distinguido por su amor y cariño á los Padres de la misma Compañía.

Suplicamos y rogamos á V. R., se digne nombrarnos un Padre que administre esta parroquia, mientras el Sr. Obispo no dispone otra cosa.

Las Autoridades y pueblo entero prometen á V. R. que, no sólo no consentirán que el Padre sea molestado por nadie en lo más mínimo, sino, al contrario, será respetado, amado y querido de todos, como en tiempos pasados; tenemos también la honra de que al comenzar la revolución, no sólo no se molestó al P. Aniceto Grima (2)

(1) Esta población, de la isla de Camiguín, no pertenecía á la administración espiritual de los Padres de la Compañía de Jesús.

(2) Religioso Agustino Descalzo.

Digitized by Google

de palabra ú obra, sino que estuvo siempre seguro, bajo nuestro amparo, hasta que él quiso marcharse.

Este pueblo asegura la vida del Padre y una pensión mensual, hasta que el Gobierno disponga otra cosa. Para esta pensión no se molestará al pueblo con nuevo gravamen.

Al terminar esta instancia, volvemos á suplicar y rogar á V. R. se compadezca de nuestras almas, de nuestras esposas y de nuestros hijos, que sin auxilios espirituales, Dios sabe cuál será nuestro fin.

Maginog, á 17 de Junio de 1900.

EL PRESIDENTE LOCAL,

Domingo Tabamo.

Hay un sello al margen que dice: Maginog Misamis.

Juan Codabis.—Gorgonio Bellosos.—Juan Ramora.—Cleto Bellosos.—Juan de la Riarte.—Patricio Labadan.—Leoncio Jame.—Venancio Labadan.—Feliciano Abdaba.—Gregorio Bachonecho.—Julián Abucayón.—Gregorio Alarte.—Juan Alarte.—Lorenzo Pabanto.—Agustín Penesa.—Cándido Monet.—Eugenio Galope.—Nicolás Dagyando.—Gavino Lacha.—Ponciano Penesa.—Martin Lacha.—Gregorio Fabre.—Felipe Chavel.—Valentín Fabrés.—Sabas Pagaran.—Esteban Hosens.—Miguel Ibáñez.—Isidoro Tachín.—Juan Chavel.—Lucio Edaves.—Cayetano Namocatal.—Aurelio Pinacerrada.—Paulino Sabadag.—Mateo Galaguán.—Juan Sabadag.»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 31.

Instancia de los Principales de Cortés, Tándag, Tago, Tigao y La Paz.

«Rdo. P. Superior de la Misión de los PP. Jesuitas de Filipinas.
Manila.

Los principales de los pueblos de Tándag, Tago, Kortés, Tigao y La Paz, en Unión con los demás vecinos de dichos pueblos y barrios á ellos anexos, que abajo firman, tienen el honor de dirigirse á V. R., y con el respeto debido, exponen:

Que siendo de imprescindible necesidad el que estos pueblos tengan, como antes, su propio Párroco Misionero, que atienda á sus intereses espirituales, y sea, al propio tiempo, un buen consejero y guía fiel que los conduzca en la senda del verdadero progreso material, se hace indispensable que, cuanto antes, se restablezca y se halle servida la Misión de Tándag. A este fin, y conociendo por experiencia propia el celo y virtudes, verdaderamente Apostólicos, del Religioso Jesuita R. P. Francisco de P. Sánchez, rogamos encarecidamente á V. R. se digne compadecerse de esta cristiandad, enviando á esta Misión de Tándag á su antiguo Misionero, el mencionado P. Sánchez, tan amado de sus feligreses, como amante del progreso moral y material de los mismos.

Por nuestra parte, prometemos solemnemente que atenderemos solícitos las necesidades de nuestro Párroco Misionero, porque pueda vivir con desahogo y sostenerse con el decoro debido en su sagrado ministerio, mientras otra cosa no se acuerde por autoridades competentes.

Digitized by Google

Fundados en la caridad cristiana, creemos que no será desechada nuestra petición.

En su virtud,

A V. R. rogamos y suplicamos humildemente se digne atender á nuestros ruegos, concediéndonos lo que arriba tenemos solicitado. Gracia que esperamos conseguir de la bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Kortés, 12 de Agosto de 1900.

Hay un sello que dice: Jefatura local Kortés, Distrito de Surigao.

Siguen las firmas.

El Jefe Local, *Hilarión Martínez.*—El Delegado de Justicia, *Feliciano Cencol.* — El Delegado de Policía, *Anacleto Potuan.* — El Delegado de Rentas, *Juan Quijades.* — *Lucio Rosales.*—*Luis Cortinez.*—*Sabino Balili.*—*Pascual Clar.*—*Simeón Giposon.*—*Máximo Balili.*—*Félix Serrano.*—*Pedro Clar.*—*Donato Zomancas.* — *Vicente Casio.* — *Elías Guatum.*—*Alfonso Ivella.*

Hay un sello que dice: Jefatura local Tándag.

El Jefe Local de Tándag, *Pedro Curado.*—El Cab.ª del Centro, *Policarpo Delirona.* — El Delegado de Rentas, *Manuel Sem.*—El Delegado de Policía, *Modesto Fabot.*—El Delegado de Justicia, *P. A. Salvador Cabrea.*—Los Principales: *Esteban Acebedo.*— *Lázaro Pérez.*— *Felipe Días.*—*Juan Suárez.*— *Víctor Falcón.* — *Celestino Aubido.* — *Domingo Pérez.* — *Julián Quiñón.*— *José Placa.*— *Serafín Murdis.* — Los Cabezas de Barangay de Tándag: *Miguel Aubido.* — *Tomás Quiñón.*— *Matías Martínez.*—*Juan Martínez.*—*Domingo Suaro.*—*Simplicio Quiñones.* — *León Palma.* — *Santiago Biol.* — *Estanislao Ravelo.* — *Mónico Acosta.* — *Gabriel Fernández.* — *Felipe Acosta.* — *Calixto Suazo.*

El Jefe Local de Tago, *Calixto Espinosa.* — El Cab.ª del Centro, *Melquiades Laurente.*—El Delegado de Rentas, *Venancio Laurente.* — El Delegado de Policía, *Lorenzo Celestino.* — El Delegado de Justicia, *Simplicio Guillén.* — Los Principales: *Felipe Parejo.*—*Dalmacio Montero.*—*Simón Luna.*—*Tiburcio Laurente.* — *Timoteo Montenegro.* — *Angel García.* — *Teodorico*

Digitized by Google

Montenegro. — Margarito Laurente. — Feliciano Pimentel.— Miguel Montero.—Fermín Kabrera.— Cirilo Montero.— Felipe Pontevedra. —Praxides Espinosa.—Esteban Montero.—Teodorico Montenegro.— Jacinto Quico. — Marcelino Pontevedra. — Nazareno Cabrera. — Bernardo Falcón.

EL JEFE LOCAL DE LA PAZ, *Asunción Lozada.*—EL DELEGADO DE POLICÍA, *Ignacio García.* —EL DELEGADO DE RENTAS, *Pedro Pimentel. — Gregorio Midara.* — COMO FUNDADOR, *Juan Luna.*— EL DELEGADO DE JUSTICIA, *Antonio Laurente.*—LOS PRINCIPALES: *Lino Espinosa. — Telesforo Pimentel. — Emeterio Kabrera. — Luis Luna.—Gavino Quiñones.—Marcelino García.—Agatón Catanos.— Adriano Luna.—Urbano Pacheco.—Juan García.—Tomás Montero. —Antonio Consuegra.—Feliciano Manzano.—Luis Ordoña.— Roque García. — Buenaventura Morsit.— Nazareno Magallanes. — Perfecto Medrano. — Ignacio Laurente. — Santiago Luna. — Fabián Montero.*

Hay un sello que dice: Jefatura Local de Tigao.

EL JEFE LOCAL DE TIGAO, *Alejandro Korada.*—EL DELEGADO DE JUSTICIA, *Blas Blásquez* .— EL DELEGADO DE POLICÍA, *José de la Trinidad.* — EL DELEGADO DE RENTAS, *Vicente Conde.* — EL CAB.ª DEL CENTRO, *Santiago Grau.* — LOS PRINCIPALES: *Juan Pérez. — Bartolomé Abdoa. — Pedro Baguol. — Victoriano Avo. — Pascual Ajis. — Angel Suárez. — Domingo Maguiteng. — Apolonio Marapao.— Domingo Corduvis.—Margarito Curada. — León Agos. — Casimiro Ajó. — Feliciano Alzate. — Aparicio Alzate. — Melesio Blásquez. — Mónico Alzate.*»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 32.

INSTANCIA DE LOS PRINCIPALES Y VECINOS DE TAGOLOAN.

«Reverendo Padre Superior de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas.

Los que suscriben, Principales y vecinos de Tagoloan, á V. R., con el más profundo respeto, exponen:

Que no sabiendo los exponentes cómo pedirle en debida forma la vuelta de su amado P. Cura Misionero, y al propio tiempo, siéndoles muy indispensables para su bien espiritual, y sobre todo para la administración de los Santos Sacramentos á nuestros enfermos, que se ven desamparados, por desdicha nuestra, de sacerdote en la hora estrecha de la muerte, y también para la prosperidad temporal de este pueblo.

A este fin,

A V. R., humilde y rendidamente suplican, se digne tomar en consideración lo expuesto, y acordar lo necesario para que pueda volver, lo más pronto posible, á este pueblo, nuestro amado Padre Misionero.

Es gracia que no dudamos conseguir de la notoria bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Tagoloan 12 de Febrero de 1901.

P. D. Al terminar el anterior escrito llegaron Providencialmente los R. R. P. P. Juan Heras y José España con el H. Beamonte, los

Digitized by Google

cuales nos han dicho que iban á Talisayan y al propio tiempo para ver dónde pueden establecer su centro de residencia para la misión de este Distrito; y considerando los exponentes que este pueblo de Togoloan, al parecer, reune las condiciones para el objeto á que se proponen los Padres, y además el citado pueblo lo ha sido anteriormente.

Por lo que, de nuevo á V. R. humildemente suplicamos, se sirva acordar que sea este pueblo declarado Centro de las Misiones del Segundo Distrito de Mindanao.

Gracia que no dudan alcanzar de la reconocida bondad de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Tagoloan 15 de Febrero de 1901.

Raimundo Sabio.—Pablo Valdensa.—Tomás Fabricio.—Juan de la Cruz.—Dionisio Casiño.—Gregorio Madroñal.—Anastasio Factura.—Toribio Valdehuesa.—Isidoro Zamora.—Leoncio Madroñal.—Lope Martínez.—Baldomero Valdehuesa.—Cenón Villegas.—Casimiro Tagocon.—Apolinar Nabong.—Vicente Factura.—Bibiano Bacani.—Jobito Tadeo.—Manuel Esingue.—Juan Casiño.—Eustaquio Laeno.—Luciano Jagualing.—Ciriaco Casiño.—Flav. Casiño.—Filomeno Madroñal.—Bonifacio Vehemen.—Rosendo Nabong.—Alvaro Casiño.—Baltasar Sim.—Moisés Valdehuesa.—Quintín Abragueña.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 33.

Instancia de los Presidentes de Puerto Princesa, Taytay y Bacuit.

«Al M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús en Manila.

M. R. P.

Los Presidentes de Puerto Princesa, Taytay y Bacuit, Presidencias que comprenden la totalidad del Territorio Cristiano de la Isla de la Paragua, según la nueva división dispuesta por las autoridades Americanas, en representación de los principales y del pueblo en general.

A V. R., con gran respeto y humildad, exponen: Que hay aquí seis mil Filipinos, residentes en la Isla, imposibilitados en cumplir con sus deberes religiosos, apesar de ser fervientes católicos, por falta de Padre que les asista y guíe por la senda de la religión de sus mayores.

Esta Isla, apesar de estar muy empobrecida por el desorden y abandono en que se ha hallado sumida durante los últimos años, tiene recursos más que suficientes para atender al sostenimiento de un Padre, el cual, residiendo en Puerto Princesa, podría dar misiones de vez en cuando en los demás principales pueblos; comprometiéndose solemnemente las Presidencias antes nombradas, á atender á los gastos ocasionados por el Padre, si por el estado del País no bastaran á ello las contribuciones voluntarias.

Digitized by Google

En vista de lo expuesto, suplicamos á V. R. que, considerando nuestra situación, disponga la venida en Puerto de un Padre de la Compañía de Jesús, hasta tanto que, mejorando las condiciones del País, puedan proveerse las demás Parroquias de la Isla.

Favor especial que deseamos merecer de la benevolencia de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años para bien del pueblo católico filipino.

Puerto Princesa á cinco de Agosto de mil novecientos uno.

Eugenio Morales.—Fernando S. Domingo.

EL SOBRE PRESIDENTE DE LOS PUEBLOS DEL NORTE DE LA PARAGUA.

Mariano Ríos.»

Es copia.

PÍO PI, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 34.

Instancia de los Principales de Ayala.

«Reverendo Padre Superior de la Misión.

Nosotros, los principales y personas de representación que abajo firmamos, vecinos del pueblo de Ayala, ante V. R. respetuosamente exponemos:

Que, habiendo observado mucho tiempo las graves necesidades que se ocurre en este pueblo, especialmente de los que mueren sin el auxilio espiritual, por falta de un Sacerdote que debía suministrar los Santos sacramentos de nuestra santa religión, sin embargo que la Cabecera de Zamboanga, Santa María y Tetuán tienen PP. Misioneros, destinados para ello; [*lo cual*], no solamente á los vecinos de los mismos, sino que debería suceder lo mismo á todos los pueblos de la provincia, según nuestro pareser; pero como vemos que aún no bastan sus atensiones á los pueblos expresados, por cuya razón:

A V. R. suplicamos humildemente que, teniendo por presentada esta instancia, se digne concedernos un Padre Misionero á esta parroquia para el indicado objeto, quedando al cuidado nuestro el alcance de todas las contribuciones que sus feligreses puedan darlos.

Gracia que no dudamos alcanzar del generoso corazón de V. R., cuya vida guarde Dios muchos años.

Ayala 30 de Octubre de 1901.

Ramón Macaso Cruz.— Raymundo Bernardo. — Luis Enríquez. — Celedonio Aristón. — Rafael Enríquez. — Sebastián Aristón. — (Siguen otras noventa y ocho firmas en el original.)»

Es copia.

Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

Documento núm. 35.

Instancia de los Principales de Laoang (isla de Sámar).

«Al M. Rdo. Padre Superior de la Compañía de Jesús.

Muy Rdo. Padre:

Los firmantes, Principales de este pueblo de Lao-ang (1), en su nombre y en el del pueblo que representan, á Vuestra Reverencia, con el respeto y la sumisión debida, exponen:

Que hallándose esta Parroquia vacante por haberse retirado al próximo pueblo de Palapag el presbítero que la desempeñaba don Wenceslao Singson, quedándonos todos estos vecinos en el mayor abandono y desconsuelo, sin los auxilios necesarios en nuestra Santa Religión Católica, Apostólica y Romana, que todos nosotros deseamos conservar para salvación de nuestras almas, y quedándonos, así mismo, sin un Padre, como son los de la Compañía de Jesús, que con sus sabias palabras y sus buenos consejos nos guíe por el camino moral, justo y verdadero del bien, y abriguemos la esperanza de que por Nuestro Señor, El Todopoderoso, sean perdonadas nuestras culpas y pecados; nos atrevemos á molestar la atención de V. R. en Súplica de que se sirva apoyar á estos desgraciados vecinos, á fin de

(1) No pertenecía á la Misión de la Compañía de Jesús.

Digitized by Google

conseguir venga á este pueblo para su misión Pastoral, un Padre de esa Compañía que nos auxilie y nos ampare en nuestra Santa Religión.

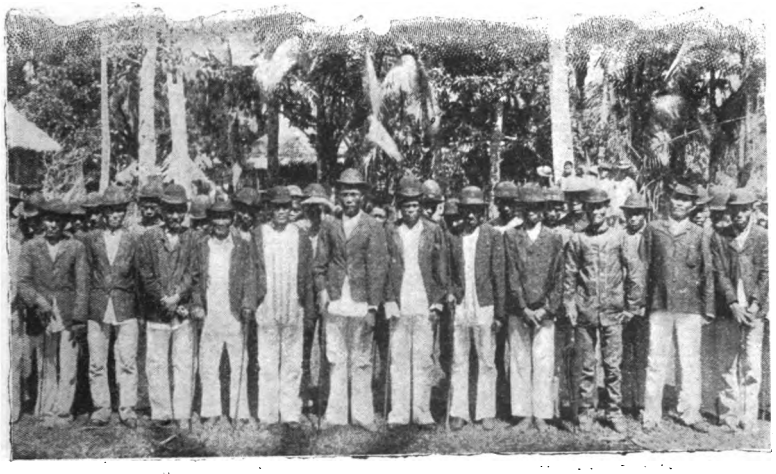
Así esperamos alcanzar de V. R. cuya vida guarde Dios muchos años.

Lao-ang 10 de Agosto de 1902.

Leandro Infante.—Román Aubuche.—Mariano Infante.—Cenón Moncada.— Romualdo Ifts.— Pedro Gita.—Gabriel Giras.—Juan Infante García.— Tomás Vica.— Mariano Acebrón.— Apolinario Delmon.— Severino Geta.— Salvador Irineo.— Vicente Galit.— Marianito Giray.— Nicolás Osal.— Arturo Sosing.— Agripino Infante.—Faustino Froylán.—Guillermo Infante.—Juan Moncada.— Marcelino Balanquit.— Feliciano Acebrón.»

Es copia.

Pío Pi, S. J.



Principalía de Manay.

Digitized by Google

Digitized by Google

III

VUELTA DE LOS PADRES MISIONEROS

Digitized by Google

Digitized by Google

Carta del P. Gregorio Parache al P. Saturnino Urios

El P. Parache es enviado á Cebú. — De Cebú pasa á Siquijor. — Celebra la fiesta de Navidad en Dumaguete. — Vuelve á Siquijor. — Se dirige á Dapitan, donde es muy bien recibido. — Visita los pueblos de Dipólog y Lubungan. — Yendo á Duhinob, es agredido á tiros. — Tras corta permanencia en Duhinob, Lubungan y Dipólog, vuelve á Manila.

Manila, 5 de junio de 1900.

P. C.

Mi siempre muy amado en Cristo P. Urios: El día 27 de noviembre del año pasado, salí de Manila para Cebú en el vapor *Adelante*. El P. Heras, cautivo en Cagayán, había manifestado al R. P. Superior lo mucho que los consolaría á él y á sus compañeros, si uno de los Nuestros pudiera atenderles desde Cebú. El R. P. Superior, que no tenía otro de quien disponer, me mandó á mí. Ya antes de Navidad pude enviar á los de Cagayán algunas cosas que, según creo, endulzarían algo las amarguras de su prisión. También tuve ocasión de escribir al P. Diego, solitario en Butúan.

Después de la fiesta de la Purísima Concepción, los naturales de la isla de Siquijor se dirigieron, por segunda vez, á la superior Autoridad eclesiástica de Cebú, pidiendo, con mucha instancia, un sacerdote, pues carecían de todo auxilio espiritual, desde la salida de los Padres Recoletos. El Sr. Provisor, D. Pablo Singson, no podía disponer más que de un clérigo joven, ordenado hacía pocos meses, y le dolía enviarlo allá, sin compañero sacerdote. En esto, me dijo un día el Sr. Singson, si tendría inconveniente en acompañar á

Digitized by Google

Siquijor á dicho señor clérigo, toda vez que mi objeto era acercarme á Mindanao. Me pareció muy bien, y también lo vió así el R. P. Superior cuando se lo escribí, dado que en el Salvador ó Tagnipa, y en todos aquellos pueblos de la costa de Mindanao, hay muchos siquijornones, y por ellos esperaba tener ocasión de escribir y saber de los Padres, pues por los mismos sabíamos, que los del Salvador eran los que más y mejor los socorrían.

El vapor *Bais*, de los señores Veloso, nos llevó allá, sin cobrarnos pasaje. Fuimos directamente á Dumaguete, en la isla de Negros, donde permanecimos el tiempo que para la carga y descarga necesitó el vapor; y al volver éste á Cebú, nos dejó en el pueblo de Canoan, uno de los mejores de la isla de Siquijor. Durante nuestra estancia en Dumaguete, no nos dejaron descansar un momento. Hacía meses que no tenían Cura, con ser una población de 25,000 almas. Así es que llovían bautizos, y confesiones de enfermos y sanos, viáticos, extremaunciones, imposiciones de escapularios, bendiciones de candelas, y no sé cuántas otras cosas buenas, que nos pedían aquellas devotas gentes. Nos encargaron muchas misas cantadas y rezadas, y recibimos muchas y afectuosas muestras de consideración y aprecio.

En Siquijor fuimos recibidos como llovidos del cielo. No sé qué más hubieran podido hacer, en su naturalidad y sencillez, para ofrecernos sus respetos y mostrarnos su bonísima voluntad. Apenas podía haber llegado á los cuatro ó cinco pueblos de la isla el anuncio del arribo de los Padres, cuando ya habían venido á vernos comisiones de todas partes. Todos, á porfía, querían ser los primeros en llevarnos á su pueblo. Procuramos contentarlos como mejor pudimos, y ellos también se hicieron cargo de nuestra situación, pues ya veían que no podíamos acudir á todos á la vez. Siquijor posee buenas iglesias, y buenas casas parroquiales; tiene camino para carruajes en gran parte de la isla; y como las gentes viven en sus sementeras, y de trecho en trecho se encuentran casitas y gente, uno viaja casi continuamente en poblado. Fueron muchísimos los bautizos y confesiones, y no paraban de traernos los enfermos de las sementeras á la iglesia, para que les administráramos los santos sacramentos.

Se acercaba Navidad, y los de Dumaguete habían dicho que vendrían por mí, para que les celebrara, por lo menos, la misa de media noche. En efecto, por aquellos días vinieron con cartas del señor Presidente, y aunque no les supo del todo bien á los de

Digitized by Google

Siquijor, á Dumaguete me llevaron en una grande embarcación, acompañado de gente principal de ambas partes. Y para que vea V. R. el efecto que me profesaban los de Siquijor, llegaron á tomar precauciones, á fin de que los de Dumaguete no me detuvieran más tiempo del concedido.

Asistió mucha gente á la iglesia los tres días que estuve allí. Bauticé unos 600 niños del pueblo y de fuera de él, confesé muchísimo y visité á no pocos enfermos. Caso notable: quien manifestó gran interés en que me quedara, diciendo que convenía mucho que tuviese Padre un pueblo de tanta importancia, fué el pastor protestante, que me visitó con mucho afecto varias veces. Lo mismo decía el Jefe ó Gobernador. Vi que el pueblo no ha tomado parte en la revolución, porque se conserva tan sencillo como antes; y los mismos Padres Recoletos podrían volver muy bien á aquellas islas, con sólo que se atajara la propaganda que contra ellos hacen algunos. ¡Con qué gusto hubiera visto V. R. el respeto y confianza con que se acercaban aquellas gentes; cómo besaban y volvían á besar la mano una y otra vez; cómo se agrupaban en la playa, cuando íbamos á embarcarnos, dificultándole á uno el dar un paso! Los de Dumaguete enviaron á Manila tres solicitudes: una al R. P. Superior, al Ilmo. señor Obispo otra (1), y la tercera al general Otis, pidiendo Padres Jesuitas. También los de Siquijor los pidieron al Sr. Provisor.

Al volver á la isla de Siquijor, un viento fuerte nos impidió ir derechos á Canoan, de donde habíamos salido, y fuimos á parar al pueblo llamado también Siquijor. Fué todo para mayor bien. Es este pueblo el más antiguo de la isla. No habían sus habitantes participado de las fiestas de Navidad, y lo deseaban con ansia, y aun habían preparado á varios niños para una función pastoril. Tuvieron misa cantada y sermón, y toda la fiesta salió muy bien, de que quedaron muy contentos.

Con el sacerdote que dije, nos dividimos la isla, y seguimos trabajando en lo mucho que se ofrecía. Yo pasé el día del Santísimo Nombre de Jesús en el pueblo llamado María, del cual había sido Cura el R. P. Alegría, que V. R. conoció en Tagoloan el año 1881. De María pasé á Lacy, que es algo mayor, y posee tal vez el convento mejor de Filipinas. Diez y ocho arcos de piedra labrada tienen los claustros de la planta baja, y fuertes columnas, también de piedra, sirven

(1) El Rmo. Sr. Obispo de Cebú estaba por entonces en Manila.

Digitized by Google

de arigues (1), y está todo rodeado de una balaustrada muy vistosa y de una ancha caída (2), cerrada con cristales. La iglesia es mejor que la catedral de Cebú. No podíamos desear, ni imaginar siquiera, mayores atenciones que las que aquellos buenos siquijornones tuvieron con nosotros. Prevenían todas nuestras necesidades, y aun los gustos que juzgaban podíamos tener. En los viajes, nunca dejaron de acompañarme dos ó tres de los que habían sido capitanes municipales. Ellos mismos nos servían á la mesa por turno, y, *ad honorem*, todas las noches dormían dos principales en el convento. Me presentaban profusa variedad de platos, nada escasos, y bien aderezados por cierto; hasta que les supliqué con mucha instancia, que no me avergonzasen más con aquel trato delicado y excesivo dispendio. Al llegar más tarde á Cebú, me encontré con que, á fuer de atentos y exactos, me habían enviado allá 121 pesos, que dijeron me pertenecían por derechos de casamientos.

V. R. que sabe lo que son los boholanos (3), y cómo suelen tratar á los Padres, estará ya viendo lo generosos que andarían en ofrecerme primicias de pollos, pescado, huevos, cacao, café, camote, cebollas, plátanos, piñas, arroz, mangos, y hasta uvas, higos y espárragos. Limosnas para misas, había para seis ó siete Padres á la vez, y responsos y bendiciones de candelas y de imágenes nuevas, cuanto hay que decir. En resumen: consolaba trabajar en favor de aquellas buenas gentes. Yo me volvía casi joven entre ellos, y no me ayudaban poco para andar unido con Dios y darle muchas gracias. El Señor les bendiga y remunere su buena voluntad y su fe. De Lacy, donde estuve casi un mes, marché á Dapitan el 25 de enero, abandonando definitivamente la isla de Siquijor.

Cuatro horas no más empleamos desde Siquijor hasta Punta Tagolo. El que no sea un poco valiente para ver las olas sin miedo, que no haga este viaje en bote ó banca; porque es un mal rato el que de ordinario se pasa. Pero Dios N. S. nos sacó de todo con bien, y los de Dapitan, que nos recibieron con música, cañonazos y repique de campanas, nos remuneraron con creces por las apreturas de ánimo que durante el viaje pudiéramos haber pasado.

Mucha gente nos recibió en Dapitan, á pesar de que la hora no

(1) Arigues: columnas de madera.
(2) Caída: corredor ó galería.
(3) La isla de Siquijor pertenece en lo político á la provincia de Bohol.

Digitized by Google

convidaba mucho; pues era la una de la tarde, con el sol canicular de Filipinas. Ya nos tenían preparada en el convento una muy abundante comida, y luego no faltaron obsequios y regalitos.

La primera misa se cantó en sufragio de las ánimas benditas, y los cantores, que dicho sea de paso, cantan con mucha afinación, parece tenían este día interés especial ó tal vez particular devoción. Lo cierto es que cantaron un *Libera me, Domine*, tan solemne, cual nunca lo había oído. Seguramente que ni los de Zamboanga son parte para que Dapitan no tenga los mejores cantores de Mindanao. ¡Bien por el P. Obach y sus compañeros de Misión! Además de esta misa de *Requiem*, los principales quisieron otra misa cantada, en la cual comulgaron todos ellos. Hermoso ejemplo, que imitaron sucesivamente los demás pueblos.

Al día siguiente de nuestra llegada, vinieron los principales de todos los pueblos á saludar al Padre, y á pedirle con instancia fuera á visitarlos, siquiera por un día, para que el pueblo pudiera oir la santa misa. En un principio me temí que no podría complacerlos; pero luego, como recibí cartas de los Padres presos en Cagayán, que me decían no convenir que yo fuese allá, pude visitar los pueblos de Dipólog y Lubungan, y permanecer en ellos algunos días. Entre tanto los americanos, iban ocupando los distritos de Misamis y Surigao, y disponiendo, ocasionalmente, la libertad de nuestros cautivos. Durante aquellos días preparé á los niños para la primera comunión, lo que me servía de descanso de las muchas horas que tenía que pasar en el confesonario. Lo restante del tiempo se lo llevaban los matrimonios, que no fueron pocos, bautizos, enfermos, entierros y viáticos. Para todo me daba Dios N. S. salud, tanto que nunca creo haberla gozado tan buena y robusta. ¡Ojalá que las fuerzas del espíritu caminaran á la par con las de este cuerpo de más de 61 años!

El capellán de regimiento, D. Marcelino Carazo, se vino para Dapitan, después de haber hecho una campaña espiritual desde Gingóog, pasando por todos los pueblos *benefaciendo*. Estuvimos juntos en Dapitan muchos días, y me contó muchas cosas de Misamis. Nos separamos para irnos, yo á Lubungan, y él á la *ilaya*, con la idea de juntarnos á celebrar la Semana Santa en Dapitan. Mas el martes de la quinta semana de Cuaresma, 27 de marzo, me sucedió un caso inesperado, que, á no ser la providencia de Dios, que velaba por mí, hubiera trastornado repentinamente todos nuestros planes.

Digitized by Google

Iba yo hacia Duhinob por la playa, acompañado de dos batas, todos á caballo, cuando desde una banca, que navegaba en dirección opuesta, nos dispararon 8 ó 10 tiros de mausser. A las primeras detonaciones gritaron los muchachos: «¡Moros!», y echaron á correr, cada cual hacia donde le llevaba el instinto de conservación. Yo fuí hacia el bosque, pero no conté con la huéspeda de espesuras, malezas y grandes lodazales, que siempre hay en las cercanías de los ríos. Tuve que dejar el caballo, y como para internarme había pasado un estero, me vi obligado á dejar también los zapatos, que entre viejos y mojados, no me dejaban andar. Pronto vi que la banca atracaba, y que uno de los tripulantes venía en persecución nuestra. Todavía pude internarme un poco más y alejarme de la playa, como medio kilómetro; pero al querer dirigirme hacia donde había visto correr á los muchachos, para no separarme de ellos, ya nos alcanzó el matachín que, mausser en mano y apuntando, nos daba la voz de: «¡alto!», y ordenaba á uno de los muchachos que se apartara de mi lado, porque sólo á mí quería matarme. El muchacho y yo le gritábamos: «¡no tires, no tires!». Fuera que no entrara en sus planes el matarme, ó que no tuviera órdenes para ello, lo cierto es que dijo nos fuésemos hacia él. Ya que estuvimos cerca, nos mandó que volviéramos á la playa, increpándome duramente por haberme atrevido á recorrer aquellos pueblos, estando rigurosamente prohibido á todos los Misioneros. Me preguntó si era yo el que, con los de Dapitan, había recibido á los americanos, cuando llegaron allá los primeros barcos. Yo, á mi vez, le pregunté quién era su amo. Incomodóse con tal pregunta, y contestó: «Yo no entro en conversación con un preso.» Un poco retrasado le vino este arranque de dignidad personal, pues hacía ya rato que hablaba conmigo. Mi objeto, al hacerle la pregunta, era solamente saber, si íbamos á caer en poder de los moros, cosa que yo hubiera sentido más que la misma muerte, por la pena que el R. P. Superior hubiera tenido en estas circunstancias. Al llegar á la playa, vi que mi jefe era un célebre zamboangueño, muy conocido mío, que venía huyendo de los americanos. Así que me vió, me pidió perdón de lo sucedido, pues si había consentido en que me disparasen, fué por creerme sacerdote americano. Pase la escusa, aunque yo no respondo de su veracidad. Después de haber hablado pacífica y amigablemente de varias cosas, me preguntó á dónde iba. Le contesté que no tenía más objeto que visitar las nuevas poblacio-

Digitized by Google

nes de monteses, y bautizar á los niños que hubiese. — «Sí, sí, — dijo, — y váyase á descansar.» — Fueron por el caballo y los zapatos, y allí mismo monté otra vez, y me dirigí al pueblo. Ellos también fueron allá, comieron y se retiraron (1).

Después que en Duhinob hube bautizado á los niños y oído algunas confesiones, me dirigí con mis batas á Lubungan. Media hora hacía que andábamos por la playa, cuando divisamos un grupo de gente que venía hacia nosotros, al parecer, con armas. Pensé en retroceder, por si había de encontrarme de nuevo con maussers; pero lo conocieron ellos y nos saludaron agitando los sombreros. Eran el Presidente y principales del pueblo de Dipólog que, habiéndose enterado de lo ocurrido, y creyéndome preso, venían por mí en gran número, dispuestos á todo, en razón de ponerme en libertad. Se habían preparado para todo lo que pudiera ocurrir, y venian provistos de todo género de vituallas: panes tiernos, dulces, refrescos, etc., y ofrecíanlo de tan graciosa manera, que casi le daban á uno ganas de que lo mataran una vez al mes, por lo menos, para verse objeto de tan afectuosa manifestación. Dios N. S. se lo pague á los de Dipólog, que yo, de mi parte, no olvidaré su caridad en todos los días de mi vida.

Era ya de noche cuando llegamos á Lubungan. Allí estaban aguardándonos muchos hombres, venidos de Dapitan, con un piquete de tropa, que mandaba el Sr. Presidente. Casi, ó sin casi, sentían que los de Dipólog les hubiesen llevado la delantera. Por otra parte, el Presidente de Dipólog no se separó un momento de mi lado. Cenamos y salimos por mar, á la sirga, con la gritería que es de suponer,

(1) Con motivo de este atentado, los dapitanos expidieron la siguiente certificación en favor del P. Parache:

«El Presidente provincial de este distrito y principales vecinos de esta Cabecera, que suscriben,

Certifican: que el R. P. Gregorio Parache de la Compañía de Jesús, durante su permanencia en esta Cabecera, no ha dado lugar ni causa para que le mataran, [*sic*] como le sucedió en Duhinob, el 27 de Marzo próximo pasado, ni ha agraviado como Sacerdote, ni como hombre particular, ni en las predicaciones, ni en otras partes, ni se le ha observado cualquiera cosa contraria á la Religión; antes bien, ha procurado con vivos deseos que los fieles cumplan los deberes que Nuestro Señor Jesucristo nos impone. Y para que conste á los efectos que le puedan convenir, expiden el presente que firman en Dapitan á 10 de Abril de 1900.

El Presidente Provincial: *Eugenio Daymiel.*

Siguen treinta y nueve firmas.»

Digitized by Google

habiendo tanta gente. Al llegar á Dipólog, estaba todo el pueblo iluminado y repicaban las campanas. Eran las dos de la madrugada, y parecía día claro. Aquí me detuve todo lo que restaba de la semana.

Ínterin entraron en Dapitan las tropas norteamericanas; y, habiendo el Jefe mostrado deseos de verme, pasé allá el lunes de pasión, donde permanecí hasta el Martes Santo, día en que el vapor *Mactan* me llevó á Cebú. Aquí encontré á los PP. Guardiet y Martín con el H. Guilá, recién salidos del cautiverio de Cagayán, y juntos nos fuimos á Manila, adonde llegamos el día 24 de abril.

Nada más por hoy.

De V. R. affmo. siervo en Cristo,

GREGORIO PARACHE, S. J.

Digitized by Google

Viaje de los PP. Victoriano Bitrián y Salvador Giralt por el Sur de Mindanao

(De *El Noticiero de Manila* del día 20 de abril de 1900.)

Visitas á Zamboanga, Joló, Cotabato, Dávao, Sigáboy, Mati, Manay, Caraga é Hinatúan.

«Deseosos de facilitar á nuestros favorecedores una información extensa sobre el viaje del vapor *Butúan* al Sur de Mindanao, hemos recogido gran número de datos, que hoy nos apresuramos á poner en su conocimiento, porque revelan el estado de aquellas tierras, cuyos pacíficos habitantes han tributado á los RR. PP. Victoriano Bitrián y Salvador Giralt, de la Compañía de Jesús, un recibimiento por demás afectuoso y conmovedor.

Digan lo que digan cuatro voceadores, en la masa del pueblo filipino están infiltradas las piadosas creencias que les legó España, como herencia de trescientos años de vida común.

Los PP. Jesuitas antes citados, recorrieron en una expedición al Sur, seno de Dávao, y costa del pacífico de Mindanao, los pueblos de Zamboanga, Tetuán, Joló, Cotabato, Tamontaca, Dávao, Sigáboy, Mati, Manay, Caraga é Hinatúan.

La misión de los Padres Jesuitas era inspeccionar el estado de los pueblos abandonados por la fuerza de las circunstancias, y ver si conservaban la vida civil, á que habían sido reducidos, ó si por el contrario, volviendo á su estado anterior, se habían remontado. Hemos recogido de labios de los PP. Bitrián y Giralt, impresiones alta-

Digitized by Google

mente consoladoras. La obra civilizadora, emprendida por España, no se ha perdido, aunque esté en inminente peligro de perderse. Pero no anticipemos los sucesos y vayamos por partes comenzando por

ZAMBOANGA. En este punto no nos extenderemos mucho; nuestros lectores habrán visto en la información remitida desde Zamboanga por nuestro redactor corresponsal, algunas noticias referentes á la llegada de los PP. Jesuitas (1). Estos se hospedaron en casa del español D. Santiago Lledó. El Presidente local de Zamboanga es D. Isidro Midel. El pueblo de Tetuán y su iglesia fueron hallados en

(1) En la relación aludida se lee lo siguiente:

«El 28 de Marzo (1900), á las siete de la mañana, llegó el vapor *Butúan*, á cuyo bordo venían los RR. PP. Jesuitas Victoriano Bitrián y Salvador Giralt, de quienes hablo más adelante por haber constituído su venida un verdadero acontecimiento para esta católica población.»

Y más adelante dice:

«La llegada de los PP. Jesuitas á Zamboanga constituyó un verdadero acontecimiento, como digo antes.

»De los pueblos y barrios vecinos acudió un gentío inmenso á saludar á los PP. Bitrián y Giralt. La noticia de que éstos venían en el *Butúan* circuló rápidamente por todas partes. El P. Bitrián, que estuvo aquí de Superior desde primeros del año 1896 hasta Febrero de 1899, es muy querido y respetado por los zamboangueños. Tanta era la concurrencia reunida para recibir á los Jesuitas, que apenas podían éstos andar. Después de su presentación al Preboste, acompañó al P. Bitrián el Presidente provincial al pueblo de Tetuán, de donde regresó por la tarde para embarcar inmediatamente y continuar su viaje por los otros pueblos de esta isla de Mindanao.

»Entre tanto el P. Giralt, hasta las 10 de la mañana, y después de las 4 de la tarde, se ocupó en bautizar á los muchos niños que carecían de este sacramento, por haber estado aquí sin sacerdotes tanto tiempo. La iglesia, donde está hoy instalada la escuela de niñas (la de niños lo está en la antigua ya reparada), estuvo tan llena de gente que en ella ya no cabía más.

»A las 7 de la noche del mismo día salió el *Butúan* para el Sur, y en él los PP. Jesuitas, que pueden estar satisfechos del cordialísimo recibimiento de que han sido objeto en Zamboanga.

»Un detalle se me había olvidado: Al saberse que en el *Butúan* llegaban los PP. Jesuitas, el pueblo echó al vuelo las campanas de la iglesia.»

Más abajo añade el mismo redactor corresponsal, con fecha 16 de abril:

«Ayer tarde fondeó nuevamente el *Butúan* en esta rada. En el *Butúan* han regresado de su expedición al Sur, los PP. Jesuitas Bitrián y Giralt. El P. Bitrián se quedó en Zamboanga, y el P. Giralt marchó á Tetuán, administrando ambos los sacramentos del bautismo, confesión y matrimonio principalmente, á estos católicos pueblos. El recibimiento ha sido tan cordial como el anterior.»

Digitized by Google

el mismo estado en que estaban antes de los azarosos sucesos por que ha atravesado todo el archipiélago filipino; el pueblo de Tetuán tiene por Presidente local á D. Juan Daga Manuel, quien tuvo deferencias sin cuento, desviviéndose para agasajar á los Padres. Al pueblo de Tetuán acudieron á saludarles los vecinos de los pueblos de los alrededores: Las Mercedes, Bólong, etc. Era un espectáculo imponente el contemplar á tantos millares de fieles agrupándose en brazos del P. Giralt, en su visita al pueblo de Tetuán. Poco pudieron permanecer en Zamboanga, zarpando en seguida para

JOLÓ, en donde el P. Bitrián desembarcó á los ruegos del español peninsular Sr. Portas, sargento que fué de nuestro ejército. En esta población tuvieron lugar multitud de escenas conmovedoras. De todas partes acudía la gente á saludar al P. Bitrián y á presentarle los niños para bautizar.

La iglesia y el convento estaban ocupados, y hubo necesidad de utilizar los buenos oficios del Sr. Portas, quien ofreció su casa para repartir el agua del bautismo entre los hijos de aquellos cristianos habitantes, privados durante tanto tiempo de este consuelo. De Joló dirigiéronse á

COTABATO. Gran sorpresa y júbilo inmenso experimentaron los sencillos y honrados pobladores de Tamontaca, cuando vieron ellos á los PP. Jesuitas, después de tanto tiempo de ausencia. Desgraciadamente, Cotabato había sido de las poblaciones que más habían padecido por las depredaciones de los moros, y conservaba malos recuerdos de la época en que estuvo sin sacerdote.

El Gobernador norteamericano estuvo deferentísimo, guardando todo género de consideraciones á los Padres, y dándoles facilidades para su visita á Tamontaca, de que hablaremos algunas líneas más abajo.

En la escuela de niños celebróse el Santo Sacrificio de la Misa, que presenció numeroso gentío y, después de ella, hubo muchos bautizos y algunos casamientos.

Es digno de notarse que tanto en Cotabato, como en otras poblaciones, se habían celebrado matrimonios, sin la bendición del sacerdote, por supuesto; pero todos con la promesa y la intención de presentarse á los Padres, cuando éstos llegaran, á fin de que santificara aquellas uniones.

Digitized by Google

Los moros cristianos y los *tirurayes* cristianos también, tomaron parte en la alegría general, que se veía retratada en sus rostros. Después de visitar Cotabato y Tamontaca, zarparon los Padres en el *Butúan*, con rumbo á

DÁVAO. Son Presidente y Vice-presidente locales de Dávao, respectivamente, los señores D. Dámaso Suazo y D. Teodoro Palma Gil. Repetidas veces, á instancias del pueblo, firmaron solicitudes, secundados por la principalía, pidiendo el regreso de los Padres Misioneros, por el gran prestigio moral que tenían en aquellos contornos, y por creer que su vuelta sería el único dique que les contendría en el estado civil, apartándoles del salvajismo primitivo. Las instancias, empero, no llegaron á su destino, porque sin duda, algún *fiel depositario* de la voluntad del pueblo, se las quedó. Aquí, al igual que en todas partes, fué una verdadera ovación para los Padres la visita, apiñándose el pueblo á su rededor para saludarles é instarles á que se quedasen. Los expedicionarios quedaron altamente agradecidos á las bondades de los Españoles peninsulares, residentes en Dávao, y, en especial, conservan grato recuerdo del Sr. D. Nicolás Prada, médico, y D. José Bastida, Comerciante. De Dávao dirigiéronse á

SIGÁBOY. Este pueblo está situado en el mismo seno de Dávao, cerca del cabo de San Agustín. El entusiasmo y la alegría de aquella gente sencilla son indescriptibles. Aquellos habitantes, los más pobres y miserables de la isla, fueron también los que más se distinguieron en sus demostraciones de afecto. Pero difícilmente los pueblos recién formados se conservarán en el estado culto, y si Dios no lo remedia, dentro de poco las montañas volverán á ser sus viviendas. Los *tagacaolos* y los *manobos* corren peligro de abandonar su vida actual, por otra más azarosa, pero que aun recuerdan vivamente. Después de un día de estancia en Sigáboy, se dirigieron los Padres á

MATI. Esta población nada ha sufrido por los trastornos pasados. El antiguo teniente del tercio de policía, D. Manuel G. Neila, benemérito español radicado en el país, organizó á aquellos pacíficos habitantes, y los puso en condiciones de repeler cualquier agresión. Así se vieron libres de los asesinatos que ensangrentaron otros suelos menos afortunados, y no tuvieron que sufrir las exacciones cometidas en otros pueblos.

Digitized by Google

Cuando la llegada de las fuerzas norteamericanas, la mayoría de los habitantes abandonó aquellos pueblos, desparramándose por sus viviendas de las sementeras. El pueblo de Mati estaba poco menos que desierto cuando llegaron los PP. Bitrián y Giralt, á pesar de lo cual tuvieron éstos el mismo recibimiento generoso que en otras partes, toda vez que al solo anuncio de su llegada, la gente se precipitaba á bajar al pueblo, viéndose éste repoblado en pocas horas, con gran extrañeza del jefe del departamento, que ignoraba cuál pudiera ser la causa de aquella afluencia de gente. Viendo el jefe norteamericano el aprecio que tenían á los PP. Jesuitas aquellos sencillos habitantes, exhortóles á que volvieran para ver si podían lograr que se repoblaran los pueblos.

El tráfico comercial es casi nulo en aquellas vecindades. De este pueblo, dirigiéronse los expedicionarios á

MANAY, CARAGA, BAGANGA é HINATÚAN, pueblos situados á la costa del Pacífico. La navegación fué penosa por esta parte, pues el mar estaba agitadísimo. Es increíble el entusiasmo de los pueblos arriba citados, al paso de los Padres. La alegría se reflejaba en todos los semblantes, y todos invitaban á los Misioneros á que permaneciesen entre ellos. Con lágrimas en los ojos les pedían que no saliesen, y hasta hubo quien, para impedir que el P. Giralt marchase, aconsejó en su dialecto que se le amarrase, ínterin levaba anclas el vapor. El P. Giralt, que por conocer el dialecto en que hablaban, oyó el consejo, les hizo broma, pues comprendió que era hijo del cariño que le profesaban.

En el pueblo de Caraga, el Presidente local D. Dalmacio Ferrando, y los acaudalados propietarios D. León Balante y D. Teodoro Pichón, acompañados de la principalía y seguidos del pueblo en masa, acudieron á la iglesia, donde se administró el sacramento de la confesión. Muchos fueron los que esperaron turno, hasta horas muy avanzadas de la noche. A las tres de la madrugada del día siguiente, estaba llena otra vez de bote en bote la iglesia; pero muchos no pudieron satisfacer sus santos deseos.

En el pueblo de Hinatúan, cuando se divisó el bote en que iba el P. Salvador Giralt, se echaron las campanas al vuelo, llamóse á tambor batiente á los vecinos y éstos acudieron al *pantalán*, donde dieron muestras inequívocas de sus sentimientos cariñosos para con su Misionero. Condujéronle á la iglesia, y una vez en ella, sin avisarle ni

Digitized by Google

preguntarle nada, entonaron el *Te Deum* para dar gracias á Dios, porque les devolvía á su antiguo Padre. Pronto, sin embargo, sufrieron una amarga decepción al saber que la ida del Padre era sólo accidental y que debía marcharse.

IMPRESIÓN GENERAL. Para terminar estas mal trazadas líneas, haremos un resumen de la impresión que en nosotros ha causado la relación de los hechos arriba citados. Los pueblos de Mindanao han conservado sus piadosas costumbres y hasta ellos no ha llegado la ola revolucionaria, que tan profundos trastornos ha causado en Luzón y Bisayas. En algunos pueblos, sí, aprovecháronse de las circunstancias unos cuantos para lucrarse á costa de los habitantes pacíficos.

La obra de España allí va á deshacerse rápidamente, si no se le pone pronto remedio. Nótase en algunos pueblos malestar, y á instancias de individuos de sus razas, remontados todavía, muchos de éstos están próximos á abandonar el llano. Pero lo que deben procurar con verdadero empeño las autoridades norteamericanas, es extinguir el comercio de esclavos, esa vergonzosa trata de carne humana, prohibida con penas severísimas y castigos ejemplares por España, y que ahora, á merced de las circunstancias, ha vuelto á desarrollarse. Difícil es la empresa, pero todos los esfuerzos que á ella tiendan merecerán los aplausos de las conciencias honradas, y constituirán un eminente servicio prestado á la causa de la civilización.

Estas son las impresiones recogidas, transmitidas fielmente al papel, y que ampliaremos, ratificándolas ó rectificándolas, cuando de ello tengamos ocasión.»

Digitized by Google

Carta del P. Victoriano Bitrián al R. P. Superior de la Misión

Llegada de los PP. Bitrián y Bennásar á Zamboanga.—Visitas al Gobernador americano y al General Cobbe. — Entrevista con el Presidente provincial en Tetuán. — Trabajos apostólicos del P. Bitrián en el pueblo de Mercedes. — La fiesta del Corpus en Tetuán. — Dudas y sospechas del General Cobbe sobre el desinterés de los Padres en sus ministerios parroquiales.— Abundancia de miés y escasez de operarios.

Tetuán, 15 de junio de 1900.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Superior: Voy á seguir en la presente carta el orden cronológico de los sucesos, á fin de que V. R. pueda formarse idea exacta de todo.

Llegamos á Zamboanga el día de Pentecostés el P. Bennásar y yo, poco antes de mediodía. Por la tarde desembarcamos, y al momento nos llamaron para asistir á dos enfermos en Magay. Este barrio está formado hoy, más que por moros, por cristianos que han construído en él sus casitas.

Al vernos la gente, la satisfacción y alegría se retrataba en el rostro de todos, menos en el de los americanos, que estaban como asombrados al ver que grandes y pequeños nos rodeaban para saludarnos y besarnos la mano.

En esta misma tarde fuí á visitar al Gobernador americano, y le pedí el convento: me contestó que hablaría con el General, pues de él dependía, y que sería bueno que hablase yo también con él al día siguiente. Así lo hice.

El General Cobbe nos dió la bienvenida y nos manifestó que aquella misma tarde pensaría dónde colocar la tropa que ocupaba el

Digitized by Google

convento. Insté, diciendo que traíamos equipaje, que debíamos desembarcar aquella misma tarde, y no teníamos dónde dejarlo. Mas él me respondió que lo colocásemos en la iglesia, mientras buscaba sitio para la tropa. Nos trasladamos, pues, á la iglesia con el equipaje, y aquí empezaron los disgustos con que el Señor quería probar nuestra constancia. En la iglesia estaba establecida la escuela, y no pude lograr que la llevaran á otra parte, sino después de mucho trabajo.

El día siguiente, se presentó á nosotros el Presidente provincial á pedirnos que nos pasáramos á vivir á Tetuán (1). Le contesté que por entonces no sería posible; pero que estuviese en la convicción de que Tetuán sería bien atendido, pues, mientras estuviera en nuestra mano, uno de los Padres iría todos los días á decirles misa, como ya lo estábamos haciendo. Luego me preguntó por qué razón habíamos ido á Zamboanga y si la instancia que habían firmado los vecinos de Tetuán, era la causa de nuestra venida. Respondí que, con instancia ó sin ella, también hubiéramos venido, aunque quizás ella aceleró nuestro viaje. Con esto se despidió, al parecer no descontento.

Al día siguiente, miércoles, fuí de nuevo á ver al General para saber su determinación. Me preguntó si el General Otis tuvo conocimiento de nuestra venida, y quién nos había dicho que viniésemos. Le respondí que el General Bates había instado á V. R., y que Mons. Chapelle, sabiendo lo mucho que nos deseaban estos pueblos, había querido que no retardásemos más nuestra venida. Con esto parece que se convenció de que no éramos intrusos, y nos repitió la promesa de evacuar pronto el convento.

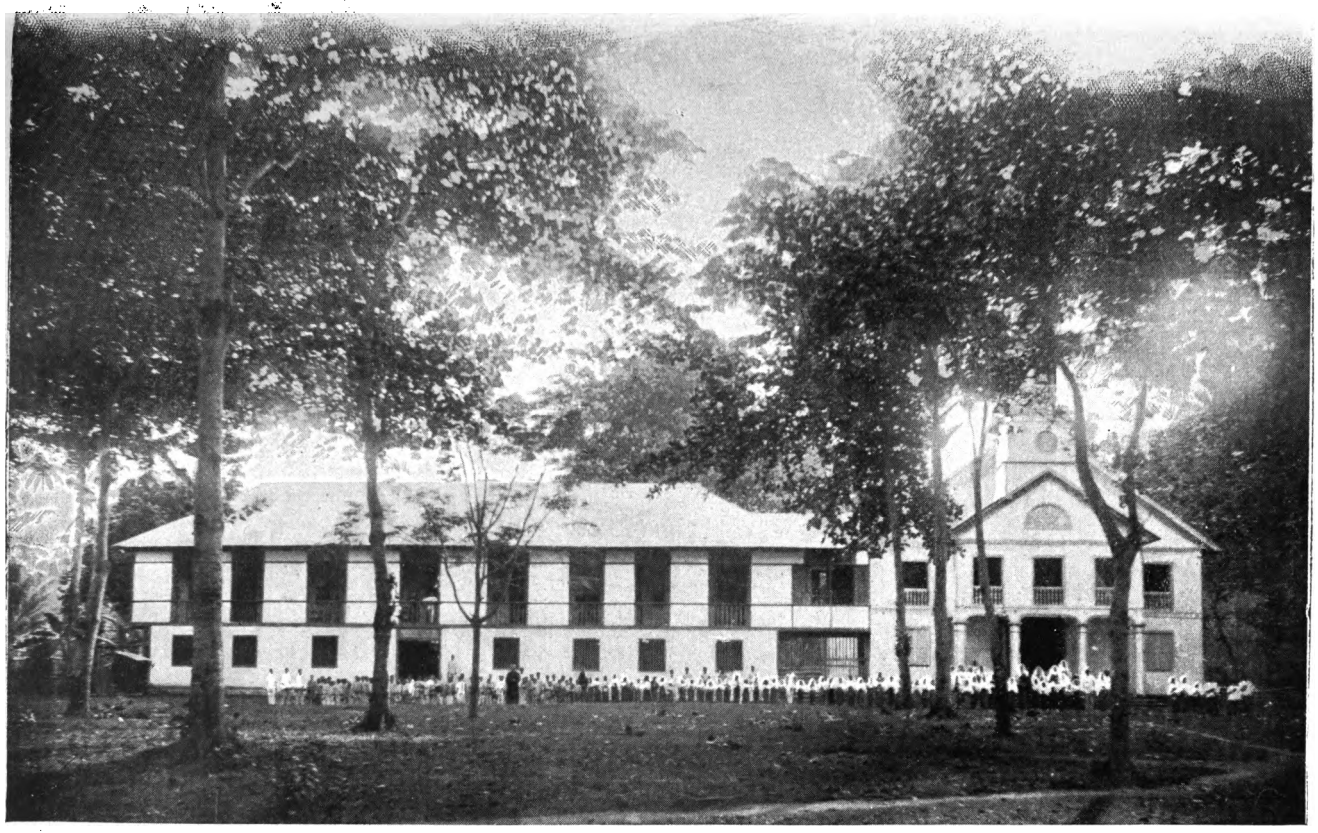
Era, pues, cosa manifiesta que, mientras yo instaba para recuperar el edificio de Zamboanga, el Presidente provincial, á quien los americanos procuran complacer en todo, trabajaba para que no se nos entregara, á fin de que, de esta suerte, nos viésemos obligados á vivir aquí, en Tetuán. Al anochecer se presentó el Alcalde D. Juan Daga Manuel, de parte del señor Presidente á hacernos entrega del convento é iglesia.

Al día siguiente, por la mañana, salí de Zamboanga y me vine aquí á decir misa.

Entonces considerando que hacía cuatro noches que estábamos durmiendo sobre los duros bancos de la iglesia de Zamboanga, y que pasábamos el día en la iglesia, desprovistos de todo lo necesario,

(1) Tetuán dista de Zamboanga unos dos kilómetros.

Digitized by Google



Iglesia de Tetuán.

Digitized by Google

Digitized by Google

después de haberlo tratado con el P. Bennásar, nos pareció que sin perder de vista el convento de Zamboanga, nos viniésemos á residir en este pueblo de Tetuán.

Habían venido los alcaldes de Mercedes y de Ayala, pidiendo que fuésemos á pasar allí unos días, con el fin de arreglar las cosas de la iglesia. A D. Manuel Saavedra prometí subir á Las Mercedes.

El domingo por la tarde se presentaron seis jinetes para acompañarme. Con música entramos en el pueblo; inmediatamente bendije la iglesia, en presencia de mucha gente, dejándola dispuesta para la misa del siguiente día. Durante los tres que estuve allí, apenas me dejaron descansar; tantos fueron los bautizos, casamientos y confesiones que hubo. Creo que no quedó nadie casado civilmente. La *República*, según ellos mismos confiesan, ha dejado huella en todos los habitantes, hoy arruinados por las vejaciones sufridas. Sin embargo, la revolución, como tal, fué una cosa postiza; por tanto, al desaparecer, quedó el pueblo con la misma sencillez y piedad que antes. Buena prueba es de ello la caridad y agasajo con que nos trataron. Les propuse hacer una procesión al cementerio, para cantar allí un *responso* por los difuntos del pueblo. Acudió mucha gente, y, rezando el Rosario, nos dirigimos al Campo santo, donde nos aguardaban otros muchos del pueblo ocupados en limpiar las sepulturas. Después del *responso*, les hice una breve plática, que, á mi parecer, produjo en ellos honda impresión, pues el asunto era muy práctico.

Estuve los tres días aposentado en el convento, donde han quedado solas las paredes, y no enteras. Una cama, un sillón viejo y algún otro objeto, era todo el ajuar que yo tenía, y no había más, y aun esto preparado por D. Manuel Saavedra, cuyo comportamiento, como siempre, fué excelente. La víspera del Corpus, por la tarde, á los acordes de la música, y acompañado, contra mi voluntad, por seis jinetes, salí de Mercedes para Tetuán.

Ya estaba preparada la *palapala* (1), y dispuestos los altares, y el

(1) *Palapala*. Palabra bisaya que significa andamio. Aquí se toma por el toldo de ramas verdes de coco ú otros árboles, que para la fiesta del Corpus, se levanta en los pueblos de Filipinas sobre todo el trayecto que ha de recorrer la procesión. Su objeto es dar sombra durante el paso del Santísimo Sacramento. En tiempo de los españoles concurrían á levantarlo y adornarlo los cabezas de barangay, de orden de la Superior Autoridad civil (*).

(*) «En su primera significación, barangay es una lancha ó barco, y, según

Digitized by Google

bullicio era grande, por la afluencia de gente que de otros pueblos había venido, por saber que se celebraba aquí la fiesta como siempre. Al día siguiente, la iglesia estaba llena de fieles y la principalía ocupaba su puesto. Después de la misa se organizó la procesión, y me causó gran consuelo ver que los Sres. Presidente y Alcalde tomaron las dos primeras varas del palio.

Terminada la procesión, subieron todos al convento, y también algunos españoles que habían venido de Zamboanga. El dato Mandi, que había asistido á la fiesta, se quedó en la calle. Manifesté yo deseos de saludarle, y entonces subió también, y se puso á mi lado. Más de una hora estuve conversando con él, y pareció que la actitud hostil de los primeros días, se había trocado en satisfacción y confianza.

El estado del país es de paz. Hoy por hoy, no se ve probabilidad de que sea turbada. Los sucesos pasados, el hambre y enfermedades, la pérdida de los carabaos y de las vacas, que tanto abundaban, las arbitrariedades, exacciones violentas y temores, á que estuvieron sometidos estos pueblos, han hecho que recuerden con horror el tiempo de la *República*.

Nuestro estado de salud es satisfactorio, y las ocupaciones muchas. A todas horas vienen de los pueblos, unos, para que bauticemos á sus hijos; y otros, á preguntar cuándo se podrán casar.

La actitud de la gente del pueblo, en general, es la misma que antes para con nosotros; quizás más afectuosa aún.

En los días borrascosos que al principio pasamos en Zamboanga, el intérprete del General, por comisión de éste, (según tengo entendido), fué indagando, con muchas precauciones para que yo no me enterase, cuáles y cuántos eran los derechos que cobrábamos por bautizos, matrimonios, etc. Supongo que alguien le iría con cuentos. Procuré que llegase á sus manos una nota exacta de todo, en que le daba á entender que, de las tres partes en que, según arancel, se dividen los derechos de entierros, á saber: una para la iglesia, otra

tradiciones, que es fácil recoger entre los indios, los que venían en un barangay formaban una tribu separada y se gobernaban por sí solos. De ahí la palabra barangay ó cabecería, que significa un número de familias, constituídas en determinado punto, formando población bastante para ocupar una embarcación de esta clase; con lo cual se manifiesta el modo cómo los naturales fueron, en parte, poblando estas Islas por barangayes dirigidos por su principal, llamado, por este motivo, cabeza de barangay.» *(El Archipiélago Filipino*, T. I., página 163).

Digitized by Google

para los sacristanes, y otra para nosotros, sólo cobrábamos las dos primeras, condonando la que nos toca. No he vuelto á saber más.

Día 18. Ha salido hoy el P. Bennásar para Ayala, donde estará tres ó cuatro días. Poco es; pero nuestras ocupaciones son tantas que no permiten hacer más. Si viniesen un Padre y un Hermano se podría estar algunos días en cada pueblo, y no se dejarían las cosas, como ahora, sólo comenzadas. Hace días que están llamando de la Isabela. Convendría, además, hacer en cada pueblo la primera comunión de los niños y niñas. Estamos celebrando la novena del Sagrado Corazón en este pueblo y en Santa María.

Parte de los soldados que ocupaban el convento de Zamboanga, lo han ya abandonado. Para los restantes se está arreglando casa.

Nuestros afectuosos recuerdos á todos. En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho nos encomendamos.

Affmo. siervo en Cristo,

VICTORIANO BITRIÁN, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Guillermo Bennásar al R. P. Provincial

Ocupación continua de los Misioneros. — Fiesta en Tetuán. — La solemnidad de Nuestra Señora del Pilar en Zamboanga.—Visita al General norteamericano.—Restablecimiento del catecismo.

Zamboanga, 20 de octubre de 1900.

P. C.

Mi reverendo y muy amado en Cristo P. Provincial: Ahora que ya me he *repatriado*, no quiero pasar más tiempo sin ponerle siquiera cuatro líneas, aunque ya sé que le han enviado copia de las cartas del P. Bitrián al R. P. Superior. Por ellas habrá visto V. R. la actitud en que hallamos á las Autoridades locales á nuestra llegada, y que por la poca prisa que se daban los americanos en desocupar el convento, tuvimos que trasladarnos á Tetuán. Ahora ya estamos aquí, aunque yo voy todos los días á decir misa á Tetuán, por dar gusto al Presidente provincial, y porque así conviene.

Padre, la miés es muchísima y los operarios poquísimos. Hemos instado dos ó tres veces al R. P. Pi, para que nos envíe otro Padre; pero siempre recibimos la misma respuesta: *¡no puedo!* Cabalmente hemos llegado en un tiempo, en que han reinado, y reinan todavía, unas calenturas muy malignas y raras, que dejan al enfermo sin sentido. Las defunciones son más del doble que en tiempos normales; así es que con tantos enfermos, muchos de ellos á larga distancia, tenemos que pasar casi todo el día montados á caballo. El R. P. Pi nos encarga con mucha solicitud y caridad que nos cuidemos y que

Digitized by Google

no trabajemos demasiado. Pero cuán difícil es hacerlo. Y si no vaya una prueba: Supongamos que uno recibe aviso para ir á confesar á un enfermo, y que de puro cansado deja de ir, y al día siguiente sabe que aquel enfermo ha muerto sin confesión; ¿será fácil quedarse tranquilo y sin ningún remordimiento? Dirá tal vez alguno: que se entere de cómo está el enfermo, y si la cosa no urge, que la deje para otro día. Es inútil: quien conoce este país, sabe cuán difícil es averiguar el estado del paciente. ¿Piden confesión?, pues no hay más que ir ó exponerse á que el enfermo se vaya al otro mundo, sin el correspondiente pasaporte. Pero pasemos á otro asunto.

Por lo que toca al pueblo, éste responde bastante bien; y si hubiese más Padres, creo que todo seguiría como antes. Hasta ahora no hemos creído conveniente organizar de nuevo las asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús y de las Hijas de María, aunque para ello se nos insta y á nosotros no nos faltan deseos; pero sería imposible poderlo continuar cual conviene. Lo peor es que en todas las fiestas de alguna solemnidad, se vuelven algunos á sus casas sin haberse podido confesar, y esto retrae bastante.

El primer domingo de octubre llegaron aquí, de paso para Dávao, los PP. Mateo Gisbert y Juan Martín y el H. Ramón Morros. Aquel día celebraba yo gran fiesta en Tetuán, y por la tarde quise que estuviese presente á la función el P. Martín, que nunca había estado en aquel pueblo. Quedó muy complacido y bien impresionado, no sólo por la muchísima gente que había en la procesión, sino también por el afecto con que todo el mundo nos saludaba.

Hemos celebrado ya en Zamboanga, Tetuán, Mercedes y Ayala, y hoy mismo en Santa María, la primera comunión de niños y niñas.

El día 12, de acuerdo con el Sr. Alcalde, se empeñó el pueblo de Zamboanga en celebrar, con solemnidad inusitada, la tradicional fiesta de la Virgen del Pilar, y á este fin, se abrió una subscripción, que dió buen resultado. Por la mañana, con asistencia de muchísimos fieles, hubo misa cantada á toda orquesta y sermón, que predicó el P. Bitrián. El Sr. Alcalde tuvo también empeño en que por la tarde se fuese en procesión á la cota ó fuerza dedicada á la Virgen del Pilar (1), donde, incrustada en la parte posterior del edificio, se venera

(1) «Esta fortaleza, llamada del Pilar, con gruesos muros de piedra, cuarteles en su interior, almacenes, etc., construída bajo la dirección del P. Melchor de Vera, de la Compañía de Jesús, ha prestado inapreciables servicios en las antiguas invasiones de moros piratas.» *(El Archipiélago Filipino*, T. I., pág. 127).

Digitized by Google

una antiquísima imagen, á la que profesan mucha devoción estos buenos zamboangueños, muchos de los cuales van allá todos los sábados, los más con una candela para que arda delante de la Virgen.

La procesión se celebró en efecto; pero momentos antes de que saliera, ocurrió un caso imprevisto: el General americano, acompañado de un ayudante y del intérprete, se presentó en el convento para ofrecernos sus respetos y hablar un rato con nosotros. El P. Bitrián le dijo entonces que, si le parecía bien, podríamos aprovechar aquel corto espacio de tiempo. — No; ya volveré otro día, — respondió él. —No se moleste V. E., — repuso el Padre, mañana iremos nosotros á su casa. — Con esto se despidió.

Volviendo á la procesión, el acto fué muy concurrido y ordenado. Casi todo el pueblo de Zamboanga se reunió en la explanada que se extiende detrás de la fuerza. Colocada la imagen de la Virgen sobre un altar, allí levantado, la devota multitud escuchó de rodillas la *Salve* que se cantó; terminada la cual, todos, con mucho orden, volvieron á la iglesia.

El día siguiente nos presentamos al General, quien, después de disculparse por no haber venido más pronto á visitarnos, nos preguntó si la iglesia podría sostenerse sin subvención alguna, puesto caso que, como no ignorábamos, el gobierno americano no daba nada para el culto católico, como tampoco para ningún otro culto. Contestó el P. Bitrián que, por lo que tocaba á Zamboanga, no habría dificultad. Luego, aprovechando la ocasión, le manifestó el Padre, el disgusto que en todos los indígenas había causado la prohibición de enseñar el catecismo en las escuelas, disgusto que era parte para que algunos padres quitasen de ellas á sus hijos, como ya otros lo habían hecho (1). Contestó el General que él no había dado tal orden, y que

(1) Dos meses antes de la fecha de la presente, el 22 de agosto, había recibido el P. Bitrián la comunicación siguiente:

«El Gobernador Militar de las Islas Filipinas me ordena haga constar que está dispuesto á asegurar á los ciudadanos naturales de estas islas, que las disposiciones siguientes regirán en cualquier forma de Gobierno Civil que pudiera establecerse en el Archipiélago.

»Bajo la Constitución de los E. U. se garantiza entera libertad de cultos; ningún sacerdote puede ser impedido ó molestado en el ejercicio de sus funciones, desempeñadas en legal y pacífica forma, y una completa separación debe existir entre la Iglesia y el Estado; así, pues, el Gobierno Civil que se establecerá en lo futuro en estas islas, dará las mismas seguridades á los naturales de ellas, y garantizará que no se obliga á ningún pueblo, ni ciudadano, á observar determinada forma de

Digitized by Google

nada sabía de eso; que sería cosa del Preboste, y que ya vería de arreglarlo. Pues, el que en América, siguió diciendo, no se enseñe ninguna religión, dado caso que en las escuelas hay niños de toda clase de sectas, me parece muy lógico; pero también me parece muy conforme, y hasta político, que aquí, donde todos son católicos, se enseñe la religión católica. Y añadió, además, que si por aquí viniera algún ministro protestante (él pertenece á esta secta), le impediría predicar; pues la propaganda del protestantismo sería causa de divisiones, y él, ante todo, quería paz.

No es poco: Dios quiera que no sean sólo vanas promesas.

Después preguntó al P. Bitrián, si quería ser su profesor de idioma español, que él, por su parte, le enseñaría el inglés. A esto contestó el Padre, que con muchísimo gusto (aunque, por la multitud de ocupaciones, quizá no siempre podría cumplir tan perfectamente con dicho cargo, como deseaba); pero que se esperaban algunos Padres de España y, como tal vez mandarían alguno á Zamboanga, entonces podría hacerlo con más libertad. Al oir que venían Padres de España, preguntó con un tantico de curiosidad y extrañeza, qué Padres eran ésos y á qué orden religiosa pertenecían. Díjole el Padre, que eran jesuitas. *All right*, contestó él, que vengan jesuitas. Finalmente, el P. Bitrián le rogó que, si tenía alguna cosa que advertir, ó sabía algo contra nosotros, nos lo manifestase con entera libertad. Dijo que no; que antes, al contrario, sabía que trabajábamos mucho en bien del pueblo, que éramos de todos muy queridos,

Religión; que ningún sacerdote será molestado ni impedido por el Gobierno, ó persona alguna, en el desempeño legal y pacífico de sus funciones; que no se destinarán fondos públicos para sostenimiento de individuos ú organizaciones religiosas, que no se usarán procedimientos judiciales para recaudar contribuciones destinadas al sostén de las iglesias, sacerdote, ó comunidad religiosa alguna; que ningún sacerdote podrá, por el mero hecho de serlo, ejercer ningún empleo del Gobierno ó Autoridad, y que la separación de la Iglesia y del Estado será entera y completa.

»Según la esencia del artículo anterior, es claro que los pueblos, usando de su individual independencia de acción, podrán, sin que el Gobierno interceda, rechazar cualquier sacerdote que no fuera aceptable á la mayoría de los que forman la parroquia, é impedir por medios apropiados para el objeto, que dicho sacerdote ejerza funciones en ella, siempre, claro está, que esta acción no fuera acompañada de procedimientos violentos.»

Hasta aquí el decreto, ó lo que sea, que en todo ó en parte fué dado á conocer por las calles de Zamboanga. El día siguiente de la publicación del mismo, el Preboste, ó el Gobernador, llamó á los maestros y maestras y les hizo saber que, en adelante, ya no tenían que enseñar el catecismo en las escuelas, ni cosa alguna tocante á religión.

Digitized by Google

y que teníamos sobre ellos mucha influencia, la que esperaba emplearíamos para afianzar la paz y tranquilidad, que ya había. Con esto nos despedimos, quedando nosotros con la buena impresión que V. R. puede suponer.

24 de octubre: nuevas tenemos y, por cierto, muy buenas; que no todas han de ser malas. Acaba de visitarnos el maestro, y nos ha dicho que el Sr. Gobernador le ha encargado que, en adelante, dedique cada día media hora á enseñar el catecismo á los niños. Me consta que la misma orden se ha pasado á los demás maestros y maestras de los pueblos vecinos. Ya se van cumpliendo las promesas. Que Dios bendiga á este buen General.

Con saludos para todos los PP. y HH. de esa casa, suplico á V. R. no se olvide en sus SS. SS. y OO. de su ínfimo siervo en Cto.

GUILLERMO BENNÁSAR, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Guillermo Bennásar al R. P. Provincial

Visita á la Misión de Tamontaca. — Triste estado de esta población. — Repatriación de algunos tamontacenses. — Su caridad para con las Madres del Beaterio de Manila. — Veneración en que tienen al difunto P. Jacinto Juanmartí. — Estado fatal de la moralidad pública en Cotabato. — Las escuelas regentadas por soldados americanos. — Actitud descarada de los moros. — Cualidades morales del Gobernador actual de Cotabato. — Sitio de Polloc por los moros. — El primer día del siglo en Cotabato. — Honrosa sepultura dada á los restos del P. Juanmartí en Tamontaca.

Polloc, 27 de diciembre de 1900.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Provincial: Empiezo ésta en Polloc, hoy, día de la fecha, y no sé cuándo ni dónde la acabaré, pues tengo deseo de darle noticias, las más exactas, del estado en que se encuentra esta desgraciada Misión del río Grande.

Empezando por Tamontaca, alma hasta ahora de esta Misión, puede decirse que no existe, y apenas si se conoce lo que fué. El zacate lo cubre todo. Como al partirse los Padres para Zamboanga, les siguieron más de 60 familias, la población quedó medio desierta; y si añadimos á esto que, á consecuencia de la invasión de los moros el año pasado, la gente, acosada por el miedo, fué á reunirse casi toda al colegio de las niñas, tribunal y escuelas, resulta que la población, como tal, apenas existe. A lo más habrá unas veinte casas, y éstas habitadas solamente desde que el pueblo ha sido ocupado por los americanos.

Cuando los moros saquearon y asaltaron el pueblo de Cotabato, fueron también á Tamontaca; y aunque más de trescientos de ellos

Digitized by Google

entraron en la iglesia, no tocaron ninguna de las imágenes que allí había y hay aún, y se contentaron con llevarse las dos arañas de cristal, la cómoda, y algún otro objeto de la sacristía. Más tarde Pián, el *generalísimo* de los moros, mandó sacar muchas de las hermosas maderas preparadas para la nueva casa que iba á construirse.

Pantalán de Polloc.

Los habitantes de Tamontaca que, cuando se hizo la evacuación, nos siguieron á Zamboanga, están hoy esparcidos por los pueblos de aquel distrito, y algunos residen en Joló y Sandakan. A mi venida, cincuenta y ocho de ellos se han repatriado, embarcándose conmigo en el *Bolinao*, con pasaje gratuito que les concedió el General. He traído la imagen de la Purísima, Patrona de aquel pueblo, la que, al tener que abandonarlo por precisión, trasladamos á Zamboanga. Hicimos su fiesta, aunque atrasada, el domingo pasado. A ella asistió mucha gente de Cotabato, y el mismo Sr. Gobernador, bellísima persona, de quien más abajo pienso decir algo á V. R.

Los de Tamontaca tienen este año muy buena cosecha de *palay*. Con todo, muchos deben ya gran parte de ella; pues como los moros, el año pasado, lo robaron todo, han tenido que empeñarse para hacer sementera.

Y á propósito del palay: éste me trae á la memoria lo mucho que los tamontacenses se acuerdan de las Madres del Beaterio. Cuando estuve en Tamontaca, no sólo todo el mundo me preguntaba por ellas, sino que, al decirles yo que no lo pasaban muy bien, ya por ser muchas las que se han refugiado en Manila, ya también por andar allí todo muy caro, me contestó una mujer que siempre les ha sido muy afecta: «Pues yo les voy á mandar cuatro *cabanes* de palay.» Supieron esto otros tamontacenses, y también ofrecieron su limosna,

Digitized by Google

de modo que tengo ya reunidos unos treinta cabanes, y aun confío reunir algunos más. También espero que no ha de faltar vapor que me los lleve gratis á Manila. Dios se lo pague á todos. Creo que á las Madres les hacen con esto una buena obra de caridad. ¡Pobrecitas! Jamás podré olvidar la abnegación, paciencia y constancia con que han trabajado en aquella mi querida, y hoy tan desgraciada, Misión.

Cuando los tamontacenses me vieron llegar, corrieron todos á verme, los más llorando como chiquillos. Los pobres no cesan de contar las tribulaciones, miserias, hambre y sustos que han pasado. Atribuyen todos el no haber sido víctimas de los moros, á su Patrona, la Purísima Concepción, y á que su Padre, (el difunto P. Juanmartí), estuvo rogando por ellos. No puede V. R. figurarse el amor y confianza que tienen los de Tamontaca en dicho Padre. Algunos no se contentan con ir al cementerio á rezar por el eterno descanso de su alma, y á encender candelas, y á encomendarse á él, sino que para contemplar sus restos mortales, llegan hasta abrir su sepulcro. Tres veces se ha encontrado abierto, y otras tantas se ha vuelto á cerrar, y, al llegar yo, me dijeron que volvía á estar abierto. Por este motivo, y porque me temo que algún día desaparezcan los restos, he resuelto trasladarlos á la iglesia juntamente con la lápida que tiene su sepulcro. Allí no estarán tan fácilmente expuestos á una profanación, ó á un piadoso secuestro.

De Cotabato ¿qué le diré á V. R.? ¡Ay, Dios mío! ¡cuánta miseria! . . . . . .

Por lo que á mí toca, he sido muy bien recibido; las manifestaciones de afecto son muchas, y creo que sinceras; pero ellas no me impiden ver lo que hay en el fondo de un mar tan cenagoso. Padre mío, si algún día han de venir Misioneros á Cotabato, que sea muy pronto, pues si se deja abandonado mucho tiempo, cesará de ser pueblo de cristianos.

Sé que en Cotabato se ha tratado de abrir una suscripción voluntaria entre los vecinos, para señalar á un Padre cincuenta pesos mensuales; pero yo me inclino á que no se cobre nada, puesto que la hacienda de Tamontaca daría bien para el sustento de dos Padres, y el recibir algo de parte del pueblo, ó haría al Misionero odioso, ó le quitaría libertad. Mejor sería emplear dicho dinero en poner un maestro y una maestra, por cuenta de los Padres, y dar á los niños enseñanza católica. Además, tengo casi por seguro que maestro y maestra, al tiempo de la cosecha del palay, reunirían lo suficiente

Digitized by Google

para todo el año, y con el producto de la pensión podrían sufragar los gastos de vestido y otras cosas necesarias. Actualmente puede decirse que no hay escuelas. A los niños les da lecciones de inglés un soldado, y á las niñas otro, bajo la inspección de una maestra. Y no hay más. Y bien puede estar contento Cotabato, si se compara con Tamontaca, donde un solo soldado hace clase á niños y niñas juntamente.

Por lo que toca á la cuestión política, debo manifestar á V. R. que Cotabato no está tranquilo, ni mucho menos. Las alarmas, ó *moro moro*, como llaman aquí, son muy frecuentes. Hay mucha sed de venganza que abrasa, no sólo á los moros, mas también á los chinos que tomaron parte en el complot, matanza y saqueo de los cristianos. Además, los moros están muy envalentonados; su osadía y desvergüenza no tienen límites; los robos son continuos, y, no ya de noche, sino de día, y á las barbas del dueño. Los americanos, entre tanto, observan impasibles lo que pasa. No hace muchos días que, mientras un soldado americano estaba muy tranquilamente sentado sobre el tronco de un árbol, liando un cigarrillo, se le acercó un moro, y, de un solo golpe, le cortó en redondo la cabeza. Y hasta el presente nada se ha hecho en razón de exigir la debida satisfacción. En medio de todo, hay que convenir en que, hoy por hoy, no pueden los americanos hacer más que estar á la defensiva, pues ni tienen ocupado á Tumbao, que es la llave del Delta, ni tienen aquí un solo cañonero, y, cierto, sin cañoneros, sería temerario querer atacar á los moros.

Ahora hay un gobernador católico y educado en un colegio de los Nuestros; es hombre muy fino y atento, de muy sanas ideas, intachable en sus costumbres, y que tiene la gente muy á raya. Todos le quieren. Es un carácter muy parecido al del Coronel Marina, hoy General, que, en los pocos meses que estuvo en Cotabato, se ganó las simpatías de todos.

Tuve, hace varios días, una entrevista con él, aunque cortita, por no haber tiempo para más; y, entre otras cosas que le dije, le pregunté, si creía prudente que yo pidiera á Pián los objetos que se llevó de la iglesia de Tamontaca, y me contestó que no pasase cuidado, que él mismo se los pediría. La de Cotabato está sin piso, pues lo arrancaron los moros para aprovechar las tablas, y á mi llegada era un almacén del Gobierno. Entre las varias peticiones que hice al Sr. Gobernador, una fué que tuviese la bondad de desocupar la iglesia, y así se hizo al día siguiente.

Digitized by Google

Hasta ahora nada se ha hecho en Cotabato en lo tocante á prácticas de religión. En Polloc y Tamontaca, y lo mismo digo de los demás pueblos, los fieles se reunen en la iglesia los domingos, y rezan el Sto. Rosario; celebran, como pueden, sus fiestas, procesiones, novenas, etc.; pero en Cotabato, como está tan mal la iglesia, nada hay de esto, y urge que empiecen á hacer algo. Los paisanos me hablaron de abrir una subscripción para levantar una capilla; pero á mí me pareció mejor que se emplease el dinero en la construcción del piso de la iglesia, de que, como he dicho, carece. Les dije además, que antes de empezará hacer reparaciones, examinen los arigues, y que, si hallan alguno degollado, lo empalmen.

El P. Juanmartí recogió á estos niños dulangánes, extenuados por el hambre, y les dió asilo en el Orfanotrofio de Tamontaca.

Polloc, en donde escribo ésta, es el pueblo más tranquilo del distrito. Aquí no hay, actualmente, ningún temor de moros. Estuvo meses atrás bloqueado por ellos, durante tres días. Los hombres pelearon heroicamente, defendiéndose de los bárbaros, que atacaban por todos lados, mientras, reunidos en la iglesia, las mujeres y los ancianos rezaban y los niños lloraban. Al llegar el 6 de abril de 1900, tercer día del sitio, Lorenzo, que es el encargado de la iglesia y convento, con grande fe sacó á la ventana del coro el Santo Cristo y la Virgen de los Dolores y, no sin sorpresa, antes de la noche ya se habían retirado los moros, con la circunstancia agravante de que éstos sufrieron muchas bajas, en tanto que los cristianos sólo tuvieron un herido. Por lo dicho, no extrañará V. R. que los de aquí atribuyan su salvación á la Virgen de los Dolores, cuya fiesta se celebraba precisamente aquel día; pues, realmente, de tejas abajo, no se concibe que tres mil moros no pudieran tomar en tres días un pueblecito como éste, defendido solamente por un puñado de valientes. Con este motivo son varios los devotos que me han encargado la celebración de misas, en acción de gracias al Todopoderoso.

Digitized by Google

Cotabato, 1.° de enero de 1901.

Como ve V. R. hoy, primer día del siglo XX continúo la presente, empezada el siglo pasado en Polloc. Ojalá el nuevo siglo convierta en dichas las calamidades que ha heredado del anterior.

Hoy he celebrado aquí, asistiendo el Sr. Gobernador, y, al fin de la misa, hemos cantado el *Te Deum*, terminado el cual se ha hecho la adoración del Niño Jesús. Claro está que aquí no había ninguna imagen del mismo, ni otra alguna de santo, pues todas fueron hechas pedazos el día del alboroto; pero me traje uno, muy lindo, que encontré en Polloc, donde también hubo adoración el domingo pasado. Si el día de Reyes me es posible, veré de hacer lo mismo en Tamontaca. Así todos los de estos pueblos habrán podido adorar al divino Emanuel.

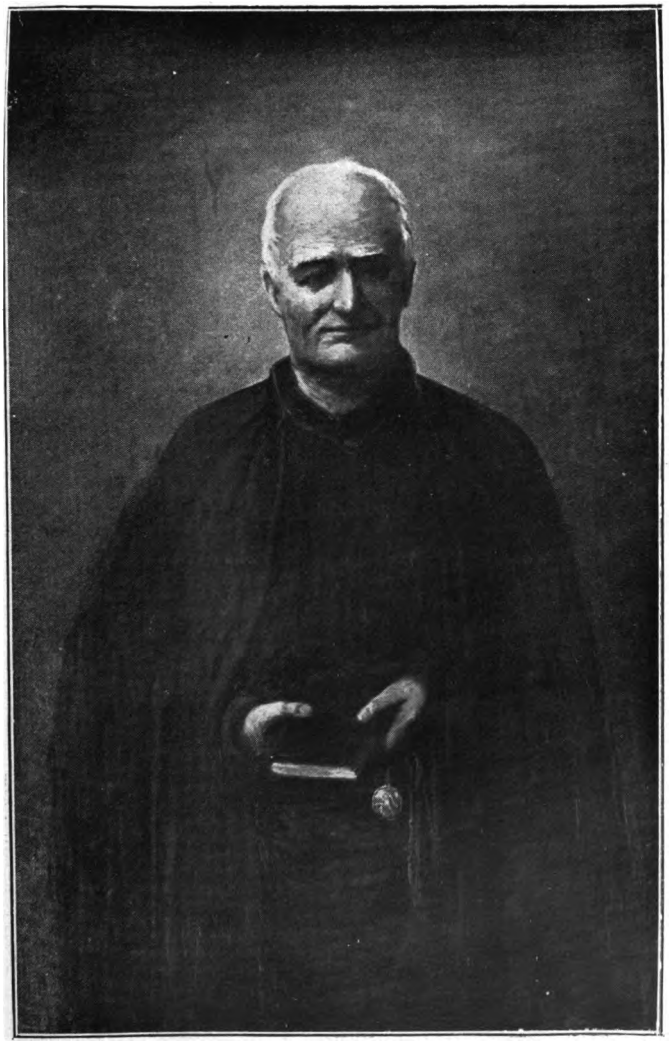
Tamontaca, 2 de enero.

Estoy en continuo movimiento: anteayer en Polloc, ayer en Cotabato, y hoy en Tamontaca. A mi llegada he visto que, conforme lo había encargado, han trasladado ya los restos del P. Juanmartí, y abierto en la iglesia el lugar donde han de recibir más honrosa sepultura. Casi todo el pueblo ha asistido hoy á la misa celebrada en sufragio de su alma, y algunos han comulgado con la misma intención. Los restos quedan ya depositados *in cornu epistolæ*, al pie de la credencia del altar dedicado al Corazón de Jesús, de quien el P. Juanmartí fué en vida tan amante.

Día 6 de enero, fiesta de los Santos Reyes, y otra vez: Tamontaca.

He pasado estos tres días en Cotabato. Ayer, antes de venir, fuí á ver al Sr. Gobernador, quien, como siempre, estuvo conmigo muy complaciente. Me prometió que en las escuelas se enseñaría el catecismo, y que pondría una maestra en Tamontaca, para la debida separación de sexos. Le hablé del convento, hoy cuartel, y me respondió que á mi vuelta ya lo encontraría desocupado, pues sabía que era nuestro, y las leyes de América respetan las propiedades de la Iglesia. Por lo que toca á los objetos que Pián sacó de Tamontaca, me dijo que tuviera un poco de paciencia, que no era oportuno ni conveniente precipitar las cosas; que poco á poco ya iría saliendo todo. De los

Digitized by Google



P. Jacinto Juanmartí, 1833 – † 1897.

Digitized by Google

Digitized by Google

doce hermosos arigues que se llevó el dato para hacerse una casa, me aseguró que no tardarían en volver á mi poder.

Se aguarda de hoy á mañana el vapor *Good-Suk*, que hace viajes de aquí á Zamboanga y Joló, y espero irme en él.

Mis cariñosos afectos á todos esos Padres y Hermanos, y V. R. no se olvide en sus SS. SS. y OO. de su siervo en Cristo,

GUILLERMO BENNÁSAR, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Juan Martín al P. Miguel Guardiet

Destrozos del vendaval revolucionario. — Su influencia malhechora en los nuevos cristianos. — Respeto y amor hacia los Misioneros. — Excursión apostólica del P. Gisbert. — Desolación en las reducciones de la costa de Sigáboy. — Ministerios del P. Martín en la Asunción. — Fiesta de San Francisco Javier. — Primera Comunión.

Dávao, enero de 1901.

P. C.

Muy amado en Cristo P. Guardiet: El día 1.º de octubre del año pasado llegamos á esta Misión el P. Mateo Gisbert, el H. Ramón Morros y yo. ¡Qué mudanza tan grande ha experimentado este país en dos años de revolución! Tengo para mí que, de todo Mindanao, es este el punto donde ha hecho mayores estragos el huracán desolador de los últimos acontecimientos. Las muchas reducciones, de que se hallaba sembrada esta comarca por obra de los anteriores Misioneros, han desaparecido. Fuera de la iglesia de Dávao, no ha quedado en pie ninguna otra: las campanas y los candeleros han sido robados y fundidos por los moros, y convertidos en *lantacas* (1). Lo más triste es que algunos de los nuevos cristianos se hallan muy bien con las doctrinas de libertad para las prácticas religiosas que les predican algunos. Andan por aquí muchos sámales con sus moños largos

(1) *Lantaca*. Arma de fuego: cañoncito muy primitivo.

Digitized by Google

á la antigua, y no hay que hablarles de que se los corten. Nosotros, con todo, vivimos aquí estimados y vistos con buenos ojos. La junta civil de Dávao nos ha señalado una pensión mensual de 60 pesos, y gracias á esta limosna, que nos ofrecieron ellos espontáneamente, podemos pasarlo menos mal.

Ahora va á salir el P. Gisbert hacia Santa Cruz, Astorga, Malálag, etc., antiguos pueblos, formados algunos por él, que en la actualidad están asolados, con dos ó tres casas á lo más, y sin iglesias, ni conventos habitables. Como el P. Gisbert es muy conocido en estos puntos, es de esperar que su presencia, con el favor de Dios, contribuirá no poco á levantar de su ruina á estos pueblos.

Habiéndome embarcado el día 2 de noviembre del siglo pasado en una lorcha para Sigáboy, y llegado allí el 3, á mediodía, pude permanecer en aquella costa hasta el 10 de diciembre. Durante este tiempo recorrí todas las visitas, hasta la punta de San Agustín, en las cuales bauticé, casé y celebré el santo sacrificio de la misa. Fuí bien recibido de aquellos manobos y tagacaolos, que se alegraron mucho de ver al P. Misionero. Excepto Sigáboy, en todas las demás reducciones no hallé ni iglesias ni casas. La mejor reducción que vi fué Pundaguitan, junto á la punta, donde aún se conservaba el convento y la iglesia en regular estado. En los demás puntos, como Tagabili, Anunciación, Nazaret, Luzón, Montserrat, todo ha caído. ¡Ah, Padre! ¡Se tuvo que abandonar todo aquello tan en sus comienzos! En Anunciación me construyeron una pequeña barraca, en la que celebré la santa misa. Son muy pobres en aquella costa, con tener tanta riqueza de almáciga (1), de que Dios les ha llenado los montes. Los comerciantillos de fuera son los únicos que se aprovechan de ella, constituyendo á la vez el estorbo mayor para que prosperen los pueblos, como V. R. no ignora.

En conjunto fueron 60 los párvulos que bauticé y 40 las parejas que bendije en aquellas reducciones. Adultos infieles no quedan por allí.

En Sigáboy celebré la fiesta de S. Francisco Javier, su Patrono, con mucha solemnidad y con asistencia de los músicos de Mati. El

(1) «En Filipinas se da el nombre de almáciga á la mayor parte de las resinas amarillentas y algo aromáticas. Estas resinas ó almácigas abundan en Ilocos, Calamianes y Mindanao, sobre todo en Dávao.» *(El Archipiélago Filipino.* T. I., página 632).

Digitized by Google

día de la Inmaculada se acercaron 20 niños de uno y otro sexo á recibir la primera comunión.

Todos los principales se me ofrecieron para trabajar en el adelanto de sus respectivos pueblos. ¡Dios lo quiera!

En los SS. SS. y OO. de V. R. se encomienda su ínfimo siervo en Cristo,

JUAN MARTÍN, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Raimundo Peruga al R. P. Superior de la Misión

Entrevista de los PP. Vallés y Peruga en Catel. — La reconstitución de los pueblos. — Necesidad espiritual que padecen las Misiones de Hinatúan y Tándag. — Acopio de virtud, indispensable á los Misioneros de estas partes. — Ministerios en Catel. — Restablecimiento de las escuelas en este pueblo. — Restauración de los altares de la iglesia y reparación del cementerio. — Ascenso en el movimiento religioso de Catel.

Santa Filomena (Costa del Pacífico), 8 de agosto de 1900.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Superior: A este pueblecito, que apenas tendrá cien personas de todas edades, me he retirado, como para veranear tres días, y descansar un poco del excesivo trabajo que he tenido durante dos semanas en el pueblo de Catel.

Como mi Superior inmediato, el P. Vallés, que se hallaba en la parte de Caraga, oyese decir que andaba yo malucho y desmadejado, movióse á visitarme en Catel, á donde llegó el 30 de julio, á fin de ayudarme con los consuelos de la caridad. Tuve la alegría, que es de suponer; así porque no me gusta andar solo, como porque logré confesarme el día de nuestro Padre San Ignacio. Pero corto fué el plazo en que pude gozar de tan amable compañía; pues, internándose el Padre en el río de Catel, para visitar las reducciones de Macedonia, San Alfonso y Aragón, yo, después de quedarme en Catel otros tres días, me vine á Santa Filomena anteayer.

Digitized by Google

En la visita que ahora estamos girando, como son muchos los cabos sueltos por atar y los entuertos que hay que desfacer, es ímprobo é incalculable nuestro trabajo. Todos estos pueblos, sin excepción, estaban ya poco menos que deshechos; pero ahora reviven y de nuevo se levantan, que es una bendición de Dios. Y si bien por doquiera reinaba el derecho de la fuerza, y no la fuerza del derecho; mas ya, por la gracia del Señor, las autoridades locales, antes abatidas y postergadas, van cobrando el ascendiente que les corresponde. ¡Lástima grande que, por ser tantos los pueblos y pueblecitos puestos á nuestro cuidado, no podamos visitarlos, sino muy de tarde en tarde; pues, entre tanto, careciendo de nuestra presencia, como es natural, retoñan las espinas y abrojos en un campo tan dilatado.

Añádase á lo dicho, que los pueblos de la Misión de Hinatúan y de Tándag piden con instancia nuestros auxilios. En prueba de ello, incluyo á V. R. una carta del Presidente de uno de estos pueblos, quien me envió á buscar expresamente. También se me ha presentado en persona el Presidente de Linguig, un capitán pasado de Bislig, y varios tandaganos, todos con el mismo fin, á los cuales todos he tenido que dar por respuesta un doloroso *non possum*. Así que, ¿no podría V. R. enviar dos Padres y un Hermano, que se encargasen desde la punta Cáuit á la de Baticangan, ó sea de las Misiones de Tándag, Lianga y Bislig? (1). La necesidad que tienen de pasto espiritual es gravísima, y no tardará en ser extrema, si no se acude pronto.

Para conocimiento de los Nuestros que ansían evangelizar en Mindanao, diré á V. R. que conviene vengan muy bien pertrechados de bizcocho espiritual, es decir, de sólidas virtudes y, sobre todo, de paciente caridad, de santa pobreza, y abnegada mortificación interior y exterior. Para muestra un botón: vea V. R. lo que me pasó, sin ir más lejos, ayer. A las once de la noche, poco más ó menos, empezó á soplar un viento achubascado, y aunque no era muy fuerte, esta casa, que evalorada á buen precio valdrá unas siete pesetas y media, empezó á lloverse por todas partes y á balancearse cual si fuera débil caña al aire libre. Pensé trasladarme á la iglesia con mis muchachos de servicio y el Inspector que dormía con nosotros; pero desistí, porque la iglesia es aún más endeble que la casa. Por fortuna vinie-

(1) Dos meses después fueron atendidas estas Misiones con el envío á ellas de los PP. Salvador Buguñá, Matías Roure y el H. Francisco Mompó.

Digitized by Google

ron algunos hombres que apuntalaron la vivienda contra el viento. Con esto me quedé yo algo tranquilo; pero sin poder dormir en toda la noche, por razón de la lluvia que nos invadía por todos los rincones. Lo que me ha pasado en la nueva reducción de Santa Filomena, me pudo pasar igualmente en Catel, en donde, si bien hay un convento espacioso, está en tal estado, que poco necesita para dar consigo en el suelo el día menos pensado. Y lo mismo podría decirse de otros conventos é iglesias. Como estamos en un período, que muchos consideran de transición, las gentes de por acá no acaban de convencerse que la construcción de conventos é iglesias debe estar á su cuidado, sin que el Misionero pueda ayudarles como en otro tiempo. Así es que todo va desmoronándose, sin que nadie emprenda reparaciones de consideración; cuando mucho se hacen remiendos que ayuden á ir tirando medianamente.

No es mi ánimo desalentar á nadie con la relación de estos trabajos, que, si mirados de lejos y con los ojos de la carne parecen pesados, vistos de cerca y con los ojos de la fe son ligeros y suaves en gran manera. Dios, por cuyo amor se toman, da el frío, según la ropa, y el cansancio, según las fuerzas.

Sin embargo, para decir toda la verdad, debo añadir que aquellos sujetos, si es que haya algunos, que fueren muy atildaditos, y necesitaren tenerlo todo muy cumplido en punto á vestido, comida y habitación, no son á propósito para trabajar en Mindanao, á no ser que el Señor, árbitro de los corazones, les cambie las tendencias y afectos. La gracia de vocación allana los montes y eleva los valles, haciendo inmensamente fácil y llevadero lo que, sin ella, sería inaguantable.

En los tres días que estuve en Catel se casaron 78 parejas, se bautizaron 183 niños y se confesaron 900 personas. De los casados, 60 lo eran ya civilmente. En este pueblo de Catel anda el dinero á porrillo, pues el abacá, que es de buena calidad y abundante, lo venden á 18 pesos el pico, y el palay, del que han tenido cosecha plena, con dificultad se puede hallar á 2 pesos el cabán. Esta abundancia de bienes materiales no ha favorecido en nada á la moralidad del pueblo en las circunstancias que acabamos de atravesar. Sin embargo, como esta gente es decidida y resuelta para todo, entiendo que si se pudiera cultivar esta viña con detención, daría gran cosecha de frutos aceptables á los ojos del Padre celestial. Pero el tener que andar tan de corrida, no deja tiempo para hacer todo el bien que uno quisiera.

Digitized by Google

A mi llegada á Catel, hacía más de dos años que no había maestra en el pueblo, por lo que las niñas estaban *tamquam tabula rasa*. Maestro sí había, pero inútilmente, porque apenas tenía discípulos. Ahora ya es otra cosa. Anteayer asistieron 85 niñas y 115 niños á sus respectivas escuelas. Es ya número algo consolador, pero aún faltan muchos, que sin duda serán los más necesitados. Los niños son en todas partes nuestra más firme esperanza para la regeneración de los pueblos Más adelante, con el establecimiento de escuelas ateas, temo que andaremos muy al retortero en un punto de tanta transcendencia y aun de interés vital. Pero esperemos en Dios que proveerá á lo que más convenga en bien de todos.

Catel, 13 de agosto.

En Santa Filomena recibí una humilde y atenta carta del Presidente de Catel, suplicándome les fuera á celebrar una fiesta dedicada á San Nicolás de Bari y otra á la Purísima Concepción. Consultado el caso por cartas con el P. Vallés, me vine el día 9. Como las fiestas habían de ser el 12 y 13 de agosto, aproveché los dos días intermedios para dar un baño de albayalde á un altar lateral, y reparar el blanqueo, ya muy deteriorado, del de enfrente y, asimismo, al altar mayor. El albayalde y el aceite de linaza los ha cedido gustoso un particular en favor de la iglesia. Como el cementerio de aquí no tenía cerca y estaba convertido en un verdadero bosque, pedí me procurasen 15 jornaleros para cercarlo y limpiarlo. Concluída la obra, no quisieron cobrar, para que se lo pagase mejor Nuestro Señor. Él, en su infinito amor, se digne premiarles y aumentarles la caridad.

Los principales del pueblo me han prometido hacer un calero de unos 2,000 cabanes de cal para levantar hasta dos metros el muro principal de esta iglesia, que tiene sólo una vara ó poco más. Todo esto prueba que, si el pueblo pudiese ser cultivado asíduamente, daría muy buena cuenta de sí. Y á la verdad, me admira lo que veo. Por cinco años seguidos he tenido á Catel á mi cuidado, y á pesar de las ideas disolventes que por doquier han cundido, no creo haber visto jamás en él tanto movimiento religioso como este año. Me parece que esto se debe, principalmente, á que la decepción que han sufrido, les ha abierto los ojos para conocer prácticamente que,

Digitized by Google

sin Dios ni religión, no pueden conservarse, y mucho menos prosperar é ir adelante. Gracias sean dadas á Dios que en sus altos juicios sabe sacar bienes de los males.

Me encomiendo en los SS. SS. y OO. de V. R.

Siervo en Cristo,

RAIMUNDO PERUGA, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Bernardino Llobera al R. P. Superior de la Misión

Llegada á Cabarbarán. — Agasajos de que es objeto al entrar en Butúan. — Excelentes disposiciones para la conservación y acrecentamiento de la Residencia Butuana.

Butúan, 30 de mayo de 1900.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Superior: En otra dí ya cuenta á V. R. de mi viaje hasta Surigao, y de mi próxima partida de allí para Butúan. El 24 del corriente, por la noche, salí de Surigao en el vapor *Sámar*, y el 25, por la mañana, llegué á Cabarbarán. Aquí se alborotaron algún tanto, temiendo que nuestro vapor fuera cañonero. Mas cerciorados de la verdad, se aglomeró un gentío inmenso en la playa, á donde nos dirigimos nosotros, luego que supimos que no ocurría novedad.

Acompañado de muchos niños, y de algunos adultos, me dirigí al convento; donde habiendo descansado un rato, celebré luego la santa misa, con asistencia de mucha gente. A la salida de la iglesia, me estaban aguardando los hombres y mujeres, quienes, al verme, diéronme la bienvenida, y manifestaron su contento por tener nuevamente cerca de sí un Padre venido de Manila. Los niños y niñas de las escuelas me esperaban en los bajos del convento.

Como las circunstancias no me parecían muy halagüeñas, ya por lo pasado, ya por lo que me decía en sus últimas cartas el P. Diego, discurrí un plan que, no sólo me facilitase el logro del objeto princi-

Digitized by Google

pal de mi viaje, á saber, la ida del P. Diego á Manila, sino que cambiara por completo la situación del P. Misionero en Butúan. A Dios gracias, ambos fines se han conseguido, como se verá por lo que sigue.

En Cabarbarán recibí una atenta carta del Presidente de Butúan, cuyo contenido podrá ver V. R., pues se la remito (1). Vinieron luego los butuanos á buscarme en una espaciosa y cómoda banca tripulada por robustos grumetes. Creyendo el P. Diego que llegaría yo á Butúan el 26 por la tarde, salió á esperarme hasta la barra del río; mas tuvo que volverse, sin haberme hallado á causa del temporal. Es de notar que al acercarse de nuevo el Padre á la población, se encontró con que la gente y los principales, acompañados de la música, salían á recibirnos. Yo, empero, no llegué hasta el día siguiente por la mañana; y á pesar de lo intempestivo de la hora, vinieron muchos á mi encuentro, no pocos de los cuales, incluso el Jefe provincial, me acompañaron hasta el convento. Con gran consuelo de mi alma hallé al P. Diego, no sólo ya enteramente libre, sino también atendido y obsequiado por todos. ¡Tenga el buen Padre dichoso viaje, y llegue felizmente á ésa, y dé un estrecho abrazo á V. R. y á los demás Padres y Hermanos de ambas casas!

Mi permanencia aquí, no puede, por ahora, presentarse más

(1) La carta á que alude el Padre, es del tenor siguiente:

«Rdo. Padre Bernardino Llobera.

Butúan, 25 de Mayo de 1900.
Cabarbarán.

Mi respetado padre: Acabo de recibir la muy atenta de V. R., en la que se digna anunciar al pueblo entero, que nuestra petición ha sido atendida con puntualidad por el bondadoso Padre Superior de la Compañía.

Banca, con buenas condiciones, y personas de mi mayor confianza, van á ésa, por mi orden, á ponerse á las órdenes de V. R., rogándole se sirva aceptar este humilde ofrecimiento.

El Padre Diego le espera por momentos, lo mismo el pueblo entero, quien le amará mucho más que antes. Desde aquí, en nombre de todos los habitantes de esta Cabecera, envío á V. R. la bienvenida y más cordial afecto, deseándole toda suerte de felicidades.

Entre tanto, quedo de V. R. atento S. S. q. b. s. m.,

Canuto Rosales.»

Es copia.
Pío Pi, S. J.

Digitized by Google

risueña. Ni señal siquiera he visto de guardias; muy al contrario, desde que llegué, hasta el día de hoy, todo han sido agasajos. Nos han devuelto los fondos de la iglesia, que ellos guardaban, y una mesa del primer aposento. Me han ofrecido todo su apoyo.

Por consiguiente, quedo aquí con toda seguridad personal, con toda libertad, dentro de esta región, para mis ministerios; y por lo que toca al sustento corporal, nada falta de lo del país, y hay bastante para otro Padre y un Hermano. Sea, pues, V. R. misericordioso para con esta gente; déjeme á mí, para volver á levantar esta cristiandad; envíe á esta Misión otro Padre y un Hermano, tan luego como pueda, porque es sensible que uno de nosotros haya de estar mucho tiempo solo, y es sumamente difícil el verse con el Padre de Surigao (1). Además estos butuanos están de tal manera bien impresionados, que, según nos han dicho, suplicarán venga cuanto antes otro Padre y un Hermano de Manila, y además otro Padre de España, corriendo por su cuenta los gastos del pasaje.

Creo que lo mismo hacen los de Cabarbarán.

De todo dará á V. R. minuciosa cuenta el P. Diego, lo mismo que del estado de las demás Misiones, antiguamente dependientes de esta Residencia.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De V. R. siervo en Cristo,

BERNARDINO LLOBERA, S. J.

(1) Por aquellos días estaba en Surigao el P. Mateo Gisbert.

Digitized by Google

Carta del P. Juan B. Heras al R. P. Provincial

Excursiones apostólicas de los PP. Llobera y Heras desde Butúan.—Fiesta de fin de siglo.—Viaje á la laguna de Mainit.—Entran los americanos en Túbay y el P. Heras impide el incendio del pueblo.—Llegada pacífica de los nuevos dominadores en Cabarbarán y Butúan.

Jasaán, 8 de abril de 1901.

P. C.

Mi muy amado y Rdo. en Cristo P. Provincial: Ya sabrá V. R. que el año pasado por el mes de julio, volví á estas benditas tierras, con destino á Butúan. Aquí me esperaba el P. Bernardino Llobera, quien había reemplazado al ex-cautivo P. Diego. La gente se alegró mucho al verme llegar. Nunca quiso Butúan quedarse sin Padres, y por lo mismo se opuso tanto á la salida del P. Diego. Esto fué disposición de Dios, para que siempre hubiese Padres en Mindanao, y así Cagayán, con diez Misioneros, y Butúan, con uno, fueron como otra Rusia Blanca que perpetuó la Compañía en esta Misión.

Apenas llegué allá, pregunté al Presidente provincial si nos hallábamos presos ó libres; y me contestó que completamente libres, y que podíamos recorrer toda la Misión del Agusan cómo y cuándo quisiéramos. En seguida el P. Llobera emprendió la visita de los pueblos del Agusan. Cuatro meses empleó en esta excursión, y en arreglar los asuntos espirituales que se ofrecían, lo mejor que pudo. Yo recorrí los pueblos de la costa y los próximos á Butúan. Siempre salí y entré cuando me pareció conveniente, sin tener necesidad de pedir permiso, ni dar cuenta de mis actos á las Autoridades, y,

Digitized by Google

en fin, baste decir que, en una de estas visitas, llegué hasta Surigao á verme con el P. Parache.

No obstante esta libertad de acción, y el aprecio general en que nos tenía el pueblo, quedaba en Butúan algo así como cierto espíritu de ingerencia en las cosas de la iglesia, por parte de algunos que querían ser más regalistas que Carlos III. Convencido de que convenía extirpar eso de una vez, el día 1.° de este siglo, participé al pueblo, desde el púlpito, que si los Padres debían continuar en Butúan, habían de tener la misma libertad de acción que antes, en todo lo relativo al culto y asuntos eclesiásticos. Un numeroso auditorio, en el que había cerca de mil hombres armados, estuvo escuchando reverente las verdades que, sin ambages, creí necesario decir. Concluída la misa, subieron al convento á felicitarme los jefes políticos y militares, y entonces comprendí que habíamos triunfado en toda la línea. Inmediatamente, por disposición del pueblo, el Presidente provincial hizo que se nos devolvieran varios objetos que nos pertenecían.

El día de Reyes y el siguiente, todo el ejército fué á oir la misa y el sermón. ¡Qué gusto daba predicar á un auditorio tan numeroso, y á tantos soldados que, en correcta formación, por compañías, ocupaban la nave central de la iglesia! A la procesión que en honor de S. José celebramos el día 7, asistió también todo el ejército. Tengo para mí que estas fueron las pruebas más significativas del afecto que los butuanos tienen á los Nuestros. Sólo el que ha estado en esta Misión, (yo he sido misionero de ella desde el 81 al 86), puede comprender las muestras de respeto y amor de aquellos pueblos, que nos miraban como resucitados, pues les habían hecho creer que ya no había más Padres. ¡Cuántas escenas, verdaderamente tiernas, contemplábamos casi todos los días!

A primeros de enero bajó el P. Llobera, y yo pasé á Cabarbarán, pueblo muy afecto y cercano al de Túbay, del distrito de Surigao. Era entonces Túbay el centro de operaciones del General insurrecto Daniel. Este acompañaba al desdichado Simón González, cuando me prendió en Jasaán, el mes de enero del año 99. Escribí, pues, á Daniel, que deseaba visitar los pueblos de Jabonga, Mainit y demás de la laguna de este nombre, y me contestó inmediatamente, que tenía mucho interés en que yo fuese, y que ya me procuraría embarcación y todo lo demás necesario para ir por el río hacia arriba.

Digitized by Google

Sin pérdida de tiempo me puse en camino para Túbay, donde fuí muy bien recibido de dicho General insurrecto. Concertamos que el siguiente día, sábado, después de misa, emprendería yo la subida á la laguna de Mainit. A la mañana siguiente, muy temprano, celebré la santa misa, que oyó Daniel. Iba yo á quitarme los ornamentos, cuando de improviso me avisan que se acerca un vapor á toda máquina, y que el pueblo huye á la desbandada: salí al momento á la playa y vi que, efectivamente, el vapor avanzaba hacia el pueblo. Corrí entonces en busca de Daniel, y le hallé que se embarcaba precipitadamente para emprender la fuga río arriba. Vuelvo de nuevo hacia la playa, y ya los americanos venían contra el pueblo por tres puntos distintos. Al pasar ellos por delante de mí, que me hallaba rodeado de muchachos, me saludaron, y siguieron corriendo. Pronto oímos tiros. Pero la gente que se arrimaba á mí era respetada de los soldados. Cuando los de la policía de Surigao vieron que Daniel había escapado, me dijeron que querían quemar el pueblo; á lo que yo me opuse, diciendo que la huída de los que, amedrentados, se habían escapado, no era motivo suficiente para semejante acto de crueldad. En esto, pasó por allí el Jefe americano, que me conocía, y me llamó y encargó avisase á los habitantes de aquellos pueblos que no huyesen, que no recibirían daño alguno. Pero el pánico cundió por todas partes, con tal rapidez, que no se pudo impedir que quedaran desiertos los poblados, y que la gente se desparramara por los montes. Quemaron las tropas cuatro casas y tres bancas de comerciantes, y, al marcharse, me dejaron, para que lo confesase y cuidase, á un soldado herido de los que seguían el partido del general insurrecto.

Frustrado mi plan de visitar la laguna de Mainit, por causa de la dispersión de aquellas gentes, me volví á Cabarbarán. Todo el pueblo me salió al encuentro, queriendo saber qué sería de ellos, pues habían visto la humareda de las casas quemadas en Túbay, y creían que iban á venir los americanos. Procuré tranquilizarlos, y nadie se movió.

El 2 de febrero celebramos la fiesta mayor, con grande algazara y concurrencia; y el día siguiente, que era domingo, después de la misa, llegaron dos vapores con las tropas americanas de desembarco. Como la gente me vió tranquilo, salió á recibir á los recién llegados, quienes se alegraron muchísimo al verse tan pacíficamente admitidos; y, una hora después, abandonaban el pueblo, sin dejar

Digitized by Google

destacamento alguno. Seis días antes habían entrado, con la misma facilidad, en Butúan, donde estaba el P. Llobera.

Después de lo que he contado á V. R., como tenía orden de pasar á Surigao, me embarqué con dirección á aquel punto, y allí me mandaron pasar al distrito de Cagayán, dejando el puesto al P. Urios. Aquí, pues, termino la relación de mi estancia en Butúan. Nunca olvidaré el desprendimiento de muchos de aquellos buenos indios, quienes, á pesar de la grande carestía que afligía á todos, por estar cerrados los puertos y paralizado el comercio, procuraron que á nosotros nunca nos faltara nada.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

De V. R. siervo en Cristo,

JUAN B. HERAS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Saturnino Urios al P. Francisco Nebot

La guerra entre los americanos é indios en el Agusan. — Intervención del P. Urios en la pacificación del país. — Agradecimiento de los americanos. — Amor del P. Misionero á sus indios.

Butúan, 22 de marzo de 1901.

P. C.

Mi queridísimo en Cristo P. Nebot: Ya estoy aquí un mes ha, y no ceso de acordarme de aquellos tiempos pasados, en que V. R. y yo íbamos por los campos del Híbong y del alto Agusan, visitando á estas gentes.

Cuando los americanos entraron en Butúan el 28 de enero, todos los butuanos que tenían armas de fuego, huyeron río arriba, poniéndose en abierta hostilidad con sus nuevos señores. Querían éstos arreglar en paz el asunto, y escribieron á los insurrectos, aconsejándoles que se vinieran y serían amigos; pero ellos contestaron que la bondad de la causa que defendían y su juramento al gobierno filipino no se lo consentía. Veinte días después subieron en su persecución los americanos, y les hicieron dos horas de mortífero fuego en Bacuay, donde ellos estaban, y después de incendiar el nuevo pueblo de San Mateo cerca de las Nieves, se volvieron á Butúan.

Entonces, en presencia de la fuerza inmensamente mayor de los anglosajones, tomé yo á mi cuenta y riesgo el ir á conferenciar con los levantados y evitar inútiles derramamientos de sangre; y el 17 del actual conseguí reducirlos á una sumisión á todas luces inevitable.

Digitized by Google

Bendito sea Dios, que sabe bien cuál es mi ánimo en estas intervenciones. Así ya reina la paz y podremos visitar los pueblos todos del Agusan y sus afluentes.

Ahora estoy negociando la reducción de los insurrectos de Surigao y Cabarbarán, de los que tengo fundadas esperanzas que se darán á razón. Ya saben ellos que á la fuerza ahorcan.

Los americanos están fuera de sí de alegría, y estos jefes me han dicho muy formales que se han de valer de Mac-Kinley, para que llegue yo ¡figúrese V. R.! nada menos que á ser superior de todos los Jesuitas.

A todo esto dicen los butuanos, que S. José les ha enviado en la hora de más aflicción al P. Urios, á quien no pensaban ya ver más, porque me hacían más muerto que á los enterrados. ¡Cuántos lloros al verme llegar! ¡Cuántos regalos y visitas!... Allá en mi alma les estoy esperando para hacerles bien. Y no es pequeño el que se les hace; porque después de ponerlos en paz con los americanos, estamos intentando la paz entre ellos mismos, de lo que hay, por desgracia, mucha necesidad. Ahora veo que para un hijo de la Compañía, es esto vivir en la trinchera: estar bajo gente extraña, en un país tan otro del nuestro.

Estoy hecho un intérprete de lengua inglesa, consumado, por supuesto, porque aquí no hay otro que tenga tal oficio.

Expresiones á todos.

De V. R. affmo. siervo en Cristo,

SATURNINO URIOS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Juan B. Heras al R. P. Provincial

Restablecimiento de la Misión de Tagoloan. — Recibimiento que el pueblo dispensa á los Padres. — Devolución de la iglesia y del convento por los americanos. — Excursiones apostólicas por los pueblos de Agusan y Santa Ana, y por los de Villanueva, Bubuntugan y Jasaán. — Desolación del país en tiempo de la guerra. — Castigos del cielo en los enemigos de los Misioneros.

Balingasag, 13 de abril de 1901.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Provincial: Como le decía á V. R. en mi última, el R. P. Superior me ordenó que pasara á abrir de nuevo la Misión de Tagoloan. Con este objeto nos embarcamos el P. José España, el H. Beamonte y yo en Surigao, á principios del presente año, y, por exigencias de quien podía mandar en el barco, fuímos á desembarcar en Cagayán.

Aquí supimos que sólo en tres pueblos podríamos por de pronto ejercer nuestros ministerios, á saber: en Tagoloan, Jasaán y Balingasag; pues lo restante de esta gran Misión estaba aún en poder de los insurrectos. Un vaporcito americano nos llevó á la playa de Tagoloan.

Aquí ¡qué recibimiento tan grato nos hicieron, Padre mío, los vecinos del pueblo! Por cierto que, cuanto fué más espontáneo é imprevisto, tanto resultó más hermoso. En el preciso momento en que llegamos, hallábanse en la playa algunos niños y mujeres. Movidos por la curiosidad se acercan á nosotros, y apenas me ven,

Digitized by Google

exclaman: «¡Es el P. Heras!» Al instante, alborozados, se parten, llaman á unos y á otros, corren al pueblo, y á gritos dicen por todos lados: «¡Que están los Padres! ¡que han vuelto los Padres!», y poco después salen á nuestro encuentro los principales, trayendo hermosos caballos para nosotros. No aceptamos tan galana oferta, sino que á pie, todos juntos, en procesión, que por momentos fué engrosando, nos dirigimos al pueblo.

Al llegar á él tuvimos la sorpresa de ver que los americanos ocupaban el convento y la iglesia. Entónces pedí al comandante los mencionados edificios; pero, á pesar de mis instancias, y de las recomendaciones que traíamos de parte del Capitán General de Manila, Mr. Mac-Arthur, y del de Mindanao, General Cobbe, el Comandante no cedía en el empeño de retenerlos, por lo cual dije á los de Tagoloan que nos íbamos á otra parte. Alarmados los tagoloanos con tan inesperada resolución, se dirigieron al Coronel, quien, para calmarlos, les ofreció desocupar la iglesia, si le buscaban alojamiento para las tropas.

Entre tanto, nos hospedamos en una casa particular que nos ofrecieron, y, tres días después, ya no quedaba un soldado en la iglesia. Cuando la tuvimos limpia y aseada, el Domingo de Quincuagésima, la reconciliamos solemnemente. Fueron tantos los que vinieron al pueblo, al saber nuestra llegada, que los americanos quedaron agradablemente sorprendidos de la influencia que ejercíamos entre las gentes, y el Coronel se apresuró á ofrecernos la mitad del convento, el cual, á los pocos días, desalojada la otra mitad, quedó totalmente á nuestra disposición.

Luego emprendimos las misiones de Cuaresma. El P. España partióse para el pueblo de Agusan, donde fué muy bien recibido, y yo me dirigí á Santa Ana. Aquí sólo hallé en el pueblo seis hombres, fuera de los que componían el destacamento americano; pero, en cuanto corrió por los alrededores la voz de mi llegada, llenos de confianza, empezaron todos á salir de sus escondites, y á los tres días apenas quedaba nadie fuera del pueblo.

Empecé á ejercitar los ministerios, y aquello era una bendición de Dios. Hubo muchos bautismos de niños, algunos ya bastante crecidos; muchos matrimonios de solteros y de mal casados, y la concurrencia á los santos sacramentos de confesión y comunión, era muy notable y frecuente. Al fin me asaltaron unas calenturas, y tuve que volverme á Tagoloan, donde celebré la fiesta del glorioso Patriarca San José.

Digitized by Google

Una vez repuesto, salí para Villanueva, Bubuntugan y Jasaán, y en todas partes voy recibiendo las mismas muestras de amor y confianza. Sólo diré á V. R. que nos hacen tantos regalitos, que todo nos sobra, y nos encargan tantas misas, que nosotros solos no podemos celebrarlas.

Nada recibimos de la parte que por arancel nos corresponde de los derechos de iglesia, y, no obstante, Dios nos da de sobras, y estamos libres de toda solicitud temporal. Vivimos en completa vida apostólica, como nuestros antiguos Padres del Japón; nada de parroquias, y sólo atentos á los ministerios espirituales, á la predicación, y á la administración de los santos sacramentos por donde pasamos. Todos los pueblos quisieran que no los dejásemos, pero esto no puede ser, porque somos dos tan sólo, y así hemos de ir de población en población, sin detenernos en ninguna por mucho tiempo.

Ya los monteses nos preguntan cuándo iremos á visitarlos. ¡Pobres monteses! La revolución ha sido para ellos un baguio destructor. ¡Cuánto costará el restablecimiento!

Ahora ya podemos recorrer todos los pueblos de la Misión, porque no ha quedado ningún insurrecto sin presentarse. Qué lástimas cuenta la gente de paz de los días en que tuvo lugar el avance de los nuevos conquistadores. Conforme iban éstos adelantando, quedaban los pueblos desiertos, porque los insurrectos huían al monte y obligaban á los paisanos á hacer lo mismo. Las madres con sus hijitos al hombro, y los varones, cargados con algunas pocas provisiones, corrían de un punto á otro, temerosos de los americanos, pasando días y noches al sol y al sereno y sufriendo lo indecible. En ciertas reducciones llegaron á reunirse más de 2,000 de estos desdichados fugitivos; pero, al fin, casi desesperados, determinaron irse á Jasaán, y allí, para bien de ellos, fueron sorprendidos una noche por los americanos, que los trataron con humanidad, y los enviaron á sus pueblos.

Este era el estado de las cosas, R. P., cuando llegamos nosotros, al decir de estas gentes, como ángeles bajados del cielo.—«¡Gracias á Dios!—decía uno de los más ilustrados de por acá y bastante despreocupado,—¡gracias á Dios! que ya no moriremos como perros, pues vienen de nuevo los Padres.»

Los que nos prendieron y nos hicieron sufrir tanto, han recibido de Dios castigos tan duros, que todo el mundo lo reconoce y confiesa. Los principales autores de las prisiones de los Padres del Norte de Mindanao, murieron asesinados. El que principalmente nos pren-

Digitized by Google

dió á los del Distrito de Misamis, y fué nuestro carcelero, ha desfilado delante de mí prisionero de los americanos. Una epidemia horrorosa ha acabado con las vacas y carabaos de los mayores enemigos nuestros y de estos pueblos, y no hay quien no lo atribuya á castigo del cielo, por haber sido presos los Padres. Un jefe insurrecto aconsejó á los de Tagoloan que nos echasen del pueblo, y, herido de los americanos, está ya el pobre sin esperanzas de vida. Aún quedan por aquí algunos sujetos que no nos miran con muy buenos ojos; pero ¡cómo ha de ser! ¿qué conformidad puede haber entre los hijos de las tinieblas y los hijos de la luz?

Estoy pidiendo instantemente á San José que envíe mucha gente al noviciado, sobre todo sacerdotes, para que puedan venir cuanto antes á ayudarnos.

Termino encomendándome en los SS. SS. y OO. de V. R.

Siervo en Cristo,

JUAN B. HERAS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. José España al P. Miguel Guardiet

Ocupación incesante de los Misioneros.—Excursiones á varios pueblos.—Universal aprecio y cariño con que son acogidos los Padres.—Fervores del celo entre accesos de calentura.

Gingóog, 18 de mayo de 1901.

P. C.

Mi muy amado en Cristo P. Miguel: ¡Cuánto siento que V. R. no esté ya fuerte para atravesar otra vez los mares, á fin de venir á ayudar á estos pobrecitos Misioneros y aligerarles un poco la carga, que por cierto es muy pesada! Con decirle á V. R. que lo que antes hacían diez ó doce Misioneros, ahora lo hemos de llevar á cabo solamente dos, ya comprenderá V. R. si tenemos trabajo.

Supongo que el P. Pamies ya le habrá enterado de mi corta visita á los pueblos de Alubijid, Salvador, Molugan y Opol. Si me hubiese sido posible ir más despacio, creo que no hubiera quedado ni una persona sin confesarse. Me consoló muchísimo ver el fervor de estas gentes, y el afecto que mostraban al P. Misionero, pero no deja de apenarme mucho el no poder, por falta de tiempo, satisfacer cumplidamente sus deseos.

Además de los pueblos dichos, he visitado otros varios. Ya á poco de haber llegado á Tagoloan, donde residimos, salí para Bubuntugan y Jasaán; y después de permanecer allí una semana, volví á Tagoloan, y al siguiente día fuí á Agusan para celebrar la fiesta patronal, bautizar y casar. A principios de marzo me partí para Salvador y demás pueblos de aquella comarca, y á la vuelta me consagré á las funcio-

Digitized by Google

nes de Semana Santa en Tagoloan, mientras el P. Heras hacía lo mismo en Jasaán. Después de Pascua, salí para este último pueblo y demás de la costa, y el 16 del actual, luego de haber dicho misa en S. Luis, me vine á Gingóog.

En todos los pueblos me han dado muestras de mucho afecto y respeto; pero, entre todos, se han distinguido Salay, Medina y Lagónlong, en los que me salió á esperar toda la principalía, con la música y muchísima gente. En los demás pueblos, si no han hecho tanto, no ha sido, ciertamente, por falta de buena voluntad, sino por no haber llegado yo á hora conveniente para ello. Creo que estas gentes nos quieren ahora diez veces más que antes. Cuando pasa el Padre por la calle, todos, grandes y pequeños, saludan y besan la mano al Misionero, y las madres procuran que sus hijitos hagan lo mismo. Muchos al vernos rompen á llorar, no sé si de alegría por haber vuelto nosotros, ó de tristeza al recordar que nos vimos obligados á abandonar los pueblos, fugitivos y desterrados. ¡Cuántas maldiciones se han llevado los infelices autores de tantos males, y cuántos castigos de Dios han experimentado en grandes pérdidas de ganados, según todos reconocen!

Linugus, 27 de mayo.

Visitados Odiungan, Consuelo y Carmelo, estoy rematando mi expedición en la *gran capital* de Linugus, en otro tiempo centro de operaciones de V. R. ¡Cuántas preguntas me hacen sobre la salud del P. Miguel, y si volverá pronto por estas tierras! Les digo que pidan mucho á Dios conceda á V. R. el pronto restablecimiento, para que no tarde en volver.

Aquí llegué el 25, en una banca tripulada por seis remeros, un piloto y un sobrecargo, que es el sargento Mariano. Los mismos vecinos de aquí se encargaron de hacerme llegar con tanta comodidad. Esta mañana he distribuído más de 100 comuniones. Espero que entre esta tarde y mañana se confesarán todos, si Dios me libra de la calentura. Ayer, estando con dolor de cabeza, confesé desde las tres y media hasta las siete de la tarde. Esta noche pasada he tenido calentura, pero á las cuatro de la mañana, sintiéndome algo mejor, me he levantado, he ido á la iglesia y he estado oyendo confesiones hasta las seis y media. Ahora estoy con algo de calentura. Dios sobre

Digitized by Google

todo. No sé cómo agradecer tantas cosas como me traen estas buenas gentes: me llenan la casa. Ahora mismo una pobre vieja acaba de regalarme un cabán de palay.

Concluyo ésta en Butúan, el día 3 de junio, después de haber estado estos días algo apuradillo; pero ya, gracias á Dios, estoy fuera de peligro. Me vine aquí por creer que hallaría médico, y Dios quiso que no le hubiese y que no estuviese presente el P. Urios. Mas el Señor ha sido servido de ayudarme á vencer la enfermedad; si bien he quedado bastante debilitado. Confío volver á mis excursiones después de la fiesta del Corpus.

Mis afectuosos saludos á todos esos buenos Padres y Hermanos, y V. R. no se olvide en sus SS. SS. y OO. de este su afectísimo siervo en Cristo,

JOSÉ ESPAÑA, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Antonio Obach al R. P. Provincial

Llegada á Dapitan de los PP. Obach, Galmés y H. Costa.—Excursiones apostólicas de los Padres.—Estado inseguro del país.—Abandono en que se halla la moralidad pública.

Dapitan, 6 de enero de 1901.

P. C.

Mi muy amado y reverendo en Cristo P. Provincial: El día 15 de octubre salimos de Manila para esta Misión, el P. Juan Galmés, el H. Juan Costa y yo, y llegamos el 31 del mismo mes. Los dapitanos nos recibieron llorando de alegría, lo que les causó grande admiración á los americanos. Estos, no queriendo mostrarse menos atentos, nos invitaron á desembarcar en su bote, y en un gran carro-vagoneta nos llevaron los equipajes al convento.

Con el P. Galmés vamos recorriendo los pueblos no insurreccionados. Somos muy respetados de la gente, si cabe, más que antes.

El H. Costa está en Dapitan, guardando el bagaje, arreglando la huerta y el gallinero, y proveyéndonos de lo necesario, á la vez que nosotros le enviamos comestibles, de lo mucho que en todas partes nos ofrecen. Y aun cuando todo está por las nubes, á nosotros no nos alcanza la carestía. ¡Tanto es lo que Dios nos ayuda y nos quieren estas gentes!

No hemos entrado aún en los pueblos alzados; pues el estado de revolución, en que están, es muy poco á propósito para la labor evangélica en que nos ocupamos. Dicen que el jefe de los insurrectos

Digitized by Google

de esta región, ha prometido cortarme la cabeza, si me puede haber á las manos. En las de Dios está nuestra vida. Antes de Navidad fuí á visitar á Libay, pueblo colindante con terreno insurrecto, y, sin que yo lo supiera, el jefe americano me mandó cinco soldados para mi custodia.

Hay mucho que hacer en esta Misión. Las mujeres, frecuentan bastante los santos sacramentos; los hombres no tanto. Las nuevas reducciones de subanos están en gran parte deshechas.

La salud del P. Galmés ha mejorado mucho estos últimos días; la mía robusta como siempre, gracias á Dios.

Con afectuosos recuerdos del P. Galmés y del H. Costa, nos encomendamos mucho en los SS. SS. y OO. de V. R.

Infimo siervo en Cristo,

ANTONIO OBACH, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Gregorio Parache al P. Pablo Pastells

Fruto recogido en Surigao en un año de estar allí los Misioneros.

Surigao, 20 de julio de 1901.

P. C.

Muy amado en Cristo Padre: Durante el año que hemos pasado en esta Misión, pues llegamos á Surigao el 15 de julio, nada adverso nos ha sucedido, y nos han atendido y respetado todos.

Tampoco han sido infructuosos, que digamos, nuestros trabajos. El cumplimiento pascual ha dado tan saludables resultados, como en los mejores tiempos. Ultimamente celebramos la fiesta del Sagrado Corazón, que fué solemne, devota y consoladora. Pasaron de 1,000 las comuniones que se distribuyeron entre el viernes y el domingo. La procesión fué solemnísima y muy concurrida.

Ya la del Corpus había sido de las mejores que haya presenciado este pueblo en tal día.

Y, con esto, Padre mío, nos vamos ya de Surigao, de cuya administración espiritual se encargarán los RR. PP. Benedictinos, según convenio.

A Balingasag y Tagoloan nos envía la obediencia; pero el Padre Yepes se irá á Dipólog, donde es esperado con ansia.

Y no más por hoy.

De V. R. affmo. siervo en Cristo,

Gregorio Parache, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Salvador Buguñá al R. P. Provincial

Vuelta á la Misión. — Grato recibimiento hecho al Misionero. — Buen estado de conservación de la iglesia y convento. — Favorables disposiciones de los naturales y libertad de acción de que gozan los Padres. — Generosidad del pueblo. — Deseos del Misionero.

Hinatúan, 10 de mayo de 1901.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: Después de haber llegado nuevamente á esta mi amada Misión, y visto el aspecto que presentan estos pueblos, en las nuevas circunstancias de que se hallan rodeados, he creído ser de mi deber aprovechar la primera oportunidad para escribir á V. R. dándole algunas noticias de lo que ocurre en esta parte de Mindanao.

A mediados de noviembre del año pasado, llegamos á ésta con el H. Mompó, habiendo quedado en Tándag el P. Roure para visitar los pueblos de aquella vasta Misión y ejercer en ellos los sagrados ministerios.

Como nuestra entrada en el pueblo fué de noche, poca gente se dió cuenta de nuestra llegada; pero algunas de las personas más significadas del pueblo que se enteraron, nos acompañaron al convento é iglesia, manifestándonos el mucho gusto que en ello recibían. No fué pequeño también el consuelo que yo tuve al entrar de nuevo, después de tan larga ausencia, en aquellos edificios de mí tan conocidos y á cuya construcción había yo contribuído no poco. Vi con

Digitized by Google

grande satisfacción que, tanto la iglesia, como el convento, estaban bastante bien conservados.

Durante los meses que llevo de residencia aquí, he recorrido los pueblos que formaban esta Misión, y he podido convencerme de que la gente, en general, deseaba tener Misioneros.

A pesar de no haber tenido hasta la fecha otras autoridades que las locales, y haber carecido de soldados y armas para garantir el orden, hemos disfrutado de paz y seguridad; y, por lo que se podía esperar, en circunstancias tan anormales, hemos sido bien recibidos en todas partes y nos han provisto, hasta con abundancia, y á veces con cierta esplendidez, de todo lo necesario para el sustento corporal.

Ahora sólo falta que Dios N. S. se digne mirar con ojos compasivos tan gran número de almas, redimidas con la sangre de Jesucristo, y que no permita se pierdan miserablemente los sudores de tantos y tan apostólicos varones, como por aquí han pasado, trabajando sin descanso en la salvación eterna de estos indios.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

SALVADOR BUGUÑÁ, S. J.

Procesión en Tago á la vuelta de los Padres.

Digitized by Google

Carta del P. Saturnino Urios al P. Pablo Pastells

Esperanzas de que las Misiones vuelvan á sus buenos tiempos. — Abundante cosecha de frutos espirituales. — Deseos que tienen de aprovecharse los indígenas. — Tristes recuerdos del Misionero. — Agradecimiento de los indios y americanos por los trabajos del Padre en favor de la pacificación del país.

Butúan, 30 de julio de 1901.

P. C.

Mi estimado en Cristo P. Pastells: He recibido la postal de V. R. con fecha 30 de mayo.

En ella manifiesta V. R. sus grandes deseos de que estas gentes se encarrilen y vuelvan al orden de antes. Sea así, porque nosotros no lo dejamos por pereza.

Yo creo que todo se andará; y, si algo hay en el país que dé á cualquiera buenas esperanzas, es nuestra viña, esto es, el tercer distrito y el primero. Lo demás del Archipiélago parece que anda á mal traer con tantas libertades, que las hay que es un hastío.

Yo no sé nada de los otros pueblos; pero de estos de acá, aseguro que volverán á los buenos tiempos. Vaya una prueba: hemos tenido confesiones en la Cuaresma á reventar. Otra: En cinco días, el P. Llobera en Butúan, y yo en Cabarbarán, bautizamos á 1604.

Los *filósofos* son pocos por acá, y así no van á poder perder á los demás.

Todos los casados civilmente se rindieron con armas y bagajes; y

Digitized by Google

digo más, que, si no los hubiesen malas almas obligado á ello, nadie hubiera intentado casarse á lo pagano.

En la estima como Ministros del Señor, nada hemos desmerecido. Yo casi ya me parezco al *yo* de antes, aunque no saco tantos bríos como sacaba en aquellos tiempos de leche y miel.

A mis feligreses los tengo muy animados para ganar el Jubileo, y no faltarán Ejercicios, triduos, etc., y, lo que más es, muchas confesiones.

Voy pasado mañana á visitar el río, hasta que caiga enfermo. Ya la gente me espera con afán y como el labrador desea el agua de mayo. Mas ¡ay! ¡oh trabajos míos y de los otros Misioneros! ¡qué triste es verlos en parte perdidos, volviéndose al salvajismo algunos de los ya civilizados! ¡Cuántos asesinatos! ¡Y qué mal anda aquello! Y lo peor es que nosotros ahora ya no podemos tanto como antes. Aunque á mí me ha favorecido mucho el haberles puesto en paz con los americanos, y unos y otros, todos, me están muy agradecidos (1).

(1) Acerca de la intervención del P. Urios como pacificador entre los butuanos en armas y el ejército norteamericano, se conservan varias cartas escritas por una y otra parte, en las cuales piden aquella intervención, y obtenida, la agradecen. Véase la que el Comandante Leonard dirigió desde Butúan al R. P. Superior de la Misión:

«Puerto de Butúan, Isla de Mindanao P. I. 23 abril 1901.

Señor:

Deseo manifestar mi gratitud por las muchas obligaciones en que estoy con el Jesuita P. Saturnino Urios, Misionero de este lugar, por los servicios prestados como intérprete é intermediario entre mi (Autoridad) y los naturales. El ha estado infatigable en sus buenos oficios, usando de su influencia, con los cabecillas insurrectos Flores, Toribio y Andrés Atega para inducirlos á rendirse y volverse á sus pacíficas ocupaciones. Su influencia personal se ha usado principalmente en interés del Gobierno Americano. El ha expuesto al pueblo las ventajas que lograrán en el comercio y prosperidad general.

Espero que se presentará alguna oportunidad para manifestar de un modo práctico, nuestra obligación para con dicho Reverendo Padre.

Muy respetuoso su obediente servidor,

Rv. Leonard, Lt. Col. Comte.

Al Rev. P. Superior S. J. de las Islas Filipinas.»

(Es copia, Pío Pi, S. J.)

Anteriormente, con fecha 17 de mayo de 1901, el mismo Sr. Comandante había escrito al P. Urios agradeciéndole la obra de pacificación emprendida y asegurándole que esperaba tendría buen éxito.

Finalmente, á 18 de mayo del mismo año, el Sr. General de Brigada W. A. Kobbe, Comandante General de Mindanao, dirigió á los PP. Urios y Llobera una atentísima carta, en la cual manifiesta que el mencionado Sr. Leonard ha escrito de ellos y de su gestión en *términos muy elevados* y que él está muy satisfecho del estado de cosas de Butúan, debido en gran parte, á su parecer, á los buenos servicios y trabajos de los mismos Padres.

Digitized by Google

Ayer mismo he recibido de Manila, un recuerdo de despedida que me ha enviado el Coronel al partirse de estas islas. Consiste en un rosario de quince decenas, todo de nácar y plata, y un misal de lo mejor que se hace hoy día.

Mis afectos á todos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

De V. R. afmo. siervo en Cristo,

SATURNINO URIOS, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Victoriano Bitrián al P. Juan Quintana

Bendición de la nueva imagen de la Virgen del Pilar.— Obsequio del General americano á la Virgen del Fuerte.—Devoción del pueblo para con la misma imagen.—Las escuelas católicas en Zamboanga, Santa María y Tetuán.—Reorganización de la Congregación de Hijas de María y del Apostolado de la Oración.—Crueldades de los moros.— Fidelidad de un indio.—Sencillez de los vecinos de Santa María.—Campaña contra los errores dominantes.— Conservación de las buenas prácticas.—Muestras de afecto del General americano.

Zamboanga, 28 de agosto de 1901.

P. C.

Amadísimo en Cristo P. Quintana: Aunque ha pasado mucho tiempo, desde que recibí la grata de V. R., no quiero dejar de contestarle, siquiera sea á vuela pluma.

Mucha es la materia que se me ofrece para escribir, y, por cierto, bien consoladora; pero no tengo tiempo para escribir tan largamente, como yo desearía.

El 15 del corriente, bendije solemnemente la nueva imagen de la Virgen del Pilar, facsímil de la de Zaragoza, que nos envió el bondadoso P. Sancho. He hecho mayor el nicho, pues la nueva imagen no cabía en el antiguo; además he decorado la cupulita y el fondo, que ostenta la bandera española, matizada de flores. Después de la bendición, canté solemnemente la misa, con asistencia de mucha gente. Con tal motivo hice una corta plática, alusiva al acto; y ter-

Digitized by Google

minado éste, era de ver cómo los devotos se acercaban á contemplar la imagen para formar concepto de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

El General Kobbe, aunque protestante, me llamó tiempo atrás para preguntarme si había inconveniente en adornar la imagen colocada en el Fuerte. Y como yo le dijese que no, que antes haría una obra muy grata á todo el pueblo, así lo ha dispuesto. No hay que omitir que le había llamado la atención el que la gente concurriese á tal sitio con velas y á rezar con tanta devoción. Ahora son muchos más que antes los que lo frecuentan y, sin empacho de que tal vez algunos americanos miren curiosamente ó se rían de la piedad de los fieles, éstos se arrodillan en medio del campo. Con esto la gente se ha impuesto, y ya ningún americano extraña que los devotos veneren la imagen y recen.

Como ya sabrá V. R., hemos triunfado en toda la línea, en lo que á las escuelas se refiere. Se había suprimido en ellas la enseñanza del catecismo, las prácticas devotas y cuanto tenía sabor de religión. Hasta el Crucifijo fué echado de la escuela, juntamente con los libros de texto españoles. Todo lo cual alarmó, y con razón, á los padres de familia. Entonces, aprovechándome de la libertad que la ley concede á todos, fundé escuelas católicas, venciendo, por supuesto, no pocas dificultades que se ofrecían.

El resultado ha sido tan notable y satisfactorio que no solamente aquí, sino también en Tetuán y en Santa María, las escuelas católicas se ven concurridas por casi todos los niños que asistían á las escuelas oficiales, que están ya agonizando. ¡Y cómo gozaría V. R. viendo todo esto! 160 niños, entre los cuales figuran dos hijos del dato Mandi, y más de 90 niñas se instruyen y educan en las escuelas de Zamboanga. Hemos logrado arrancar la juventud de las garras de la impiedad: y padres y niños todos están contentísimos. El éxito ha superado mis esperanzas. Gracias sean dadas á Dios que se ha dignado bendecir nuestros esfuerzos.

El maestro Sinforoso dejó de ser maestro de la escuela oficial para serlo de la escuela católica, y lo mismo hicieron Filoteo y su hermana Arsenia. Para sufragar los honorarios de los maestros abrí una subscripción mensual que da 71 $.

Dejé el diccionario políglota de V. R. en el archivo de Manila.

El P. Bennásar, el H. Pérez, D. Santiago y familia, etc., etc., saludan á V. R.

Digitized by Google

Mis recuerdos al P. Ricart y demás PP. y HH. de esa santa Cueva.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Afectísimo hermano y siervo en Cristo,

VICTORIANO BITRIÁN, S. J.

P. D. Como tengo un poco más de tiempo, voy á responder á varias preguntas que me hace V. R.

Hemos reorganizado la Congregación de Hijas de María y el Apostolado de la Oración. Hacemos todos los esfuerzos posibles para llevar esta carga, que es más llevadera que antes, porque, en atención á que no siempre logran confesarse, no vienen tantos.

Entre Santa María y Zamboanga habrá actualmente unos 60 coros del Apostolado; las Hijas de María son tal vez en mayor número que antes.

Taguite, Tamión y Dulnau desaparecieron, porque los moros pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, á excepción de pocos que lograron escapar con vida.

He derribado el convento de Ayala, porque amenazaba ruina. Cuando vamos allá, nos hospedamos... en el puente de la tribuna.

Debo manifestar á V. R. que, entre todos los que quedaron encargados de las iglesias y conventos, Pedro Juatón ha sido de los más fieles que hemos tenido. Al llegar yo, la primera vez, á Ayala, encontré todas las cosas tan arregladas é íntegras, que me causó muy grata sorpresa. Llevaba yo hostias, vino, etc., para poder celebrar; y Pedro, con la mayor naturalidad del mundo, me dijo que si quería decir misa, él tenía vino para el santo sacrificio. Y, ¡oh prodigio de fidelidad india! me trajo media botellita, que el Misionero le había dejado al partirse y que él conservaba muy bien encerradita. Las pesetillas de las arras y los anillos, estaban también fidelísimamente custodiados. ¡Siervo fiel!

Ayer hubo en Santa María función dedicada á S. Roque, con misa solemne, y por la tarde procesión, muy concurrida y devota. Asistía yo á la novena, que se hace en obsequio del Santo, cuando he aquí que al niño Alfonso, que leía en el púlpito, se le ocurrió leer palabra por palabra cuanto se decía en el librito. Pues bien, al llegar

Digitized by Google

á «librad de la peste á nuestro reino de España (y Filipinas,)» el pueblo repetía devotamente: «librad á nuestro reino de España...», y eso que asistían á la función todas las autoridades del pueblo. ¡Qué sencillez!

A mi llegada encontré que, con la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y del Estado, se propalaban algunos errores. Hube de combatir cizaña tan perniciosa, y lo hice en las pláticas dominicales; y, por dicha mía y provecho del prójimo, logré arrancarla tan de cuajo, que, en adelante, nadie sacó ya á colación tan disparatadas ideas.

También puse todos mis conatos en establecer de nuevo las costumbres de antes, en cuanto me fué dable; y hasta tal punto se ha alcanzado, que quien no hubiese visto á Zamboanga en estos tres años, apenas notaría cambio alguno en las cosas de la iglesia: las mismas prácticas, los mismos cantos, la misma marcha real en la misa al alzar, etc., etc. Hasta en las pláticas que solía hacer los domingos, continué el plan interrumpido por la revolución, y, como si tal cosa no hubiese sucedido en el mundo, el primer día comencé diciendo: «El último domingo que prediqué, os decía...» Esto, á mi parecer, ha dado muy buenos resultados y ha sido de mucho provecho. Así que, hoy por hoy, no se encuentra oposición en nada; á lo cual, justo es decirlo, no poco han contribuido las distinciones públicas de que hemos sido objeto por parte del General americano.

Veo que la suavidad de la materia ha sido causa de que me alargase en esta *Postdata*.

Ruegue V. R. por nosotros y para que vengan operarios á trabajar en este campo del Señor: *messis quidem multa, operàrii autem pauci.*

Suyo *in Domino*,

VICTORIANO BITRIÁN, S. J.

Digitized by Google

Carta del H. Juan B. Pérez al H. Francisco Figuerola

Estado de la Misión.—Ejemplo de fidelidad de un indio.—Nochebuena en Zamboanga.—Conducta de los americanos católicos.

Zamboanga, 25 de enero de 1902.

P. C.

Mi amadísimo en Cristo Hermano: Estará usted quejoso de mí, y con razón, por mi tardanza en contestarle; pero ¿qué quiere que haga, Hermano carísimo? porque, si es cierto que mi deseo de complacerle es muy grande, la facilidad en escribir es muy poca, como usted ya sabe.

Nosotros por acá vamos viento en popa, y, según el R. P. Bitrián, la gente de aquí está más unida á nosotros que antes. Los pueblos de la provincia, tampoco se portan mal. No obstante, se nota la falta de Misionero.

De los de por aquí, el pueblo que mejor responde, y del cual estamos más contentos, es Ayala, cuyos vecinos ya han hecho una instancia al R. P. Superior pidiéndole un Padre.

Lo de Polloc sigue bien, gracias á Lorenzo, que se porta lo mejor que puede desearse. Cuidan de la casa, durante nuestra ausencia, su hija, casada, que habita en los bajos, y él, que vive arriba. También alquiló un aposento á un americano, que no sé cuánto le daba por la habitación. Lo cierto es que cuando el Padre pasó á visitar el pueblo, tenía Lorenzo una porción de pesos reunidos de entierros, cera, y del

Digitized by Google

hospedaje que he dicho, todo para la iglesia y muy bien guardado y separado por cajoncitos. Conque ya ve, mi Hermano, que aun hay fe en Israel.

En esta iglesia de Zamboanga se celebran las funciones con mucha concurrencia, sobre todo las de la Virgen del Pilar y Navidad ó Nochebuena. Esta fué la más concurrida que he visto en mi vida. ¡Qué gentío! Creo que si la iglesia hubiese sido dos veces mayor, aun no habría cabido la gente. Y qué orden hubo en todo, sin tener que lamentar el menor desmán. La adoración terminó cerca de las dos de la madrugada, y aun muchos tuvieron que marcharse á sus casas sin poder adorar al Niño Jesús. Había muchos americanos y estaban muy atentos.

Entre éstos, hay algunos que son católicos. No ha mucho que vino uno de ellos á traernos 26 pesos que varios habían reunido para el Padre, y nos sorprendió tan inesperado donativo. También un Comandante de estado mayor nos envía cada mes cinco pesos. Este militar y su señora é hija dan muy buen ejemplo, y todos los domingos, sin falta, oyen misa con mucha devoción. Entre tantas espinas, también nace alguna rosa.

Mis afectos á todos esos buenos Padres y Hermanos. Que rueguen por mí. Y V. no se olvide de este su hermano en Cristo,

JUAN B. PÉREZ, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Gregorio Parache al P. Jaime Puntas

Excursiones apostólicas. — La Semana Santa en Balingasag. — Número notable de confesiones. — Ejemplos de fervor de las Autoridades y vecinos. — El *Pagsúgat*. — Las funciones de Semana Santa en Jasaán y Tagoloan.

Balingasag, 29 de marzo de 1902.

P. C.

Muy amado en Cristo P. Puntas: Son las once de la mañana y ahora mismo he salido del confesonario para contestar á V. R.

Todos estamos buenos, á Dios gracias. El P. Heras es el que más ha trabajado durante esta temporada, y está tan rejuvenecido y animoso que da gusto verle y oirle. De mi salud dan testimonio los tres prefacios que he cantado esta mañana, dos antes de los aleluyas y uno después, que, por poco solemnes que hayan sido, hallándonos al fin de la Semana Santa, indican bastante vigor. Y por si alguna duda le quedase todavía á V. R., puede leer en mi *Diario* lo siguiente, que se refiere á las semanas anteriores:

«Día once de marzo: salgo para Bubuntugan.

Día doce: me dirijo á Tagoloan, pasando por Santa Ana, para confesar á algunos enfermos. En Santa Ana me preparan una frugal comida en el Tribunal. Se dignan servirme el Presidente y Vice-presidente. El camote cocido al rescoldo suple la falta de pan. A las dos de la tarde, *aprovechando el fresco americano*, parto para Tagoloan, y paso el río sin apearme, por no tener barquero á mano.

Día trece: voy á Agusan á confesar enfermos. Hago el viaje

Digitized by Google

de prisa y corriendo. Estoy muy satisfecho del caballo, que me ha facilitado mucho la marcha.

Día catorce: en compañía de dos Padres y un Hermano, salgo para Balingasag. Descanso y como en Bubuntugan, donde encuentro al P. Heras. Al llegar á la plaza, la gente, que sale del *Via-crucis*, se me acerca y rodea para besarme la mano.

Día dieciocho: me dirijo á Salay para celebrar la fiesta de S. José.

Día veinte: emprendo el camino de Talisayan. He llegado en tres horas y media. 25 kilómetros de mal camino. Encuentro al laborioso P. España con amagos de calentura.

Día veintiuno: viernes de Dolores, á las cuatro de la tarde vuelvo otra vez á Salay.

Día veintidós: celebro la santa misa; hago una plática y salgo para Balingasag.»

Y aquí me tiene V. R. He pasado casi toda la semana en el confesonario y he confesado más hombres que mujeres, no porque éstas hayan dejado de venir, sino porque al toque de las oraciones las despedía, y después seguía confesando á los varones. El Miércoles Santo me retiré del confesonario á las nueve de la noche, y aun después vinieron algunos, que entraron por la puerta de los caballos, y les oí de confesión en el corredor. El Jueves Santo, antes de las cuatro de la mañana, me fuí á la iglesia: junto á la puerta, que estaba todavía cerrada, me encontré con algunos que me estaban aguardando, y los empecé á confesar sentado en un banco del recibidor. Por la tarde hubo Lavatorio, oficio de tinieblas, etc., etc.

El Monumento nos dió poco que hacer, porque cuidaron de arreglarlo los sacristanes y los principales, incluso el Presidente. Este llevó el guión el Jueves Santo y asistieron todos los demás. Lo mismo hicieron con respecto al Lavatorio y cena de los Apóstoles, y, en particular, se distinguieron el Presidente y Vice-presidente, quienes durante el Lavatorio sostenían las palanganas y besaban los pies, después de haberlo hecho el Padre.

Ya sabrá V. R. que se sacan siete Pasos, bastante buenos. Lo que no sé si habrá notado, es la costumbre de encender farolitos de colores que, llevados por los niños de la escuela, adornan y alumbran la procesión. En 1878 encontré esta costumbre, tan piadosa, y me gustó mucho, y procuré fomentarla. Es de notar que estos farolitos los cuelgan de una caña, más ó menos larga, para que alumbren las

Digitized by Google

imágenes, llevadas en andas, y unos tienen la forma de barco, ó de casa, y otros de estrella, pez, ó gallo, etc.

A la función de hoy, á la que he procurado dar toda la solemnidad posible, ha asistido mucha gente, así como á todos los demás cultos de esta Semana Santa, á pesar de no poder contar con la ayuda de otro Misionero. En 1881 fuimos cinco Padres y, fuera de este año, siempre ha habido cuatro, tres, ó por lo menos dos. En cambio tres años hacía que pasaban sin Monumento.

Para mañana se está ya preparando el *Pagsúgat*. Aquí no hay nada de castillos, y de nubes, y de ángeles que bajan y suben, como es tan común en otras partes de Filipinas. Sencillamente: llegadas las dos imágenes al punto señalado, se colocan sobre dos mesas, separadas por una cortina; se corre ésta, y se canta el *Regina coeli*. Eso sí, mucho campaneo, mucha música, mucha colgadura. Pero este año no habrá los cañonazos de antes.

31 de marzo. Prosigo: el Sábado Santo estuve en el confesonario hasta más de las diez de la noche, y desde las seis de la tarde en adelante oí de confesión á solos hombres.

¿He dicho ya que el Viernes Santo cantamos el *Passio*? Salió muy bien. No se quejará V. R. de que no sea explícito. A Dios la gloria.

Lo único que me duele, es un dolor nómada que anda por este cuerpo de muerte desde algunos días á esta parte. Para ir á caballo es un estorbo; con todo, sepa V. R. que acabo de leer que el que pasa de 63 años, puede esperar buena vejez.

Tenga la bondad de saludar á esos buenos Padres y Hermanos, en cuyos SS. SS. y OO. nos encomendamos mucho.

GREGORIO PARACHE, S. J.

P. D. He recibido cartas de los PP. Heras y Martín y cuentan cosas muy buenas de las funciones de Semana Santa celebradas en Jasaán y Tagoloan. Laus Deo.

Digitized by Google

Carta del P. Vicente Giménez al P. Juan Capell

Noticias de los trabajos apostólicos de los PP. Martín, Ribas, Gisbert y Llobera.

Manila, 9 de junio de 1902.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Rector (1): En primer lugar doy á V. R. las más expresivas gracias por las repetidas veces que nos ha remitido noticias de España y América, que en este rincón del mundo son muy estimadas, y sirven de no poco consuelo á los PP. Misioneros de Mindanao.

Para corresponder á V. R. en alguna manera, voy á transcribir algunas de las nuevas recibidas de las Misiones.

El P. Martín reanimó á los del pueblo de Agusan, sobre todo en lo tocante á escuelas católicas, á las cuales se pasaron muchos alumnos de las oficiales. También trató el Padre con varios monteses, que se alegraron mucho de verle y mostraron deseos de que subiera al monte á visitarlos.

El P. Ribas, que estaba en la parroquia de San Roque de Cavite y que hace poco salió para Zamboanga, ha escrito. Sus impresiones son gratas, debido en gran parte á que los católicos fervorosos son muchos.

El P. Gisbert nos escribe que en Dávao se disfruta de paz octa-

(1) Del Colegio Máximo de Tortosa.

Digitized by Google

viana, sin revoltosos ni propagandistas de malas ideas. Los Nuestros siguen bien relacionados con todas las Autoridades; y, gracias al apoyo que presta el Presidente Sr. Palma Gil, las escuelas católicas se ven muy concurridas. La reconquista espiritual también parece que va adelante. Los tagacaolos y bisayas son los que se muestran más dóciles. Entre los bagobos y guiangas se va haciendo algo: se han celebrado *in facie Ecclesiæ*, unos cuarenta matrimonios. Asimismo, entre los sámales, si tuviesen Misionero, se haría fruto. Solamente los moros son los que por ahora no dan su brazo á torcer, si no es para recabar del Padre algo con que matar el hambre.

El P. Llobera, residente en Butúan, dirige la escuela católica del pueblo, á la que concurren unos doscientos niños. Ha pasado una buena temporada haciendo seis horas de clase diarias. Ahora ya tiene quien le ayude en tan provechosa tarea.

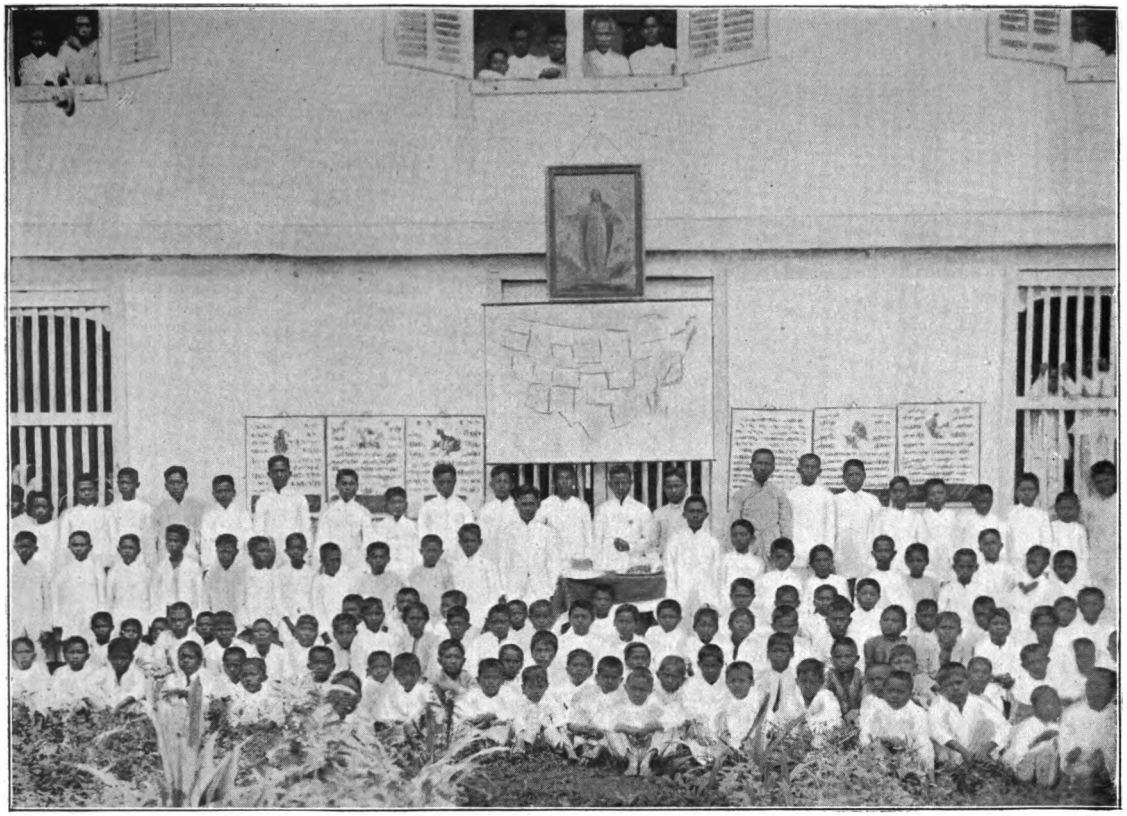
En fin, para terminar, diré á V. R. que, en general, de todas partes llegan noticias de haberse celebrado las funciones de iglesia con el orden, concurrencia, frecuencia de sacramentos, etc., de los mejores tiempos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De V. R. ínfimo y afectísimo en Cristo siervo,

VICENTE GIMÉNEZ, S. J.

Digitized by Google



Escuela católica de Butúan.

Digitized by Google

Digitized by Google

Carta del P. Miguel Saderra Masó al P. Juan Capell

Excursión científica por Mindanao. — Celebración de la jura de S. M. en Iloílo. — Movimiento religioso en Zamboanga. — Fiesta de los españoles en conmemoración de la jura de D. Alfonso XIII. — Prosecución del viaje.

Dávao, 17 de junio de 1902.

P. C.

Mi muy amado en Cristo P. Rector: El 3 de mayo salí de Manila en dirección al Sur, con objeto de hacer observaciones magnéticas, visitar estaciones meteorológicas, etc.

Permitió el Señor que tuviésemos á bordo del *Gibson* un caso de cólera, y fué preciso ir á Maribeles para que en aquel lazareto nos desinfectaran. Después de permanecer allí cinco días, el día 13 emprendimos de nuevo el viaje hacia el Sur. El día 17 lo pasé en Iloílo, donde los españoles celebramos la jura de S. M. el Rey D. Alfonso XIII con misa rezada que dijo el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Jaro, sermón y *Te Deum* á toda orquesta. Finalmente, el día 19 llegué á Zamboanga.

En esta población pasé lo restante del mes de mayo y parte de junio, hasta el día 9. Mis impresiones no pudieron ser mejores: en Zamboanga están los Padres como antes de la guerra; el cariño del pueblo, el mismo de siempre; el fervor del entusiasmo religioso apenas ha disminuído, y los que, en corto número, se descarriaron, vuelven al redil, como se vió claramente por las comuniones generales que se celebraron en Zamboanga, Santa María y Tetuán, con motivo

Digitized by Google

de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Tanto ésta, como la del Corpus se hicieron con la misma pompa, concurso y devoción de otros tiempos y, asimismo, con la cooperación del Municipio. Los americanos, al ver tantas muestras de entusiasmo religioso, estaban admirados.

Los pocos españoles, que todavía residen en Zamboanga, celebraron también la jura de D. Alfonso XIII. Al efecto, hubo Misa solemne y *Te Deum* en la iglesia, banderas españolas en todas partes, músicas por las calles, etc. Accediendo á la atenta invitación de los españoles, asistieron todas las Autoridades, aun cuando la fiesta no tenía carácter oficial, por no haber en Zamboanga quien tuviese la representación del Gobierno español.

Llegado el día 9 de junio, me embarqué en un transporte americano que me condujo aquí, no sin antes tocar en Malábang, Paranparan y Macar.

De aquí saldré, Dios mediante, á fines de esta semana con objeto de rodear toda la isla.

Y sin más por hoy, termino felicitando á V. R. y á todos los demás Juanes, y en particular á los PP. Ribera, Ferreres, Mir, Muncunill, Florit y Comellas. Rueguen mucho por estas Misiones y de mí no se olviden en sus SS. SS. y OO.

De V. R. afectísimo siervo en Cristo,

M. Saderra Masó, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Saturnino Urios al P. Juan Capell

Aspecto de la Misión. — Las Congregaciones piadosas de Butúan. — Escasez de operarios.

Butúan, 15 de septiembre de 1902.

P. C.

Mi muy amado en Cristo R. P. Rector: La de V. R. del 13 de junio hemos recibido, y ahí es nada lo que ella nos ha alegrado y consolado.

Por acá vamos trabajando sin descanso, acomodándonos á las circunstancias de ahora y contrarrestando el mal con los medios que el Señor nos sugiere. Así, por ejemplo, aquí, en Butúan, tenemos escuelas católicas que se ven muy concurridas. Tenemos también en muy buen estado la Congregación de Hijas de María y la de los jóvenes congregantes de la Anunciata y S. Luis y el Apostolado de la Oración, y á todos les damos Ejercicios, y vienen á la iglesia, y se confiesan con frecuencia, y no son pocas las personas devotas, y todo lo que quiera V. R.; pero todo esto es aquí, donde no nos damos punto de reposo. En cambio, son muchos los pueblos que necesitan de más cultivo espiritual y apenas los podemos visitar.

Adiós, Padre mío, y el Señor nos dé su gracia. No tengo tiempo para más.

En los SS. SS. y OO. de V. R. y en las de todos los de esa santa casa me encomiendo.

Siervo en Cristo,

Saturnino Urios, S. J.

Digitized by Google

Carta del H. Daniel Torrent al P. Juan Capell

Enfermedad de los PP. Peruga y Buguñá.— Objetos para la Misión de Dapitan.— Viaje del P. Bitrián á Joló.— Excursiones apostólicas del P. Martín.

Manila, 27 de octubre de 1902.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Rector: Aprovechando algunos instantes, voy á extractar varias cartas que nos han escrito los PP. Misioneros de Mindanao.

A mediados de agosto llegó á ésta, procedente de Caraga, el P. Buguñá, que andaba algo enfermizo. Del mismo pueblo, llegó el 2 de octubre el P. Peruga. El motivo de su viaje ha sido el siguiente: estando dicho Padre en una visita en construcción, al tiempo de dar órdenes á los trabajadores desde una ventana del conventito, éste se derrumbó en parte y arrastró consigo al Padre, quien, por efecto de la caída, se dislocó la mano derecha. Gracias á Dios encontró pronto quien se la arreglara, al parecer bien; pero notando el P. Peruga que no desaparecía el dolor, se vino aquí, llamado por los Superiores, para que los médicos le reconocieran.

Los PP. Misioneros de Dapitan están muy animados. El otro día les envié dos armoniums, una alfombra y un juego de sacras. Pronto recibirán dos juegos de ciriales, y con destino al mismo pueblo se ha refundido una campana de 30 arrobas.

El P. Bitrián estuvo en la isla de Joló, donde permaneció por

Digitized by Google

espacio de trece días. Hubo Misa solemne con sermón, en el cual el P. Bitrián excitó á los católicos americanos y filipinos, á hacer una manifestación religiosa. Al efecto, se celebró una procesión muy lucida y numerosa, á la que todos tomaron parte con velas encendidas. Además administró el santo Bautismo á veinticinco personas y casó á quince moras convertidas con otros tantos cristianos de los que aquí llamamos viejos, por pertenecer á familias que desde mucho tiempo atrás abrazaron la Religión católica.

De Tagoloan escriben que el P. Martín empleó gran parte del mes de mayo y todo el mes de junio en visitar las reducciones de Calasungay, Oroquieta, Cauayan, Silay, Linabo, Bugcaon y Covadonga. La reducción de Sevilla, destruída por efecto de los sucesos de la revolución, se está reconstituyendo en sitio no lejano del que antes ocupaba y menos expuesto á incendios casuales. El Padre fué muy bien recibido en todas partes. Dicen que el convento de Linabo está sin tabiques; la huerta convertida en bosque, y que de las dos campanas que había, una desapareció, y la otra fué hecha pedazos. La ocasión que hubo para ello, fué que los revolucionarios, establecidos en Linabo, la habían colgado de un árbol para dar aviso de la llegada de los nuevos dominadores.

Esto es cuanto puedo comunicarle al presente.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

De todos afectísimo hermano y siervo en el Señor,

DANIEL TORRENT, S. J.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

NOTICIAS DE MANILA

Digitized by Google

Digitized by Google

Vicisitudes de los Padres y Hermanos de Manila durante la guerra hispano-americana

Cartas del R. P. Rector del Ateneo Municipal al R. P. Provincial

PRIMERA

Ateneo Municipal de Manila, 12 de mayo de 1898.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: A pesar del bloqueo, á que estamos sometidos desde el día primero de este mes, se me ofrece ocasión de escribir á V. R., y no la he de dejar pasar en balde, ya para que V. R. y los demás que lean estas líneas, admirando la bondad con que Dios nos trata durante los acontecimientos actuales, nos ayuden á dar gracias al Señor, ya también para calmar en lo posible la natural ansiedad que las noticias telegráficas han de haber producido en esas tierras.

Nuestra situación desde los primeros días de abril hasta los postreros, es un punto de partida necesario para seguir la acción providencial del Señor sobre nosotros.

El R. P. Superior tenía proyectado pasar la visita á una parte de las casas de Mindanao, y ya se hallaba en Dapitan, cuando se conoció en Manila que la guerra con los Estados Unidos era inevitable. Transmitirle esta noticia, que había de modificar enteramente sus planes, no era cosa fácil, dada la poca comunicación existente entre

Digitized by Google

Manila y aquel puerto. La insurrección de Cebú vino á aumentar las dificultades que para ello se ofrecían, puesto que los buques eran fácilmente ocupados por el Gobierno con el fin de atender al restablecimiento del orden público.

Por otra parte, algunos Padres y Hermanos del Ateneo y de la Escuela Normal se hallaban ya en la casa de Alitagtag para pasar las acostumbradas vacaciones y reparar sus fuerzas en aquel saludable sitio.

Entre tanto en Manila crecían los rumores de nuevos levantamientos revolucionarios; agitábanse cuestiones tan importantes y transcendentales como las que motivaron las Exposiciones de las Ordenes religiosas á S. M. la Reina Regente y á Su Santidad; y daba á todo un tinte pavoroso la perspectiva de una guerra, para la cual no se estaba prevenido ni había medios de prepararse.

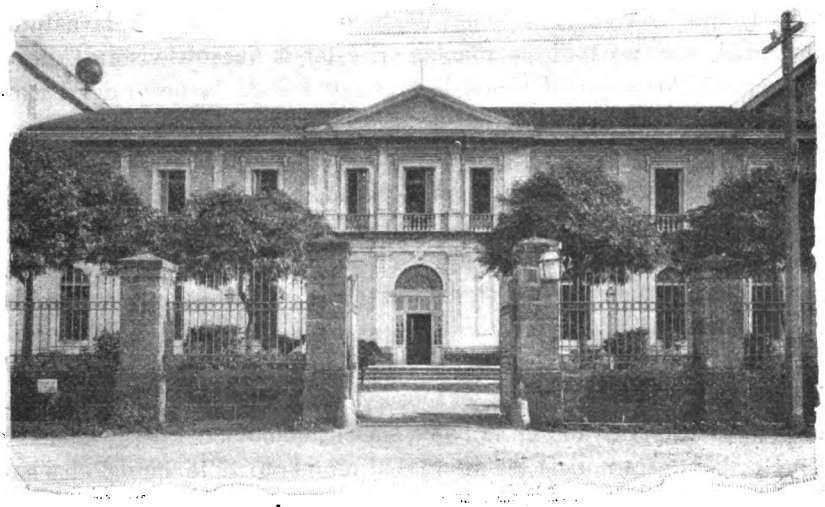
Para un caso tan terrible, tampoco era nada favorable la situación que ocupan la iglesia de S. Ignacio y el contiguo Ateneo Municipal. Estos dos edificios lindan con las murallas que están junto al mar, y en ellas, como adosada al colegio, existe una batería de cinco obuses de á 21 centímetros, cuyos disparos en pruebas de tiro al blanco, ponen en conmoción toda la casa y en peligro los cristales. ¿Qué no era, pues, de temer para cuando el enemigo intentara apagar sus fuegos? Por estas razones decía yo á V. R. en mi carta del 10 de abril, que ya había ofrecido al Señor la iglesia y el colegio en caso de bombardeo.

Un refugio, sin embargo, nos quedaba para tan triste ocasión, y era la casa de campo que este Ateneo posee en el pueblecito de Santa Ana, á unos cuatro kilómetros de Manila. Con todo, á fin de que se conservara libre este asilo para nuestros Padres y Hermanos, tuvimos que dar muestras de no poca constancia y energía; pues cierto Director de Hospital militar, tenía grande empeño en ocupar toda la casa para sus enfermos y atenciones del servicio. Al fin, gracias á las gestiones que se hicieron y á las medidas que se tomaron, se reservó el primer piso para nosotros y la planta baja para la asistencia de los enfermos, conforme al ofrecimiento que habíamos hecho al Gobierno.

De mucho consuelo nos fué la presencia del R. P. Superior, que llegó el día 19 de abril. Desde luego dispuso que al fin de las Letanías se rezara la oración *pro tempore belli*, y que, en cuanto fuese posible, viniesen los de Alitagtag, para estar todos reunidos. A este fin se telegrafió al vapor *Purísima Concepción*, que se hallaba en el

Digitized by Google

puerto de Lucena, encargándole se trasladase á Taal para recoger á los Padres y Hermanos, y que fijara la hora de embarque. Obtenida favorable contestación del capitán, se transmitió al P. Clos, Superior de los que allí estaban pasando las vacaciones, la orden de volver sin demora, como en efecto lo hicieron en la madrugada del 25. Gracias á la diligencia del ex-alumno del Ateneo y buen amigo D. Tiburcio Ilagan, que hizo cuanto pudo para servirnos, logróse obtener que nuestra orden telegráfica se recibiese en Alitagtag el día 24, entrada ya la noche. Esta cómo se pasó allí, después de recibida dicha orden, lo indica suficientemente el hecho de hallarse



Escuela Normal de Manila

en el puerto de Taal todos los expedicionarios, con la consiguiente impedimenta, á la hora fijada, esto es, antes de las cuatro de la madrugada, después de haber andado algunos dos horas á pie, por cierto entre las lágrimas y lamentos de los vecinos que sentían en el alma quedarse sin la compañía de los Padres.

Grande fué el consuelo que tuvimos aquí cuando llegó, á eso de las ocho de la noche, el *Purísima Concepción;* y, ahora que considero, después de los días que han transcurrido, el desarrollo de los sucesos, bendigo una y mil veces la suavidad con que Dios N. S. ordenó las cosas y facilitó los medios de evadir el peligro que huma-

Digitized by Google

namente corrían estando separados de nosotros, los Padres y Hermanos de Alitagtag.

Con los Nuestros vino el Párroco de Taal, religioso agustino, que ya no pudo volver á su parroquia, librándose así de las pesadumbres y cautiverio que muchos de sus Hermanos de hábito sufrieron.

Desde luego se estableció entre los HH. Escolares y Coadjutores un turno de comuniones diarias para implorar la protección del Cielo. Con este mismo fin, el día 27 asistió la Comunidad á las solemnes rogativas que, bajo la dirección y presidencia de nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, Fr. Bernardino Nozaleda, se celebraron en la Catedral con asistencia de todas las Comunidades religiosas.

A pesar de que el cable nos daba noticias de la escuadra americana, apostada en Hongkong, dejándonos entrever, con la natural ansiedad, que no tardaría mucho en estar á nuestra vista; íbamos preparando los cultos del mes de María y los de la fiesta del Patrocinio de S. José, como en años anteriores.

El sábado, 30 de abril, celebróse la función preparatoria del indicado mes de Mayo, en la que el P. Clos, desde el púlpito, expuso la necesidad de la oración y de la reforma de vida para merecer el patrocinio de la Santísima Virgen en las calamidades presentes. Y, á la verdad, ¡cuánto necesitábamos de la poderosa intercesión de nuestra amantísima Madre!

Ya á primeras horas del día primero de mayo nos participaba el P. Algué por teléfono, desde el Observatorio, que los buques americanos habían penetrado en la bahía sin obstáculo.

Recibida esta noticia, se atendió al momento á lo que podía sobrevenir, aunque sin dejar de proseguir lo ordinario, como si nada ocurriese. Así, pues, empezó la celebración de las misas en la iglesia, y los confesores fueron á sus confesonarios, y eran bastantes los fieles que habían acudido á nuestro templo. Mas poco después de las cinco, oyóse el estampido del primer cañonazo, y, pasados algunos minutos, el segundo; por lo que, comprendiendo que no tardarían en repetirse, me fuí inmediatamente á hacerme cargo de lo que ocurría. Cómo se habían ido desarrollando los hechos á que aludo, lo supongo ya sabido.

. . . . . .

Tal como se presentaba por entonces la perspectiva de la bahía, contemplada desde nuestra azotea, parecións que podía continuar la celebración de misas en el templo, si bien aconsejando á los fieles

Digitized by Google

que se retiraran á sus casas. Así se hizo, después de dar el Santísimo Cuerpo del Señor á buen número de personas, que estaban ya dispuestas para la Comunión general que debía celebrarse aquel día por ser el Patrocinio de S. José.

Durante todo el tiempo de la santa misa, que celebré poco antes de las seis, no cesó el estruendo de los cañonazos, tan nutridos como los disparos de fusilería cuando se hace fuego á discreción; mas al terminar el santo sacrificio, fué cesando poco á poco, y cuando concluí la acción de gracias, se retiraron los buques americanos hacia la parte Norte de la bahía.

Entre tanto nos preguntábamos unos á otros: ¿qué ha ocurrido en Cavite? ¿qué ha sido de nuestra escuadra? ¿qué hará el enemigo? ¿qué será de Manila? ¿y qué de nosotros?

El humo del combate cerraba todavía el horizonte por la parte del mar y parecía envolver en tinieblas todo nuestro porvenir.

En circunstancias tan extraordinarias creyóse lo más oportuno no apartarnos de nuestro divino Capitán, Jesucristo; y así, reunida la Comunidad en la iglesia á eso de las ocho, el R. P. Superior, después de exponer el Santísimo Sacramento, leyó una ternísima oración, compuesta expresamente para las actuales desventuras, y luego hizo voto al Sagrado Corazón de Jesús de ayunar todos los Nuestros en su obsequio la víspera de su festividad y de celebrar en su honor una nueva y espléndida fiesta en acción de gracias, si se dignaba conceder la victoria á las armas españolas. Quedó el Señor de manifiesto hasta las cuatro y media de la tarde, y durante todo este tiempo, hicieron vela al Santísimo los Padres y Hermanos de casa y, juntamente, algunas personas devotas, que apenas abandonaron el templo en todo el día. Por lo dicho ya puede comprender V. R. que ni se celebró la misa cantada, ni hubo sermón, como se solía hacer en la fiesta del Patrocinio de S. José.

Lo restante del tiempo, fuera del que se empleó en velar delante de Jesús Sacramentado y en darse con más fervor á la oración, se pasó en tomar las oportunas medidas para atender en lo posible á las necesidades que en adelante se ofreciesen. Además se procuró levantar el espíritu de muchos seglares, que, en busca de aliento y consuelo, vinieron al Ateneo.

Á este propósito, no puedo menos de confesar, que no dejó de ser muy especial beneficio del Sagrado Corazón de Jesús, entre otros que recibimos del mismo Señor en día de tanta zozobra y aflicción,

Digitized by Google

el esfuerzo y serenidad con que todos los de casa presenciaron los tristes sucesos de la mañana, y el valor que asimismo manifestaron todos para sobrellevar con paciencia y fortaleza cristianas cualesquier nuevos trabajos. Con todo, mirando por su salud, se dispuso que algunos se trasladasen á Santa Ana, donde, desde algunos días antes, se habían instalado un Padre y varios Hermanos, en previsión de las actuales circunstancias.

Por ser ajeno de mi objeto, omito dar cuenta detallada del ataque contra el arsenal de Cavite, y del incendio del vapor correo *Isla de Mindanao*, así como también el referir las muchas y contradictorias noticias que por Manila circularon este día. Una muy grave me comunicó cierta persona, que, por su carácter oficial, me merecía entero crédito, á saber, que el día siguiente, al amanecer, empezaría el bombardeo de Manila. Como consecuencia de esta noticia, que me dijo ser cosa muy cierta, reunióse la consulta y con el R. P. Superior se determinó evacuar el colegio y que la Comunidad pasase á Santa Ana, á donde debía trasladarse, además, cuanto se pudiese en lo tocante á provisiones y objetos de la casa é iglesia. Sin embargo, antes de dar las oportunas órdenes, fuí á pedir noticias en cierto centro militar; pero ¡Dios mío! ¡qué tristes fueron las impresiones que recibí al salir de casa! ¡qué solitarias las calles de Manila! ¡qué silencio tan imponente!... ¡Cuán naturales y expresivos me parecían los lamentos del Profeta!...

Serían las cuatro de la tarde cuando volví al colegio; y de lo que había visto y oído, y de la impresión que llevaba, deduje ser muy del caso la ejecución de lo resuelto en la consulta. Hecha, pues, la reserva del Santísimo, colocóse el Sagrado Copón en sitio más seguro. Acto seguido, empezaron á desfilar los Nuestros hacia Santa Ana; y para librar de las llamas, en caso de incendio, lo que buenamente se pudiese, comenzóse también á trasladar objetos, no cesando en el trabajo toda la noche, ni los coches, ni los carros, y, consiguientemente, ni los criados, ni cuantos seguimos permaneciendo en el colegio.

Al día siguiente, celebramos lo más pronto que pudimos, los PP. Clos, Rossell y el que subscribe; sumimos las sagradas formas, y, después de dar gracias, nos dispusimos para ir á juntarnos con los Nuestros en Santa Ana.

Mas, entre tanto, R. P., ¡qué de sentimientos profundos y afectos internos brotaban de lo más hondo de mi corazón! ¿Eran de tristeza?

Digitized by Google

¿de temor? ¿de esperanza? No lo puedo decir á punto fijo. Acababa yo de pasar cerca de una hora meditando en la azotea del primer piso, ante una composición de lugar imposible de describir. Veía á mi derecha los contornos de los acorazados enemigos, los cuales, dispuestos en línea, frente á la bocana del Pásig, no cesaban un instante de entenderse por medio de reflectores; y, al mismo tiempo, hería mis ojos el siniestro resplandor de las llamas del arsenal de Cavite, del vapor *Isla de Mindanao* y de los buques que fueron nuestra esperanza! A mi izquierda y á espaldas tenía la ciudad, como sumida en letargo: tal era el silencio que en ella reinaba. Sólo el silbato de una lancha de vapor, que velozmente salía del río en dirección á la escuadra americana, propagaba con frecuencia sus estridentes sonidos por toda la bahía é infundía no sé qué de pavoroso á aquel tan triste cuadro! ¡Qué no había de hacer la imaginación en tales circunstancias? ¡Cómo no impresionarse el corazón?...

En esto me avisaron que ya todo estaba dispuesto y, por tanto, que podíamos partir. Quedaron encargados de custodiar los edificios los PP. Francisco Javier Simó y Joaquín Martínez, destinados á la Fuerza ó Castillo de Santiago por el Excmo. Sr. Arzobispo, para prestar los auxilios espirituales á los militares que los necesitasen. Con dichos Padres permanecieron en casa algunos criados, entre los cuales había uno, sacristán, que, con lágrimas en los ojos, me pidió la gracia de quedarse para guardar la iglesia, y para defenderla, (como él mismo me decía), si fuese preciso.

Dadas las postreras disposiciones, me despedí de los oficiales artilleros que cubrían la próxima batería, y por última vez entré en la iglesia para pedir de nuevo al Sagrado Corazón de Jesús, á Nuestra Señora, á San José y á N. P. S. Ignacio, la gracia de que se conservara incólume este bellísimo templo.

Subimos al coche y, silenciosos y meditabundos, nos dirigimos á Santa Ana. Apenas se podía recorrer la calzada que conduce á dicho punto, por la multitud de vehículos de todas clases que transitaban por ella. ¡Tal era la afluencia de gentes que, llevándose sus muebles, abandonaban la ciudad! En todos los transeuntes se reflejaba el pánico y zozobra de que estaban poseídos.

Al pasar el umbral de nuestra casa de Santa Ana, llamada en otro tiempo por los Nuestros *Jesús de la Ribera*, verdaderamente parecía que se llegaba á una playa salvadora, después de padecer naufragio. Pero ¡qué espectáculo tan nuevo se ofrecía á nuestra vista! No hable-

Digitized by Google

mos de la planta baja, ocupada por más de cien enfermos militares con sus médicos, sanitarios, y lo demás que es consiguiente á un hospital. Nada digamos tampoco del movimiento y desorden que las circunstancias promovían. Subamos al piso alto: allí se establecieron y alojaron todos los de esta Comunidad, á excepción de los dos Padres que quedaron en casa; pero en su lugar vinieron algunos Padres y Hermanos de la Escuela Normal, formando todos juntos el total de más de cincuenta religiosos, sin contar algunos criados del colegio que la prudencia aconsejaba tener con nosotros por razón de las circunstancias. Ahora bien: para habitación de todos, contábamos solamente con veintiún aposentos y dos corredores, corredores y aposentos que debían servir, al propio tiempo, de refectorio, despensa y biblioteca, y aun de almacén para cuanto se había sacado del colegio; así que, por un lado, se veían montones de libros y provisiones de boca; por otro, cajones de la sacristía y fardos de ropa; y aquí y allá los hatillos y ajuar de cada uno, y todo confuso y revuelto, por falta de espacio y por la precipitación con que se había tenido que sacar de Manila. Ya ve V. R. qué desconcierto y apreturas para los que tan acostumbrados estamos al orden. Pero en fin, al vernos reunidos todos, se ensanchó el corazón, aunque no sin dejar de sentir alguna pena y temor.

Para fortalecernos más y más se acudió de nuevo al Sagrado Corazón de Jesús, poniendo de manifiesto á S. D. M. á las ocho de la mañana, en la capilla doméstica, donde el R. P. Superior renovó el voto hecho el día anterior, se rezó el Rosario entero de Nuestra Señora, invocóse á los Santos con sus letanías y se hizo vela al Santísimo hasta las cinco de la tarde, hora en que tuvo lugar la reserva Y es digno de notarse que durante este día, á pesar de estar anunciado el bombardeo, apenas si se oyó alguno que otro cañonazo. Tampoco debo pasar en silencio el fervor con que algunas familias vecinas imitaron la práctica piadosa de uno de los Nuestros, quien, movido de su particular devoción, colocó en las ventanas que dan al mar la imagen del Corazón Divino, para que en circunstancias tan críticas nos sirviese como de escudo y defensa. Y no parece si no que el Corazón de Jesús se complacía en ser invocado de un modo especial en tales días, pues facilitó en gran manera la consagración que del Archipiélago le hizo el Excmo. Sr. Arzobispo el día 6 de mayo, primer viernes de mes.

Pasado el día 2, sin los desastres que se pronosticaban, y dadas

Digitized by Google

las impresiones que el R. P. Superior trajo de la Junta de Autoridades, celebrada por la tarde de dicho día, volvimos algunos al colegio para ordenar lo que por falta de tiempo había quedado en desorden y, con plan más determinado y seguro, atender á la salvación de los objetos que aun quedaban en peligro. A este fin se llevaron á la Escuela Normal las preciosas arañas de la iglesia, gran parte de los libros de la biblioteca y, juntamente, otras muchas cosas que no era posible tener en Santa Ana. En esto nos ocupábamos, cuando el día 4 sobrevino otra alarma general, como la del día 2, y temiendo que el 5 sería el bombardeo y destrucción de Manila, nos volvimos de nuevo á Santa Ana. Quiso Dios que no ocurriese tal desgracia; y así, aunque con la zozobra que se deja entender, todavía se celebró en la Escuela Normal la fiesta de San Pío V. Temíase con fundamento que el bombardeo empezaría el día 6; pero tampoco hubo ataque. La circunstancia de ser este día primer viernes de mes hizo que bastantes devotos comulgaran en la parroquia de Santa Ana. Por nuestra parte, en la capilla de casa, se tuvo el ejercicio de la Hora santa, con exposición menor, durante la misa que se dijo á las siete; después de la cual quedó el Señor de manifiesto hasta mediodía.

Entonces, pareciéndonos que en realidad había pasado el peligro, me volví al colegio para no ausentarme más.

A mi llegada, Manila ofrecía todo el aspecto de una ciudad abandonada y desierta. Nosotros, desde el día 8, volvimos á tener el Santísimo Sacramento reservado en nuestra iglesia, y de nuevo se celebraron las misas en horas fijas con los acostumbrados toques de campana.

Muchas cosas he omitido de propósito, porque juzgo que otros las habrán escrito á V. R., y con todo, aun me parece haber sido demasiado difuso. Procuraré en otra ocasión ser más breve.

En sus SS. SS. y OO. mucho nos encomendamos. El último de sus hijos en Cristo,

MIGUEL SADERRA MATA, S. J.

Digitized by Google

SEGUNDA

Ateneo Municipal de Manila, 14 de agosto de 1898.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: *Sit Nomen Domini benedictum!* Como no tardarán en saberlo por el cable, ayer capituló esta ciudad, después de más de cien días de sitio. La Providencia ha dispuesto las cosas de modo que no hayan sido tantas las víctimas como era de temer: sin embargo, son muy de lamentar las que ha habido.

Daré, si puedo, idea sucinta de todo, empezando desde el día 12 de mayo, fecha en que, si mal no recuerdo, escribí á V. R. más extensamente sobre los tristes sucesos de la guerra.

V. R. se hará cargo de la profunda aflicción de mi alma y también de que escribo á vuela pluma.

Partiendo de aquella fecha, nos fuimos acostumbrando á no hacer caso de las amenazas de bombardeo, y, en medio de tanta anormalidad, nosotros procuramos entablar un régimen de vida lo más normal posible. La mayor parte de la Comunidad quedó por de pronto en Santa Ana; el R. P. Superior se trasladó á la Escuela Normal, y todos procuramos tener en qué ocuparnos, á fin de que el ocio no aumentara los males que nos afligían. Los Padres operarios hallaron muy buen empleo de su celo, ya en los numerosos hospitales, ya en las cárceles; los maestros se dieron al repaso de sus materias, cual si hubiese de empezar el curso como siempre, y los Hermanos atendían al orden y conservación de todo aquello que, por razón de los traslados, se había algún tanto desordenado. Las misiones especiales de los PP. Clos, Algué, Rossell y Mir á Cavite y Zambales también empezaron entonces y de ellas tiene V. R. noticias más concretas por otras vías (1).

No he de seguir apuntando día por día cuanto pasaba ó se decía, porque, sobre ser tarea larga, y que exige más tiempo del de que puedo disponer, resultaría tan pesada como la vida de Manila, monótona en extremo, á causa de la paralización de todo movimiento comercial é

(1) Véase más abajo la carta del P. Fidel Mir.

Digitized by Google

industrial. Sólo una actividad se desarrollaba por modo asombroso, la de la imaginación exaltada y aplicada constantemente á forjar noticiones estupendos, con tales caracteres de verisimilitud, que, en cierta ocasión, una de las personas más respetables de aquí nos visitó para ver un telegrama de sensación, que en todas partes se decía haber recibido el R. P. Superior. Ya comprenderá V. R. que el tal telegrama no tenía más existencia que la que le daba gente sobresaltada y reducida á la ociosidad.

Así, pues, hasta el 15 de mayo, apenas ocurrió cosa nueva, fuera de lo indicado, si no es la vuelta paulatina de casi todos los Padres y Hermanos que estaban en Santa Ana.

Pasada la primera mitad de dicho mes, se previeron nuevas complicaciones, como resultado de haber llegado á Cavite el protagonista de la revolución pasada, Aguinaldo, llevado allá por los americanos en calidad, según se dijo, de aliado para levantar el país contra España.

Inmediatamente las autoridades ordenaron con gran diligencia la traslación de los hospitales á la ciudad murada y el atrincheramiento de los alrededores de Manila, desde el polvorín de San Antonio hasta el estero de Vitás, incluyendo los depósitos y máquinas ascensoras del agua potable. Por esta causa salieron de Santa Ana los militares enfermos, y fueron á ocupar el lugar que ellos dejaban varias compañías de voluntarios indios de Bayombong, mandadas por el bravo español-filipino, comandante de infantería, D. Fernando de Acevedo. Por lo mismo el Ateneo se vió obligado á recoger cuanto había depositado en la casa de campo, lo que, en gran parte, se dejó en la Escuela Normal, por las razones dichas en mi carta anterior.

El nuevo aspecto de la guerra se presentaba más sombrío que antes con respecto á provisiones, pues todos veíamos que al bloqueo marítimo se añadiría, como en efecto se añadió al poco tiempo, el asedio por tierra y con él mayores probabilidades de hambre, zozobras y enfermedades. Apareció todavía más negro, cuando se supo, allá por los últimos días de mayo, el levantamiento de los pueblos de Bulacán, Cavite y otras provincias. Se dijo después que el mayor peligro lo corrió Manila el 5 de junio, en virtud de ciertas órdenes dadas para reconcentrar las fuerzas y que, según parece, fueron mal entendidas. Dios, sin embargo, en su infinita Bondad, halló medio de salvarnos aquel día de una invasión, que, ciertamente, hubiera sido muy sangrienta y de fatales consecuencias.

Digitized by Google

A medida que crecía el peligro, se arbitraban nuevos modos de conjurarlo; y, como el más inminente para nuestra iglesia y colegio, era el del fuego, se tomaron las precauciones más conducentes para impedir tan grave daño. Entre éstas, una fué pedir el auxilio de algunos marinos del vapor incendiado *Isla de Mindanao*, quienes desde el día 30 de mayo se albergaron en casa. Para que á los medios humanos se añadiesen los divinos, dispuso el R. P. Superior que, durante el mes de junio, se rezasen las Letanías con exposición menor, y que al fin se dijese el Acto de consagración de la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús. Mucho confiábamos en El, y aun puede decirse que era nuestra única y firmísima esperanza. Porque si bien la imaginación, volando por regiones ideales, nos pintaba como fáciles, realizables y seguros ciertos auxilios; la severa realidad nos convencía muy pronto de lo imposible de cualquier empresa salvadora que dependiese de los hombres.

En la población creció el espanto y la angustia desde los últimos días de mayo, en que empezaron á oirse los disparos de fusil y de cañón que hacían los insurrectos caviteños.

Hubo días en que el tiroteo apenas cesó un momento; pero, gracias á la protección del cielo, nuestros soldados lograron rechazar al enemigo.

Este, establecido ya el cerco formalmente, tomó la táctica de atacar las posiciones españolas especialmente por las noches, lo que, unido á la frecuencia con que se repetían los ataques y al estar tan cerca de los arrabales los combatientes, que las balas muchas veces entraban en las casas, fué causa de que la población de intramuros aumentase enormemente.

Por estos motivos vinieron también á este colegio, para vivir con nosotros, todos los Padres y Hermanos de la Escuela Normal, á excepción de algunos pocos que tuvieron que permanecer en ella para no desatender las ocupaciones más precisas de la casa y en especial del Observatorio.

Por las mismas causas nuestras clases fueron solicitadas para habitación y oficinas de entidades oficiales y particulares: vino á vivir en una parte del colegio toda la tripulación del vapor *Isla de Mindanao*, desde el capitán hasta el último grumete; los militares de servicio en las próximas baterías, ocuparon las clases más cercanas á sus cañones; la Contaduría de Marina se instaló en la portería, y así se fué distribuyendo el local, de suerte que el mismo comedor de los colegiales

Digitized by Google

fué sala de hospital para los militares enfermos. Y aun así no se pudieron atender todas las solicitudes, las cuales fueron tantas, que hasta pedían con instancia las camarillas de los niños.

Como nadie se creía seguro en los arrabales, todos querían vivir dentro de la ciudad murada.

Conocida de esta suerte la densidad demográfica de Manila, más fácilmente podrá V. R. comprender las profundas emociones de los habitantes de esta ciudad durante el pasado mes de junio. Al diario tiroteo de las trincheras vecinas, juntaba la fantasía las escenas que se desarrollaban en todas partes, y en las que tan heroicamente se portaron los religiosos y todos los demás españoles, así militares como paisanos, con raras excepciones. Sabíase la rendición y prisión del General García Peña con sus fuerzas en Cavite; comentábase mucho la desgraciada expedición de nuestras tropas por la Pampanga, y admirábase el noble proceder del pueblo leal de Macabebe. La triste suerte del cañonero *Leyte*, apresado en pleno día á las puertas de Manila, y el desamparo en que quedaban centenares de náufragos españoles en medio del mar, agitadísimo por la violencia de un temporal, nos afligió sobremanera. Un rayo de esperanza apareció cuando se supo que España enviaba socorros; pero ¡ay! los socorros no vinieron.

Entre tantos motivos de pena y congoja, no fué pequeño consuelo el que proporcionó á todos en general, pero más especialmente á nosotros, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Aunque no se había cumplido la condicional del voto hecho el día primero de mayo; con todo, se procuró ejecutar lo prometido con el esplendor que las circunstancias permitían. La concurrencia fué muy escogida y numerosa, no sólo el día de la fiesta, sino también durante la novena que empezó el día siguiente. Asistían con asiduidad el Excmo. Sr. Arzobispo; el tan heroico cuanto desgraciado Jefe de la Escuadra, Excmo. Sr. D. Patricio Montojo; el Presidente de la Audiencia, Excmo. Sr. D. Servando Fernández Victorio; el Intendente general de Hacienda, Excmo. Sr. D. Antonio Domínguez Alfonso, y otras muchas personas de distinción que no menciono por la precipitación con que escribo.

La comunión del último día de la novena fué muy consoladora por lo numerosa y edificante: la función de la tarde extraordinariamente concurrida. En ella, aunque no se había anunciado sermón, predicó el R. P. Superior, quien, con gran fervor y elocuencia, presentó el reinado del Sagrado Corazón de Jesús como único y eficacísimo remedio de nuestras calamidades.

Digitized by Google

Grande fué el provecho espiritual que de semejantes cultos obtuvieron las almas, y no menor el consuelo y aliento que aquellos días de devoción proporcionaron á los abatidos corazones.

Por nuestra parte, al empezar el mes de julio, en vez de las prácticas piadosas añadidas á las Letanías comunes para honrar al Sagrado Corazón de Jesús en su mes y obtener su protección sobre nosotros y sobre esta ciudad tan desgraciada, se rezó, como más propia, después del salmo *Deus noster refugium et virtus*, la oración *Deus venerunt gentes;* y más tarde, con el mismo fin, se estableció un turno de misas entre todos los Padres, las cuales se celebraron en el altar del Sagrado Corazón. Los no sacerdotes tenían también su turno de comuniones, y no eran pocos los seglares piadosos que se asociaban á estas devotas prácticas con los mismos fines tan cristianos y patrióticos.

El día 19 de julio leímos la carta de N. M. R. P. General y la que V. R. nos enviaba, juntamente con aquélla, para indicarnos las rogativas que había ordenado en favor nuestro.

El consuelo que nos proporcionaron estas cartas fué verdaderamente extraordinario. ¡Le son tan gratas al corazón apenado las manifestaciones de la caridad fraterna! ¡Esfuerzan tanto al soldado las voces de aprobación de sus Jefes! Aun hoy, en las tristes circunstancias en que, por permisión de Dios, nos hallamos, son en lo humano el mayor alivio que tenemos.

A pesar de ir creciendo cada día las dificultades, como luego indicaré más por extenso, (si la aflicción y las ocupaciones de este día me lo permiten), todavía se celebró la fiesta de N. S. Padre con relativo esplendor. Es verdad que no asistieron con el ceremonial de costumbre las Comunidades religiosas, ni todas las autoridades; pero no faltaron algunas de éstas, y de aquéllas acudieron numerosas comisiones. En representación del Excmo. Sr. Capitán General vino su hijo y su secretario particular, el Coronel D. Sixto Mario. Los RR. PP. Agustinos, como todos los años, se encargaron de lo referente á la misa y sermón; la concurrencia bastante numerosa. A la mesa no hubo invitados; pero se envió á los hospitales gran parte de un torete, obsequio que nos pareció el más oportuno y, cierto, bien difícil de hacer. Dígolo, porque los efectos del bloqueo eran cada vez mayores, hasta el punto de sentirse la falta de muchos artículos comunes y aun de primera necesidad. ¡Qué duras privaciones sufrieron algunas familias por esta causa!

Con muy buen acuerdo las autoridades fijaron un precio razonable

Digitized by Google

para los tales artículos, y con no menor acierto procuraron con mucha diligencia proveer de reses el mercado. Entre los medios que tomaron para ello, uno fué la introducción de reses por entre las filas enemigas, con la dificultad que se deja entender; y el otro, llevar al matadero, conforme lo iban exigiendo las necesidades, cuantos carabaos se encontraban en la zona de Manila. Esta suerte tocó á los que para la conservación del parque tenía la Escuela Normal.

Nosotros, fuera de lo demás que hacíamos para contribuir al bien común, respondimos al llamamiento patriótico que se hizo al vecindario, con ocasión de la falta de caballos que experimentaba nuestro ejército, cediendo tres que teníamos para las atenciones del colegio.

A la verdad, si se considera en sí y con relación á tiempos más normales, parece insignificante el donativo, y, con todo, no lo fué, atendidos los apuros de esta casa, ya por razón de nuestra pobreza, ya también por la carestía de alimentos, ya, en fin, por la falta de entradas, después que hubo el Ayuntamiento suspendido, desde fines de junio, el pago de las cantidades que daba á este Ateneo Municipal.

Y pues la misma materia me ha llevado, no sé cómo, á hablar de estas cosas (sin duda por haber sido una de tantas ocasiones, y no la menor, de dificultades y trabajos), diré á V. R. que por una gallina se exigían cuatro pesos, por un huevo más de media peseta, por una libra de carne de carabao medio peso, *et sic de cæteris*. Y se comía carne de caballo en muchas ocasiones, y los indios, en algunos arrabales, arrebataban la de perro pagándola á buen precio.

Con estas apreturas en la ciudad y con las malas noticias del exterior, nos halló la intimación de rendir la plaza hecha á nuestro Gobernador General por el Contra-almirante Dewey y el General Merrit el día 7 del presente á mediodía.

Quizás V. R. ya sepa que por haber sido destituído el General Augustí, se encargó del mando el General Jáudenes.

Según la orden de intimación, á las cuarenta y ocho horas de recibida, debía ser atacada la ciudad por mar y tierra, si antes no se ofrecía motivo para abreviar dicho plazo.

Harto comprenderá V. R. el pánico que produjo en toda la ciudad semejante intimación, y la febril actividad que se desarrolló en todas partes en razón de aminorar la magnitud del peligro, ya inminente, y de prepararse á la defensa.

Cuantas personas hallaron título colorado, como se dice, para

Digitized by Google

refugiarse en los buques anclados en la bahía, lo hicieron sin demora y sin reparar en el oleaje.

Para la posible seguridad de los débiles, y, asimismo, para impedir la propagación de los incendios que ocurrieran, se dieron las oportunas órdenes por medio de bandos.

A cada minuto de las horas prefijadas se recibían nuevas impresiones y la excitación nerviosa de muchos iba en aumento. Pero, con todo, transcurridos los dos días de angustia, no hubo ataque, y los días siguientes tampoco... y los sitiados, como los de Jericó, empezamos á recobrar algún tanto el sosiego perdido, y á esperar, y aun á creer que al fin se arreglaría el asunto de otra suerte. Para ello no faltaban motivos, cuales eran la tardanza, que he dicho, en cumplir la amenaza, y ciertas comunicaciones de una y otra parte encaminadas á evitar desgracias personales. En este fin humanitario se fundaba el sitiador para recabar la entrega de la plaza, y con el mismo objeto uno de estos días vino oficiosamente á Manila, atravesando las líneas de defensa, el capellán castrense americano D. Guillermo Mackinon. También es de notar que, desde el día 8 en adelante, cesaron de ser hostilizadas nuestras trincheras, ó por lo menos, no se oían las descargas de las noches anteriores.

No obstante, en el colegio se tomaron las precauciones que el caso exigía, y se examinaron los sitios que parecían más seguros, por si fuesen menester. No tardó en presentarse la hora del peligro.

Algunos de los Nuestros que visitaron la quinta de Santa Ana nos dijeron que con seguridad se podrían adquirir allí provisiones con que aliviar nuestra estrechez. Con este fin fueron allá ayer, sábado, el P. José Clotet, Procurador de la Escuela Normal y el H. Salvador Comas, comprador del Ateneo. Oyeron por el camino algunos disparos en las líneas de defensa, pero creyeron que la cosa no tendría importancia, hasta que, después de un buen rato de haber llegado á Santa Ana, y rodeados de un imponente tiroteo de fusilería y artillería, supieron que aquella mañana se daba el ataque decisivo.

¡Así fué! Día verdaderamente aciago, de tristes y amargos recuerdos.

En casa, aunque ya antes habíamos oído el eco de algunos disparos, la tranquilidad adquirida los días anteriores no se turbó hasta eso de las ocho y media de la mañana, hora en que observamos que salían del fondeadero de Cavite en línea de batalla los buques americanos.

Digitized by Google

Sin pérdida de tiempo se trasladó el Santísimo á un altar más seguro; abriéronse inmediatamente las puertas y ventanas de la iglesia y colegio, en atención á las órdenes militares y técnicas que se habían recibido; los Nuestros acudieron al lugar señalado para cuando llegase este caso, y, mientras ellos pedían el auxilio de Nuestra Señora con el fervor que inspiraban momentos tan críticos, algunos recorríamos la casa para acudir á donde la necesidad propia ó ajena nos llamase.

No entra en mi propósito descender á pormenores acerca de cómo procedió el ataque á nuestras líneas de defensa, ni son estos, Padre mío, los instantes más oportunos para que yo me detenga mucho en ello.

Sin embargo, para no omitirlo del todo, diré brevemente que, á lo que yo entiendo, dos fueron las acciones del día: la primera, iniciada y continuada por las tropas americanas en combinación con las tagalas, pero sin intervenir los buques, empezó cerca de las cinco y media de la mañana y duró próximamente una hora. Su resultado para el enemigo fué nulo, si atendemos á que no pudo avanzar ni un solo paso para ganar nuestras trincheras. La segunda acción la inició la escuadra americana dirigiendo sus poderosos cañones contra el polvorín de San Antonio y enfilando las trincheras que se hallaban en dirección perpendicular á la playa. Después de cinco cuartos de hora de descargas continuas sobre aquellas débiles defensas, cesaron los disparos de los buques y entró en acción el ejército de tierra avanzando hacia nuestras trincheras. Estas, una vez destrozadas por los terribles proyectiles de la escuadra americana, habían sido abandonadas por nuestros heroicos soldados, ¡después de haberlas defendido por espacio de ciento y cinco días, resistiendo con inauditos esfuerzos de valor y sufrimiento los ataques diarios del enemigo y las duras inclemencias de este clima en la estación más insalubre del año!

Las once serían cuando, habiendo cesado el fuego de los buques, se izó la bandera de parlamento, según unos, en la batería de San Diego y, según otros, en la de Pastel.

Comunicada tan triste nueva á los Padres y Hermanos, los que no tenían ocupación precisa, bajaron para asistir á los heridos de aquella mañana. Trece ó catorce fueron los que no tardaron en llegar y, cierto, afligía el ánimo, ya muy apenado, oirles contar lo ocurrido en los ataques de aquel día.

Entre tanto, por lo que á nosotros se refiere, procuramos desde

Digitized by Google

luego restituirnos á la normalidad acostumbrada en nuestras casas, sin dejar de prevenir lo necesario para lo que pudiese ocurrir al entrar los sitiadores que, gracias á Dios, supieron mantener bastante el orden.

Pero, ¿por qué no decirlo, Reverendo Padre? Cuanto desde ayer nos rodea, todo acibara el corazón.

Jamás he sentido como ahora lo que simboliza una bandera.

No pude ver cómo era arriada la española en la fuerza de Santiago, porque, lo confieso, no tuve valor para ello.

¡Qué de escenas me representa la imaginación! ¡Y cómo se agolpan á mi mente los más tristes recuerdos!

Aun me parece estar oyendo el ¡hurra! entusiasta, compacto, solemne, ruidoso, con que las tropas americanas saludaron su bandera al ser izada donde momentos antes ondeaba la nuestra.

Y me parece estar viendo todavía en los claustros del colegio, pálidos de coraje y nerviosos por no haber podido disparar ni un cañón, al bravo Coronel de artillería Sr. Bonet, que desde nuestra torre venía trabajando y dirigiendo con admirable asiduidad las baterías de la plaza, y al Teniente coronel Sr. Golobardes, Jefe del batallón que defendía nuestras murallas, y al Sr. Urzaiz, Comandante de las baterías de Santa Lucía y del Plano, y á tantos otros excelentes caballeros y pundonoros militares que... al tener que deponer sus armas á los pies del vencedor, parecía que una fuerza invisible les arrancaba del pecho el corazón!

No puedo más. Otro día continuaré.

Mas antes de terminar, debo hacer constar mi agradecimiento al citado Sr. Golobardes por haberme manifestado la pena que le causaba tener que alojar su batallón de artillería en nuestra iglesia, porque esta noble expresión de sus cristianos sentimientos me facilitó el poder disponerles local en el colegio, y no sólo á ellos, mas también á los individuos de un batallón de infantería que se presentó á última hora.

Todos los demás templos, exceptuando el de Santo Domingo y el nuestro, quedaron ayer por la tarde convertidos en cuartel.

Como puede ver V. R. por lo dicho hasta aquí, hemos llegado al día más aciago sin haber sufrido nosotros desgracia alguna personal ni pérdidas de consideración en los edificios.

El Padre y el Hermano que fueron á Santa Ana han vuelto ya sanos y salvos.

Digitized by Google

Demos gracias al Señor por la amorosa providencia con que nos ha protegido en medio de tan espantosa y lamentable catástrofe.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo. El último de sus hijos en Cristo,

MIGUEL SADERRA MATA, S. J.

TERCERA

Ateneo Municipal de Manila, 8 de septiembre de 1898.

P. C.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: Al terminar la carta anterior ningún presentimiento quedaba consignado para indicar la gravedad y dificultades de las nuevas circunstancias. En realidad de verdad no podíamos imaginarnos entonces lo que muy presto se nos echó encima. Casi podría asegurar que para muchos empezó la guerra con todos sus efectos después del 13 de agosto. La simple exposición de algunos hechos lo pondrá en evidencia.

Conforme dije á V. R., el P. Clotet y el H. Comas, quedaron como presos en Santa Ana durante las operaciones del mencionado día. El siguiente, 14 de agosto, por la mañana, una indicación del P. José Algué, hecha al jefe de los tagalos, acuartelados cerca del Observatorio, bastó para que pudiesen volver los detenidos en Santa Ana. Llegados á la Ermita, el P. Clotet tuvo que ir á la iglesia parroquial para celebrar el santo sacrificio de la misa, que quisieron oir las tropas tagalas. Una vez cumplido este compromiso, vinieron al Ateneo y su llegada nos quitó la inquietud en que estábamos por lo que pudiese ocurrirles.

Tras esto, se recibió una orden del gobierno militar español en la que se nos mandaba tener abiertas las puertas del templo aquella noche, con el fin de alojar en él dos batallones. Dado que el día anterior habíamos evitado la ocupación del templo, cediendo el colegio, creíamos poder tener abierta al culto nuestra iglesia, sin que cosa alguna lo estorbara. Sin embargo, no fué así, por más que hicimos.

Digitized by Google

Procedióse, por tanto, á trasladar el Santísimo y á retirar las aras, imágenes, confesonarios, bancos y cuanto de movible contenía el sagrado recinto. Procuróse además incomunicar el presbiterio y la sacristía, y para nuestros actos se utilizó la primitiva capilla. Con tal motivo no hay que decir que se avivaron de nuevo los temores de ver destrozadas ó deterioradas las preciosidades artísticas de tan hermoso templo. Bien es verdad que algo, y aun mucho, nos tranquilizaron los jefes, que sobre ser muy cumplidos caballeros, nos eran muy afectos.

La impresión que nos produjo ver convertido en cuartel nuestro templo, no sé cómo expresarla. Yo, cierto, tuve que valerme de todos los medios que proporciona nuestra santa Religión para conformarme con la voluntad divina y enterarme de cuanto ocurría en la iglesia. Muchas veces he admirado el singular beneficio que el Señor nos hizo entonces, dándonos valor para sufrir cristianamente cosa que tanto nos contrariaba y armándonos de esfuerzo para oponernos con dignidad, y no sin fruto, á ciertas exigencias.

Vaya un caso: El jefe encargado de la tropa alojada en el templo, presentóseme un día, pidiéndome cortésmente sitio para instalar las oficinas del batallón. Contesté que no nos era posible concedérselo; mas entonces me fué manifestada la pretensión de ocupar las tribunas de la iglesia. Insistí en mi anterior negativa. Pero en el calor de la conversación se me ocurrió ofrecer al mencionado jefe lugar para su gente y oficinas en lo que nos restaba del colegio, si me daba palabra de honor de desocupar enteramente la iglesia, sin que en ella pudiese alojar en adelante más tropas. Gustóle la propuesta, y se fué diciéndome que consultaría el asunto. Esto ocurría el 17. Al día siguiente, si mal no recuerdo, el Mayor de Plaza examinó el local, y con grande interés y prontitud mandó desocupar la iglesia y acomodar en el colegio la tropa y cuanto creyó conveniente. Con esto quedó convertida esta casa en campamento; de todo había: hospital militar, artillería, infantería de línea indígena, cazadores, transeuntes, las respectivas oficinas, y además, como ya dije en mi anterior, la Contaduría de Marina y la dotación del *Isla de Mindanao* (1).

(1) Con fecha 5 de noviembre de 1898 la Compañía General de Tabacos, en oficio firmado por su Administrador general Sr. Villemer, agradeció al R. P. Superior de la Misión *su loable conducta en dar cómodo y desinteresado alojamiento á la tripulación del «Mindanao»* durante las tristes circunstancias sobredichas.

Digitized by Google

Por lo dicho, ya comprenderá V. R. que gran parte de la Comunidad se veía obligada por precisión á morar entre soldados. Las incomodidades consiguientes fácilmente se sufrían, considerándolas como rescate de la libertad en que quedaba la casa del Señor.

Es indecible el fervor con que todos los de este colegio trabajaron en la limpieza y aseo del templo. En esto se empleó todo el día 19. Las tropas se habían alojado en la iglesia por espacio de cuatro días. La reconciliación de rúbrica se hizo el 20 del mismo mes de agosto.

Y para que vea V. R. qué bien dispone Dios las cosas, cuando quiere que sus siervos den frutos de paciencia, añado que aquella misma tarde del sábado, día 20, fué otra vez solicitada la iglesia para alojamiento de tropas, y, precisamente, cuando ya estaba dispuesta y adornada para el culto divino. Era el caso que el Comandante de la Guardia Civil Veterana se hallaba á la sazón con que el Gobierno militar americano no quería utilizar los servicios de aquel cuerpo ni que se alojase en los cuarteles que ocupaba. Por consiguiente, era preciso buscar un techo hospitalario. Por este motivo vino dicho señor y nos pidió la iglesia. Al punto declaré que no me era posible acceder á tal demanda; pero, como él insistiese, le recordé la palabra de honor que se me había dado y me vi obligado á decir que, sin la competente autorización eclesiástica y otros requisitos que dictaba la prudencia, no transigiría en modo alguno. Estas palabras hicieron fuerza al Sr. Comandante, caballero de buenos sentimientos, y quedó terminado el asunto. En cuanto se hubo enterado de él el Mayor de Plaza, vino al colegio, nos dió mil satisfacciones y reiteró su palabra de no alojar más tropas en la iglesia de San Ignacio.

Mientras esto ocurría, empezamos á tener noticias, más ó menos ciertas, de los PP. Mir y Rossell (1). Hasta fines de mayo las tuvimos

(1) Dos palabras acerca de la misión de estos Padres: desde el alzamiento de Zambales, en los primeros meses del año 1898, quedaron las parroquias de la provincia sin sacerdotes que atendiesen á las necesidades espirituales de los fieles. En vista de esto, el Excmo. Sr. Arzobispo, celoso del bien de las almas, juzgó conveniente enviar Misioneros que, recorriendo las poblaciones, administrasen los santos sacramentos y adoctrinasen á los hijos de la Iglesia. Con este fin pidió al R. P. Superior de la Misión de Filipinas cuatro Padres, los que, divididos en dos grupos y acompañados de un sacerdote indígena, debían recorrer, según el plan preconcebido, el Norte y Sur de aquella provincia.

Mas estando, como estaba entonces, la región sobredicha, levantada en armas.

Digitized by Google

casi todos los días, muy satisfactorias, ya telegráficas, ya postales, de los mismos citados Misioneros. Por ellas sabíamos que su llegada á los pueblos era un acontecimiento que despertaba el entusiasmo de todos, y llevaba la tranquilidad á los que tanto necesitaban de ella. De aquí que pudiesen tratar con la misma gente armada á fin de acortar distancias y procurar la paz entre los enemistados, ministerio tan propio de nuestra Compañía.

Después se recibió una solicitud de los zambaleños, fechada el 30 de mayo y dirigida á las Autoridades para que nuestros Padres se encargasen indefinidamente de ejercer los sagrados ministerios en aquella región. Hasta aquí todo iba viento en popa. Después ya nada supimos de los Padres por noticias recibidas de ellos mismos.

A la verdad, esta absoluta carencia de noticias directas, fué sin duda desde los primeros días poco grata para todos. Sin embargo, nosotros, al principio, no temíamos por la suerte de los Padres, fundándonos en los felices resultados obtenidos durante el mes de mayo. Pero á mediados de junio nos empezaron á inquietar y turbar ciertos rumores siniestros que corrían, según los cuales los PP. Misioneros, saliéndose de Zambales, se habían dirigido á Dagupan. Ignorando nosotros lo que sucedía en las provincias sobredichas y los planes que, en vista de las circunstancias, hubiesen formado los Padres, no sabíamos qué pensar de lo ocurrido.

Desde luego empezamos á trabajar en razón de facilitar los medios de comunicarnos con los Misioneros ausentes, cosa sumamente difícil por los serios peligros que ofrecía el paso por las líneas de defensa. No ignorábamos que había alguien que iba y venía del uno al otro campo; pero cuándo y cómo se realizaban esas idas y venidas no era cosa tan pública y averiguada.

Por fin, después de haber acudido á la buena voluntad de chinos, indios é ingleses, sin obtener más que vagas noticias, el 11 de agosto recibió el P. Francisco Javier Simó una carta de un caballero inglés,

fué preciso contar de antemano con el beneplácito y protección de las autoridades españolas, las cuales, apenas conocieron los píos deseos del Excmo. Sr. Arzobispo y las disposiciones favorables del R. P. Superior de la Misión, se mostraron sumamente satisfechas del proyecto y para su ejecución facilitaron cuantos medios se creyeron necesarios.

Por de pronto empezóse por la misión del Norte, á fin de que sirviese de norma para realizar con más acierto la del Sur, pero ésta, por dificultades gravísimas que sobrevinieron, apenas llegó á realizarse. Para más pormenores véase la carta del P. Fidel Mir.

Digitized by Google

en la cual le anunciaba que los PP. Mir y Rossell se hallaban buenos y salvos en la provincia de Tárlac.

Después de la rendición de Manila, que, como recordará V. R. fué el día 13, muy pronto nos llegaron rumores de que los suspirados Misioneros se hallaban en Cavite y que no tardarían en volver á ésta. Nos confirmó en parte lo mismo, el Sr. Cuervo, Gobernador qué había sido de Bulacán, en la visita que hizo el día 17 al R. P. Superior. Y una carta de un caballero, prisionero en Malabón, que se recibió aquí el mismo día, aseguraba que los Padres habían vuelto á la Pampanga y que, aun cuando recibían buen trato, no dejaban por eso de padecer bastante.

Poco á poco tuvimos más noticias de ellos; pero nada nos declaró tanto la verdadera situación de los PP. Mir y Rossell, como la llegada de Alejo, bata ó criado que había andado con los Misioneros desde su salida.

Al conocerse aquí los pormenores de lo que padecían los Padres (aunque mezclado con algunos alivios morales y materiales que recibían, especialmente de la gente popular), se promovió sin dilación una como cruzada para sacarlos del cautiverio lo más pronto posible. Así que, con este fin, no sólo en nuestras casas se oró y trabajó y se ha seguido orando y trabajando activamente hasta ahora, sino que muchos, de todas las clases sociales, y no pocos por su cuenta y sin pedirlo nosotros, nos auxiliaron en esta empresa y nos ayudan todavía con verdadero empeño.

Puedo afirmar, R. P., que hasta la hora presente, se han interesado en este asunto los sujetos más influyentes con Aguinaldo y los más relacionados con los generales americanos. Pero, con todo, hasta hoy sólo hemos obtenido muy buenas palabras de los primeros, y, de los segundos, ni aun esto, por no querer el General Merrit tener tratos con D. Emilio.

Por fin, después de tres meses, ó poco menos, de no ver carta alguna de los Padres, el día 25 del mes pasado se recibieron dos, fechadas el día anterior en la cárcel de San Fernando de la Pampanga.

De ellas se deduce algo de lo que les ha ocurrido durante esta época. Indicaré brevemente algunas cosas, dejando lo demás para que ellos mismos, como esperamos, lo refieran á V. R.

Después de ejercer en el alto Zambales los ministerios espirituales, dirigiéronse los Padres á Dagupan, provincia de Pangasinán, de donde salieron para Manila el 20 de junio con salvoconducto de los

Digitized by Google

insurrectos. La gente quedó muy edificada del celo y desinterés de los Misioneros, quienes, no sólo no recibían ni un céntimo por sus fatigas, sino que aun remuneraban de su pobreza al fiscal y sacristanes. Por lo mismo, nadie se explica razonablemente el por qué de su prisión. Es más: en todo el tiempo que han andado entre los insurrectos no se ha formulado contra los Padres ningún cargo, acusación ni reclamación alguna; antes bien en todas partes, (como nos consta por varios conductos), sólo bendiciones y elogios se han tributado á los Jesuitas en general y señaladamente á los dos fervorosos Misioneros.

La primera semana de prisión, que empezó el día 14 de agosto, no pudieron celebrar la santa misa; desde el día 22 la dicen en un altar portátil. Suplen de su peculio lo que les falta. Ahora, gracias á la relativa facilidad con que podemos comunicarnos con ellos, les asistimos desde aquí con lo más preciso y necesario. Para esto nos sirve á maravilla el bata Alejo, que, cierto, ha contraído muchos méritos por su fidelidad y diligencia, y, sobre todo, por el afecto y cariño con que atiende á los Padres, á los que no quiere dejar, mientras estén presos, á no mediar fuerza mayor.

Como he dicho, las gestiones practicadas desde el 25 del mes pasado, aunque muy apremiantes, no han alcanzado el efecto principal que se pretendía. Sin embargo, se va obteniendo lo que mucho importa, á saber, poner en evidencia meridiana la inocencia de los Padres, y, de consiguiente, la sinrazón de las medidas que contra ellos se han tomado. Además, se ha logrado que en lo material se les dé mejor trato, según nos acaba de decir D. Manuel Peypoch, Cónsul del Uruguay, llegado ayer de la Pampanga, donde visitó á los Padres prisioneros, al Presidente local y al Jefe militar. Nos ha dicho también que los Padres están algo desmejorados, y que la causa de su prisión resulta el parto de los montes, pues, según parece, se funda en una mala interpretación de un pronombre, usado en muy buen sentido y muy correctamente por uno de los Nuestros en una carta que alguien interceptó no sé dónde.

Dicho Sr. Cónsul fué despedido en la estación de San Fernando por el Jefe militar Mascardo, quien le prometió que ayer mismo serían trasladados los Padres á una casa más conforme y tranquila que su actual habitación.

Finalmente, esta mañana ha visitado al R. P. Superior el Auditor general de Guerra de Aguinaldo, D. Ambrosio Rianzares, para decirle

Digitized by Google

que ha hablado con D. Emilio acerca de los prisioneros y que no ve dificultad en que salgan pronto del cautiverio. Así que no será difícil que dentro de dos días se obtenga del Presidente el *pase* definitivo. ¿Será otra esperanza desvanecida por la realidad? Dios no lo permita.

A los nombres citados, debiera añadir una larga lista de personas acreedoras á nuestro más fino y constante agradecimiento, por lo mucho que nos han ayudado hasta ahora en este asunto. D. Mariano G. Escalante, en particular, se ha distinguido por los varios viajes que ha hecho á Cavite para hablar con Aguinaldo, en lo cual le ha secundado con sumo interés el aventajado alumno de la Escuela Normal y del Ateneo Tomás Tirona.

Ayúdenos V. R. á obtener de Dios N. S. el premio que todos con sus obras y deseos han merecido, obras y deseos que nosotros jamás podremos recompensar debidamente.

¡Ojalá dentro de poco pueda comunicar á V. R. la fausta noticia de haber llegado los Padres!

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

El último de sus hijos en Cristo,

MIGUEL SADERRA MATA, S. J.

Digitized by Google

Carta del P. Marcial Solá al P. Gabriel Paláu

Observatorio de Manila, 20 de diciembre de 1902.

P. C.

Muy amado en Cristo Padre: Para complacer á V. R., que desea tener más datos particulares sobre las críticas circunstancias en que se halló la Escuela Normal y Observatorio de Manila durante los días del bloqueo, pondré sencillamente en esta carta algo de lo escrito en el *Diario* y que yo todavía recuerdo y recordaré largo tiempo.

Para dar idea más exacta de los hechos, notaré que el edificio del Observatorio y Escuela Normal está situado en el barrio de la Ermita, fuera del abrigo de las murallas, á unos 600 metros hacia el Sur de las mismas, ó sea hacia la línea de defensa que unía el polvorín de San Antonio con el pueblo de Santa Ana, línea que fué la de más nutridos fuegos de fusilería entre nuestras tropas y las insurrectas y americanas.

Amaneció el 1.° de mayo, negro como la noche, despertándonos el ruido del cañón. Ante la expectativa del próximo bombardeo, la pobre gente de la Ermita, viendo tan poca seguridad en sus casas de nipa y con el miedo propio del indio, acudió á casa en tropel, recogiéndose en las clases y salones de los bajos que son de recios muros. El gran claustro que sigue inmediatamente á la entrada, quedó patente á cuantos quisieron entrar, y puede decirse que ya no lo abandonaron del todo hasta marzo del 99. Durante este período, hubo tres tiempos de máxima afluencia, á saber, el 5 de junio, cuando se reti-

Digitized by Google

raron notablemente hacia Manila nuestras tropas, colocándose los fuegos á unos tres kilómetros de la ciudad, el día de la entrada, ó sea el 13 de agosto, y finalmente el 4 de febrero, en que rompieron hostilidades americanos y filipinos.

¡Qué bullicio, válgame Dios, y qué escenas se desarrollaron durante esta época en el claustro y bajos de la casa! Porque claro es que el indio había de entrar con su gallo, con sus fogoncitos y ollas de

Sección astronómica del Observatorio de Manila

barro, y otros mil trastos; y con eso llenaron de tal suerte los tránsitos y pasos indispensables, que era poco menos que imposible penetrar en ninguna parte. Lo que menos estorbaba eran las camas, porque en todo caso les basta á los indios el petate para dormir. Colocaron en la entrada misma unas tiendecitas de potajes y comestibles á su estilo, donde tomaban lo necesario para el día, y así á la mayor parte no les urgía salir. El ruido de los gallos y perros, y el charlar y disputar de la gente que entraba y salía, no paraba un instante. Esto y el tener que vigilar, por los menos á ratos, de día y de noche, imposibilitó á los pocos de los Nuestros que permanecimos en casa, durante esta época, para trabajar en otro cosa, si no era en provecho de la misma gente advenediza.

Digitized by Google

Mas he aquí un ejemplo notable de docilidad: se indicó á los indios que no ocupasen otro punto, fuera de los bajos, ni subiesen por escalera alguna; y puedo decir á V. R. que yo no vi nunca á nadie que en todo aquel tiempo subiese arriba, á pesar de que no siempre fué posible tener vigilante en las dos escaleras principales para impedirlo. Y fué tanto más admirable semejante ejemplo de docilidad, cuanto que no la perdieron, por lo que á nosotros se refiere, ni en los días de su aparente triunfo y alianza con los americanos.

El bombardeo que amenazó de veras los primeros días de mayo, nos tenía en cuidado y zozobra por muchas razones, y en particular por el destrozo que había de causar en el edificio y en los valiosos aparatos de este Observatorio. El P. José Algué hizo cuanto pudo para interesar al Cónsul inglés, á fin de que éste obtuviese amigablemente del Comodoro Dewey seguridades en favor del Observatorio, en atención al carácter de este centro y á los servicios que presta indistintamente á todos. Dijo el Sr. Cónsul que no dudaba se respetaría este edificio; pero que llamaría directamente la atención de Dewey sobre este particular. No perdió ocasión el P. Algué de repetir las mismas instancias, valiéndose de personas influyentes. Más tarde, cuando las masas insurrectas se arrimaron mucho al radio de la ciudad, de nuevo visitó el mismo Padre á los Cónsules de Alemania é Inglaterra con el mismo objeto, y aseguró el Cónsul inglés que Aguinaldo tenía órdenes estrictas de no cometer atropellos, pero que hablaría al Almirante aquel mismo día sobre el asunto. Antes había ya hablado el P. Algué con el Gobierno General, quien, no sólo le autorizó para dar los pasos que se dieron; sino que además concedió tener en casa hombres armados en calidad de criados propios, que nos defendiesen de cualquier atropello. Quiso Dios que no llegase este caso, ni se usó de semejante permiso.

El día 6 de junio el R. P. Superior reunió en consulta á los Padres de la Escuela Normal y Observatorio, y en ella se resolvió que todos se trasladasen al Ateneo, menos los PP. José Algué y Juan Doyle, y los HH. Joaquín Oller, Jaime Blanch, José Juan Iriondo (Q. E. G. E.) y el que escribe. El peligro había aumentado, porque caían á todas horas proyectiles. Desgraciadamente nuestras tropas habían hecho una retirada muy notable, y las fuerzas insurrectas se habían colocado á unos tres kilómetros ó menos de Manila, por la parte que antes indiqué del polvorín de S. Antonio y Santa Ana. En la noche del 8 al 9 de junio cayó una bala en el interior del claustro, hiriendo á una niña.

Digitized by Google

Desde entonces todas las mañanas recogíamos en los caminos de la huerta y en las azoteas multitud de balas; hasta en los corredores entraron algunas, y con fuerza, abriendo agujero en la madera.

Siendo tantas las personas que se alojaban en este edificio, sobre todo de noche, que no bajaban de dos mil, solicitó el P. Algué que viviese en casa un individuo del cuerpo de Sanidad militar, como en efecto vivió por unos dos meses, á fin de tener más á mano el remedio; aunque, por providencia de Dios, raras veces fué necesario. Sólo hubo dos ó tres heridos de poca gravedad, en lo cual reconocimos la protección de San José, bajo cuyo especial patrocinio se habían colocado todas nuestras cosas.

A fin de animar y consolar á la gente, y mayormente para obtener del Cielo el favor que las mismas circunstancias reclamaban, se hicieron funciones extraordinarias en la espaciosa capilla de los colegiales. En especial, con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón, comenzamos el 16 de junio un Triduo con exposición del Santísimo, del que resultó no pequeño fruto de confesiones y comuniones, no sólo el día de la fiesta, sino también en otros sucesivos. Más de quinientas comuniones están registradas en el *Diario,* y aun creo que fueron muchas más que por lo crítico de las circunstancias no se anotaron. Además, tres veces se administraron los últimos sacramentos en los mismos bajos de esta casa y dos personas murieron.

No puede figurarse V. R. la impresión lastimera que causaba á cuantos visitaban el Observatorio la vista de todo un pueblo reunido en tanto desorden, con las miserias consiguientes á tan apuradas circunstancias. Recuerdo que el día 25 de junio, á eso de las nueve de la mañana, vino á visitar el Observatorio el Almirante alemán. Acompañóle el P. Director por todas las dependencias, y al ver tan grande hacinamiento de personas y cosas, conmovido ante tal espectáculo, hizo varias preguntas sobre la manera de vivir de aquella gente, y luego entregó al P. Algné 15 $, sintiendo no tener más á mano que ofrecer. Otros, en casos semejantes, dieron también limosnas. De esta suerte se nos hacía más fácil y llevadero, dada nuestra pobreza, el tener que socorrer á tanta gente.

Y ya que de visitas he hablado, notaré de paso que, durante el bloqueo, el Observatorio fué extraordinariamente honrado por la oficialidad de muchas naciones, que acudieron con sus escuadras á presenciar los acontecimientos de la bahía. Asciende á noventa el número de altos oficiales que visitaron el Observatorio en solos los meses de

Digitized by Google

junio y julio del 98, y entre aquéllos se encuentran tres almirantes, que fueron el alemán, el francés y el japonés.

La mayor parte de ellos venían por visitar y ver los departamentos; otros venían á comparar sus cronómetros, ó á saber del tiempo, ó por otros asuntos de especial utilidad. Porque es de notar que desde el 7 de mayo, se habían suspendido los anuncios de señales de temporal, por orden superior, hasta tanto que pasasen las circunstancias de estar en bahía la escuadra enemiga. Por esta causa los Comandantes de los vapores alemanes pidieron desde el principio, por medio de su Cónsul, una nota diaria del estado del tiempo, que se remitió todos los días á las 11 a. m. Lo mismo pidió para sus barcos, el Almirante francés. Estas notables y numerosas visitas favorecieron mucho el buen nombre de este centro, porque todos vieron y admiraron la constancia con que perseveró el Observatorio en el cumplimiento de su deber, cuanto era de su parte, y algunos consignaron con encomios nuestros servicios en revistas y periódicos extranjeros.

Pudiera añadir que, cuando Dewey rompió el cable de Hongkong, siendo tiempo de baguios, sintieron mucho en aquella colonia la falta de nuestros anuncios, y así lo dijeron públicamente; y aun un distinguido empleado de la marina inglesa hizo saber á Dewey que estaba en el deber de restablecer el cable cuanto antes, si no quería ser responsable de la pérdida de vidas y haciendas que indudablemente acarrearía la falta de los avanzados anuncios que parten de este Observatorio. También hallo consignado en el *Diario* con fecha 25 de julio, que visitaron el Observatorio varios oficiales franceses é ingleses, de los cuales algunos, procedentes de Hongkong, contaron cuánto sintieron allí, con ocasión de un baguio, la carencia de todo anuncio de Manila. Sea Dios loado que, con tanta suavidad, saca bienes de los males.

Los combates entre españoles é insurrectos iban creciendo de día en día, sobre todo hacia la segunda mitad de julio. Allá por el 30 emplazaron los americanos baterías rodadas de á 8 centímetros, y recuerdo que al caer de la tarde solían disparar algunas granadas, reforzando así los fuegos de los indios y apurando más y más nuestra situación. El día 24 me hallaba yo con algunos trabajadores, ocupados en la obra de la cúpula astronómica, que aun se estaba haciendo, cuando á eso de las 5 p. m. oímos un silbido extraño, y al instante exclamaron los indios: «¡Bombas, Padre!», y, cierto, iban ya decli-

Digitized by Google

nando el curso y se las podía seguir perfectamente con la vista. ¡Qué impresión tan ingrata dejaban en el ánimo!

Llegó la noche siguiente á la fiesta de N. P. S. Ignacio, la más tétrica de cuantas pasamos entonces. Dos ó tres días antes, al anochecer, se oía por dos ó tres horas un espantoso fuego de fusilería, tan abundante, que claramente se percibía el silbar de las balas, y cómo sonaban las planchas de los tejados vecinos al caer los proyectiles. Mas en la citada noche el fuego era terrible y no cesaba. Serían las nueve cuando empezaron á silbar las granadas cerca del edificio. Viendo que amenazaba fuertemente el peligro en los altos, nos pasamos á los bajos. En vano intentamos conciliar el sueño: el inmenso gentío del claustro estaba inquieto, y unos prorrumpían en mil lamentaciones y ayes á cada disparo ó cada vez que reventaba alguna granada, y otros rezaban ó lloraban. Y no ciertamente sin motivo; pues facilísimamente podía entrar dentro del patio una bomba y hacer en un instante una mortandad espantosa.

Este pensamiento recuerdo que teníamos todos en aquellas horas de angustia, y después no acabábamos de bendecir al Señor, por su particularísima Providencia, y de dar gracias al glorioso San José.

A las once pareció calmar un poco la tormenta, y algunos subimos arriba: el P. Doyle asomóse unos momentos á la ventana para oir mejor el ruido y ver si acaso alguno daba voces, y de pronto se vió rodeado de luz, en medio de un estampido atronador. ¡Acababa de estallar una granada frente á la ventana, en la huerta! Los cascos fueron á dar contra la pared y ventanas de más arriba, y destrozaron gran parte de la ventana última, que pertenecía á la habitación del P. Algué, el cual no estaba dentro entonces por especial merced del Señor que le libró del peligro, pues penetraron hasta el interior algunos fragmentos de la granada. Otras dos reventaron en casa: una en un montón de leña, y otra en las paredes del gallinero, dando primero en una acacia que segó en redondo, en la misma bifurcación de las ramas.

Con ansias y peligros de muerte pasamos aquella noche, sin poder descansar y esperando el día siguiente para ver los destrozos causados; pues, á juzgar por las detonaciones, creímos serían de bastante consideración. Hallamos con gran sorpresa que, todo junto, era de poca monta, y recogimos los pedazos de granadas que pudimos encontrar, para mostrarlos y guardarlos como verdadero monumento de la Protección de San José.

Digitized by Google

Ataques semejantes, aunque no tan terribles, se repitieron hasta el día de la rendición. Pero antes que llegase este día quiso el R. P. Superior pasase yo al Ateneo, para disminuir en lo posible el número de los que quedábamos, y así no presencié lo que ocurrió en esta casa los días de la entrada de los americanos é insurrectos en Manila.

No olvide V. R. en sus SS. SS. y OO. á su ínfimo siervo en Cristo,

MARCIAL SOLÁ, S. J.

Digitized by Google

Misión y cautiverio de los PP. Fidel Mir y Antonio Rossell

Carta del P. Fidel Mir al R. P. Provincial

Manila, 16 de noviembre de 1898.

P. C.

Mi venerado y amado en Cristo Padre: Hoy hace ocho días que con el P. Antonio Rossell, mi compañero de cautividad, tuvimos la grata satisfacción de subir la escalera de este Ateneo, y de abrazar á nuestros carísimos Padres y Hermanos, después de más de cinco meses de penosa y amarga separación.

Salimos de ésta, como ya sabe V. R., el 20 de mayo, á las cinco y media de la mañana, creyendo que nuestro viaje duraría, poco más ó menos, unos quince días, y, con todo, volvimos á las tres y media de la tarde del 8 de noviembre. Total: seis meses de ausencia, menos doce días.

Las dos primeras semanas las pasamos en Alaminos, provincia de Zambales, procurando cumplir lo mejor que supimos y pudimos entre aquellas gentes (que nos trataron bien), la importante misión apostólica que se nos había confiado. Los acontecimientos que se fueron sucediendo por aquellos mismos días en Cavite, nos impidieron hacer más y nos obligaron á tener que retirarnos de dicha provincia; pues, habiendo salido las tropas, quedaba aquello á merced de los insurrectos, que no estaban lejos, y de unos 150 desertores que andaban sueltos por la comarca.

Digitized by Google

De allí pasamos á Dagupan, provincia de Pangasinán, donde permanecimos unos 17 días, hospedados en el convento y muy bien atendidos por el R. P. Vicente Arístegui, O. P., que no quería en manera alguna dejarnos partir, en vista del desarrollo que tomaba la insurrección. Mas viendo nosotros que la casa iba resultando estrecha para albergar á los Padres de su sagrada Orden, que se retiraban de los pueblos, y temiendo que la insurrección no nos cogiese en algún pueblo fortificado; resolvimos escribir al jefe de los insurrectos de aquella zona para manifestarle las circunstancias de nuestro viaje y el deseo de juntarnos con los Nuestros de Manila. Con este objeto le pedíamos un *pase* en toda forma, si á él le parecía bien y lo juzgaba suficiente para proseguir la marcha tranquilos y sin estorbo alguno. Nos lo otorgó dicho señor de muy buena voluntad, escrito de su puño y letra, y autorizado con su sello.

Un día después de haberlo recibido, que era el 20 de junio, emprendimos el viaje, yendo por la vía férrea en una vagoneta empujada por cuatro hombres; pues los otros caminos, á causa de las lluvias, estaban intransitables.

Al día siguiente, por la mañana, ya encontramos á los insurrectos, y en adelante siempre estuvimos con ellos.

Llegados á Bautista, mientras esperábamos noticias del estado de los caminos y de la insurrección en las otras provincias, paramos en casa de un buen inglés como nueve ó diez días. Y convencidos de que no podíamos seguir la vía, por estar destrozada y obstruída por grandes barricadas, nos fuimos por Camilin y Gerona á Vitoria, provincia de Tárlac, viajando con nuevos pases expedidos por los presidentes locales, y en el último trayecto, en compañía de algunos jefes revolucionarios.

Mas en Vitoria, á pesar de los pases, y de haber permanecido entre los insurrectos trece días, siendo de todos agasajados, el 3 de julio nos declaró prisioneros el vice-presidente del comité revolucionario, y, como á prisioneros, el día 5 se nos condujo en carreta tirada por carabaos, hacia la cárcel de La Lomboy, situada en medio de un bosque, y en la que se hallaban detenidos, entre otras personas, algunos religiosos. Después de un viaje penosísimo, llegamos al barrio á que pertenece dicha cárcel; pero el gobernador de la provincia, que residía allí, no quiso cumplimentar la orden, por creerla arbitraria é injusta, y contentóse con detenernos en su casa, donde vivimos nueve días. Aquí, por permisión de Dios N. S. y sin culpa de nadie, expe-

Digitized by Google

rimentamos todos los efectos de la santa pobreza, y aun los rigores del hambre, y todo lo demás, que V. R. puede imaginar, menos injurias y agravios, que estos, dicho sea de paso y con toda verdad, jamás los hemos recibido directa y personalmente, gracias á la sotana mil veces bendita de la Compañía de Jesús, que nos hacía aparecer á los ojos de todos, sin excluir ni á los mismos revolucionarios, como sobremanera dignos de respeto.

El día 14 del mismo mes de julio, volvimos á Vitoria, en cuya cárcel se hallaban reunidos los frailes que habían estado presos en la de La Lomboy, y los que poco antes habían asimismo caído prisioneros en Tárlac, en número de diez y ocho; y allí, entre aquellos venerables religiosos, cautivos por Cristo, nos metieron también á nosotros, con singular gozo de vernos en tan buena compañía. Mas apenas habría pasado hora y media, cuando vino á sacarnos de la cárcel el clérigo del pueblo, que, como capellán castrense, traía orden verbal de que prosiguiéramos el viaje libremente.

Jesús contentóse, amadísimo Padre, con la oblación que de nuestra libertad y vida le habíamos hecho varias veces — oblación que, mediante su gracia, acabábamos de renovar con nuevo fervor al entrar en la cárcel, — y no quiso, á lo menos por entonces, la consumación del sacrificio. Aunque quizás también por no ser dignos de tanta gloria. Pero si bien, como he dicho, nos sacaron de la cárcel; con todo, permanecimos aún en Vitoria; pues los jefes revolucionarios no quisieron acatar la orden verbal que de ponernos en completa libertad traía el clérigo, sino que quisieron escribir al Gobierno de Bacoor sobre lo que se había de hacer en tal caso.

Mientras iban y venían las comunicaciones, se pasaron diez días, durante los cuales fuimos muy bien atendidos, bajo todos conceptos, en casa del mencionado sacerdote indígena.

La contestación del Gobierno fué que nos presentáramos en Bacoor; y como los caminos estaban muy mal, y peor todavía el tiempo, no pudimos llegar á dicho pueblo hasta el 8 de agosto. Una vez allí, se nos dió libertad para pasar á vivir en el punto de la provincia de Cavite que más nos conviniera, en tanto que se aguardaba la ocasión oportuna de dirigirnos á Manila; pero cuando, pasados dos días, íbamos á proponer el pueblo que nos parecía mejor para nuestra futura é interina residencia, el jefe del cuarto militar de Aguinaldo, sin aducir razón alguna, nos indicó que pasáramos á San Fernando de la Pampanga.

Digitized by Google

Desde luego nos pareció muy natural preguntar, en qué concepto íbamos, si como libres ó como presos; y nos fué respondido: «que libres y bajo la inspección general del presidente local.» Nos dirigimos, pues, á San Fernando. Mas como al poco rato de haber llegado, nos llamara el jefe militar; nos presentamos inmediatamente á la casa-gobierno, y allí dicho señor, con muestras de pena y sentimiento, nos dijo que quedábamos *detenidos*, en virtud de una orden que acababa de recibir del cuarto-militar.

La orden, que el expresado jefe tuvo la amabilidad de darnos á leer, decía así: «Ahí van dos jesuitas españoles, que serán detenidos en una casa particular y bajo la más estrecha vigilancia.» Y así, Padre mío, hemos pasado tres meses, menos seis días, ora mejor, ora peor, según las circunstancias.

No hay para qué decir lo mucho que durante este tiempo padecimos moralmente, viendo y oyendo lo que se hacía y decía contra España y contra los frailes, empleados, etc., etc. Omito también hacer mención de otras molestias inherentes á los viajes, á nuestra vida en el cuartel-prisión, á los alimentos, diferentes de los nuestros, y á veces escasos; amén de otras circunstancias y pormenores que no es del caso referir.

Mas el Señor, por su Bondad infinita, estuvo siempre con sus siervos: permitió, sí, que pasáramos momentos amargos; pero no que malas lenguas, ó manos sacrílegas se desmandaran con nosotros. Y cuanto más arreciaba la tempestad, y más fuerte era el embate de las olas; mayores eran también los auxilios que del cielo recibíamos, con los cuales se nos hacía fácil lo que en sí considerado era muy duro, y salíamos salvos de los más apretados peligros.

Uno de éstos lo pasamos el día de San Luis, á las ocho de la mañana, cuando por primera vez nos encontramos con los insurrectos. Entramos en un pueblo que, no sin motivo, creíamos leal y adicto á España, puesto que en defensa de su bandera había dos días antes resistido un ataque terrible; y comenzamos á hablar con la gente armada que hallamos, persuadidos de que formaba parte de la fuerza, que en el mencionado ataque tan bravamente había defendido la soberanía española. Caso inesperado é imprevisto: eran todo lo contrario! Ya ve V. R. cuán fácilmente podíamos haber cometido alguna indiscreción, harto peligrosa en tales circunstancias. Pero Dios quiso que un sacerdote indio, que estaba presente, adivinando nuestra comprometida situación, acertase á hacernos comprender lo que ignorá-

Digitized by Google

bamos aún, sacándonos así del grave apuro en que, sin entenderlo nosotros, nos hallábamos. El pueblo había sufrido un nuevo y formidable ataque la tarde anterior; se había rendido, y nosotros acabábamos de hablar con los insurrectos vencedores!

Pero volvamos á nuestra interrumpida narración. Los Nuestros se enteraron con certeza de nuestro estado el 20 de agosto, poco más ó menos, después de rendida Manila. Entonces, al paso que se redoblaban las oraciones en favor nuestro, el R. P. Superior, poniendo en juego los más oportunos y eficaces medios, empezó á gestionar nuestra libertad, con tal solicitud é interés que no se pueden ponderar bastantemente y que de todo corazón agradecemos.

Sí, mucho se hacía, muchísimo; pero todo se estrellaba contra la determinación del Gobierno, sugerida tal vez por algunos servidores de la masonería. Y, entre tanto, nunca se formulaba una acusación concreta contra nosotros; antes, al contrario, decíannos que pronto nos iban á dar la libertad; que ya estaba decretada; pero lo cierto era, que la libertad no aparecía. Más aún: para dar algún color á lo que se hacía con nosotros, se paliaba nuestra detención con la publicación de la obra del P. Francisco Foradada; (1) con nuestra ida á Cavite, á raíz de la revolución; con la pretensión de que nosotros reconociéramos su independencia, etc., etc. Total: nada. Así que, ni siquiera intentaron instruir expediente contra nosotros: reticencias, dudas, misterios... y nada más.

Pero al fin triunfó la verdad y el derecho, gracias á las muchas oraciones de los de casa y de los de fuera, y á la constancia, acierto y grandísima caridad del R. P. Superior, y de cuantos le secundaron. Y es lo cierto que, cuando más desesperanzados estábamos nosotros (pues los dos últimos días, hasta se nos puso centinela de vista en la puerta de nuestro reducido aposento); entonces, gracias al divino Corazón de Jesús y al angélico S. Estanislao, cuya novena estaban haciendo los Nuestros de Manila, llegó un telegrama por el que se nos llamaba á Malolos, residencia del Gobierno, para darnos el pase. Allá fuimos el día siguiente por la mañana, en compañía del Cónsul del Uruguay, D. Manuel Peypoch, que nos vino á buscar; y, en efecto, se nos dió el correspondiente pase para ir libremente á Manila, y, juntamente, una «*satisfacción* — como dijo el Secretario del

(1) *La soberanía de España en Filipinas.*

Digitized by Google

Interior — *de parte del Presidente, por habérsenos detenido tanto tiempo, sin motivo suficiente.*»

Inmediatamente nos dirigimos en tren á ésta de Manila.

Imagínese V. R. cuál sería el gozo de todos al llegar nosotros á este Ateneo y cuál el recibimiento que se nos hizo. Ya en la estación nos aguardaba el R. P. Rector con un Hermano, y en casa, la Comunidad en la portería. Y, una vez entre los Nuestros, qué de fraternales abrazos, qué de mutuas felicitaciones, ý qué lágrimas de consuelo...

Y ¿cómo no? ¡Habíamos estado todos, hasta entonces, tan afligidos con tales y tan graves sucesos como habían ocurrido durante nuestra ausencia; y, al fin, teníamos por lo menos el consuelo de vernos reunidos, después de haber sufrido los de casa tan penoso sitio, y nosotros tan prolongada detención! Inmediatamente, con exposición del Santísimo Sacramento, dimos gracias al Señor con el *Te-Deum*, terminado el cual fuimos de nuevo objeto de la caridad de nuestros amantísimos Hermanos.

¡Bendita sea mil veces la Compañía de Jesús, que tanto quiere á sus hijos!

Esto he querido escribir á V. R. para mutuo consuelo y satisfacción, y como muestra de gratitud á nuestra Madre la Compañía, y en particular al R. P. Pío Pi, Superior de la Misión, que tan á pechos emprendió y llevó á cabo la empresa de obtener para nosotros la libertad.

Aquí quedamos, aguardando el fin que tendrán los sucesos de estas partes (1). Sea cual fuere su desenlace, sabe V. R. que ahora más que nunca puede contar absoluta y totalmente con lo poco que puede y vale este su ínfimo siervo en Cristo que en los SS. SS. y OO. de V. R. mucho se encomienda.

FIDEL MIR, S. J.

(1) Actualmente el P. Mir es Rector de la Escuela Normal de S. Javier de Manila.

Digitized by Google

Breve idea del estado actual de la Misión en Manila

Carta del P. José Garriga al P. Juan Capell

Manila, 17 de noviembre de 1902.

P. C.

Mi amadísimo en Cristo R. P. Rector: . . . . . .

. . . . . .

Voy ahora á comunicarle algunas noticias de lo que por acá se va haciendo á mayor gloria de Dios y provecho del prójimo.

Nuestros Padres operarios siguen trabajando con muy buenos resultados. En particular, el P. Ramón Catalá, antiguo profesor de ese Colegio Máximo, los obtiene muy notables con sus libritos y conferencias en defensa de la Religión Católica. El mismo Padre visita casi todos los días los hospitales y cárceles. En éstas ha logrado, con el favor divino, muchas y muy fervorosas conversiones; y por lo que á los condenados á muerte se refiere, parece que tiene este Padre gracia especial del Cielo para disponerlos á morir santamente. En cuanto á las visitas que hace á los hospitales, se puede decir que ni uno solo muere sin confesarse antes con el P. Catalá y sin recibir de él los consuelos de la más tierna caridad. Lo mismo podría decir de otros muchos enfermos, á quienes con frecuencia visita.

También el P. Francisco Foradada trabaja sin descanso. No ha mucho que volvió de una misión, que estaba dando un fervoroso sacerdote, y en la que ambos misioneros recogieron frutos verdaderamente extraordinarios.

Asimismo, entre los americanos se va haciendo bastante fruto, aun

Digitized by Google

entre los protestantes. De éstos el P. Emilio Marrugat ha convertido ya á algunos, y el P. Antonio Arnalot está catequizando á otros. Lo mismo podría decir de otros Padres.

Las funciones del culto divino se celebran en nuestra iglesia con el esplendor de antes: se ven muy concurridas y son muchas las personas que comulgan, especialmente los primeros viernes de mes.

El Apostolado de la Oración, que dirige el P. Foradada, marcha muy bien: es una de las obras que más sostienen y alientan el espíritu de fe y de piedad en esta capital y aun en todo el Archipiélago.

La Congregación de María Inmaculada, establecida en este colegio, se ha desarrollado y enfervorizado mucho este año: háse renovado el *Leus perennis* con muy buen éxito, y, asimismo, dan excelentes frutos las visitas dominicales al hospital, donde los jóvenes congregantes edifican mucho á todos.

De este Ateneo sólo diré á V. R. que, entre internos, medio pensionistas y externos, tenemos 1,070 colegiales, los cuales todos frecuentan los santos sacramentos, por lo menos, diez ó doce veces al año, y muchos de ellos, los más fervorosos y observantes, cada quince días ó cada semana.

También el Observatorio da mucha gloria al Señor. Lo mismo digo de la Escuela Normal de San Javier, aunque por razón del cólera, parece que ha disminuído un poco el número de alumnos. Ahora se trata de prolongar la fachada, dándole cuarenta y ocho metros más de extensión (1).

¡Cuánto podría decir á V. R. sobre cada uno de estos puntos, que tan á la ligera he tocado! pero mis ocupaciones me llaman á otros asuntos.

Ayúdenos V. R. á dar gracias al Señor por todo y no nos olvide en sus SS. SS. y OO.

De V. R. humilde y afectísimo siervo en Cristo,

JOSÉ GARRIGA, S. J.

(1) Según nuestras noticias, ya se trabaja en esta importantísima obra de ensanche y ornato de la Escuela Normal.

Digitized by Google

Vindicación y rehabilitación del servicio meteorológico del Observatorio de Manila

I

LA DENUNCIA

Formulóla el Dr. Guillermo Doberck, director del Observatorio de Kowloón (Hongkong), el cual se dirigió al Ministro de Agricultura, departamento de meteorología, de los Estados Unidos, diciendo que el Observatorio de Manila estaba «*bajo la dirección de sacerdotes españoles de muy escasa erudición científica y es con frecuencia causa de escándalos por sus alarmantes anuncios de tifones enviados á la prensa de Hongkong.*» Así consta por el oficio que el Ministro de Agricultura dirigió al de la Guerra para la resolución del asunto. Después de los despachos de remisión ó endoso del Ministerio de la Guerra al Gobernador Militar de Filipinas, E. Otis, y de éste al Preboste de Manila, Mariscal General Roberto P. Hughes; éste, de conformidad con lo dispuesto por aquél, dictó la siguiente orden:

«Prebostazgo de Manila. — Manila, P. I. (Philippine Islands), 27 de febrero de 1899.

Con el debido respeto se notifica al Director del Observatorio que:

Habiéndose hecho oposición oficial al envío de anuncios de tifones fuera de Filipinas en beneficio del público en general, queda tal costumbre por la presente interrumpida. Espérase, no obstante, que el no saber apreciar otros los trabajos llevados á cabo por ese obser-

Digitized by Google

vatorio, no desanimará á sus directores para continuar trabajando en beneficio del Archipiélago.

Por orden del Brigadier General Hughes, Preboste Mariscal General,

Clod. A. Clark.

Teniente 1.º del Regimiento núm. 13 Minnesota de Voluntarios de Infantería de los Estados Unidos. Ayudante de Campo.»

Recibida esta orden, el Director del Observatorio dirigió una representación al Preboste en la que, después de manifestarle que con todo respeto se acataba la disposición del Sr. Ministro de la Guerra, se le decía: «Y aun cuando estamos seguros de que la antedicha disposición causará impresión tristísima en las Autoridades inglesas, así navales como civiles de Hongkong, y también en los demás centros comerciales y navieros de cualquiera nacionalidad en el Extremo Oriente, todavía queremos llevarla á cumplimiento.

»Esto no obstante, deseamos dar á conocer que la tal disposición está basada en apasionados é incorrectos informes del Director del Observatorio de Hongkong, único entre todos los directores de los Observatorios que hay en el Oriente, hostil á este centro meteorológico de Manila, cuya reputación ha intentado combatir desde el año 1884; y puesto que ha elevado su queja ante el Ministerio de Agricultura del Gobierno de los Estados Unidos, rogamos encarecidamente á las Autoridades americanas, tanto de Manila como de Washington, se dignen averiguar á fondo lo que haya de verdad en este asunto.

»Más tarde probaremos la suficiencia de nuestra sección de Meteorología; entre tanto oponemos á las afirmaciones del Director del Observatorio de Hongkong el testimonio de una persona la más competente para apreciar los trabajos que actualmente realiza el Observatorio de Manila.»

Y en efecto el P. Algué, entre otros testimonios del Vice-Almirante Dewey, aducía el siguiente párrafo de una carta dirigida por éste al mismo Padre, fechada en el Buque insignia *Olympia*, el día 2 de febrero de 1899:

«Confío en que el Gobierno de los Estados Unidos tomará las disposiciones necesarias para que continúe la institución que V. tan

Digitized by Google

hábilmente dirige, y que por sí sola ha probado ser de tan grande utilidad á los intereses marítimos de esta parte del globo.

De V. muy atento y S. S.

Jorge Dewey.

Vice-Almirante de la Armada de los Estados Unidos.»

Hecha esta representación, el Director del Observatorio, con fecha 7 de marzo del mismo año, dirigió una circular á peritos é interesados, en la cual se les participaba la supresión de todos los anuncios de baguios que por telégrafo se enviaban desde Manila á otras partes fuera del Archipiélago Filipino, y en la que, además, se decía: «por lo que á nosotros toca, dejamos al juicio de los hombres de ciencia resolver si es ó no *escasa nuestra erudición científica*... Sin embargo, sea de esto lo que fuere, no podemos oir con la misma indiferencia que han sido causa de escándalo los anuncios de baguios... Los directores del Observatorio no buscan ninguna clase de personal interés; trabajan en beneficio del público, y desean saber si sus trabajos son ó no aceptables.»

II

LA VINDICACIÓN

Fué completa, y las manifestaciones en favor del servicio meteorológico del Observatorio resultaron unánimes. En confirmación de lo dicho, vamos á entresacar algunos conceptos contenidos en los muchos y autorizados testimonios que se publicaron ó se recibieron en Manila.

El *Hongkong Daily Press*, del 20 de marzo de 1899, en un largo y encomiástico artículo, decía:

«Es esta orden, (la de suspensión del servicio), una verdadera calamidad pública que se debería pronto conjurar, cosa fácil de obtener, sin duda, si se eleva una solicitud ó petición al Gobierno de los Estados Unidos, firmada por todas las Compañías aseguradoras y navieras de Hongkong. Lo cual si bien es de desear por fines puramente utilitarios, con todo, el asunto es de tal trascendencia, que bien merece que la gratitud tome en él su parte, y borre la inmerecida mancha

Digitized by Google

lanzada contra una institución, á la que Hongkong debe tantos y tan valiosos servicios...»

El *Hongkong Telegraph*, en su número correspondiente al mismo día 20, en un extenso y enérgico artículo, decía: «Los anuncios de tifones que se reciben de Manila han prestado en todo tiempo muy grandes y valiosos servicios á todo el comercio y á toda la marina de Hongkong, y han sido siempre mucho más sencillos, mucho más correctos y mucho más prácticos que los publicados por el Dr. Doberck. Nunca ha pronosticado éste ningún baguio de importancia si no es basándose en las noticias que de Filipinas se reciben, y en los más de los casos, de tal suerte ha procurado formular sus anuncios, que parecía querer ocultar las obligaciones que con aquel Observatorio tiene contraídas; y al obrar así no ha hecho otra cosa más que poner confusión y obscuridad en los precitados anuncios... Nos atrevemos á asegurar que el Dr. Doberck, en punto á Meteorología, no alcanza á tener la décima parte del conocimiento que acerca de los baguios poseen los Padres del Observatorio de Manila, y que nadie ha dado nunca á sus anuncios de Meteorología ni siquiera la centésima parte de importancia, que invariablemente se ha dado á los anuncios emanados del Observatorio de Manila ó de Zikawey» (1).

También con la misma fecha, lunes 20 de marzo del propio año, el *China Mail* de Hongkong, entre otros conceptos, vertía los siguientes: «Los dignos y hábiles directores del Observatorio de Manila, que por tantos años nos han favorecido con sus exactos anuncios de las más desastrosas tormentas, á las que han sorprendido en su mismo origen, no necesitan se les recomiende, ni que los defiendan los habitantes de Hongkong... Ya que el Dr. Doberck ha tenido la avilantez de quebrantar las leyes coloniales, esperamos que el Ejecutivo, ó el Secretario de Estado para el Gobierno de las Colonias resolverá satisfactoriamente y con justicia el asunto. Con todo, fuerza es convenir en que la inprudente demanda del Director del Observatorio de Kowloón (Hongkong), es un borrón para el Gobierno y una fea mancha para el público de Hongkong, y en que ha sido además causa de haberse suspendido uno de los más importantes servicios,

(1) Está también á cargo de los Padres bajo la dirección del P. Luis Froc, S. J.

Digitized by Google

por el cual nos precavíamos de la pérdida de vidas y propiedades dentro y fuera del mar.»

El Comercio de Manila, de 21 de marzo del mismo año, decía, entre otras cosas: «No ya en el Extremo Oriente, sino en Europa, el Observatorio de Manila es una institución no mirada con indiferencia: su actual Director el P. Algué y su antecesor, el malogrado P. Faura, no son medianías vulgares, cuando en la última exposición de Chicago dieron sus conferencias sobre ciencia meteorológica, no ante un público de idiotas, sino ante un concurso de personas peritas, mayor en número que las que en todo Hongkong habitan... Aquí todos... protestan, y nosotros con ellos, del concepto, no ya desfavorable, sino injurioso, que se ha lanzado contra las competentes personas que tienen á su cargo el Observatorio de Manila. Muchas cosas malas habrá en esta población, pero el Observatorio es de lo poco bueno que aquí existe.»

El *Manila Times* del 22 de marzo publicó en defensa del Observatorio de Manila un por demás extenso trabajo. De él vamos á extractar algunos breves párrafos que revelan la compentecia y experiencia del autor. Dice así:

«El Observatorio de Manila recibe diariamente y con frecuencia á todas horas observaciones meteorológicas de un gran número de estaciones distribuídas por todo el Archipiélago filipino, mediante las cuales, anuncia con singular precisión, la formación de los baguios, y aun determina anticipadamente el curso que han de seguir...

«Los anuncios de baguios, precioso resultado de múltiples observaciones de todas partes oportunamente recogidas, han sido hasta ahora enviados por telégrafo á los Cónsules de España en Hongkong, Shanghai y Singapore, quienes cuidaban de transmitirlos por conducto de la prensa al público, que los ha tenido siempre en grande estima. Nadie en todo el Oriente, fuera de este alemán (1) del Obser-

(1) El mismo periódico en su número del 25 de marzo, rectifica este concepto en la siguiente forma: «Por dos ó tres veces hemos sido requeridos acerca de la nacionalidad del Dr. D. Guillermo Doberck, «el Tifón Guillermico», «el Guillermico de los Tifones», el excéntrico, el malhumorado Director del Observatorio de Hongkong, que tan despiadadamente atacó la reputación del Observatorio de Manila.

Digitized by Google

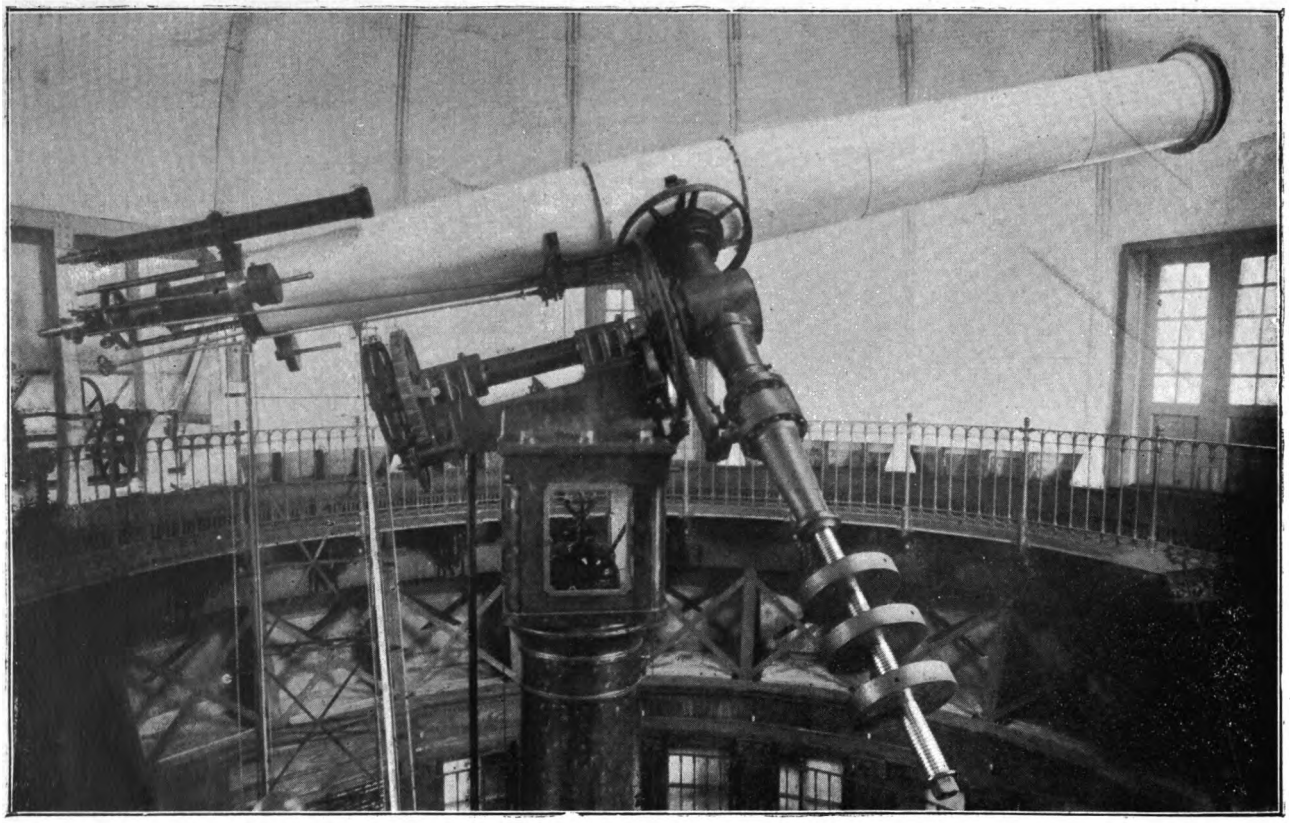
vatorio británico de Hongkong, se ha atrevido nunca á censurarlos, lo cual podemos afirmar con tanta mayor seguridad, cuanto mayor es el conocimiento que da una experiencia de diez años de continuados viajes por todo el Oriente...

»Tal es el sujeto que se ha atrevido á poner mengua en el más celebrado Observatorio de cuantos se hallan al E. de Calcuta. De sus mismos labios le hemos oído decir, que más quiere recibir datos meteorológicos de las Estaciones telegráficas de la Compañía del Cable, que de los Observatorios de los Padres Jesuitas, y esto, aun cuando le consta positivamente que los jóvenes empleados en la Compañía del Cable, no están adiestrados ni educados en Meteorología, ni tienen más termómetros que los ordinarios, cuales son los que se usan en los baños de los niños, ni anemómetro, ni pluviómetro, ni especial empeño por nada que no sean los trabajos del Cable; al paso que estos Padres Jesuitas emplean toda su vida en el estudio de la Meteorología, y poseen una preciosa colección de valiosos instrumentos, cuales Doberck quizás nunca habrá visto. Ya se le tiene en Hongkong, desde muy antiguo, por un embustero, perezoso é incompetente, que se divierte, como los niños, en subir y bajar del poste de señales, ora una bola roja, ora un cono de color negro, ya un cilindro azul, ya una trompeta plateada, y cuando el baguio está ya en la ciudad, y haciendo estragos en la colonia, entonces él dispara un cañonazo para que el público se entere. Húndense entre tanto dos ó tres barcos en la misma bahía de Hongkong, y él dispara dos cañonazos anunciando que debe esperarse mal tiempo á no tardar.»

De *La Oceanía Española* de Manila, correspondiente al 23 de marzo: «Con motivo de algunas apreciaciones muy ligeras del Director del servicio meteorológico de Hongkong sobre la aptitud del personal facultativo del Observatorio meteorológico de Manila, se han cambiado entre el Director de este establecimiento científico y el

Según nuestros informes es un prusiano de Holstein; pero un irlandés, que puede estar mejor informado, nos asegura que es noruego... Al llamarle alemán no intentamos ciertamente suscitar ninguna cuestión de raza, porque sus famosas afirmaciones sobre el trabajo de los Padres Jesuitas son igualmente monstruosas, tanto si es inglés ó americano, como prusiano de Holstein ó escandinavo domiciliado en Irlanda.»

Digitized by Google



La ecuatorial del Observatorio de Manila.

Digitized by Google

Digitized by Google

Almirante Dewey cartas muy expresivas, donde este mismo hace justicia á los grandes é inteligentes servicios prestados á los navegantes por el ilustrado P. Algué y el personal á sus órdenes.»

El *Indian Engineering* de Calcuta, revista semanal ilustrada, la de mayor circulación en la India y el Oriente, publicó el 6 de mayo de 1899 un artículo titulado *Ciencia y Sectarismo*, del cual entresacamos los párrafos siguientes:

«Antes de fundarse el Observatorio de Kowloón, la ciudad de Hongkong y los demás puertos de la China tenían que agradecer las observaciones meteorológicas y los anuncios de tifones únicamente á los Observatorios de los Jesuitas de Manila y de Zikawey. Al de Manila, en particular, está tan obligada la marina mercante de todo el mundo, que con dificultad se le podrá dar la recompensa debida.

»Con su tradicional previsión de las cosas, escogieron los Padres la Capital de las Islas Filipinas como base de sus operaciones...»

«Llevado á cabo el hecho científico arriba mencionado, los sabios Jesuitas, por el amor á la humanidad que les distingue entre todos los demás hombres de ciencia, pusieron mano á la obra con singular empeño y no poca abnegación, hasta tener bien dotado su Observatorio de la más completa colección de instrumentos, así de Astronomía, como de Meteorología, fabricados por los mejores talentos del mundo. Su incansable solicitud dió á los navegantes noticia exacta de todos los peligros que les aguardaban por parte de los elementos.»

«... es público y notorio que sus notas (las del Dr. Doberck), acerca del estado del tiempo, han sido siempre escandalosamente incorrectas; y entre sus anuncios de tifones, de cada diez casos han salido falsos nueve, sin ofrecer la menor garantía de seguridad. Solía la prensa de Hongkong publicar sus anuncios juntamente con los telegramas de Manila, y el contraste no podía ser más humillante para el Dr. Doberck, por cuanto los de los Jesuitas han sido invariablemente correctos. Por lo que conocemos del carácter del Doctor Doberck, nos es fácil adivinar el estado de impotente rabia, á que debió reducirle aquella situación. Pero mientras dominaron los españoles en Manila, tuvo que refrenar el felino *(feline)* deseo de venganza...» «La ocupación de Manila por los americanos le ofreció finalmente una ocasión muy oportuna para tomarse con seguridad la venganza...»

Digitized by Google

«Mas ¿qué diremos del Dr. Doberck, condenado por la prensa y por el público? ¿No es verdad que quien ha cometido, como él, para desfogar su infame cólera, la bajeza de que queda ahora convicto, es indigno de que se le confíen las responsabilidades de un Observatorio tan importante como el de Kowloón? Si la opinión pública se ve en algo favorecida en nuestras Colonias dependientes de la Corona, cabe preguntar: ¿está muy lejano el día en que empaquetado se le envíe á la madre patria, donde se cebe de su amargura sectaria hasta que reviente?»

No es menos satisfactoria la opinión unánime de los Centros comerciales y navieros en favor de los Padres del Observatorio y en defensa de su servicio meteorológico. He aquí algunas de las ideas manifestadas con tal motivo y copiadas de los muchos testimonios que se recibieron en aquel establecimiento científico:

Los Sres. Donaldson-Sim & C°., en carta de 16 de marzo, entre otras cosas, decían:

«Estando el Sr. Donaldson-Sim de visita en el Observatorio de Tokio en el año 1894 se le aseguró que el mejor observatorio del Oriente es el de Manila, y que gozan de mucho crédito los que lo dirigen.» El mismo señor «que lleva ya 11 años de residencia en estas Islas, y ha estudiado muy detenidamente el sistema de información telegráfica por ustedes establecido en varias provincias del Archipiélago, dice que no encuentra palabras con que expresar la admiración que le causan los trabajos de ese Observatorio, y con él sinceramente convenimos todos nosotros.»

Los Sres. Ker & C°., Manila & Iloílo, en comunicación fechada el 17 del mismo mes, atestiguaban lo siguiente:

«...Como comerciantes de muchísimos años de residencia en este país, y como Agentes de los Sres. Lloyd & C°., debemos añadirle el testimonio de nuestra profunda admiración por los buenos servicios que ha prestado en todo tiempo el Observatorio de Manila, y que muchos con nosotros sentirán ahora ver interrumpidos.»

Los Sres. Smith Bell & C°., Manila-Cebú-Iloílo, en carta fechada el mismo día, escribían:

«Gustosísimos queremos dar público testimonio del aprecio en que tenemos los inestimables beneficios, que en todo tiempo han reportado

Digitized by Google

las Islas Filipinas de los incansables y nunca bastantemente recompensados trabajos de ese Observatorio, en cuyos anuncios de tifones tanto se confía y que con tanta gratitud han sido siempre bien recibidos por todos los moradores de Filipinas.»

Los Sres. Warner, Barnes & C°., también con fecha del 17 de marzo del propio año, declaraban:

«...debemos manifestarle que nos complacemos sobremanera en hacer públicos los inmensos servicios que hasta ahora ha prestado el Observatorio de Manila, á toda la marina, tanto de naturales como de extranjeros... Con singular placer recordamos la fina atención con que siempre hemos sido recibidos por ese Observatorio, cuando en tiempo de baguios preguntamos si era ó no prudente despachar algunas embarcaciones...»

Los Sres. Tillson, Herrmann & C°., Manila-Londres, con fecha 21 de marzo, decían:

«...enviámosle con sumo gusto el profundo testimonio de la estimación que nos ha merecido siempre, desde su fundación, el Observatorio de Manila. A nuestro modo de ver, es ese centro sumamente útil y beneficioso al público en general, y en particular muy necesario á los navegantes y á los centros mercantiles y navieros de toda nacionalidad. No podemos nosotros desear otra cosa mejor que su prosperidad por años y años bajo la sabia dirección que al presente tiene.»

El Presidente-Director de la «Compañía Marítima», D. Juan Macleod, en su contestación á la circular del Observatorio escribía el día 21 del mismo mes:

«La nota que el Director del Observatorio de Hongkong ha enviado al Departamento de Meteorología del Gobierno de los Estados Unidos, no merece otro calificativo que el de injusta, inoportuna y manifiestamente maliciosa. El Observatorio de Manila es indudablemente uno de los más importantes de todo el Oriente, y son muy conocidos de todo el mundo los nombres de sus Directores desde hace ya 20 años, lo cual no se puede afirmar de los más del Oriente, á excepción del Profesor Milne, el cual seguramente sería de los primeros en reconocer y ensalzar la justicia que se merecen los excelentes trabajos de ese Observatorio.»

Digitized by Google

En una carta de los Sres. Sperry Flour & C°., S. Francisco-Hongkong, fechada en esta última ciudad el 22 de marzo, se decía:

«Como buen americano he leído con gran disgusto que el Observatorio de Hongkong, haya pretendido hallar mengua en la preciosa información que acerca de los tifones V. nos envía. Entiendo que semejante conducta es en sumo grado injusta y tales afirmaciones completamente falsas.»

También los Sres. Holliday, Wise & C°., Manila-Hongkong, Shanghai-Manchester, con fecha 1.° de abril del mismo año 1899, declaraban lo que sigue:

«Intención nuestra fué llevar este asunto á la Cámara de Comercio de Manila, mas por el mal estado de salud del Sr. Secretario no fué posible convocar la Junta por mucho tiempo. Sin embargo, por no diferir más nuestra contestación á su muy atenta circular, nos otorga con sumo placer la referida Cámara, la facultad de enviar á V. el testimonio de su estimación por los incomparables servicios que ha prestado el Observatorio de Manila á todo el público en general, y en particular á los intereses de la Marina y del Comercio.»

Asimismo, el Director del «Chartered Bank of India, Australia & China», D. J. U. Whitehead, escribía desde Hongkong el 6 del mismo mes y año:

«...me tomo la libertad de enviarle la moción presentada ayer por el que subscribe á la Junta anual de la Cámara de Comercio y aprobada por unanimidad:

«La Cámara de Comercio de Hongkong desea se dé conocimiento al R. P. José Algué, S. J., de la profunda pena y gravísimo disgusto que le ha causado la incalificable conducta del Director del Observatorio de Hongkong en atacar al R. P. Director del Observatorio de Manila y sus colegas, y la interrupción por orden del Gobierno americano de los anuncios telegráficos de temporal, procedentes de Manila. Desea además la Junta, se le dé á conocer también el alto aprecio en que tiene los valiosos servicios prestados en todo tiempo por los Directores del Departamento de Meteorología del Observatorio de Manila á todo el Comercio y á toda la Marina de Hongkong y de China, y la fundada esperanza que abriga de que muy pronto se hará completa justicia á los Directores del Observatorio de Manila, siendo públicamente reconocido el

Digitized by Google

» inmenso valor de sus trabajos realizados en beneficio del público y » en adelanto de las ciencias; y confía por lo mismo, será cuanto antes » rescindida la prohibición contra ellos ordenada.»

Además, el Agente principal de las «Mensajerías Marítimas» en Saigón, y antiguo oficial de la Marina de Guerra, D. A. Rolland, con fecha 25 de abril del precitado año, escribía desde dicho punto:

«Sin pretender examinar las acusaciones del Director del Observatorio de Hongkong, que no es por cierto, ni con mucho, tan feliz en sus predicciones, me contento con decirle que durante los 14 años que recibo los anuncios que V. me envía, no los he hallado nunca defectuosos.»

Finalmente, el Sr. Richards envió desde Manila, fecha 24 de marzo, el siguiente telegrama al *New York Herald:* «Gran indignación aquí, falsa información Director Observatorio Hongkong al Ministerio de Agricultura Washington, acerca insuficiencia Observatorio Manila. Dewey, capitanes barcos, comerciantes, público, atestiguan absoluta suficiencia. Teniente Stayne, representante Ministerio Agricultura, oficial investigación, considera información calumniosa, época baguios aproxima, podría causar desastres sin fin, si observatorio Manila suprimido.»

Creemos que basta lo transcrito para demostrar cuán unánime y entusiasta fué la vindicación que del servicio meteorológico del Observatorio de Manila hizo la Marina y el Comercio.

Veamos ahora, brevemente, algunos de los graves testimonios que dieron en favor de los Padres Directores de aquel centro científico varios señores Cónsules.

El de Holanda en Manila, D. P. K. A. Meerhamp, escribía el 16 de marzo:

«...tengo la gran satisfacción de manifestarle que nunca he oído otra cosa más que alabanzas tocante á los trabajos que realiza el Observatorio de Manila sobre tifones, terremotos y otros semejantes estudios de Meteorología, y me consta que los anuncios de tifones han sido con mucha frecuencia de un valor muy grande para los navegantes, al paso que he oído también varias veces que el Gobierno de la India Holandesa tiene en mucho sus trabajos sobre esta materia.»

Digitized by Google

El Cónsul General de los Estados Unidos de América en Hongkong, Sr. Ronsevelle Wildman, enviaba desde dicho puerto la siguiente comunicación, fecha 20 de marzo:

«Con gran sentimiento he recibido su carta del 7 de marzo de 1899 sobre la suspensión de todos los anuncios de baguios, que ese Observatorio enviaba á este Consulado General. Su pérdida es para nuestros barcos irremediable. Los anuncios del Observatorio de Manila, á más de ser siempre muy oportunos, han sido también muy exactos; de suerte que con mucha frecuencia al tener de ellos noticia, he aplazado por uno ó más días la salida de nuestras embarcaciones, aunque estuviesen ya despachadas por la Aduana, resultando siempre con gran provecho de todos... Haré cuanto esté de mi parte en razón de anular la intrusión del Director del Observatorio de Hongkong.»

En carta de 21 de marzo, entre otras cosas no menos favorables, decía el Sr. Cónsul de Francia en Manila, Mr. Gabriel de Bérard: «Durante ocho años de Consulado en este puerto no he oído más que elogios de los anuncios de tifones de ese Observatorio, y de todos los trabajos que realiza, tanto por parte de los oficiales de la Marina francesa, como por los Capitanes de nuestra marina mercante, que han estado, aunque de paso, en esta ciudad. Por lo que atañe al valor científico de sus trabajos, entiendo que ni siquiera hay necesidad de mencionarlos, pues bien conocida es la estimación en que son tenidos por el interés y utilidad que en todas partes reportan.»

El Sr. Cónsul de la República del Uruguay en Manila, con fecha 24 del mismo mes, atestiguaba:

«En mi larga residencia de país, he oído muchas veces y en diferentes ocasiones á marinos, navieros y propietarios, comentar favorablemente la utilidad de sus observaciones meteorológicas; y durante mi carrera mercantil la exactitud de sus avisos han prevenido multitud de siniestros de buques á mi consignación.»

El Sr. Cónsul de Italia en Shanghai, D. Ernesto Ghisi, desde dicho puerto escribía lo siguiente el primer día de abril:

«...tengo el gusto de manifestarle que sus servicios son aquí muy apreciados y que es V. digno del agradecimiento de toda la Marina por los valiosos anuncios que nos envía por conducto del Observatorio de Zikawey.»

Digitized by Google

D. José de Navarro, Cónsul de España en Hongkong, en atento oficio, fechado el 12 de abril, se expresaba en los siguientes términos: «...Todos en esta Colonia, y yo muy especialmente, admiramos los sapientísimos trabajos que en ese Observatorio se llevan á cabo para bien de la humanidad y adelanto de la ciencia; y sabemos que la envidia y la soberbia de la ignorancia le han hecho dar (al Dr. Doberck) un paso tan injusto como bajo. Bien castigado queda, pues su conducta es desaprobada por todos, y no dudo habrá pasado malos ratos al enterarse de lo que de él se dice.»

Por último, el Dr. F. C. Rieloff, Cónsul Imperial de Alemania, en abril de 1899 escribía desde Hongkong «...debo manifestarle que para mí es una gran calamidad, si han quedado interrumpidos todos los anuncios telegráficos que sobre tifones envía el Observatorio de Manila fuera de Filipinas. Tengo el gusto de participarle á la vez que los Comandantes de nuestros barcos de guerra que han estado en Manila, hacen grandes elogios de ese Observatorio, que, según dicen, ha prestado tantos y tan valiosos servicios.»

A fin de no hacernos interminables, vamos ahora á aducir algunos de los testimonios, no menos honrosos que los anteriores para el Observatorio de Manila, expedidos por los Departamentos Navales y Capitanías de Puertos.

El Comandante de la Estación Naval de Macao se expresaba en la siguiente forma en 23 de marzo:

«...Conozco el Observatorio de Manila por haberlo visitado muy detenidamente y admirado en él lo que ha podido llevar á cabo la voluntad de dos hombres ilustres que lo han dirigido; así como sus publicaciones, algunas de las cuales he leído, atestiguan su alto y grande valor científico. En cuanto á los anuncios de tifones, debo manifestarle que son del dominio público los relevantes servicios que ese Observatorio ha prestado á la humanidad y muy particularmente á los navegantes. Por ser ésta la segunda vez que estoy de estación en el Oriente, he podido en distintas ocasiones apreciar todo el valor de sus preciosísimas informaciones, en las cuales tiene todo el mundo depositada la mayor confianza... Los servicios prestados por el observatorio de Manila están muy por encima de toda crítica, hasta el punto de que nadie tiene derecho á dirigir contra ellos ningún género de acusación. No se desanime V. E. por estas calumnias; pues de

Digitized by Google

parte de los que aman la justicia, encontrará la más decidida protección en la cruzada que emprenden por el bien de la humanidad.»

El Comandante de la Estación Naval de Annam y del Tonkín, en carta fechada en Haiphong el día 1.º de abril, decía:

«...Por tres veces, durante el mes de agosto de 1898, fueron sus anuncios seguidos al poco tiempo del anunciado tifón, sin que, gracias á Dios, tuviéramos que lamentar ningún desastre; pues pudimos tomar las convenientes medidas para prevenirlo.»

El Capitán del Puerto de Macao, escribía desde su Capitanía, con fecha 24 de marzo:

«...A mi modo de ver el Observatorio de Manila está al presente y ha estado siempre bajo la dirección de personas de un gran mérito científico, de una extremada aplicación al trabajo en bien de la humanidad, y que siguen un procedimiento enteramente correcto. Ni es solamente mío este modo de ver, pues lo he visto confirmado por la opinión de muchos, todos muy capaces de apreciar los trabajos de ese Observatorio, que son bien conocidos por cierto de todo el mundo científico. Entre los que en el Extremo Oriente se dedican al estudio y aun á simples lecturas, creo que no habrá uno siquiera que ignore los sacrificios llevados á cabo por el R. P. Faura, ex-Director de ese Observatorio, con pérdida de su salud, para montar el buen servicio meteorológico que hoy tiene Filipinas, y los relevantes servicios por él prestados á la ciencia, á la humanidad en general, y en particular á los navegantes. Bien conocidos son también los no inferiores servicios prestados por V. E., que por ser más recientes, menos ignorados pueden ser... Deseo vivamente, y puedo decir que conmigo lo desean también todos los habitantes de Macao, que el Gobierno de los Estados Unidos revoque en bien de la navegación en el Extremo Oriente, la orden por la que suspendió la transmisión de anuncios telegráficos de tifones fuera del Archipiélago Filipino.»

En fin, el Capitán del Puerto de Haiphong, Sr. Chodzko, se expresaba en los siguientes términos el día 4 de abril:

«... tengo el honor de manifestarle que por espacio de 11 años de residencia en el Tonkin he seguido cuidadosamente los anuncios meteorológicos de ese Observatorio, mayormente durante los cuatro años (1893-1897) que tuve el mando del *Hanoi* de la casa Marty; y

Digitized by Google

P. Federico Faura, 1840-† 1897.

Digitized by Google

Digitized by Google

me complazco en reconocer que sus anuncios son de suma utilidad para los navegantes... Deseo que los muchos testimonios que de fijo le serán enviados obtengan el poder recibir, con la seguridad de antes, los anuncios de depresiones, tan útiles á esta región y á todos los navegantes del mar de la China.»

Finalmente, vamos á presentar algunos brevísimos extractos de las informaciones que remitieron los Almirantes de las Escuadras del Extremo Oriente, todas ellas encomiásticas en alto grado.

El Secretario del Buque insignia *Olimpia*, H. H. Caldwell, escribía el 5 de marzo de 1899 al P. Director:

«El Almirante Sr. Dewey desea le remita á usted la adjunta comunicación y le manifieste que ha elevado el asunto, que la motiva, á la consideración del Capitán King Hall, el más antiguo de los oficiales de la Escuadra inglesa aquí presentes, el cual promete comunicarlo á su Comandante en Jefe. Desea además el Almirante le diga, que no le cabe la menor duda se tomarán las medidas necesarias para asegurarle el aprecio que se merecen sus valiosísimos trabajos en salvar vidas y propiedades.»

El Vice-Almirante de la Escuadra inglesa, E. N. Seymour, desde Hongkong, á bordo del *Centurión*, con fecha 18 de marzo, decía al P. Algué:

«...Me es sumamente simpático el objeto de sus trabajos á los cuales usted tanto tiempo y tanta aplicación ha consagrado.»

Y el Vice-Almirante de la Escuadra Imperial Alemana, Von Diederichs, desde el mar Amarillo, á los 20 de marzo, escribía al P. Director del Observatorio:

«...estas preciosas comunicaciones de ese magnífico centro, de cuya espléndida organización he tenido el placer de ser testigo presencial, no han sido sólo útiles á los barcos de guerra alemanes, sino también á todos en general. — Como estoy persuadido de que el carácter de su Observatorio, como institución bien organizada, es servir á todos los marinos, sin distinción de nacionalidades, me juzgué obligado á procurar con empeño que su comunicación ó circular fuese prontamente conocida de todos los barcos que han estado en la bahía de Manila, de cualquier nacionalidad que fuesen... no puedo menos de felicitar al Observatorio de Manila por estar bajo su dirección.»

Digitized by Google

III

LA REHABILITACIÓN

Si bien influyó, y no poco, para que ésta se obtuviese, la general y entusiasta manifestación que en todo el Extremo Oriente se hizo, en favor del Observatorio de Manila; con todo, la rehabilitación debióse principalmente á las gestiones que, por su cuenta é iniciativa propia, hizo la importantísima Cámara de Comercio de Hongkong ante el Gobierno Colonial.

En 21 de marzo de 1899 se dirigió al Honorable J. H. Stewart Lockhart, Secretario del Gobierno Colonial, por medio de un atento oficio en el que, entre otras cosas, se decía: «En verdad, los comerciantes reconocen por propia experiencia que los telegramas que el Observatorio de Manila envía, anunciando la aproximación ó probable existencia de los baguios, han sido siempre de muy grande utilidad pública, y la Cámara y el Comercio todos sienten en gran manera la supresión de los mismos.» Y añadía á continuación: «El Comité se creería muy obligado al Gobierno, si con su acostumbrada bondad, se dignase favorecerle con una copia de la carta que el Director del Observatorio de Hongkong dirigió al Departamento de Meteorología del Gobierno de los Estados Unidos.»

El Sr. Secretario del Gobierno Colonial contestó en la siguiente forma:

«Secretaría del Gobierno Colonial.

Hongkong, 24 de Marzo de 1899.

Señor: Por orden de este Gobierno debo manifestarle que se ha recibido su carta, fecha 21 del corriente, con la adjunta nota sobre los anuncios de tifones enviados por el Observatorio de Manila, y que este asunto está ocupando la atención del Gobierno. — A su tiempo contestaré en debida forma.

Tengo el honor de ser su más atento y S. S.

J. H. Stewart Lockhart.

Secretario del Gobierno Colonial.»

Y en efecto, el 28 de marzo contestó diciendo: «Ampliando mi carta, número 485, fecha 24 del corriente, debo manifestarle, para

Digitized by Google

información de la Cámara de Comercio, que la nota del Director del Observatorio de Hongkong, dirigida al Jefe del Departamento de Meteorología del Gobierno de los Estados Unidos, pidiendo se prohibieran los anuncios de tifones enviados por el Observatorio de Manila, no fué en manera alguna autorizada por este Gobierno. Parece ser que el Dr. Doberck obró de esta suerte, persuadido de que por muchos años había tenido la suficiente autorización para comunicarse con el Jefe del Departamento de Meteorología de Washington. Esto no obstante, se le ha hecho ver el error en que estaba, y se ha notificado al Gobierno Militar de Filipinas que la tal petición no fué en manera alguna autorizada, *encareciéndole al mismo tiempo la esperanza que abriga este Gobierno, de que pronto será rescindida la orden prohibitiva de las informaciones meteorológicas de Manila.* También ha sido informado dicho Gobierno Militar de Filipinas del grande aprecio en que esa Cámara tiene los anuncios de baguios que de cuando en cuando recibe del Observatorio de Manila.»

Además, el día 15 de abril de 1899 se recibió en la Secretaría de la Cámara de Comercio de Hongkong el siguiente oficio:

«Secretaría del Gobierno Colonial.

Hongkong, 15 de abril de 1899.

Señor: Con referencia á mi carta, número 572, fecha del 28 del pasado Marzo, debo manifestarle, para conocimiento de esa Cámara, que, informado por este Gobierno de Hongkong, el Gobierno Militar de las Islas Filipinas, de los deseos de la Cámara y de todo el Comercio, se ha servido disponer que el Observatorio de Manila continúe enviando los anuncios de tifones como antes. — Tengo el honor de ser su más atento y S. S.

F. G. T. Buckle.

P. O. del Secretario Colonial.

Señor Secretario de la Cámara de Comercio de Hongkong.»

Y, efectivamente, merced á la intervención del Gobierno Colonial de Hongkong, dependiente del de Inglaterra, fué rehabilitado gloriosísimamente el servicio meteorológico del Observatorio de Manila, dirigido por «sacerdotes españoles de muy escasa erudición científica», como decía el Dr. Doberck. Véase el siguiente documento, en el cual se expone la intervención de dicho Gobierno, y se revoca la orden prohibitiva de anuncios de tifones fuera de Filipinas.

Digitized by Google

«Manila, P. I., 3 de abril de 1899.

Al R. P. José Algué, Director del Observatorio de Manila, P. I.

Reverendo Señor:

Por orden del Gobernador Militar debo manifestarle que se ha recibido la siguiente carta, con referencia á la prohibición que le fué comunicada por oficio del Preboste Mariscal General el 27 de Febrero de 1899 sobre los anuncios de tifones enviados á Hongkong:

SECRETARÍA DEL GOBIERNO COLONIAL

Hongkong, 28 de Marzo de 1899.

Señor:

Habiendo venido este Gobierno en conocimiento de que, á consecuencia de una denuncia dirigida por el Director del Observatorio de Hongkong al Jefe del Departamento de Meteorología del Gobierno de los Estados Unidos de América, S. E. el Gobernador Militar de Filipinas, ha ordenado la suspensión de los anuncios de tifones que á Hongkong enviaba el Observatorio de Manila; debo manifestar á V. E. que la nota del Director del Observatorio de esta Colonia no fué en manera alguna autorizada por este Gobierno; y que todo el Comercio de Hongkong ha dado á conocer por medio de la Cámara de Comercio de esta localidad el grande aprecio en que tiene los anuncios de tifones que recibe del Observatorio de Manila, y el gran disgusto con que ha recibido la suspensión de los mismos.

Por las circunstancias que acabo de exponer, abrigo la esperanza de que la orden. prohibitiva de los expresados anuncios será pronto revocada.

Tengo el honor de ser su más atento y S. S.

(Firmado) J. H. STEWART LOCKHART.

Secretario Colonial.

Sr. Secretario del Gobierno Militar de Filipinas.

El Gobernador Militar desea le participe que con mucho gusto concede la revocación de aquella orden, y le autoriza para que envíe como siempre y antes del 27 del pasado Febrero, los anuncios de tifones, tan deseados en Hongkong.

De V. muy atento y S. S.

C. H. Murray,
Secretario.

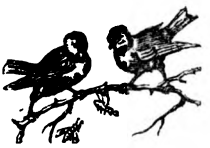
E. S. Otis.
Mayor é Inspector General de Voluntarios de los Estados Unidos.»

Digitized by Google

Por nuestra parte, terminaremos esta reseña de todo lo ocurrido con motivo de la denuncia del Dr. Doberck, con las mismas palabras con las cuales los Padres Directores del Observatorio de Manila dan fin al documento en que agradecen el unánime testimonio de la opinión imparcial é ilustrada:

A Dios, finalmente, toda gloria, que á este resultado encaminó los sucesos.

G. P., S. J.



Digitized by Google

Publicaciones del Observatorio de Manila dirigido por Padres de la Compañía de Jesús

1865 - 1902

Publicaciones ordinarias

1. — *Boletín Mensual.* 1865-1901 (incompleto desde 1883 hasta 1889).
2. — *Climatological data for Manila.* Hoja mensual: 1899 y 1900. (Edición agotada).
3. — *Monthly Bulletin:* 1901-1902.

Publicaciones extraordinarias

4. — *Observaciones seismométricas de los terremotos del mes de Julio de 1880*, por el P. Federico Faura, S. J.—En 8.° mayor; 8 páginas y varias curvas. (Edición agotada).
5. — *Los ciclones del 20 de Octubre y 5 de Noviembre de 1882*, por el P. Federico Faura, S. J.—En 8.° mayor; 16 páginas y 8 figuras. (Edición agotada).
6. — *Reglamento interino é Instrucción práctica para uso de las Estaciones meteorológicas secundarias de las Islas Filipinas.* 1884. —En 8.°; 40 páginas y algunos estados. (Edición agotada).
7. — *El Barómetro aneroide aplicado á la previsión del tiempo en el Archipiélago Filipino,* por el P. Federico Faura, S. J. 1886. —En 8.°; 14 páginas y una lámina. (Edición agotada).

Digitized by Google

8. — *Señales precursoras de temporal en el Archipiélago Filipino,* por el P. Federico Faura, S. J. 1882.—En 8.°; 14 páginas. (Edición agotada).

9. — *Observaciones Magnéticas verificadas en La Paragua, Joló y Mindanao en el año 1888,* por el P. Martín Juan, S. J. — En 4.°; 34 páginas y dos figuras.

10. — *El Magnetismo Terrestre en Filipinas,* por el P. Ricardo Cirera, S. J. 1893.—En 4.°; 160 páginas con 50 láminas y dos mapas.

11. — *La Meteorología en la Exposición Colombina de Chicago,* por los PP. Federico Faura y José Algué, S. J. 1894.—En 4.°; 118 páginas con 43 figuras.

12. — *La Seismología en Filipinas,* por el P. Miguel Saderra Masó, S. J. 1895.—En 4.°; 130 páginas con 1 mapa, 8 láminas y 41 cartas séismicas.

13. — *Baguios ó Tifones del año 1894,* por el P. José Algué, S. J. 1895.—En 4.°; 190 páginas con 38 láminas.

14. — *Baguio del Gravina,* por el P. José Algué, S. J. 1895. — En 8.°; 20 páginas con 4 láminas. (Edición agotada).

15. — *El Bariciclonómetro,* por el P. José Algué, S. J. 1897.—En 8.° mayor; 66 páginas con 8 láminas.

16. — *Baguios ó ciclones filipinos,* por el P. José Algué, S. J. 1897. — En 8.° mayor; 307 páginas con 20 figuras y un mapa.

17. — *La erupción del volcán Mayón en los días 25 y 26 de Junio de 1897,* por el P. José Coronas, S. J. 1898.—En 4.°; 58 páginas con 2 láminas, 3 figuras y 2 mapas.

18. — *El Baguio de Sámar y Leyte. (12-13 Octubre de 1897),* por el P. José Algué, S. J. 1898.—En 4.°; 68 páginas con 13 fototipias, 4 mapas y 21 láminas.

19. — *The Baro-cyclono-meter.* Folleto en inglés; 8 páginas en 8.°, con una fototipia, un mapa y cuatro figuras.

20. — *Las Nubes en el Archipiélago Filipino.* Colaboración al trabajo internacional de medición de nubes. (1.° Junio 1896-31 Julio 1897), por el P. José Algué, S. J. 1899.—En 4.°; 191 páginas con 23 figuras, una lámina y dos cuadros.

21. — *El Servicio Meteorológico del Observatorio de Manila vindicado y rehabilitado (1899).*—En 8.°; 75 páginas.

22. — *Tifones del Archipiélago Filipino y mares circunvecinos: 1895 y 1896,* por el P. Juan Doyle, S. J. 1899.—En 4.°; 108 páginas con 12 láminas.

Digitized by Google

23. — *La Actividad Séismica en el Archipiélago Filipino durante el año 1897*, por el P. José Coronas, S. J. 1899.— En 8.° mayor; 138 páginas con 14 láminas.

24. — *Interesting climatological data concerning the weather of Manila, compiled by the Manila Observatory*. 1900. — En 8.°; 25 páginas y 4 figuras.

25. — *Meteorological tables in use at the auxiliary meteorological stations of the Philippine islands*. 1900.— 31 páginas.

26. — *El Baguio del 8 de Septiembre 1900*, por el P. José Coronas, S. J.—En 4.°; 36 páginas y 5 láminas.

27. — *Climatología de Filipinas*. (Tratado X de la obra: *El Archipiélago Filipino*).— En 8.° mayor; 265 páginas con 64 láminas y 2 figuras.

28. — *Focos Séismicos de Filipinas*. (Tratado XI de *El Archipiélago Filipino*).—En 8.° mayor; 122 páginas con 21 láminas.

29. — *Variación Cíclica del Magnetismo Terrestre en Manila*. (Tratado XII de *El Archipiélago Filipino*).—En 8.° mayor; 72 páginas con 29 láminas.

30. — *Total eclipse of the Sun, May 18th 1901: Astronomical data for observing the same in the Philippine islands where the eclipse will be partial*, por el P. José Algué, S. J. 1901. — En 4.°; 12 páginas y una lámina.

31. — *Breves instrucciones para los Jefes de estaciones secundarias de la Oficina Meteorológica en el Archipiélago Filipino*. 1901.—En 8.°; 21 páginas.

32. — *Magnetical dip and declination in the Philippine islands*, por el P. Juan Doyle, S. J. 1901.—En 8.°; 14 páginas con 4 láminas y un mapa.

33. — *The climate of Baguio (Benguet)*, por el P. José Algué, S. J. 1902.—En 4.°; 76 páginas con 33 láminas.

34. — *Report on the Seismic and Volcanic centers of the Philippine Archipelago*, por el P. Miguel Saderra Masó, S. J. 1902. —En 8.°; 26 páginas, 2 mapas y 4 láminas.

35. — *Ground temperature Observations at Manila (1896-1902)*, por el P. José Algué, S. J. 1902.—En 8.°; 16 páginas con dos figuras y dos láminas.

A. M. D. G.

Digitized by Google

FE DE ERRATAS

Pág.	Lín.	Dice:	Debe decir:
X	24	Santiago	Jaime
40	13	al	á él
43	19	medio día	mediodía
96	37	Santiago	Jaime
108	29	Balingasac	Balingasag
126	Nota	Llámase	Este río llámase
130	6	P. Mayoral	P. Majoral
»	22	»	»
131	6	la fueron	fueron
XLVIII	4	Togoloan	Tagoloan
230	36	escusa	excusa
267	5	en Cabarbarán	á Cabarbarán
333	19	otro	otra
335	31	P. Algné	P. Algué

Digitized by Google

INDICE

1898-1902

	Págs.
Dedicatoria.	
Al lector	III
Estado de la Misión en 1899	VII

I

Abandono forzoso de las Misiones

Carta del P. Manuel Roselló al R. P. Provincial 17

Primeros chispazos de la revolución filipina en el distrito de Mati. — El Padre Barrado y su Misión de Manay. — Partida del P. Roselló á Sigáboy. — La Providencia divina velando por el Misionero. — Peligro en que se encuentra el H. Villareal. — Orden de abandonar las Misiones. — Desde Sigáboy á Mati. — A bordo del *Labúan*. — La tempestad en el puerto. — De Baganga á Dávao.

Carta del P. Manuel Vallés al R. P. Superior de la Misión. . . 24

Alzamiento del mestizo (español-tagalo), Capitán del tercio indígena, Don Prudencio García, en Baganga. — Desmanes del deportado español Manuel Sánchez, y su fin desgraciado. — Detención y liberación del P. Vallés. — Muestras de respeto que reciben los Padres. — Aspecto y estado de la insurrección.

Carta del P. Alberto Masoliver al R. P. Provincial 29

Gobierno popular en Surigao, sucesor del gobierno español. — Llegada y conducta de los hermanos González. — Prisión y temores de nuestros Misioneros. — Descontento del pueblo contra los nuevos gobernantes. — Oportuna intervención de D. Prudencio García. — Detención de los González y libertad de los Padres. — Gratitud de los Misioneros para con sus feligreses.

Carta del P. Francisco Nebot al R. P. Provincial. 36

Peligrosa situación y turbulencias de los pueblos del Agusan, recién emancipados de España. — La bandera pontificia. — Prisión de los Misioneros. —

Digitized by Google

Págs.

Entrevista del P. Nebot con D. Wenceslao González en Butúan. — Funerales por los muertos en la guerra. — Registro llevado á cabo en el convento. — Segunda entrevista del Padre con González. — Embarque de los PP. Nebot y Foradada y H. Bertrán. — Música y llantos. — Estancia en Cabarbarán y en Túbay. — Prisión del P. Guillermo Llobera en Jabonga. — Castigo de dos malhechores. — Salida de Túbay y contratiempos del viaje. — En Anauauon y Surigao. — Prisión de los demás Misioneros del Agusan. — Sentimiento de los pueblos.

CARTA DEL P. MIGUEL ALAIX AL R. P. PROVINCIAL. 49

La comisión revolucionaria en Talacogon. — Tácita protesta del pueblo. — Cuatro días de prisión en el convento. — Muestras de amor y sentimiento de los feligreses. — Sermón de despedida. — El pastor separado de su rebaño. — En el convento de Butúan. — A Surigao. — En la tercera cárcel. — Distribución de los prisioneros entre los pueblos de Surigao, Gigáquit y Placer. — Caridad de los vecinos de Gigáquit. — En libertad.

CARTA DEL H. ANSELMO PÉREZ AL R. P. PROVINCIAL 58

Llegan á Tándag noticias de lo acontecido en Surigao. — El P. Sánchez se retira hacia el Sur al ver en peligro su vida. — Reconocimiento del convento de Tándag por la comisión del gobierno de la Cabecera. — Prisión de los Nuestros. — Pesquisas para encontrar al P. Sánchez. — Conducta del Gobernador de Surigao con el P. Ceballos. — Salen de Tándag, en calidad de presos, el P. Ceballos y el H. Pérez. — Diligencias de D. Prudencio García para salvar á los Padres. — Llegada de éstos á Surigao. — Su entrevista con el General D. Simón González.

CARTA DEL P. FERNANDO DIEGO AL R. P. PROVINCIAL 69

Cambio de soberanía en el Agusan. — Comisión de D. Wenceslao González en Veruela. — Prisión de los Misioneros. — Enfermedad del P. Diego. — De Veruela á Butúan. — D. Simón González en Butúan. — Embarque de algunos Misioneros. — Los quintos de Veruela. — Orden de dejar las Misiones. — Salida del P. Ricart y detención del P. Diego. — Butúan, provincia independiente. — Mes de Mayo y fiesta de S. Ignacio. — Primera visita á los pueblos del Agusan. — Cultos á la Inmaculada. — Nuevas Autoridades y libertad del P. Diego. — Segunda visita á los pueblos. — El P. Llobera en Butúan.

DOCUMENTO: *Pase á favor del P. Fernando Diego expedido por el Presidente provincial de Butúan.*

CARTA DEL P. FERNANDO DIEGO AL P. FRANCISCO NEBOT 84

Estado de las Misiones del Agusan, después de algunos meses de abandono.

CARTA DEL P. FERNANDO DIEGO Á LOS PP. JOAQUÍN AÑÓN Y JOAQUÍN VILALLONGA. 89

Salida del Agusan. — En Linugus y Camiguín. — Entusiasmo de Magínog. — Doce días de trabajos apostólicos en Mambájao. — Vuelta á Magínog. — Instancias del pueblo para tener un Misionero de la Compañía. — En Linsiligan y Cagayán de Misamis. — En Cebú. — Llegada á Manila. — Fiesta de acción de gracias.

Digitized by Google

Págs.

CARTA DEL P. RAIMUNDO PERUGA AL R. P. SUPERIOR DE LA MISIÓN. . 94

Abandono forzoso de la Misión de Gingóog. — Prisión de los PP. Peruga y Heras y del H. Anglés. — Prisión de los Padres y Hermanos de la Residencia de Jasaán. — Concentración en Cagayán de todos los Misioneros del distrito. — Libertad que reciben algunos de ellos y su vuelta á las Misiones. — Segunda concentración en Cagayán. — Prisión del P. Galmés, Misionero de Dapitan. — Régimen de vida en la prisión. — Caridad grande del pueblo.

CARTA DEL P. JUAN B. HERAS AL R. P. SUPERIOR DE LA MISIÓN . . . 103

Infeliz estado de las Misiones abandonadas. — Caridad del pueblo. — Sentimientos de los Padres durante la Misión. — Estado económico. — Servicios del capellán castrense P. Carazo.

CARTA DEL P. JUAN B. HERAS AL R. P. PROVINCIAL 105

Felicitación. — Caridad inagotable de los naturales. — Obstáculos para la libertad de los prisioneros. — Incomunicación con los Nuestros.

CARTA DEL P. MIGUEL GUARDIET AL R. P. PROVINCIAL 107

Ultima tentativa de los prisioneros de Cagayán para conseguir la libertad. — Decreto de la Junta de Guerra. — Excursión de despedida á los pueblos del distrito. — El P. Guardiet en el Salvador. — Excursiones del P. Martín. — Solicitud filial de los naturales del Salvador. — Fruto copioso de los sagrados ministerios. — Orden de retirada. — La fiesta del pueblo de Initao. — Los PP. Martín y Guardiet en Iligan. — Llegada de los norteamericanos.

CARTA DEL P. RAIMUNDO PERUGA AL R. P. PROVINCIAL 113

Salida para Manila de los PP. Peruga, Galmés y H. Beamonte, prisioneros en Cagayán. — Demostraciones de amor del pueblo de Bohol. — Llegada á Cebú y Manila.

CARTA DEL H. IGNACIO VILA AL P. JUAN RICART 116

Zozobras é incomunicación de los Misioneros. — Retirada de las autoridades españolas. — El P. Yepes se despide de Dipólog. — Detención forzosa. — Sentimientos generosos de los principales de Dipólog. — El Capitán Tomás. — Prisión frustrada. — Movimiento del pueblo de Dipólog, Lubungan y Dapitan. — Embarque de los Misioneros para Manila. — Actitud consoladora de la principalía y de todo el pueblo.

CARTA DEL P. LORENZO PEIRO AL P. GABRIEL PALÁU 122

Tristes presentimientos del Misionero de Sámal. — Preparativos para el abandono de aquella isla. — Salida del P. Misionero.

CARTA DEL P. MARIANO SUÁREZ AL R. P. PROVINCIAL 125

La Misión de Tamontaca. — Peligros de la misma, al retirarse de ella el Gobierno español. — Disposiciones del Gobierno en favor de los cristianos. — Actitud imponente de los datos moros. — La mayoría de los cristianos se disponen á subir á Cotobato con los españoles. — Altercado ruidoso entre dos datos. — Abandono de los fuertes Reina Regente, Pikit y Tumbao. — El P. Bitrián en Cotabato. — Orden para la salida de los Nuestros.

Digitized by Google

Págs.

— Altivez de los moros en Tamontaca. — Alegría de los mismos por la partida de los Padres. — Abandono definitivo de Polloc. — Embarque frustrado de los cristianos de Tamontaca. — Evacuación definitiva de Tamontaca y Cotabato. — Llegada á Zamboanga.

CARTA DEL H. SEBASTIÁN MINGUIJÓN AL H. SEBASTIÁN MANENT . . . 132

Refúgianse en Baganga los Misioneros. — D. Prudencio García sale de dicho pueblo para Surigao. — Embarque de los Nuestros. — Temporal en Baganga. — Corta permanencia en Manay, Dávao y Cotabato. — De Zamboanga á Manila.

CARTA DEL P. VICENTE BALAGUER AL P. EDUARDO VITORIA 137

Graves sucesos en Dávao al salir las Autoridades españolas.—Oportuna intervención del P. Urios. — Una dictadura de veinticuatro horas. — La anarquía por causa de algunos advenedizos.—Sumisión á la nueva intervención de los Padres. — Salida de los Misioneros.

CARTA DEL P. SALVADOR M. VIÑAS AL R. P. PROVINCIAL 141

Primera expedición de Zamboanga á Manila. — Formación y organización del partido nacionalista. — Los PP. Misioneros de varias Residencias reciben orden de concentrarse en Zamboanga. — Embarque de los Nuestros para Manila en el *Puerto Rico*.— Cañoneros saqueados por los insurrectos. — Salen de Zamboanga los Misioneros de Dapitan. — Tirantez de relaciones entre españoles é indígenas. — Declaración de guerra. — Primer combate. — Incendios en la población. — Salen los Nuestros de Zamboanga para Manila. — Resistencia de las tropas hasta su partida definitiva.

DOCUMENTO: *Méritos antiguos y recientes contraídos por la provincia de Zamboanga ante España.*

CARTA DEL P. MARIANO SUÁREZ AL R. P. PROVINCIAL 152

Relación de algunos sucesos ocurridos en Cotabato, después de la retirada de los españoles. — Ejemplos notables de virtud y fervor de algunos indios.

II

Instancias de los pueblos

Documento núm. 1. Carta del Gobernadorcillo de Caraga al R. P. Superior de la Misión. (1.º de octubre de 1899). III (171)

Documento núm. 2. Acta-Instancia de la Principalía de Caraga. (1.º de octubre de 1899) . . . . . IV (172)

Documento núm. 3. Instancia de la Principalía de Mati. (1.º de noviembre de 1899) . . . . . VI (174)

Documento núm. 4. Instancia de las Autoridades y vecinos de Dumaguete. (16 de noviembre de 1899) . . . . . VIII (176)

Documento núm. 5. Instancia del Gobernadorcillo y Principales de Baganga. (20 de noviembre de 1899). . . . X (178)

Digitized by Google

Páginas.

Documento núm. 6. Informe del General Bates, Comandante del distrito de Mindanao y Joló sobre la vuelta de los PP. Misioneros al Sud de Mindanao. (27 de diciembre de 1899) . . . . . XII (180)

Documentos núms. 7, 8 y 9. Instancias y Acta de la Junta de Autoridades y principales vecinos de Dávao. (24 de enero de 1900) . . . . . XIII (181)

Documentos núms. 10 y 11. Instancias de Tamontaca dirigidas al R. P. Superior de la Misión y al Excmo. Sr. Capitán General del Archipiélago. (8 de marzo de 1900) . . . . . XVI (184)

Documentos núms. 12, 13, 14 y 15. I. Instancia de la Junta popular de Surigao elevada al R. P. Superior de la Misión. (28 de marzo de 1900). . . . . XIX (187)

II. Instancia de la misma Junta al Excmo. Sr. Capitán General. (28 de marzo de 1900). . . . . XX (188)

III. Registro y endoso de la segunda instancia al Rmo. Sr. Delegado apostólico en Filipinas. (9 de abril de 1900) . . . . . XXI (189)

IV. Informe del R. P. Superior de la Misión sobre la segunda instancia á petición del Rmo. Sr. Delegado Apostólico. (11 de abril de 1900) . . . . . XXII (190)

Documento núm. 16. Instancia de las Juntas provincial y local de Butúan. (28 de marzo de 1900). . . . . XXIII (191)

Documento núm. 17. Instancia de la Junta popular y Principalía de Jasaán. (30 de marzo de 1900) . . . XXV (193)

Documento núm. 18. Instancia del Presidente de Romblón. (4 de abril de 1900). . . . . XXVI (194)

Documento núm. 19. Instancia del Presidente provincial del distrito de Zamboanga y vecinos que subscriben, en representación de la provincia. (14 de abril de 1900). . . . . XXVIII (196)

Documentos núms. 20 y 21. Instancia de los Presidentes provincial y local, Principalía y vecinos de Dapitan, y recomendación del Comandante Kelly. (24 de abril de 1900) . . . . . XXIX (197)

Documentos núms. 22 y 23. I. Instancia del Jefe local de Veruela. II. Traducción del anterior documento. (30 de abril de 1900). . . . . XXXII (200)

Documento núm. 24. Acta de la sesión celebrada por la Junta popular de Hinatúan. (6 de mayo de 1900) . XXXIV (202)

Digitized by Google

Páginas.

Documento núm. 25. Instancia de la Junta popular de Cabarbarán, autorizada por el Presidente provincial de Butúan. (29 de mayo de 1900). . . . . XXXV (203)
Documento núm. 26. Instancia del Presidente local de Dipólog, en nombre de la Principalía y sácopes del mismo pueblo. (9 de junio de 1900) . . . . . XXXVII (205)
Documento núm. 27. Instancia del Jefe local, Principalía y vecinos de Túbay que subscriben. (10 de junio de 1900) . . . . . XXXVIII (206)
Documentos núms. 28 y 29. I. Carta del Jefe local de Hinatúan al R. P. Superior de la Misión. II. Acta del acuerdo tomado por la Junta popular del mismo pueblo. (12 de junio de 1900) . . . . . XL (208)
Documento núm. 30. Instancia de las Autoridades y Principalía de Magínog. (17 de junio de 1900). . . XLII (210)
Documento núm. 31. Instancia de los Principales de Cortés, Tándag, Tago, Tigao y La Paz. (12 de agosto de 1900) . . . . . XLIV (212)
Documento núm. 32. Instancia de los Principales y vecinos de Tagoloan. (12 de febrero de 1901). . . . XLVII (215)
Documento núm. 33. Instancia de los Presidentes de Puerto Princesa, Taytay y Bacuit. (5 de agosto de 1901) . . . . . XLIX (217)
Documento núm. 34. Instancia de los Principales de Ayala. (30 de octubre de 1901). . . . . LI (219)
Documento núm. 35. Instancia de los Principales de Laoang (isla de Sámar). (10 de agosto de 1902). . . LII (220)

III

Vuelta de los PP. Misioneros á las Misiones

Carta del P. Gregorio Parache al P. Saturnino Urios 225

El P. Parache es enviado á Cebú. — De Cebú pasa á Siquijor. — Celebra la fiesta de Navidad en Dumaguete. — Vuelve á Siquijor. — Se dirige á Dapitan, donde es muy bien recibido. — Visita los pueblos de Dipólog y Lubungan. — Yendo á Duhinob, es agredido á tiros. — Tras corta permanencia en Duhinob, Lubungan y Dipólog, vuelve á Manila.

Documento: *Certificado á favor del P. Parache expedido por el Presidente provincial de Dapitan D. Eugenio Daymiel.*

Viaje de los PP. Victoriano Bitrián y Salvador Giralt por el

Digitized by Google

Págs.

Sur de Mindanao (De *El Noticiero de Manila,* del día 20 de abril de 1900). 233

Visitas á Zamboanga, Joló, Cotabato, Dávao, Sigáboy, Mati, Manay, Caraga é Hinatúan.

Carta del P. Victoriano Bitrián al R. P. Superior de la Misión . 239

Llegada de los PP. Bitrián y Bennásar á Zamboanga.— Visitas al Gobernador americano y al General Kobbe. — Entrevista con el Presidente provincial en Tetuán. — Trabajos apostólicos del P. Bitrián en el pueblo de Mercedes. — La fiesta del Corpus en Tetuán. — Dudas y sospechas del General Kobbe sobre el desinterés de los Padres en sus ministerios parroquiales. — Abundancia de miés y escasez de operarios.

Carta del P. Guillermo Bennásar al R. P. Provincial 244

Ocupación continua de los Misioneros. — Fiesta en Tetuán.— La solemnidad de Nuestra Señora del Pilar en Zamboanga. — Visita al General norteamericano. — Restablecimiento del catecismo.

Carta del P. Guillermo Bennásar al R. P. Provincial 249

Visita á la Misión de Tamontaca. — Triste estado de esta población. — Repatriación de algunos tamontacenses. — Su caridad para con las Madres del Beaterio de Manila. — Veneración en que tienen al difunto P. Jacinto Juanmartí. — Estado fatal de la moralidad pública en Cotabato. — Las escuelas regentadas por soldados americanos. — Actitud descarada de los moros. — Cualidades morales del Gobernador actual de Cotabato. — Sitio de Polloc por los moros.— El primer día de siglo en Cotabato. — Honrosa sepultura dada á los restos del P. Juanmartí en Tamontaca.

Carta del P. Juan Martín al P. Miguel Guardiet 256

Destrozos del vendaval revolucionario. — Su influencia malhechora en los nuevos cristianos. — Respeto y amor hacia los Misioneros. — Excursión apostólica del P. Gisbert. — Desolación en las reducciones de la costa de Sigáboy. — Ministerios del P. Martín en la Asunción. — Fiesta de S. Francisco Javier. — Primera comunión.

Carta del P. Raimundo Peruga al R. P. Superior de la Misión. . 258

Entrevista de los PP. Vallés y Peruga en Catel. — La reconstitución de los pueblos. — Necesidad espiritual que padecen las Misiones de Hinatúan y Tándag. — Acopio de virtud indispensable á los Misioneros de estas partes. — Ministerios en Catel. — Restablecimiento de las escuelas en este pueblo. — Restauración de los altares de la iglesia y reparación del cementerio. — Ascenso en el movimiento religioso de Catel.

Carta del P. Bernardino Llobera al R. P. Superior de la Misión. 264

Llegada á Cabarbarán. — Agasajos de que es objeto al entrar en Butúan. — Excelentes disposiciones para la conservación y acrecentamiento de la Residencia Butuana.

Documento: *Carta del Presidente de Butúan al P. Llobera.*

Carta del P. Juan B. Heras al R. P. Provincial 267

Excursiones apostólicas de los PP. Llobera y Heras desde Butúan. — Fiesta

Digitized by Google

Págs.

de fin de siglo. — Viaje á la laguna de Mainit. — Entran los americanos en Túbay y el P. Heras impide el incendio del pueblo. — Llegada pacífica de los nuevos dominadores á Cabarbarán y Butúan.

CARTA DEL P. SATURNINO URIOS AL P. FRANCISCO NEBOT 271

La guerra entre los americanos é indios en el Agusan. — Intervención del P. Urios en la pacificación del país. — Agradecimiento de los americanos. — Amor del P. Misionero á los indios.

CARTA DEL P. JUAN B. HERAS AL R. P. PROVINCIAL 273

Restablecimiento de la Misión de Tagoloan. — Recibimiento que el pueblo dispensa á los Padres. — Devolución de la iglesia y del convento por los americanos. — Excursiones apostólicas por los pueblos de Agusan y Santa Ana, y por los de Villanueva, Bubuntugan y Jasaán. — Desolación del país en tiempo de la guerra. — Castigos del cielo en los enemigos de los Misioneros.

CARTA DEL P. JOSÉ ESPAÑA AL P. MIGUEL GUARDIET 277

Ocupación incesante de los Misioneros. — Excursiones á varios pueblos. — Universal aprecio y cariño con que son acogidos los Padres. — Fervores del celo entre accesos de calentura.

CARTA DEL P. ANTONIO OBACH AL R. P. PROVINCIAL 280

Llegada á Dapitan de los PP. Obach y Galmés y H. Costa. — Excursiones apostólicas de los Padres. — Estado inseguro del país. — Abandono en que se halla la moralidad pública.

CARTA DEL P. GREGORIO PARACHE AL P. PABLO PASTÉLLS. 282

Fruto recogido en un año de estar allí los Misioneros.

CARTA DEL P. SALVADOR BUGUÑÀ AL R. P. PROVINCIAL 283

Vuelta á la Misión. — Grato recibimiento hecho al Misionero. — Buen estado de conservación de la iglesia y convento. — Favorables disposiciones de los naturales y libertad de acción de que gozan los Padres. — Generosidad del pueblo. — Deseos del Misionero.

CARTA DEL P. SATURNINO URIOS AL P. PABLO PASTÉLLS 285

Esperanzas de que las Misiones vuelvan á sus buenos tiempos. — Abundante cosecha de frutos espirituales. — Deseos que tienen de aprovecharse los indígenas. — Tristes recuerdos del Misionero. — Agradecimiento de los indios y americanos por los trabajos del Padre en favor de la pacificación del país.

DOCUMENTO: *Carta del Comandante Leonard sobre la gestión del P. Urios como pacificador é intérprete.*

CARTA DEL P. VICTORIANO BITRIÁN AL P. JUAN QUINTANA 288

Bendición de la nueva imagen de la Virgen del Pilar. — Obsequio del General americano á la Virgen del Fuerte. — Devoción del pueblo para con la misma imagen. — Las escuelas católicas en Zamboanga, Santa María y Tetuán. — Reorganización de la Congregación de Hijas de María y del Apostolado de la Oración. — Crueldades de los moros. — Fidelidad de un

Digitized by Google

Págs.

indio. — Sencillez de los vecinos de Santa María. — Campaña contra los errores dominantes. — Conservación de las buenas prácticas. — Muestras de afecto del General americano.

CARTA DEL H. JUAN B. PÉREZ AL H. FRANCISCO FIGUEROLA 292

Estado de la Misión. — Ejemplo de fidelidad de un indio. — Nochebuena en Zamboanga. — Conducta de los americanos católicos.

CARTA DEL P. GREGORIO PARACHE AL P. JAIME PUNTAS. 294

Excursiones apostólicas. — La Semana Santa en Balingasag. — Número notable de confesiones. — Ejemplos de fervor de las Autoridades y vecinos. — El *Pagsúgat*. — Las funciones de Semana Santa en Jasaán y Tagoloan.

CARTA DEL P. VICENTE JIMÉNEZ AL P. JUAN CAPELL. 297

Noticias de los trabajos apostólicos de los PP. Martín, Ribas, Gisbert y Llobera.

CARTA DEL P. MIGUEL SADERRA MASÓ AL P. JUAN CAPELL. 299

Excursión científica por Mindanao. — Celebración de la jura de S. M. en Iloílo. — Movimiento religioso en Zamboanga. — Fiesta de los españoles en conmemoración de la jura de D. Alfonso XIII. — Prosecución del viaje.

CARTA DEL P. SATURNINO URIOS AL P. JUAN CAPELL 301

Aspecto de la Misión. — Las Congregaciones piadosas de Butúan. — Escasez de operarios.

CARTA DEL H. DANIEL TORRENT AL P. JUAN CAPELL. 302

Enfermedad de los PP. Peruga y Buguñá. — Objetos para la Misión de Dapitan. — Viaje del P. Bitrián á Joló. — Excursiones apostólicas del P. Martín.

IV

Noticias de Manila

Vicisitudes de los Padres y Hermanos de Manila durante la guerra hispano-americana.

CARTAS DEL R. P. RECTOR DEL ATENEO MUNICIPAL AL R. P. PROVINCIAL.

PRIMERA. 307

SEGUNDA. 316

TERCERA. 325

CARTA DEL P. MARCIAL SOLÁ AL P. GABRIEL PALÁU 332

Misión y cautiverio de los PP. Fidel Mir y Antonio Rossell.

CARTA DEL P. FIDEL MIR AL R. P. PROVINCIAL 339

Breve idea del estado actual de la Misión en Manila.

CARTA DEL P. JOSÉ GARRIGA AL P. JUAN CAPELL 345

Digitized by Google

Págs.

Vindicación y rehabilitación del servicio meteorológico del Observatorio de Manila 347
Publicaciones del Observatorio de Manila dirigido por Padres de la Compañía de Jesús 369

Láminas

Ateneo de Manila XIII
El P. Gisbert exhorta á los bagobos del Apo á que dejen de sacrificar á sus esclavos, mostrándoles á Cristo sacrificado por el hombre 26
Tercio de Baganga con su jefe D. Prudencio García . . . 57
Bagobo asesino 86
Llegada de los Misioneros á Sámal 123
Iglesia de Tamontaca en construcción. — Vecinos de Tamontaca procedentes de los Establecimientos de libertos. 129
P. Ignacio Guerrico, 1806 — † 1883 152
Mapa de Mindanao 168
Principalía de Manay . . . . . LIII (221)
Iglesia de Tetuán 241
Pantalán de Polloc 250
El P. Juanmartí recogió á estos niños dulanganes, extenuados por el hambre, y les dió asilo en el Orfanotrofio de Tamontaca. 253
P. Jacinto Juanmartí, 1833 — † 1897 254
Procesión en Tago á la vuelta de los Padres 284
Escuela católica de Butúan 299
Escuela Normal de Manila 309
Sección Astronómica del Observatorio de Manila 333
La ecuatorial del Observatorio de Manila. 353
P. Federico Faura, 1840 — † 1897. 360

Digitized by Google

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el libro titulado «Cartas edificantes de los Misioneros de la Compañía de Jesús en Filipinas (1898-1902),» coleccionadas por el P. Gabriel Paláu, S. J., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares de éste rubricados por el Censor en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 21 de Abril de 1903.

El Vicario General,

José Palmarola

Por mandato de Su Señoría,

Lic. José M.ª de Ros, Pbro.

Srio. Can.

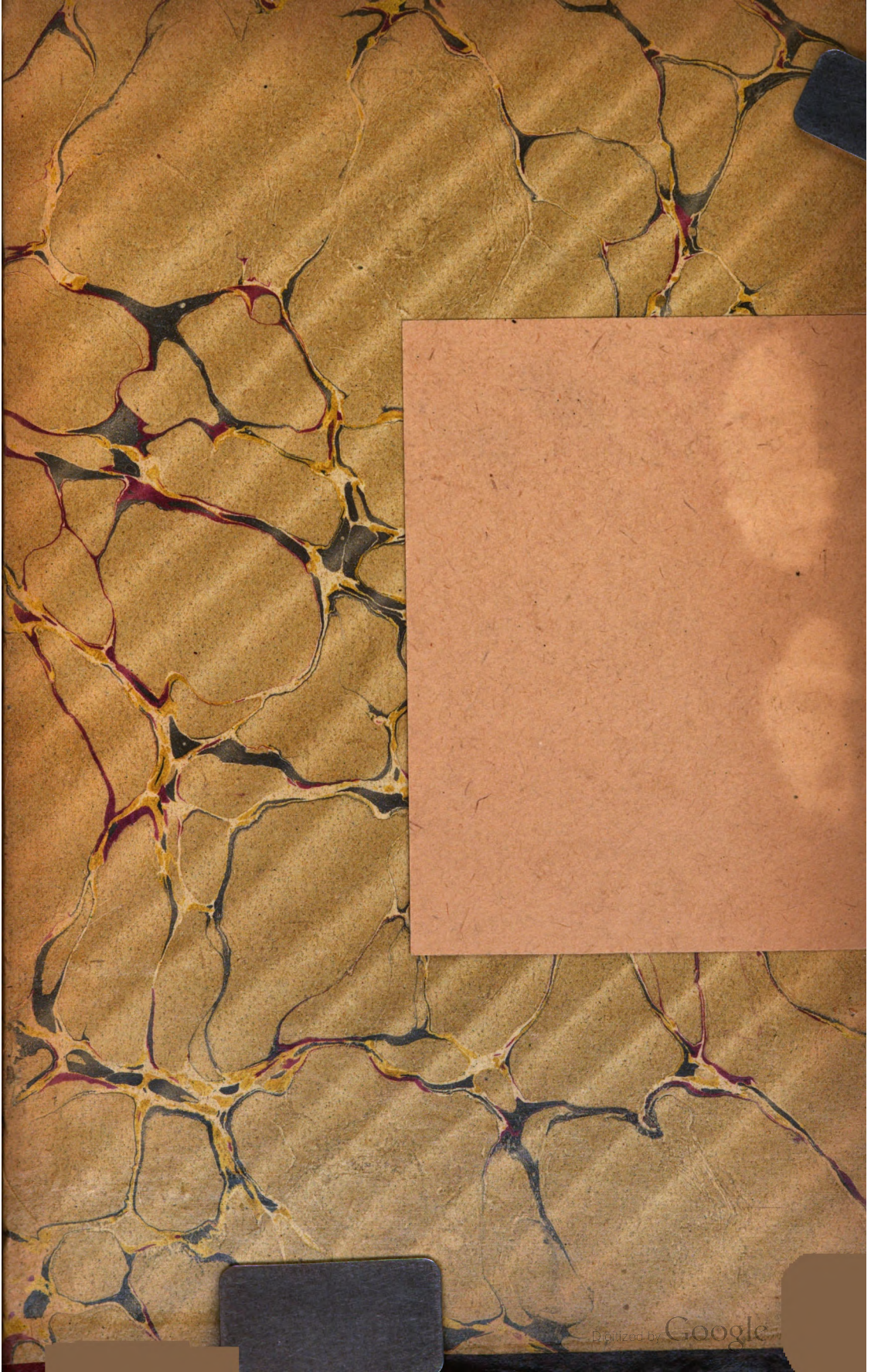
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google


Digitized by Google

Widener Library
3 2044 105 525 513

Digitized by Google